



Nuestro tiempo
Perfecto

Leah Heart

Nuestro tiempo
perfecto
LEAH HEART

Título: Nuestro tiempo perfecto

©Leah Heart, 2020

©Diseño de portada: Dayah Araujo.

ISBN:9798634031330

Safe Creative: 1809198422514

Primera Edición

Asunción-Paraguay, 2020

Todos los derechos reservados.

Es propiedad del escritor. No puede ser reproducido en su totalidad, ni parcial o transmitido por ningún medio electrónico, mecánico, de grabación, fotocopia, microfilmación o en cualquier formato sin el consentimiento del autor.

A los dos grandes amores de mi vida; mi esposo, que me hace crecer cada día y apoya mis emprendimientos, y mi hija, que es mi aliento de vida.

Capítulo 1

—Por hoy la clase terminó —decidió la maestra.

—¡Viola, despierta, la clase acabó! —avisó Kayla.

—¡No, no me dormí! —se defendió mientras dormitaba—. ¡Ay, sí! Me dormí.

—¿No estás durmiendo bien?

—La verdad que no, he estado leyendo sobre las pinturas del siglo XVIII, en particular Joshua Reynolds.

—Tú y esa hambre de conocimiento. ¿Por qué no sigues el ritmo de los demás?

—¡El ritmo! ¡Dios mío, la señora Bingley me tomará un examen de piano! —se alertó.

—Tienes una agenda demasiado apretada. ¿Ya pensaste en ser una joven normal de veinte años? —preguntó su amiga al salir tras ella.

—¡No, no, no! ¡Es que tú no entiendes! Toda mi familia espera que yo lleve esa galería, soy la mayor y la más apta.

—¿Eres mayor que tu mellizo?

—No mayor, pero sí más capaz —respondió con suficiencia—. Mientras él está rascándose la panza en Kenia con esa maloliente naturaleza, yo estoy aquí rompiéndome el alma por los Halley.

—Tu hermano hace lo que hacen los jóvenes adinerados de hoy.

—Claro, gastar dinero y viajar a costillas de los padres. —Subió al automóvil.

—Es cierto, pero tú ni sales a relajarte un poco. De día la universidad, de tarde el piano, cuando no tienes piano es la galería y cuando no encuentras qué más hacer te comes todos los libros de la biblioteca. Veo que estás llevando más.

—¡Hay que nutrir el cerebro! Será excelente, no puedo ser una directora de galería y no saber quién fue Picasso, Miguel Ángel, Da Vinci... ¡No puedo ser una ignorante!

—Eres demasiado psicótica...

—Mira, estos libros que llevo hoy son sobre las obras de la galería nacional donde iremos mañana —resaltó y encendió el motor.

—¿Y?

—¿Cómo que y...?!

—¡Será una visita guiada! ¡Para eso están los maestros!

—¡No puedo discutir contigo, voy a bajarte en la primera esquina que encuentre! —masculló. Viola no podía estar sin sumar alguna actividad a su ajetreada agenda.

Vivía acelerada y casi fuera de control, con los nervios de punta, esperando alguna orden o pedido que cumplir para que le dejaran algún día administrar la galería de su familia.

Estaba al pendiente de cada comentario positivo para ella, su vida se basaba en esa galería al lado de su padre, que era un hombre muy preparado. Sin embargo, ella quería ser mejor.

Desde generaciones los hombres de la familia eran quienes se encargaban de la galería y de conseguir nuevos objetos, mas su hermano Vicent era todo un arrogante y tonto, por lo que ella sería la primera mujer Halley en tomar el mando.

—¡Ve más despacio, Viola!

—¡Estoy tarde, estoy muy tarde! —refutó.

—¡Si chocas estaremos más tarde o quizá ni estemos!

—¡Kayla, pareces mi conciencia, cállate!
—¡Claro que me callaré por toda la eternidad si no frenas!
—Está bien, iré más despacio —dijo de mala gana.

Dejó a su amiga en su casa, pasó por un autoservicio de comida rápida e iba comiéndola por el camino dentro del vehículo.

—¡Cinco minutos tarde! ¡Cinco minutos... tarde! —gritó con la boca llena y tocó el timbre de la señora Bingley.

—Seis minutos tarde, señorita Halley, *dis-ci-pli-na* —expresó la señora Bingley—, sin disciplina no se llega a ningún lugar.

—¡Lo siento... señora!

—¡Y vienes con la boca llena! —se escandalizó la dama.

A Viola no le quedaba más que aceptar todo lo que le decía, la mujer cobraba por hora y ella le hacía fallar con otros clientes.

—Bien, señorita Halley, siéntese, y toque *La Toccata en Re Menor de Jean Sebastian Bach* —ordenó la mujer.

—Ahora sí repruebo —susurró al colocarse en posición para comenzar.

Su día no mejorana, pasó su examen, pero a duras penas, llevaría una calificación pésima a su casa al llegar la noche. Salió de la casa de la señora Bingley y sintió el choque del crudo invierno.

—¡Qué frío! —exclamó al sentir cómo se le quemaban las mejillas en el trayecto de la puerta a su auto.

Puso la calefacción dentro del auto y ordenó sus libros a su lado para bajarlos con rapidez. Luego debía de dirigirse hasta su casa, que quedaba a una hora del hogar de la señora Bingley.

Tenía sueño y se sentía un poco desanimada por su calificación.

—¡Bach! Ni en mis sueños se me hubiera ocurrido —se lamentó.

Todo era su culpa, sumaba actividades y no las practicaba. Quien mucho abarca, poco aprieta.

Después de colocar la radio para intentar encontrar su yo interior y calmado, se serenó y condujo con tranquilidad. El portón eléctrico se abrió al detectar su vehículo acercarse.

Paró el auto y tomó sus libros para bajar.

—Vengan, bebés, menos mal son cortos —susurró, parecía una loca.

Entró por la puerta principal dirigiéndose a la sala.

—¿Cómo te fue? —preguntó su madre.

—He tenido mejores exámenes. —Tiró el cuerpo en el sofá.

—¿Quieres algo de comer?

—Sí, por favor, mamá, quisiera comer en mi habitación.

—Bien, se lo pido a Lucille.

—Gracias, ahora intentaré mover mi perezoso trasero, ¿me cargas, Ma?

—Ya estás grande, te llevo luego la comida, ¿sí?

Viola subió desgastada. Necesitaba un descanso, pero mañana era el recorrido y debía saber algo al menos. Encendió las luces y se acostó en su cómodo somier.

Miró unos minutos al techo y tomó uno de los libros.

—Unadelaspinturasmásantiguas... —leyó en voz alta para no dormirse.

Todo su esfuerzo fue en vano, cayó rendida en los brazos de Morfeo.

Media hora después, su madre entró con la comida y la encontró completamente dormida.

—Pequeña, debes descansar, no te presiones más. —Dejó la bandeja en la mesita para sacarle los zapatos y la bufanda.

Observó el celular de su hija que estaba casi sin carga y lo enchufó.

—Mañana será un nuevo día —susurró su madre dejándole un beso.

Escocia, 7 de octubre de 1780

—Quédese quieto, excelencia —solicitó el pintor.

—Aquí quien da las órdenes soy yo, usted debería apresurarse y no tenerme aquí inmóvil tanto tiempo —gruñó con mal genio.

—Henry, cariño, ya cálmate —pidió su madre.

—Este mequetrefe me tiene hace días en la misma posición, estoy hastiado —se quejó—, debería mandarlo azotar. Venir desde Londres solo porque supuestamente el charlatán este puede retratar más que un rostro... Invenciones tuyas, madre.

—Tiene manos mágicas, te lo puedo asegurar —contestó Lady Camile.

—Pues espero así sea, charlatán, de lo contrario, le cortaré las manos —amenazó el duque.

Ramsay pintaba con tranquilidad al Duque mientras él se quejaba. Podría retratar la ansiedad de cumplir con sus obligaciones de continuar con la tradición de su familia, la preocupación de no ser quien su madre esperaba para suceder a su fallecido hermano Duncan, su amargura por haber dejado lo que amaba por ser un duque, su vida de paz y tranquilidad solo ocupándose de los negocios y, en la actualidad, tenía la pesada carga del título en sus hombros, aquello llenaba sus días de tristeza y soledad.

Mezclaba los colores para obtener con exactitud el retrato que él quería para tener en su mansión y que quedara en la historia como el quinto Duque de Somerset.

Un hombre acostumbrado a tener muchas mujeres. Tuvo una vida despreocupada por treinta años; de pronto su hermano fallece de pulmonía, sin haberse casado y sin herederos, al menos, bastardos.

Su vida llena de obligaciones ducales carecía de sentido. Le gustaban las fiestas, pero para ir a beber y comer. Ahí raramente conocía a mujeres ligeras. Para aquel entonces debía estar observando a cada dama como si las estudiara, aunque en realidad eso hacía, cazaba una esposa. Era similar a un halcón pescando a una rata entre los matorrales, salvo que aquella era la jungla escocesa. Antes de ser duque, las damas no le prestaban atención. Su cabello marrón y ojos verdes les resultaba poco atractivos. Quizá fuera la carencia de un título importante, el cual poseía Duncan.

En ese momento, siendo el nuevo duque, aquellas mismas damas que lo habían visto por encima del hombro, rogaban su atención, mas su orgullo era feroz. Esas mujeres jamás estarían ni cerca de ser candidatas a duquesa.

—Henry, querido, ¿has visto los excelentes modales de Lady Hateway? Eso sin mencionar su porte, belleza y gracia, parece una hermosa ave —describió su madre para que se fijara en esa dama.

Henry miró a Lady Hateway y recordó que ella jamás lo había siquiera observado y, en ese instante, tenía aquella mirada petulante y coqueta que lo molestaba.

—Puede decir todas las virtudes que tenga en su cabeza y que aquella dama le haga intuir, madre, pero puedo aseverar que, de grácil ave como una garza o quizás una cigüeña, solo tiene las plumas, pues más bien se asemeja a un ave menos noble: un buitre —alegó.

—Cariño, deja esa actitud grosera, no puedes juzgar a todos sin conocerlos. He de admitir que esa dama se hace valer más de lo que cuesta —confesó su madre—, pero esto es así, Henry, nadie dijo que buscar esposa era una encomienda sencilla.

—¿Sugerencias, madre? —preguntó con aquella voz seria y falta de emoción, con un rostro sin una sonrisa que regalar. Esa actitud lo acompañaba desde que asumió el título.

Antes era jovial y extrovertido, pero él sentía que le quitaron todo lo que amaba y, sobre todo, su libertad. ¡Oh, Duncan, cuánto peso cargaba!

—Ve a conocerla y, por favor, no seas grosero.

—Esta sociedad me perdonaría cualquier impertinencia y humillación por ser un duque, tienen poca

memoria para los aristócratas poco educados cuando hay intereses de por medio.

—Mi querido Henry, deja de torturarte y acepta quien eres ahora.

—¿Y quién soy?

—El duque de Somerset.

Henry hizo una pequeña reverencia a su madre y se dirigió a lady Hateway.

—Disculpen la interrupción, mis amables damas —conceptuó lo más sociable que pudo—, pretendo solicitar una pieza a Lady Hateway...

Las otras damas que estaban con ella, colocaron sus abanicos sobre sus labios y sonreían con poca discreción, se sentían emocionadas de que un duque posara sus ojos en una de ellas.

—Será todo un honor, excelencia —aceptó la dama y acompañó a Henry hacia donde empezaba el baile.

En Escocia, lo más típico era una danza escocesa, donde al menos no tenía que acercarse demasiado a la mujer. La invitaba solo por no desalentar y decepcionar a su madre. Sabía que tenía sus esperanzas en él y no quería decepcionarla.

—¿Le gusta escocia, excelencia? —Movié con rapidez sus pestañas para llamar su atención.

—No, pero debo estar aquí.

—Escocia es hermosa en esta época del año, más que Londres. —Hizo la misma treta.

—Disculpe, ¿se le metió algo en el ojo o intenta convocar mi atención a esa zona de su rostro? Déjeme decirle que su descaro al observarme durante la velada ha estado fastidiándome. Las damas decentes no observan de esa forma a los caballeros.

—¡Cuánta impertinencia!

—El suyo es un descomedimiento real.

—Es una lástima que el verdadero duque haya muerto y que un grosero quedara en su lugar —hostigó Lady Hateway.

—Le recuerdo que llevamos la misma sangre; también que usted deje de soñar con aspirar al título de duquesa, le quedaría enorme —contestó Henry al colocar sus dos manos tras la espalda, se agachó e hizo una pequeña reverencia para dejar plantada a lady Hateway en pleno salón ante la mirada de los nobles de Escocia.

La alarma del celular sonó a las 6:30 a.m. A duras penas Viola logró abrir los ojos.

—¡Dame cinco minutos! ¡Solo cinco! —gruñó somnolienta e intentó alcanzar el celular que su madre enchufó la noche anterior.

Apagó la alarma y recostó su cabeza de nuevo en la almohada. Había dormido como nunca, pero igual sentía que no descansó.

Buscó su ropa en el armario. Llevaría unas botas bajas, una campera de cuero negra y larga, junto a unos vaqueros con medias largas que le ayudaran a mantener el calor. Tomó una deliciosa ducha, pero aún le costaba abrir los ojos, se la pasaba bostezando a cada paso que daba.

—Buen día, dormilona —saludó su padre.

—¡Papá! —exclamó y corrió a abrazarlo—. ¡Volviste!

—Volví por la madrugada, quise darte una sorpresa. —Sonrió.

—Eres la mejor sorpresa de todas, ¿y mamá?

—Está preparando un delicioso desayuno caliente, afuera la temperatura está muy baja.

—¿Qué me trajiste de tu viaje, papá?

—Una cámara digital de excelente resolución. Los japoneses son maravillosos, cada vez más tecnología. Estoy pensando en cambiarte ese celular sencillo por uno al que le dicen táctil.

—¡Qué feliz me haría un nuevo celular con más píxeles! Se verían mejor las obras de arte en elzoom.

—Está muy bien.

—¡Ay, Kenneth, mira mi collar! ¡Se ha desprendido! —lamentó la madre de Viola al llevar el desayuno y mostrar su precioso collar de oro.

—Te lo puedo llevar a reparar, mamá. Al salir de la galería puedo pasar a algún joyero.

—Gracias, Viola —agradeció su madre en el momento que colocó el collar en su mano.

Terminaron de desayunar y Viola besó a sus padres despidiéndose de ellos en la puerta.

—¡No olviden que estaré temprano en la galería! —les recordó mientras subía su mochila al auto.

Manejó hasta la casa de Kayla y luego la llamó para que saliera.

—¡Ya estoy afuera! —avisó por teléfono.

—¡Yavoy! —contestó Kayla.

Iban riendo hasta llegar a la universidad de donde saldría un autobús que las llevaría a la galería.

—¿Lograste leer algo?

—¿La verdad? No pasé de medio renglón.

—Eso significa que esto estará mortalmente aburrido —se lamentó Kayla.

—No es eso, solo no pude mantenerme despierta.

—Te lo dije, te estás volviendo loca con eso de dirigir la galería.

—Es que deseo eso, me estoy preparando para hacerlo, soy capaz.

Llegaron hasta el lugar donde el autobús las esperaba y continuaron con su plática.

Después de bajar, se juntaron en filas dobles para el recorrido.

—Bien, alumnos, empezaremos por las familias de la aristocracia más antiguas de Reino Unido. Conocerán un poco sobre la gente más pudiente de su tiempo, echarán de ver sus rostros y, según la historia, su forma de ser.

El recorrido era de lo mejor, conocía la mayoría de las historias, pero de algunos ni se imaginaba que habían tenido colecciones invaluableles a lo largo de sus generaciones.

—Recuerden no tocar nada, estas obras fueron hechas por artistas renombrados de su época —les rememoró la maestra—. ¡Oh, miremos aquí! Esta es una obra del escocés Ramsay, es el duque de Somerset.

—Como que se ve arrogante, ¿no creen? —preguntó Kayla mientras todos reían.

—Henry August Beaufort Wenham, no era el más querido de los aristócratas de su tiempo, era como dijiste, Kayla; arrogante, pomposo, petulante... básicamente un incordio con el que todas las damas deseaban casarse por el título de duquesa. Era uno de los nobles más quejosos de aquel entonces. Si quieren saberlo, sí, se casó con Lady Theresa, la hija del conde de Shaftesbury...

Viola se quedó atrás mirando los jarrones que pertenecieron a lady Perth. Les quitó una foto con la cámara digital y luego quitó otra a todo el salón de la galería.

—¡Oh, por Dios, me han dejado! —masculló y buscó a su grupo que estaba frente una pintura.

—¿Y por qué era tan amargado, maestra? —preguntó una de sus compañeras.

—La historia dice que Henry Beaufort era un libertino despreocupado, pero cuando su hermano Duncan Allan Beaufort Wenham, 4to duque de Somerset falleció de pulmonía en el otoño de 1778, la responsabilidad le había caído como un yunque en la cabeza, era el último de la dinastía Beaufort, si él no tenía herederos, el título y las posesiones pasarían a otro apellido, cosa que al final sucedió debido a que no concibió hijos con su esposa.

—¡Y ya sabemos por qué! —se burló otra vez Kayla—. ¡Por amargado!

—Kayla, compórtate —reprendió su maestra.

—Mira, Viola, ¿verdad que es un amargado? —señaló su amiga codeándola para que se fijara en la pintura.

Ella ladeó la cabeza y miró a los ojos verdes de la pintura.

—Más bien me parece muy triste, estaba enfadado cuando lo pintaron... Puedes ver sus facciones, no estaba para nada feliz.

—Lo que dice Viola es cierto, el duque estaba muy enojado cuando lo pintaron. Había amenazado a Ramsay con cortarle la mano si no acababa rápido —agregó su guía.

Viola sonrió al ver la pintura. El intento de pose de aquel duque no Salió bien. Sin embargo, su rostro reflejaba un inquietante sufrimiento o tal vez disconformidad.

—Continuemos —soltó la maestra e hizo caminar al grupo, salvo a Viola que quitó la cámara digital —. ¡Viola, no saques fotos! ¿Quieres que nos echen?

—No puedo no sacar una foto de este retrato. Mi padre debe verlo, en la vida había visto una expresión así, es como si estuviera vivo y mirándonos.

—Seguro lo estás dejando ciego con el *flash*.

—¿Dónde está el nombre de la pintura?

—Ahí abajo. —Le mostró su amiga bajo la pintura.

—El déspota con corazón —pronunció Viola.

—Sí, sí, ahora vamos con el grupo, estamos quedando muy atrás.

—¿Qué sucedería si la toco?

—Obvio, si lo rompes, lo pagas —contestó apurada su amiga. Viola miró a todos lados para poder tocar la pintura. Acercó sus manos al rostro del duque de Somerset y lo acarició—. ¡Suficiente, vamos!

—La estiró Kayla, pero ella no se movía.

—¡No puedo, Kayla! —exclamó pegada a la pintura. Entretanto, veía cómo su brazo iba desapareciendo.

—¡Dios mío, Viola, tu brazo! —La estiraba su amiga con más fuerza, aunque sin resultado.

—¡Ayúdame, Kayla! —pidió con medio cuerpo desapareciendo.

Kayla seguía tomando a su amiga de la mano. No obstante, ya casi desapareció por completo siendo también arrastrada por la extraña fuerza que las metía en la pintura.

Capítulo 2

Todo se había puesto oscuro, no soltaba la mano de Kayla en ningún momento. Estaban en la nada.

—Kayla, ¿dónde estamos?! —preguntó Viola al despertar.

—¿Piensas que soy astrofísica?! ¡No tengo idea, pero sea lo que sea, no me sueltes! Dame tu otra mano.

—¡Pero la cámara!

—¡Suelta la maldita cámara! —le gruñó—. Es por tu culpa que estamos aquí... en la nada, en la tercera dimensión, en el infinito, en el óbice mortal, en el triángulo de las bermudas o el apocalipsis zombi. ¡No sé dónde estamos! ¡Sabía que nos ibas a meter en un problema!

—¡Es la cámara que me dio papá!

—Suéltala e intenta tomar mi mano, no debemos perdernos, algo nos está succionando —advirtió Kayla.

Viola soltó la cámara y trató de tomar la otra mano haciendo un gran esfuerzo, pero a medida que más intentaba alcanzarla, la otra se soltaba por la succión.

—¡Me suelto, Kayla! —gritó asustada.

—¡No! —exclamó su amiga aferrándose a ella, mas la presión era más fuerte y ambas se soltaron yendo a parar cada una en unas direcciones diferentes—. ¡Viola!

—¡Kayla!

Perdió de vista a su amiga. Estaba sola, no sabía dónde o cuándo empezó a ver una luz al final de tanta oscuridad. De repente, sintió que cayó en un árbol mojado.

—¡Oh, por Dios! —masculló al mirar a su alrededor.

Al parecer, era de noche, y llovía, sentía las gotas heladas en su mejilla.

Se movió para intentar ver cómo bajar de aquella altura, pero un mal movimiento la hizo caer desde muy alto con dirección a un charco. Su suerte no podría empeorar; caía un efluvio, le dolía todo el cuerpo, era de noche y no sabía dónde estaba.

Entre sollozos y castaño de dientes, intentó levantarse del charco.

—¡Kayla! —exclamó a la nada—. ¡Kayla!

No recibía ninguna respuesta, por lo que su llanto se hizo inminente. No sabía si se ahogaría con las lágrimas o con las gotas de agua helada que caían de aquel relampagueante cielo nocturno.

Los grillos y los renacuajos eran los únicos que la acompañaban.

—¡Maldita curiosidad! —lamentó llorando a mares—. ¡Quién me manda a ser tan codiciosa! ¡Debí hacerle caso a la inteligencia promedio de Kayla y no tocar el rostro del duque con corazón! ¿Ahora qué vas a hacer, Viola? ¡Qué vas a hacer! ¡¿Dejar de chillar y camina, busca un refugio?!

No veía ninguna luz que le indicara estar cerca de alguna calle, quizá se encontraba en algún parque de Londres. Tal vez ese agujero la tuvo varias horas hasta hacerse de noche y luego la liberó. Caminó tomándose de ambos brazos para intentar mantener su calor corporal o al menos lo que quedaba. Tenía las piernas, el cabello, cara y panza mojados por su caída al charco. No sabía por cuánto tiempo caminó hasta que ya no dio más, se quedó recostada bajo un árbol.

—¡El celular, bruta! —Se golpeó la cara y luego agarró su pequeña mochila para buscarlo—. ¡Sin señal! ¡Sin señal! ¡No puede ser! —Intentó marcar a emergencias, pero le decía «fuera del área de cobertura». ¡¿Cómo podía ser posible?! Miró la hora, 10:30 de la mañana—. ¡Esto no es posible! Debe

ser un mal sueño, Viola, quizá Dios te esté cobrando cada una de tus maldades. Si es así, ¡Diosito, perdóname por haber robado cinco libras de la cartera de papá! ¡Si esa es la razón, lo siento mucho!

Nada pasó con sus disculpas, continuaba sola, perdida y mojada en la oscuridad. Vagaba sin rumbo bajo la lluvia que después era llovizna y viceversa. Encontró un frondoso árbol con una enorme raíz, corrió hacia él y se refugió alumbrando con su celular los alrededores, tenía un pequeño lugar seco en el que se metió para conseguir calentarse. Sus dientes castañeaban con dureza sin dejarla tranquila, por más que lo intentaba, no podía dejar de hacer el ruido.

No sabía si era mejor estar sin ropa o con aquellas prendas mojadas, al menos la campera era de cuero y no estaba mojada por dentro, eso la reconfortó y la animó a quitarse las prendas inferiores y superiores se tapó por completo con la no tan pequeña campera.

Colocó la mochila como almohada y escuchaba a su estómago rugir de hambre. Recordó que tenía unos chocolates en la mochila, los sacó y se los comió con prisa.

—Espero que con esto me dejes dormir —ordenó a su estómago.

Sus pies le dolían de la caminata, estaban fríos y se acurrucaba lo más que podía a su figura observando el vapor que salía de su boca por el frío.

Esperaba que al menos alguien la encontrara al día siguiente para llevarla con sus padres.

Había dormido todo lo que pudo, pero de nuevo su estómago la castigaba con aquel incesante rugido.

El sol le daba en la cara mientras ella se levantaba del suelo debajo de esa raíz. Su ropa seguía un poco mojada, pero más soportable. La temperatura era de aproximadamente diecinueve grados, bastante fresco.

Se colocó las ropas e iba a empezar su caminata para buscar dónde quedaba la civilización más cercana, pero su pequeño foco incandescente hizo su aparición dándole una mejor idea: el enorme árbol.

—Será un largo trecho —opinó al escudriñar la altura del árbol. Subiendo quizás obtuviera mayor visual de dónde se encontraba.

Escaló con lentitud, pues algunas ramas le eran difíciles de alcanzar por la separación entre las otras. Después de mucho esfuerzo, miró desde la cima, solo vio más bosque y nada de civilización. ¿A dónde había ido a parar?

En lugar de encontrar la calma, su neurosis aumentó, aquel no era ningún parque de Londres, debía ser alguna reserva ecológica.

—Si es una reserva ecológica... —pensó—. ¡Seguramente hay animales! —chilló e hizo que muchos pájaros salieran del árbol golpeándola sin cesar.

Perdió el equilibrio y resbaló de árbol para quedarse unas ramas abajo, si caía de esa altura, sin duda moriría. Intentó bajar a pesar de los golpes que tenía, le llevó tiempo, mas consiguió hacerlo a salvo.

—Estoy literalmente perdida —dijo en voz alta—. Ahora solo debo escoger un camino, supuestamente todos los caminos conducen a Roma, esperemos que así sea.

—Por fin hemos terminado, excelencia —afirmó Ramsay.

—Ya era momento, este espasmo en el cuello no es fácil de curar —comentó el poco agraciado duque.

—¿Cómo quiere que se llame la pintura?

—Es lo que menos me importa, es solo para el salón, póngaselo usted.

—Como guste.

—¿No vas a ver tu retrato, Henry? —preguntó su madre mirando la pintura.

—Tendré suficientes años para observarme, ahora prefiero un espejo, quizás este charlatán me haya

agrandado la nariz.

—Yo creo que es perfecto, eres el más agraciado de todos los Beaufort que han existido, querido, te lo puedo asegurar.

—Exagera, madre. Señor Ramsay, tome su paga y coloque la pintura en el carruaje, nos la llevaremos.

—Con gusto, excelencia.

Ramsay se apresuró a colocar el nombre que él decidió para el arrogante duque de Somerset y luego firmó el retrato.

Lo tapó y de inmediato se lo llevó hasta el carruaje donde el duque observaba su reloj y luego a él con desaprobación, no le gustaba esperar.

—Este hombre no culmina nunca sus menesteres —se quejó Henry.

—Henry, querido, deja de ser quisquilloso, el retrato ha valido el espasmo —aseguró su madre.

—Espero que Inglaterra este más agradable que Escocia. Se precisa que ese retrato me haga ver como un duque.

—Un joven y apuesto duque en busca de una hermosa y educada dama digna de sucederme.

—No encontraré una dama digna como usted, madre. Llevo por esta, dos temporadas y no he encontrado nada.

—Es que debes ser más agraciado, no puedes pasarte las veladas con cara de entierro, tú no eras así.

—Los tiempos cambian y las responsabilidades apresuran.

—Estás muy presionado, debes distenderte quizás en la casa de campo.

—No quiero tener que visitar arrendatarios morosos, madre, pero tiene razón, todavía no iremos a Londres, nos quedaremos en el campo.

Habían desviado su camino a Londres, tomaron el sendero de una de las fincas productivas más cercanas a la gran Londres. Henry en aquella finca tenía a su mano derecha, Rupert, quien se encargaba de las ganancias por las tierras que arrendaba.

En un último informe que le pasó, la familia Becher no había cumplido con la cuota productiva. No le gustaban los deudores, si en poco tiempo no pagaban, los expulsaría sin piedad de aquellas tierras.

—Henry, no me gusta que pongas esa cara, nunca es bueno —alegó su madre.

—Recuerdo que existen deudores en este lugar, madre, nosotros no estamos haciendo regalos, damos nuestras tierras para que sean productivas y no para dar techo a los holgazanes —justificó.

—¿Te refieres al Señor Becher? Nunca se ha atrasado, debe estar ocurriendo algo.

—Pues ese no es asunto nuestro. ¿No le parece, madre? Debe cumplir con su cuota productiva.

—No deberías ser tan severo, quizás alguna de estas últimas tormentas destruyó sus plantaciones.

—¿Por qué no ha destruido las demás? Si mi razonamiento no falla, la misma tormenta tuvo que haber desgraciado la vida de los demás como la del Señor Becher, no caiga en la conmiseración, madre.

—A veces me pregunto qué hice mal contigo, Henry, para que te falte un poco de empatía. Sostengo que tú no eras así.

—Tal vez nunca me ha conocido realmente.

Durante su vida estudiosa en Eton, aprendió bastante sobre arte, política y el manejo del dinero. Siempre sintió mayor atracción por el arte y la administración que por la política, pero era el deber de un caballero contar con todos los conocimientos para las reuniones sociales.

Conocía los meses productivos y estimar sus ganancias. Que un arrendatario no cumpliera, no hacía mella en su fortuna. Podría perdonar la deuda u otorgar tiempo de gracia hasta la próxima producción, mas eso sería poner el mal ejemplo para los demás arrendatarios. ¿Qué tenían los Becher que los hacía

especiales o los distinguía del resto? Absolutamente nada. Parecía cruel, pero los compromisos debían cumplirse.

Llegaron hasta el caserón donde nadie se esperaba la visita del duque, llevaba mucho tiempo sin aparecer por ahí. Su hermano, cuando aún vivía, se pasaba la mayor parte del tiempo en aquel lugar condonando las deudas que iban contra sus arcas.

—Bienvenido, excelencia —saludó su capataz.

—Buen día, Rupert, mucho tiempo sin verte, he sabido de ti por los informes que me has enviado, después nada.

—No pensé que le importara saber sobre sus servidores, su excelencia. Debe estar muy ocupado para pensar siquiera en este servidor.

—No digas tonterías, Rupert —lo regañó la duquesa—, has sido amigo de mis hijos toda la vida.

El duque recordaba sus años de juego con Rupert y Duncan en aquellas tierras. Cuando ninguno de los tres conocía de responsabilidades y no importaba que Rupert fuera hijo de los sirvientes, sus padres siempre lo dejaron jugar con los de la clase obrera donde fuera.

—Acompáñame, Rupert, vayamos al despacho.

—¿Al suyo, excelencia?

—Mejor al tuyo, el mío debe estar vacío. —Esbozó un atisbo de sonrisa en aquel rostro serio.

Pasaron hasta casi llegar al área de servicio, donde él escogió que el anterior duque le montara un improvisado despacho para no olvidar a donde pertenecía, a la servidumbre.

—No es igual a su despacho, excelencia, pase —pidió Rupert.

Henry observaba el pequeño despacho limpio, ordenado y acogedor con una vista al patio trasero.

—Es acogedor —opinó.

—Siéntese, por favor, excelencia.

Henry empezaba a irritarse, no soportaba que Rupert hubiera perdido aquel trato informal de amigo y lo trataba como lo que era: su patrón.

—Rupert, ¿por qué me llamas «excelencia»?

—Desde que su hermano Duncan murió, entre la servidumbre se ha corrido el rumor sobre su mal humor y que alcanzaba a todos. No quisiera ser parte del grupo que pierda el trabajo por faltarle el respeto al duque de Somerset —explicó.

—No soy feliz, Rupert, ¿al menos tú podrías tratarme como siempre lo hiciste? Con aquella informalidad de amigos.

—No creo que sea correcto, excelencia.

—Yo te lo ordeno, Rupert —pidió.

El capataz se sentía incómodo, aquel hombre serio y elegante no parecía el despreocupado Henry de hacía años. Se había vuelto impersonal en el trato con las personas. Al parecer, no sabía cómo llevar la carga del título.

—¿Por qué eres infeliz, Henry? Tienes lo que cualquiera desea. Un título de duque, dinero, mujeres a tus pies y eres respetado —alegó, intentaba entender lo que le sucedía.

—No es esto lo que deseo, no estoy hecho para esto.

—Algún día debías sentar cabeza.

—¡Pero no así! —se alteró.

—La salud de Duncan siempre fue débil, en cualquier momento iba a suceder aquello.

—Él no lo merecía. Era un duque con todos los honores, no como yo.

—Lamentar lo que hoy eres carece de razón, mejor acepta y continúa.

Henry negó con la cabeza, él no quería madurar de aquella forma. Toda esa disconformidad lo llevó a una prepotencia sin precedentes.

—No llegaremos a un acuerdo, mejor dime, ¿qué sucede con el Señor Becher?

Rupert sonrió por su cambio en la discusión.

—El hombre enfermó y no pudo cultivar en el tiempo correcto.

—¿Lo has colacionado?

—No lo he hecho.

—¿Cuál es el motivo?

—Duncan siempre había contemplado la enfermedad como una opción para perdonar la deuda de ese año...

—Duncan y yo somos diferentes. Estas decisiones económicas no se toman a la ligera. Los colacionaremos mañana, te acompañaré para que no sigan pensando que las cosas son como antes. Todo es diferente —advirtió.

—Entendido, excelencia —respondió. Pese a haber hecho lo posible por los Becher, no consiguió que se le perdonara la deuda.

Llevaba tres días perdida en aquel bosque. Estaba hambrienta, insolada y desnutrida por la falta de alimentos. Comió unas pocas bayas y tomó agua de casi todos los charcos con enormes hojas de los árboles. Apenas se mantenía en pie mientras zigzagueaba sin saber qué dirección tomar. Cayó al suelo y quedó tendida comenzando su incesante llanto.

No encontraba ninguna civilización, estaba deseosa de comerse una succulenta hamburguesa con papas y gaseosa, bañarse y dormir. Trató de calmar su ahogo en la desesperación e hizo silencio. Escuchaba los pájaros trinar en aquel cielo desconocido, lleno de nubes extrañas y con ese aroma libre de combustible. Cerró los ojos e iba a entregarse a la inconsciencia cuando escuchó entre toda esa quietud, lo que parecía ser un arroyo.

Oyó el agua chocar contra las piedras. Era una gran sensación de alivio.

—¡Agua! —gritó emocionada, intentó levantar el cuerpo y seguir ese sonido. Era música para sus oídos.

Después de días bebiendo agua de charco, un arroyo sería lo ideal.

Sabía las cosas básicas de supervivencia, como: hervir el agua antes de beber. Sin embargo, como no contaba con los implementos, no se pondría arisca por unas bacterias del agua en estado salvaje.

Casi arrastrada, llegó hasta el brazo del arroyo donde rápidamente se arrojó a la orilla para meter las manos y beber el agua, pero sus manos estaban sucias, por lo que obvió lavárselas bebiendo dicho elixir como lo hacían los animales.

Por fin una sonrisa cruzó su rostro, se sentía más fresca, aunque igual de débil.

Luego de haberse bebido todo el arroyo, según ella, se sentó y miró correr el agua. ¿Qué más haría para salir de ahí? ¿Cómo estaban sus padres después de su desaparición? Desesperados por encontrarla, era seguro.

Volvió a ponerse melancólica llorando sin parar.

—¡No van a encontrarme nunca! —se desesperó.

¿Qué haría? ¿Continuaría tratando de sobrevivir o solo tomaría el camino fácil y desconocido de la muerte?

—¡No quiero morir con lentitud, ni devorada por algún animal! —bramó al ver a un buitre sobrevolar la zona. Miró otra vez el arroyo y lo decidió—. Al menos no me devorarás viva —susurró sin apartar la vista del animal.

Agachó la cabeza en el agua y se negó a respirar. Lo haría. No soportaba estar perdida.

—¡Frank! ¡Alguien se está ahogando! —alertó la mujer que pasaba a un costado del camino con su carreta.

—¡Bah! Tenemos muchos problemas, Ethel, para preocuparnos por otros.

—Frank, yo iré a ver qué sucede —soltó ella al bajar de la carreta y caminó apresurada hacia Viola que tenía el cuello sumergido.

La mujer de unos, tal vez cincuenta años, saltó sobre cada roca para llegar hasta ella.

—¡Muchacho! ¡Qué estás haciendo! —pronunció mientras tomaba del cabello a Viola sacando su cabeza del agua. Viola no emitía ningún sonido—. ¡Eres una muchacha! ¡Despierta! —Le golpeó en la mejilla.

—¡Ethel, deja ese cadáver ahí! —gritó su esposo.

—¡Vamos, reacciona, niña! —Dio otros golpes hasta que Viola empezó a escupir el agua y a toser—. Eso está mejor —se alegró Ethel, no le importó tampoco abrazar a la muchacha.

—Gracias a Dios... —emitió Viola antes de quedar inconsciente en brazos de la mujer.

Capítulo 3

—¡Despierta, niña! —pidió la señora.

—¡Ya deja el cadáver, mujer de Dios, debemos volver a casa, ya se hará de noche!

—¡Cállate, Frank! —le gruñó—. En lugar de ayudarme a auxiliarla. Es obvio que hubieras sido un pésimo padre.

El señor de edad bufó y bajó de la carreta.

—¿Qué quieres que haga, Ethel?

—Vamos a llevarla a casa, está débil y necesita alimento.

—No tenemos para sostenernos nosotros, ¿con qué la alimentaríamos?

—Más agua al caldo, Frank, ya saldremos de esta mala situación —aseguró la mujer—. Todo lo bueno que hacemos volverá a nosotros.

—Así lo espero, no quisiera que nos lleváramos un problema más a la casa.

Ambos cargaron a Viola en la carreta y partieron hacia su casa.

—¿No crees que tiene una bolsa muy extraña? —preguntó.

—Debe ser irlandesa o escocesa, esa gente es bastante rara —justificó ella.

—¿No te habrás confundido? Usa pantalones, debe ser un joven.

—Te aseguro que es una muchacha, la escuché murmurar.

Viola no daba señales de despertar, estaba muy cansada.

Llegaron hasta una cabaña cerca de unas tierras donde deberían estar las plantaciones, pero todo estaba recién preparándose para la siembra.

—Vamos a bajarla y llevarla al cuatro que era de Eugene —ordenó Ethel.

—¿Segura de que cabrá en esa cama?

—¡No es una cuna, Frank! —replicó su esposa.

Frank la llevó en brazos y la depositó en la cama mientras Ethel encendía una vela.

—Ve a encender la chimenea, necesitamos calor, querido, ya pronto prepararé la cena —pidió.

El hombre asintió y salió de la habitación.

Ethel le tocó la frente para saber si no tenía fiebre. Al menos enferma no estaba, sino parecía débil y con muy pocas ganas de vivir.

—Iré a prepararte algo muy bueno, querida, pronto te recuperarás —murmuró con cariño al acariciarle el cabello. Preparó la cena, sirvió un plato y se la llevó. Debía intentar que despertara—. Despierta, niña. —Le tocó el rostro.

Ella movió los ojos muy lento, pero sin abrirlos.

—Abre tus ojos, muchacha, he traído para ti un poco de comida —afirmó una mujer con voz dulce.

—¿C-Comida? —pronunció.

—Sé que estás muy débil, pero intenta sentarte para que pueda darte el caldo.

Lo intentó, mas la debilidad casi la mató con ese esfuerzo.

—Te ayudaré.

La mujer la acomodó colocando las almohadas detrás de su espalda.

—Abre la boca —mandó Ethel.

Ella obedeció y saboreó aquella cosa extraña que la mujer le daba, en definitiva, echaba en falta más condimentos, pero igual se lo comería todo, era lo más cercano a la comida que había tenido en

días, una baya más y se hubiera puesto morada. Miró a su alrededor. La habitación parecía rústica, de gente muy pobre, la tenue luz venía de una vela. Quizá la tormenta que hubo hacía unos días cortó la energía eléctrica y aún no se les reponía, al menos eso pensaba Viola.

—Muy bien, querida, te lo has devorado todo.

—¿No tiene más, señora? —inquirió todavía insatisfecha.

—Solo tengo pan rancio.

—Me lo comeré igual.

Ethel le limpió la boca y se retiró a buscar el pan.

—¿Ya vienes a cenar, Ethel? —preguntó su esposo.

—No cenaré, le daré mi porción a la joven, está muy hambrienta y también le llevaré la ración de pan que tenemos.

—Pero, ¡Ethel!

—Déjame hacerlo, Frank, no puedo ver a una joven de esa edad desamparada.

—Ella no es Eugene —le recordó con tristeza.

—Ya hace demasiados años de su muerte. Pero esta niña me la recuerda tanto, el mismo color de cabello, tan blanca y preciosa como ella —lagrimeó.

Frank suspiró, cansino.

—También entrégale mi ración —pidió.

—No, querido, tú debes estar fuerte para trabajar la tierra. Recuerda nuestra deuda con el duque de Somerset, vivimos en sus tierras, nos las arrenda para trabajar, si nos corre no tendríamos un lugar al cual ir.

El hombre se levantó de la silla y besó a su esposa.

—Tu corazón es grande, Ethel, piensas en todos, es lo que más amo de ti.

Ella le sonrió y fue a la habitación con el pan y el caldo caliente.

—Aquí te lo traigo, querida. —Le pasó el pan.

Viola lo tomó como si nunca hubiera visto un pedazo de pan, se lo metió a la boca y sonrió. No importaba que estuviera duro y tuviera un sabor raro, no como el pan que compraban en su casa.

—Dime, ¿cómo te llamas?

—Viola... —respondió con la boca llena.

—¿Qué hacías perdida en estas tierras?

Ella negó con la cabeza.

—No lo sé, estaba en Londres y luego aparecí aquí.

—¿Eres una joven de cuna?

—No. Yo pertenezco a los Halley.

—¿Halley? No los había escuchado antes, tal vez sean nuevos. Mi nombre es Ethel.

—Es un placer, Ethel —saludó—. Muchas gracias por la comida.

—No hay por qué, cariño. Recuéstate y descansa, mañana me contarás más.

—Gracias. —Sonrió Viola, se escurrió un poco más animada entre las sábanas. Hacía tantos días que no dormía bien, sobre todo, seca y que no se tomaba un baño, ni hablar, o al menos un baño decente.

A la mañana siguiente, Viola se despertó por el terrible cacareo de las gallinas, escuchaba graznar a los gansos y el extraño maullido de un gato. Se levantó de la cama y estaba sin sus botas, no se había dado cuenta de que no las tenía puestas. Caminó hacia la ventana y abrió.

—Es una granja —aseguró ella por el olor a estiércol de los animales.

Se dirigió a la puerta y se encontró con un señor de unos cincuenta años. Su cabello canoso brillaba al sol y sus ojos azules la escrutaban con curiosidad.

—Creo que debes tomarte un baño —murmuró él saliendo de la cabaña—. ¡Ethel, la joven despertó! —rezongó Frank, mientras cojeaba hacia la puerta de salida.

—¡Ya voy, ya voy! —avisó con la canasta de huevos en la mano—. Buen día, Viola.

—Ethel, buen día... —saludó avergonzada, oliéndose—. Sí, definitivamente coincidí con el señor, necesito bañarme.

—¿Frank te dijo eso? —Lo miró de manera reprobatoria—. ¡Qué falta de respeto, Frank!

—¡Si la joven se ha dado cuenta de que huele, pues que se bañe, Ethel!

—Te dejaré sin desayunar, Frank —lo amenazó.

—Por favor, no peleen. ¿Podrían prestarme un teléfono? No importa si es celular, necesito llamar a mi familia. Deben estar preocupados. Además, que no estoy asistiendo a las clases de arte en la universidad y la señora Bingley va a matarme si no ensayo con el piano.

Ethel y Frank la observaban con extrañeza.

—Esta niña se dio muy duro en la cabeza, Ethel. Te dije que debiste dejarla.

—No entendemos lo que pides...

—Bien, un teléfono para llamar, me sé el número de memoria, estamos en el campo, pero ya son civilizados, supongo. ¿Aún no les han repuesto la energía eléctrica?

—¿Qué es eso que dices, niña? ¿Practicas brujería? —cuestionó Ethel.

—¿Brujería? ¡No! ¡Es que no puede ser posible que no tengan celular o energía eléctrica, estamos en el siglo XXI! —exclamó con una sonrisa.

—Un lugar de reposo es un sitio para ella, Ethel, iré por mi pistola.

—¡Pistola! ¡Espere, señor, mire, le mostraré las líneas de tensión eléctrica! —indicó ella al otear a todas partes, pero no veía nada de eso. ¿Dónde demonios estaba?

—Estás asustándonos, muchacha —pronunció Ethel.

—¿Dónde diablos estoy? —indagó asustada, se puso a observar la cofia y la vestimenta de la mujer, también la ropa del caballero—. ¿Ustedes son Amish?

Ethel colocó su mano en el pecho.

—Pobre, ¿cuánto tiempo estuviste sin comer? El hambre te ha hecho tan mal.

—No... Yo... ¡miren mi ropa! ¡Soy de la Londres urbana!

—Vistes como hombre, qué cosa extraña.

—¡Es normal! —reclamó—. Desde principios del siglo XX las mujeres usamos pantalones. —Se quitó la campera y debajo tenía una remera que decía «I love London»; estaba empezando a ponerse nerviosa, aquellos viejos no la entendían—. No sé la razón por la que viven en estas condiciones; al menos, podrían decirme, ¿dónde tomo un autobús para ir a Londres o un taxi? Cualquiera estaría bien.

—Sigues diciendo incoherencias, ve a recostarte.

—¡Esa loca no vuelve a nuestra casa, Ethel!

—¡Estamos en el año 2009, por favor, son ustedes los incoherentes!

—Ay, cariño, ¿te caíste demasiado fuerte? —inquirió Ethel.

—Dos veces, pero... ¡Oiga, no estoy loca!

—Pues lo pareces entonces, estamos en 1780, querida —respondió Frank con ironía.

Ella no podía creerlo. Negaba con la cabeza.

—¡Qué broma! —rio enloquecida.

Frank entró a la casa y sacó un periódico de días atrás que recogió de la basura en Londres.

—Mira.

Viola lo tomó y, decía: *15 de octubre de 1780*.

—¡Oh, por Dios! —pronunció y cayó desmayada al suelo.

Henry estaba sobre su caballo, se dirigía a la zona que le arrendaba a los Becher.

—Henry, trata de no ser tan duro, el señor Becher casi pierde la pierna —comentó Rupert.

Él maldijo por lo bajo.

—Intentaré ser lo más amable posible —señaló para no desagradar a Rupert.

En la parte baja de la colina se podía ver la vivienda de los Becher y los animales que corrían alrededor. Frank había metido a Viola en la cama, con lentitud se incorporaba de la inconsciencia, lloraba a mares.

—¡Cómo pude parar aquí! —se quejó a gritos—. ¡Quiero a mi mamá, a mi papá e incluso al imbécil de Vicent!

—Trata de calmarte, querida —susurró Ethel—. Iré por un té para ti.

Ella lloraba desconsolada y estaba a moco tendido mientras asentía.

—Ethel, mira quién desciende la colina —indicó Frank con un dedo.

—¡Es el mismo duque de Somerset! ¡Nos va a correr!

—Eso me temo.

Pararon los caballos frente a la humilde cabaña y Rupert tocó la puerta.

—Buen día, señora Becher, el duque ha venido a charlar con su esposo —habló Rupert con amabilidad.

—¡Oh, pase, pase, por favor!

—Gracias... —murmuró Rupert, miró a Henry para que entrara, pero él estaba tratando de sacarse el estiércol de gallina de sus finas botas—. Henry...

Él alzó la vista y pasó a la casa. Observó aquel lugar lleno de pobreza que lo rodeaba.

—¿Qué puedo hacer por usted, excelencia? —preguntó Frank.

—Solo vine a recordarles que no hacemos caridad, por este año no los voy a correr, pero... —se pausó—. El año que viene deben producir el doble para cubrir este período y el siguiente.

—Pero, excelencia —reclamó Ethel—. Frank aún no se compone y yo no puedo hacerlo todo sola.

—Pues trabaje cuanto pueda, señora Becher —exigió Henry.

Viola dejó de llorar al escuchar unas voces. Se acercó a la puerta y oyó.

—Pero... —discutió Ethel.

—Haremos lo posible para cumplir, excelencia —asumió Frank.

—No quiero que existan rencores ni sentimentalismos inútiles entre nosotros, todos salimos beneficiados, por lo que puedo ver, están en la pobreza.

—No hemos producido nada, solo para el consumo particular y cuando necesitamos comprar cosas, vendemos lo único que tenemos, algunos animales, huevos, leche... —contó Frank.

—No estoy interesado en escuchar sus miserias, señor Becher, me interesa su promesa para cumplir la deuda —cortó Henry con frialdad.

Tras la puerta, ella no creía que aquel hombre, al que llamaron excelencia, fuera tan horrible, si tuviera su automóvil, definitivamente le pasaría encima.

—Este hombre es una alimaña —repuso Viola en voz baja con la oreja pegada a la puerta.

—No se preocupe, excelencia, cumpliremos —aseguró Frank.

—Vi que están preparando la tierra, es un buen comienzo —comentó Henry al caminar alrededor de la casa observándolo todo.

Mientras él vivía en la más absoluta opulencia, aquellos arrendatarios estaban en una pésima situación. Recordaba que fue con su padre a ese lugar alguna vez y tenían más cosas que en ese momento, al parecer, lo vendieron todo para sobrevivir.

—Vamos, Rupert, tengo más cosas que hacer —alegó dirigiéndose a la puerta—. Con permiso, señores Becher, que tengan buen resto de jornada.

—Disculpen a su excelencia, estoy seguro de que recapacitará. —Sonrió avergonzado Rupert al

abandonar la estancia.

—¿Quién se ha creído ese hombre?! ¡Parece un mafioso! ¡Es un déspota y animal! —expresó Viola yendo junto a Frank y Ethel.

—¡Calla, Viola! ¡Aún están afuera! —pidió Ethel con la mirada asustada.

—Ya oíste, Ethel, nos quedaremos sin hogar muy pronto, no podremos cumplir con nuestra deuda.

—Lo sé, Frank, ¿a dónde iremos?

—No lo sé...

Viola escuchaba y veía con impotencia la frustración en el rostro de ambos.

—Y tú, niña, deja de jugar y ve a tu casa con tus padres —mandó Frank en tono amargo.

—No sé cómo volver con mis padres, yo no pertenezco aquí —contestó—. Tampoco tengo a donde ir.

—¡Oh, pobrecilla! —exclamó Ethel abrazándola.

—¡No nos la quedaremos, Ethel!

—¡Por favor, señor, al menos hasta que encuentre una solución para volver a mi tiempo! ¡Prometo trabajar para ustedes!

—No es fácil. A veces no tenemos para comer, ¿cómo te alimentaríamos a ti? —relató Frank.

—No importa, necesito un techo para quedarme, no soy buena haciendo muchas cosas, pero aprendería rápido, lo juro —pidió Viola acercándose a él.

—Anda, Frank, acepta —pidió su esposa.

—Voy a arrepentirme de esto, Ethel —gruñó—. La niña se queda, pero... debe portarse bien y ser obediente.

—¡Obediente es mi segundo nombre, señor!

Afuera, Henry todavía continuaba mirando todo lo que le rodeaba.

—¿Cómo es posible que los Becher estén tan mal?

—Después de que su hija murió de pulmonía, ellos no fueron los mismos, Henry. Decayeron lentamente, hasta quedar así, por eso no los colacionaba.

Él buscó en su levita si tenía algunas monedas.

—Toma, ve adentro y dáselas al señor Becher. No le digas que es de mi parte, sino tuya —expresó—. Ahora me iré a cabalgar, volveré a la mansión para el almuerzo.

Rupert tomó ese regalo con una sonrisa. Henry todavía estaba allí dentro, su mala suerte no había tocado por completo su sentimentalismo.

Vio cómo él se alejaba con el caballo, luego se dirigió a abrir la puerta y encontró a una joven vestida de hombre con extrañas vestiduras.

—Señor Rupert, ¿olvidó algo? —preguntó Frank viendo que él no le sacaba los ojos de encima a Viola.

—¿Quién es ella?

—¡Es nuestra sobrina, que vino desde... desde...! —No le salían las palabras al hombre.

—Derbyshire —completó Viola—. Si se pregunta por mi ropa, la misma tuvo un accidente y una familia me prestó lo que tenían. Es una pena que su hijo fuera muy pequeño —explicó por las prendas ajustadas que llevaba.

—Ella perdió toda su ropa antes de llegar, hay muchos maleantes, señor Rupert —continuó Ethel.

—¿Entonces su sobrina no tiene qué ponerse, Señora Becher?

—No, mi señor... —respondió y agachó la cabeza.

—Iré por algunas prendas de la señorita Yrene, es casi de su talla y de seguro le servirán algunos vestidos viejos a su sobrina.

—Es muy amable —declaró Frank.

—Les dejaré este dinero para que puedan atender bien a la señorita...

—Viola, Viola Halley... —desveló ella.

—Señorita Halley, si me permite, tardaré un poco, pero estaré aquí antes del mediodía. Tendrá algo que ponerse pronto.

—No sabría cómo agradecerle, señor.

—Con vestir como una dama es suficiente —tranquilizó.

Rupert tomó su caballo y se dirigió al gran caserón de su prometida, hija de un hacendado, Raymond Douglas. Su propiedad era colindante con las tierras del duque, por lo que una tarde, encontró a la bella dama cabalgando en tierras ajenas. Como capataz que era, debía correrla, pero en lugar de aquello, fue avasallado por la belleza e inteligencia de Yrene.

Después de varios rechazos del hacendado, que quería para su hija un hombre con título y algo que ofrecer, tuvo que rendirse ante el gran amor que ambos se profesaban. Si bien tenía dinero por ser el capataz de aquella finca, no olvidaba lo que era, un criado enamorado de una joven dama rica.

—Ese tal señor Rupert es muy amable —comentó Viola.

—Lo es, querida, nos ha ayudado a intentar mantener al duque lejos de nosotros, pero no sería por siempre —dijo Ethel.

—Bien, Viola, ¿qué sabes hacer? —cuestionó Frank—. ¿Sabes trabajar la tierra?

—En realidad, no sé hacer nada, soy un gasto para mis padres. Con suerte sé sacudir —confesó.

—Esto es muy grave, si no sabes cómo ser doncella, ¿de qué trabajarás? —expuso la señora.

—Aprenderé a cultivar la tierra, siembra hoy, cosecha mañana. ¿Qué tan difícil puede ser?

—Es un trabajo pesado —le advirtió Frank con rostro dudoso.

—Podré hacerlo, soy joven y ustedes me han ayudado, me salvaron, aunque no sepa cómo volver junto a mis padres —lamentó

—Todavía sigues con que eres de otro tiempo, pareces demente, muchacha. No andes diciéndoselo a todos porque te llevarán a un lugar para recluirte y dicen que es horrible —relató Frank.

—¡Les juro que tengo pruebas de lo que digo! —exclamó vehemente—. ¿Dónde está mi mochila? —Miró a Ethel.

—En la habitación.

Viola fue a buscarla y sacó su celular, lo tenía apagado para ahorrar batería, pero debía encenderlo o, de lo contrario, iría sin pasaje de regreso a un manicomio si ellos no le creían.

—Miren... —señaló al enseñar el celular—. Este aparato es lo que en el futuro nos permite comunicarnos con otras personas que están lejos, les puedo mostrar las fotos de mis padres y también de Vicent...

Ella se acercó a Ethel para enseñarle.

—Esta señora rubia es mi mamá, este es mi querido papá y él es mi estúpido mellizo.

La señora Becher no podía creer lo que veía, aquella cosa era muy extraña.

—¿Qué clase de magia es esta? —preguntó ella.

—No es magia, ¡es tecnología del futuro!

Dejando impresionada a Ethel, fue junto a Frank y le mostró el celular también. Se lo dejó en la mano, luego buscó su billetera para mostrar su identificación.

—Mire, señor, esta es mi identificación: Halley Brown, Viola Madeleine, dice aquí que nací el 19 de setiembre del año 1989 —indicó—. ¡Oh, mi registro de conducir, claro! La foto no es muy favorecedora, pero conduzco un Volkswagen Golf alemán 2008, regalo de papá.

Frank estaba confundido con todo lo que veía, no era muy bueno leyendo, pero Viola tenía razón.

—Entonces es cierto —murmuró.

—¡Soy una viajante del tiempo! —Sonrió—. Accidentada, pero viajante al fin, ¿no? Ahora necesito

saber en qué lugar estoy.

—Es Londres, la parte rural, querida... —explicó Ethel—. La gran Londres está un poco alejada, a hora y media en nuestra carreta.

—¡Qué bien, seré turista en mi propio país, pero en el pasado! —saturizó.

—Ya vete a dar un baño. No sabemos cuánto tiempo estuviste con esta ropa.

—Juro que fueron alrededor de cuatro horribles días. —Nunca le había ido tan mal en la vida para comerse bayas por tantos días.

—¡Pobre, te prepararé el baño! —ofreció Ethel corriendo para calentar agua.

—Yo puedo hacerlo, el problema será, ¿qué me pondría?

—Te cubrirás con una sábana. —Esbozó una sonrisa—. Los vestidos que eran de nuestra hija los habíamos regalado casi todos. El señor Rupert vendrá pronto a traerte hermosos vestidos. La señorita Yrene es un alma piadosa y muy cariñosa.

—Gracias —se alegró Viola.

Quería preguntar por la hija de ambos, pero no se animaba, al parecer murió y quizá no querían recordar las circunstancias. Viola observó cómo Ethel lo hacía, y el próximo baño se lo prepararía ella misma. No podía ser una carga para esas pobres personas que no estaban en buena situación. ¿Qué podía hacer una ciudadina en un lugar así? Evidentemente, marcar la diferencia, los ayudaría en la pequeña granja con los animales y la agricultura.

Henry llegó a la orilla del arroyo, se sentó bajo un árbol flexionando una pierna y la otra dejándola firme. Escuchaba a la naturaleza fluir en armonía por aquel lugar. Se dio cuenta que hacía tiempo no recorría su propiedad.

La última vez que vio a los Becher, Eugene tenía como quince años. Su cabello rubio volaba al viento la niña disfrutaba de todas las cosas de la naturaleza y ayudaba a sus padres en la siembra. Era muy educada y amable, siempre pendiente de los Becher. No podía siquiera concebir que la muerte de aquella alma noble dejó a los Becher sumidos en el olvido.

Arrojaba piedras al arroyo con actitud meditabunda. Fue cruel con los Becher, pero no podía echarse para atrás, aquella amenaza los haría trabajar y olvidar sus penas, al menos eso pensaba él.

El campo no siempre le encantó, si bien le gustaba, más le gustaba el murmullo de la ciudad. Tenía tantas cosas que hacer ahí, aunque, en ese instante, lo que menos necesitaba era ir a Londres.

Se sentía agobiado por la búsqueda de una mujer perfecta y digna de suceder a su madre como duquesa, mas no sabía si la encontraría entre la falsedad y la hipocresía. ¿Qué importaba que él quisiera a su esposa o ella a él? Lo que le daba real importancia a un matrimonio era la conveniencia para la sucesión del apellido y la alcurnia que estaba en su sangre. Era el último que quedaba con aquel nombre tan significativo para ellos. Solo otro digno descendiente, debía llevar ese apellido generación tras generación.

Él no conocía el cariño ni el afecto a una dama, solo las atenciones y las noches de compañía que podía tener. Nunca se inmiscuyó en la vida de ninguna de sus amantes y así era más divertido.

En ese entonces, estaba alejado de ese mundo. Sin embargo, cuánta tentación sentía al querer volver a ser un hombre despreocupado, libertino y vividor, pero estaba su madre a la que siempre había respetado y era la única que le impedía salir corriendo tras una falda.

Tal vez después que ella falleciera volviera a hacerlo o si aparecía una mujer que lo cautivara y enloqueciera, que no fuera su esposa, la tomaría de amante. ¿Quién diría nada? Tenía a Londres en la palma de su mano. Era normal que un noble de su clase se diera el placer de mantener una relación extramatrimonial.

Henry, después de cavilar todo aquello, negó con la cabeza, aún no se había casado y ya deseaba tener una amante pensando en lo infeliz que sería con una dama de alcurnia.

Capítulo 4

Por fin se sentía como una humana y no como una mujer de las cavernas, con olores rancios y de cebolla en el cuerpo. Se colocó un camisón de Ethel y esperó a que Rupert volviera con la ropa de la dama.

—¡Viola, aléjate de la ventana y ve a taparte en la cama! —gritó Ethel mientras sacaba zanahorias de la huerta.

—¿Qué tiene de malo que esté aquí?!

—¡El señor Rupert puede volver y yo no quiero que te vea con poca tela!

—¡Esto es demasiada tela hasta para mi abuela en el 2009! —se quejó y obedeció hasta cierto punto.

A lo lejos, Ethel distinguió dos caballos que se acercaban con rapidez.

—¿Es ese el señor Rupert? ¡Y con la señorita Douglas! —se exaltó.

Viola escuchó que los caballos se acercaban y fue hasta la ventana a curiosear.

—Buen días, señores Becher —saludó la señorita Yrene.

—¡Cuánta alegría verla, señorita Yrene! —correspondió Ethel.

—Sea bienvenida, señorita. —Le sonrió Frank.

—Así que el viejo cascarrabias sí sonríe —dijo para sí Viola desde su escondite.

—Me dijo el señor Rupert que su sobrina fue una desafortunada víctima de unos saqueadores, le traje ropa, ¿dónde está la señorita?

—Está en la habitación ya bañada —respondió la señora, afable—. Pasen, por favor, señorita Yrene, señor Rupert.

Ella corrió hasta sentarse en la cama como una niña buena, no pudo ver bien a la joven. Ethel abrió la puerta y ahí sí la vio perfectamente. Tenía el cabello castaño claro y los ojos verdes, era muy bonita. Le sonrió.

—Buen día, señorita Viola —pronunció Yrene mirándola de pies a cabeza.

Rupert también entró a la habitación. La sobrina de los Becher ya había dejado de parecer un mendigo.

—Buen día —respondió aún con la sonrisa.

—Soy Yrene Douglas, espero podamos ser buenas amigas. Le traje un poco de ropa —se presentó pasándole un gran bolsón.

—Eres muy amable.

—¿Necesitarás ayuda?

—Creo poder ponerme un vestido sin problema —aseguró.

Yrene se dio media vuelta para dejarla sola y tomó a Rupert del brazo para sacarlo de ahí. Entretanto, Ethel cerraba la puerta.

Viola metió la mano para sacar el vestido.

—¿Qué se supone que es esto? —cuestionó al voltearlo a todos los ángulos posibles—. Este... se ve complicado, veremos otro.

Levantó el siguiente y no era mejor que el anterior, todos los cuatro vestidos eran del mismo estilo.

—¡Auxilio! —profirió en voz baja. Debía pedir ayuda. Salió de la habitación con el vestido en la mano y llegó a la salita—. Necesito ayuda y mucha —rogó con vergüenza.

Yrene miró a Rupert que se levantó y salió fuera de la casa.

—Yo la ayudo —se ofreció y la tomó del brazo para guiarla de nuevo a la habitación.

Ella cerró la puerta y colocó los brazos alrededor de la cintura.

—Quisiera creer, señorita Viola, que es usted inocente de lo que la acusan mis pensamientos —habló Yrene al observarla.

—No comprendo —respondió ella.

—Verá, señorita, el señor Rupert es un hombre comprometido, quisiera que aquello le quedara muy claro.

—Acabo de llegar, señorita Yrene, no tengo intenciones de nada, ni siquiera me he fijado en él, solo sé que es un hombre amable y generoso con mis tíos.

—Espero que así sea y que sus insinuaciones disminuyan.

—¿Insinuaciones?

—Una mujer soltera jamás se muestra en camisión frente a un caballero.

Olvidaba dónde estaba, aquello era ridículo. Ella se dormía con diminutos trapos y salía *enshort* durante el verano, pero estaba en Londres de la época jurásica.

—Lo siento mucho, no ha sido mi intención, de donde vengo, es muy normal andar en camisión, espero me sepa perdonar.

Yrene suavizó su rostro y volvió a ser pura dulzura.

—Si usted no se fija en mi amado Rupert, no tendremos ningún problema. Discúlpeme por haberla amedrentado sin antes consultarle sobre sus tradiciones.

—No se preocupe, ahora, ¿me ayuda con el vestido?

—Por supuesto.

Ella le pasó unas enaguas por la cabeza, seguidos por el vestido, se lo ajustó casi hasta dejarla sin respiración y luego le acomodó la falda.

—¡No puedo respirar muy bien, estoy segura de que es por culpa de las hamburguesas! —exclamó y caminó con el torso endurecido. Se sentía extraña y casi sin aliento.

—¿Qué dijo?

—Nada, nada, iré por mis botas...

—¡Oh, Dios mío! ¡Cómo pude olvidar los zapatos! Le ruego que me perdone.

—No te preocupes, esos que tengo son muy cómodos. ¡Oh, no puedo agacharme! —expresó Viola intentando alcanzar las botas para colocárselas.

—Espere, la ayudo —dijo Yrene dándole una mano—. Tiene un aroma muy agradable. ¿Qué es?

—Sí, el cuero viene con esencia de chicle.

—¿Qué es eso?

—Creo que tengo un chicle en la mochila. —Tomó el bolso y sacó—. Toma, máscalo.

Yrene lo tomó y metió en su boca, pero tenía algo raro alrededor.

—¡Ay, no, Yrene, debes quitarle el envoltorio, escúpelo!

Agarró su pañuelo y con disimulo lo quitó de su boca.

—Te lo abro —pronunció mientras se lo quitó de la mano y lo abrió con los dientes—. Ahí tienes, cuando se queda sin sabor, escúpelo, pero no te lo tragues.

—Lo... ha abierto con los dientes —alegó asustada agarrando el chicle.

—Eso no importa, Pruébalo.

—Es... extraño... su consistencia es... rara —soltó a la par que mascaba el chicle.

—Trata de hacerlo con la boca cerrada, es de mal gusto mostrar cómo mascas y no hagas globos —recomendó Viola.

—Entonces no debería hablar, no se habla mientras se come.

—No, no, no... en este caso, sí, solo que es mejor que nos comamos estos dulces en secreto, tengo pocos y creo que ya no podré conseguir más.

—Está bien, es delicioso. —Sonrió Yrene. Mientras tanto, Viola miraba cómo mascaba mostrando el rosado del dulce.

Se sentía como una verdadera maestra, tal vez Yrene fuera una buena amiga el tiempo que estuviera ahí.

Henry volvió a la mansión un poco sudoroso, el sol estaba en lo alto del cielo, llegó justo para el almuerzo. Entró y por fin se sentía fresco.

—¿Qué demonios? —cuestionó y vio la pared del salón principal. Encima de la chimenea se encontraba el retrato que pintó aquel charlatán.

—¡Ya regresaste, Henry! —lo recibió su madre con un beso en la mejilla.

—¿Qué hace eso colgado ahí?

—Es tu retrato, querido, es para mostrarlo y no para esconderlo. Mira esos ojos, parecen estar vivos, ya lo he dicho, ese hombre es un verdadero genio, te ha retratado a la perfección.

Él se acercó a la pintura, levantó una ceja y con incredulidad, dijo: —He de lamentar mi cansada pose de por vida, se nota mi escepticismo con respecto al talento del hombre.

—¡Ese ceño fruncido es adorable!

—Yo diría, más bien, deplorable, prefiero que quiten eso y pongan la de Duncan.

—La de Duncan irá a la mansión de Londres donde están todos los duques y esta se quedará aquí por un tiempo para que todo aquel que visite estelugar, pueda ver a mi amado Henry.

—Ya me conocen personalmente, madre, no creo que este retrato ayude a que la sociedad me ame y menos con el evidente espasmo. Parece que fui atacado por perros en esa posición.

—Qué duro eres contigo mismo, Henry.

—Quiero que quiten eso, y es una orden. Tantas guineas para un charlatán... —masculló mientras iba hacia su habitación.

Odiaba aquella pintura, era tan él, retrataba su amargura y más por eso lo detestaba. Se recostó y esperó a que le avisaran cuando estuviera el almuerzo.

Un toque de la puerta lo hizo despertar de su pequeña siesta.

—¡Adelante! —gruñó con la voz pastosa.

—Di-Disculpe, excelencia, el almuerzo está listo —avisó una doncella.

Se levantó de golpe y se acomodó la ropa lo mejor que pudo.

—¿El señor Rupert ha llegado?

—Acaba de llegar, está presto para almorzar con el servicio.

—¿Con el servicio? ¡De ninguna manera! Coloca a Rupert con mi madre y conmigo en la mesa.

—Como ordene, excelencia —reverenció y se retiró como si le hubieran salido alas.

Sentía unas terribles molestias estomacales, quizás era el hambre con sus grandes ganas de dormir y no ser molestado.

Rupert estaba con el rostro serio esperándolo para almorzar.

—Siéntate, Rupert —ordenó Henry.

Incómodo, se sentó donde le indicaron.

—Ya quita esa cara, Rupert, eres parte de la familia —lo apoyó la duquesa.

—Gracias, excelencia —refirió, observándolos a ambos.

Comenzaron a comer en silencio. A Henry le incomodaba eso cuando estaba con Rupert, sentía que su amigo ya no quería hablarle.

—Has tardado mucho después de salir de los Becher —comentó Henry.

—La sobrina de los Becher estaba en la casa y la pobre había sido abordada por maleantes, la

despojaron de sus pertenencias, incluyendo su ropa. Fui a casa de la señorita Douglas para pedirle que le diera algunas prendas.

—¿La señorita Douglas?

—Ella es mi prometida.

—¿Es tu prometida desde hace cuánto?

—Seis meses. En cuatro días es nuestra fiesta de compromiso —respondió con cierto temor ante la iracunda mirada de Henry.

—¡Y no se te ha ocurrido invitarme! —le gritó casi haciendo temblar la mesa.

—¡Henry! —reprendió su madre.

—No pensé que te interesara ir al compromiso de uno de tus empleados.

—¡Tú no eres un empleado más, Rupert! ¡Estoy harto! —Se levantó de la mesa.

Rupert corrió tras él para alcanzarlo.

—¿Qué esperabas, Henry! ¡Dime! —reclamó.

—¡Quiero que tomes el maldito lugar que te corresponde en esta casa!

—¡Soy un bastardo, ni siquiera llevo el apellido de ustedes! Solo de esos amables sirvientes que me acogieron.

—¡Eres mi hermano, Rupert, no deseo callar más esta verdad!

—Es mejor que la duquesa nunca lo sepa, no deseo que me odie por ser fruto de una infidelidad de su esposo.

—Ella te aprecia como a un hijo, no dudes de su amor por ti.

Rupert negó con la cabeza.

—Déjame como estoy, así me irá bien, soy tu capataz, el mejor pagado de la región, es suficiente para que pueda darle una buena vida a la señorita Yrene.

—Esto no se va a quedar así, Rupert —advirtió—. Pediré una audiencia con su Majestad para que te reconozca y te otorgue uno de los títulos de la familia Beaufort.

—Te pido que no lo hagas, hazlo por tu madre, no querrás matarla de un disgusto.

—Prefiero verlo del lado que, si me pasa algo, un Beaufort quedará al frente de todo.

—No quiero ser un duque, ni un conde.

—Eso no me importa, te daré lo que te corresponde y asunto arreglado. También quiero mi invitación, aunque de todas formas asistiré.

El joven buscó en su bolsillo y se la entregó.

—No pensé que quisieras asistir, aun así, tenía una para ti.

Henry por fin había dado una sonrisa verdadera.

—Que todo corra por mi cuenta. Quiero que sea el mejor evento de la región, es la fiesta del hermano del duque de Somerset —anunció y lo abandonó en aquel lugar.

Viola, pareciendo una mujer de la época, se recostó en la cama para dormir hasta el día siguiente. Durmió muy bien, pero los mosquitos casi se la comieron, no tenían ni siquiera espiral o una de esas pastillas que se enchufaban. ¡Oh, por supuesto, no había electricidad!

Aquel gallo no paraba de cantar, debía colocar su reloj de mano a la hora en la que se encontraba en ese tiempo.

—¡Es hora de levantarse, Viola! —avisó Frank.

Somnolienta y fregándose los ojos con las manos, abrió la ventana y miró.

—Todavía no ha amanecido —cuestionó.

—¿Pues qué esperas? ¿Que el sol esté alto y tengas calor? En el campo uno se despierta temprano y trabaja; por la noche uno se duerme temprano y vuelve a levantarse temprano.

—¿Es en serio? —masculló arrojándose a la cama.

—Dijiste que me ayudarías, tengo mucho que cubrir.

Viola lo lamentó en su corazón, no quería levantarse temprano, pero debía ayudarlos, se había comprometido por un techo por el tiempo que se quedaría en aquel universo paralelo.

—Bien... —contestó desanimada.

Estuvo durante casi tres días intentando que la vida del campo fuera lo suyo. Sin embargo, no sabía utilizar los pesados elementos para arar la tierra. Tenía las manos llenas de callos y todo su cuerpo le dolía.

—Frank, creo que ella no es para la el campo —opinó Ethel al señalar con la cabeza a Viola que intentaba agarrar el cuchillo para cortar sus alimentos.

—Es cierto, el campo no es para débiles.

—¡Yo... lo siento tanto! —lloró, se sorbió los mocos y continuó—. Soy una inútil, buscaré alguna cosa para hacer, quizás un trabajo de doméstica en Londres o tal vez la señorita Yrene pueda ayudarme.

—¡Ay, Frank, ya hiciste llorar a la niña! —le gruñó Ethel. Se acercó para abrazar a Viola—. No le hagas caso, querida, ya encontraremos algo en lo que puedas ser de gran utilidad.

Ella se seguía sorbiendo las flemas. Solo conocía a esas personas en aquel lugar y no quería que la corrieran, debía encontrar un trabajo remunerado.

Aquel era el momento en que lamentaba no haber fregado cubiertos y limpiado su casa, eran acomodados en Londres, tenían alguien que lo hacía todo. Además, su madre la consentía tanto, que no la dejaba hacer nada.

Después del almuerzo, Viola se encontraba bajo un árbol junto a Ethel mientras ella cosía una de las prendas de su esposo.

—Si quiero ir junto a Yrene, ¿qué dirección debo tomar?

—No estarás pensando en ir a verla ahora.

—El día está nublado, pero estoy segura de que no lloverá. Además, el sol no estará tan abrasador para quemar mi piel.

—Espérame un momento aquí —pidió—. Si vas a ir hasta allá, al menos llevarás algo que te proteja.

Ethel fue hasta la casa, buscó una cofia y una sombrilla. Volvió junto a ella y se lo dio.

—Gracias, Ethel... —pronunció y tomó las cosas.

—Debes ir hacia el norte, creo que, si vas caminando, tardarás al menos una hora.

—¿Una hora de caminata? Eso sí que es quemar calorías —expresó con sorpresa.

—La mayor parte del tiempo ignoro lo que quieres decir. —Sonrió—. Ya vete, no deseo que te agarre la noche.

Ella asintió y emprendió su ida al norte. Con la cofia y la sombrilla, sentía menos el calor, aun así, era insoportable. Si tan solo tuviera su VW y encendiera el aire acondicionado, llegaría seca y presentable junto a Yrene. No obstante, debía dejar de pensar en cosas que quizá no ocurrirían, tal vez no volvería a su tiempo y debía sobrevivir en aquel lugar, encontrar un esposo que la mantuviera... ¡Por Dios! ¿En qué estaba pensando? Debía hallar la forma de volver.

Caminaba y cavilaba sus pensamientos. No prestó atención a las clases de física, quién sabía si ahí hubieran estado sus repuestas para salir de aquel lugar donde llevaba atrapada más de una semana.

Kayla también estaría perdida, si ella la encontraba, estaba segura que tenía los días contados.

Con sus pies doliéndole y ardiendo por el calor, llegó hasta un gran caserón en el medio de una enorme pradera.

—¡Aleluya, he llegado! —Aceleró el paso, le pediría a Yrene que le diera uno de sus zapatos, aquellas botas eran para el invierno y estaba muy caliente para la estación actual.

Llegó hasta la puerta principal y tocó.

El hombre que abrió, la miró de pies a cabeza y preguntó:

—¿En qué puedo ayudarla, señorita?

—Busco a Yrene, ¿se encuentra?

—La señorita Yrene se encuentra practicando el piano.

—¿Puede avisarle que vino a verla Viola, la sobrina de los Becher?

Yrene apareció a espaldas del hombre del servicio.

—Puede retirarse, Magnus, la señorita Halley es amiga mía —mencionó.

—Sí, señorita. —Se retiró.

—¿De dónde sacaron a ese? Creo que está un poco estreñado.

—Magnus es así. Ha estado durante años en la familia. Pasa, por favor, ¿en qué puedo ayudarte?

—Venía a pedir un favor, espero no incomodar, pero conoces la situación de mis tíos —comenzó a contar—. Yo quería ayudarlos en el campo, pero no soy nada buena con el arado y esas cosas.

La dueña de casa caminó hacia su piano.

—¿Quieres que te consiga una labor? —Levantó la tapa del piano para tocar alguna pieza.

—¿No tienes alguna vacante de doncella o mucama? —Escuchó los horrores que esa mujer le hacía al piano. Era un insulto para cualquier pianista.

—¡Nunca me saldrá esta pieza! Estamos completos aquí, pero veré con mis amigas en Londres —alegó e intentó hacer la melodía.

—Te lo agradecería. —Se tapó los oídos—. ¡Yrene, déjame mostrarte esto!

—¿Sabes algo de pianos? —habló con incredulidad, pues la gente de su estrato social no era muy culta y menos para tener conocimiento sobre aquel noble instrumento.

—Pese a que mis calificaciones con la señora Bingley han sido pésimas hace una semana atrás, sé perfectamente interpretar esa pieza y muchas más. Te lo mostraré —comentó con suficiencia.

Más escéptica que nunca, Yrene se levantó del banco y le dejó a Viola que tocara su piano. Para sorpresa de Yrene, lo hizo al primer intento. Ella llevaba meses practicando, incluso acabó la pieza sin equivocarse.

—¡No puedo creerlo! —exclamó el señor Douglas pensando que Yrene por fin dejaría de torturarlo con aquella práctica.

—No fui yo, padre, sino la señorita Viola.

Viola rápidamente se levantó avergonzada y lo saludó con las palmas abiertas, riendo nerviosa.

—Oh, no sabía que tenías una nueva amiga. Sea bienvenida, señorita Viola —saludó el padre de Yrene.

—Gracias, señor —respondió sonrojada.

—Querida Yrene, tengo malas noticias para ti —murmuró su padre tomando su mano y llevándosela para que se sentara un sillón.

—¿Qué sucede, padre? Me está asustando.

—La señorita Fontaine ha enfermado, no podrá tocar en tu compromiso mañana.

—¡Dios mío, padre! ¿Qué haré? ¡Es muy tarde para conseguir otra institutriz! ¡Debo hablar con el señor Rupert! —Se levantó alterada del sillón caminando de un lado al otro.

Viola sentía que sobraba en aquel lugar, mas no quería interrumpir para despedirse.

—¿Y qué me dices de la señorita aquí presente? Ella puede tocar, ha sido un calmante para mis nervios, toca encantadoramente.

Yrene se dio vuelta hacia Viola, que quiso retroceder, pero una excitada mujer comprometida, atenzó sus manos con fuerza.

—¡Tú eres mi única esperanza!

—¿Yo? Espera...

—Siéntate, quiero escuchar más piezas —ordenó Yrene. La obligó a sentarse frente al piano, quitó una cantidad de partituras de un cajón y las colocó para que Viola las emulara.

—Yrene...

—¡Por favor, quiero que todo sea perfecto para mi querido señor Rupert! —pidió casi con ojos de cordero degollado.

—Está bien —contestó. Colocó las partituras de manera correcta.

Ella deleitó a Yrene y su padre con las melodías que escapaban de aquel clásico y precioso piano. Viola sentía como si estuviera en las nubes, podía tocar por horas, amaba el arte, todo lo que estuviera relacionado con él y la música era el complemento perfecto en su arte de la perfección.

Pensaba en que su galería sería un antro de perfección del arte, combinación de música y una exquisita selección de cuadros.

Después de tocar por más de una hora y verse rodeada hasta de los sirvientes de la familia Douglas, que la aplaudían, se levantó, asustada.

—¡Es maravilloso! ¡Quedas contratada para mañana! —La abrazó, efusiva, aquella joven.

Viola, con los ojos desorbitados, se había dado cuenta que consiguió su primer trabajo en el siglo XVIII.

—Gracias... —pudo articular con una nerviosa sonrisa. Ella miró por la ventana y el sol bajaba, debía volver junto a los Becher—. Ya es tarde, debo volver junto a mis tíos, no quiero que se preocupen.

—Si viniste a caballo no tardarás mucho —manifestó Yrene.

—No... no tenemos caballos y tampoco sé montar —confesó, avergonzada.

—Entonces te acompañaré hasta la casa de tus tíos, quiero contarte todo lo que deseo para mañana.

La muchacha llevó a su caballo caminando tras ella y Viola.

—Me salvaste, Viola, no sabría cómo agradecerte, salvo pagándote, cosa que ocurrirá después del evento.

—Tú me has salvado, con ese dinero ya se podrán cubrir las deudas, al menos una parte.

—Hablaré con el señor Rupert para que le hable al gruñón de su patrón.

—Creo que él ya hizo mucho.

—No importa, sé que mi amado Rupert es un hombre justo y luchador de las causas necesitadas —suspiró.

—Sí, el señor Rupert te ha pegado bien duro —masculló sonriente—. Por simple curiosidad... ¿hasta dónde han llegado ustedes?

—¿A qué te refieres?

—Si han... —expresó con gestos.

—¿Si hemos hecho algo... pecaminoso?

—Mmm... sí, aunque yo no llamaría así.

—Pues una vez, el señor Rupert se había apasionado tanto... —se pausó.

—¿Tanto...? ¿Y luego? —inquirió, ansiosa.

—Que... me ha besado con la lengua, ¡fue absolutamente algo prohibido! Espero que no se lo cuentes a nadie, es un secreto.

—¿Eso era lo pecaminoso? Tú no sabes nada del pecado —manifestó con una sonrisa burlona.

Capítulo 5

Henry fue a reunirse con el monarca y así pedir el reconocimiento de su medio hermano Rupert. Esperaba que las noticias fueran positivas mediante un decreto real y pudieran entregarle el título que pidió para él: conde de Glamorgan.

—Y bien, Henry, ¿cómo te fue con su majestad? —preguntó su madre al verlo llegar.

—Estimo que bien, madre, o al menos es lo que yo pienso.

—Esperemos que Rupert pueda tener un título de tu padre —murmuró ella bebiendo su té.

—Sé que debe ser difícil para usted, madre.

—En realidad no lo es —confesó la viuda—. Yo fui quien rescató a Rupert y se lo entregó a los sirvientes para que lo criaran como a un hijo. No podía dejar que aquel pequeño, hermano de mis hijos, fuera a parar a un orfanato, quién sabe qué hubiera sido de él.

—Entonces usted siempre lo supo. Lo que yo le conté fue solo una parte...

—Lo supe todo desde un principio. El duque no sentía mucho afecto por mí, por lo que buscó cariño en otro lugar. Al final, terminó amándome, pero Rupert ya existía, quiso deshacerse de su error y yo no lo permití.

—Y pensar que Rupert siente vergüenza de usted...

—No sabe cuántas luchas me ha costado que tu padre se confesara frente a él. Estoy contenta de que hoy Rupert sea un excelente hombre a punto de casarse, me hace sentir orgullosa.

—Incluso el bastardo de mi padre la hace sentir orgullosa, cosa que su propio hijo no puede lograr —se culpó Henry.

—Querido, no sufras por eso, por supuesto que me llenas de orgullo.

Henry sonrió acercándose a la chimenea.

—Lo dice para congraciarse conmigo, madre, pero sé mi situación y, la voy a cambiar.

Al día siguiente, el duque y su madre iban con Rupert en el carruaje.

—Quita esa cara, Rupert —pidió la duquesa.

—Estoy avergonzado, milady, que ustedes deban traerme, soy solo el criado.

Henry golpeó su cabeza contra el carruaje y luego con su bastón amenazó a Rupert, se lo clavó en el pecho.

—No quiero escuchar eso, Rupert, estoy cansado. Vuelves a mencionarlo y le pondré fin a todo —amenazó, decidido.

La duquesa no dijo nada, estaba de acuerdo con su hijo en que aquella situación debía cambiar.

A lo lejos, se podía notar cuánto esmero puso la familia Douglas para que saliera perfecto para la feliz pareja.

Los Becher llevaban a Viola en la carreta, estaba nerviosa, nunca tocó para aristócratas y gente adinerada, solo para sus padres y la señora Bingley.

—Es un buen dinero el que te dará la señorita Douglas —mencionó Frank para hacer que esos nervios se esfumarán.

—Solo espero no fallar.

—No lo harás, según nos contaste, eres buena en esto —la animó Ethel.

—Pues no les he dicho que sufro trastornos de ansiedad, ¿verdad? Soy muy nerviosa.

Con ciertas dudas, bajó de la carreta y entró por la parte trasera del caserón de puertas anchas.

—¡La señorita Douglas la buscaba! ¡Mire qué fachas! —acusó Magnus al tomarla del brazo para llevarla junto a Yrene.

Yrene, al verla entrar, exclamó con alegría:

—¡Sabía que no tenías ropa elegante, ponte esto y te ayudaré a arreglarte!

—Estás muy bonita —halagó Viola. Su vestido color marfil era hermoso y elegante.

—¡Gracias! —mencionó y la desvistió apresurada e hizo que se colocara el vestido. Trenzó partes de su pelo y con unas horquillas, las colocó de forma elegante—. ¡Lista! Ve hasta el piano, espera mi señal.

—Sí, ya sé con cuáles empezar... —Sonrió ante la nerviosa Yrene.

La casa estaba lujosamente decorada, el salón se veía majestuoso, la orquesta sonaba lenta y a ella la esperaba aquel piano bien ubicado para observar todo lo que acontecía.

—Esperemos que las clases de etiqueta, sirvan para algo. —Caminó nerviosa entre el gentío.

Rupert entró a la casa seguido del duque y la duquesa. Todas las miradas se dirigieron al rostro impasible de Henry.

—Henry, por Rupert sé amable —rogó su madre con los dientes apretados mientras colocaba una sonrisa en su rostro.

Él rodó los ojos y sonrió.

La santa curiosidad de Viola quería saber quién era el invitado que le sacó la respiración al resto. El agasajado se adentró buscando a su amada, pero encontró a otra persona.

—Usted no es la anciana señorita Fontaine, señorita Halley —manifestó burlón dirigiéndose a ella.

—¡Señor Rupert! —se sorprendió al verlo—. Lo felicito por su compromiso con la señorita Yrene, es un hombre afortunado.

—Gracias, Señorita Viola, pero aún me intriga verla aquí.

—Lo que me trajo aquí se llama: día equivocado y momento equivocado —rio avergonzada de explicar eso.

—La señorita Yrene es un poco apasionada a veces, creo que la habrá arrastrado de alguna forma hasta aquí.

Ella asintió y luego le indicó a Rupert que mirara tras él.

La encantadora Yrene miraba con ojos enamorados a Rupert, que no pudo contener la sonrisa que partía su cara en dos por la felicidad.

—Se ve usted muy deslumbrante, intrusa —pronunció, recordando el día que la conoció.

—Es encantador, capataz maloliente —contestó en voz baja.

Él tomó su mano para invitarla a bailar.

Yrene le hizo la señal a Viola y ella con agilidad comenzó con la pieza. Henry observaba feliz a su medio hermano, podía decir que sentía envidia de vivir con poco y ser feliz.

—Se ve muy feliz —opinó su madre.

—Bastante —confirmó él.

Todos los veían danzar en su compromiso, incluso el padre de Yrene se veía emocionado.

Culminó la pieza y todos aplaudieron a la pareja.

—Toca algo más, Viola —pidió Yrene.

—¿Qué toco?

—¡Lo que quieras! —exclamó perdiéndose con Rupert.

—¿*November Rain*?—se cuestionó—. No, es muy moderno, mejor un clásico movido.

Viola tocó una pieza de Mozart, esperaba que no anduviera por ahí y la acusara de plagio.

Con una copa en su mano, Henry recorrió el salón. Dejó a su madre en la compañía de la prometida de Rupert. No le gustaba sentirse observado, por lo que prefería estar en constante movimiento. Le

llamó la atención la mujer que tocaba el piano, lo hacía con tal vehemencia, que su peinado empezaba a alborotarse.

Colocó su mano tras la espalda y se paró junto al instrumento, hasta que la mujer terminara la pieza. La muchedumbre la aplaudió, eso la obligó a levantarse y reverenciar.

—Toca usted con una vehemencia nunca antes vista para una dama —increpó Henry con el rostro serio.

Ella se giró y pudo reconocer ese rostro.

—¡Eres tú! —Lo señaló e hizo que todos se giraran para mirarlos a ambos.

Henry frunció el ceño ante una extraña acusación.

—Disculpe, señorita, pero no recuerdo haberla visto en mi vida, y mucho menos recuerdo haberle dado la intimidad suficiente para hablarme en ese tono —gruñó, enojado por la vergüenza que la mujer le hacía pasar—. No tiene ni idea de quién soy.

Viola observó alrededor y apresurada, se puso a tocar una pieza tranquila sin mirar al hombre que se acercó todavía más a ella de forma intimidante.

Sus dedos le temblaban, ella estaba ahí por su causa.

—Es el duque de Somerset —lo reconoció.

—Sea usted consciente que se prescindirá de su presencia en cualquier lugar donde asista mi persona —amenazó con los dientes apretados.

—Disculpe mi comportamiento, fue solo la sorpresa de verlo —confesó con veracidad. Había sido más bien el susto dado—, soy...

—No me interesa saber quién es usted —alegó con arrogancia.

Viola miró a la orquesta para que la relevaran por un momento. Se levantó y dejó al duque hablando solo.

Los ojos de Henry se habían escapado de sus órbitas, nunca nadie se atrevió a desafiarlo de aquella forma tan hostil y poco educada. La siguió a largas zancadas hasta el área de los criados y luego afuera donde ella tomó aire.

—Usted me ha insultado —acusó.

—Ya le pedí una disculpa.

—Me ha humillado públicamente.

—No es cierto —se defendió.

—Es una grosera, denota su falta de educación, sin duda es una campesina.

—Creo que a usted le vendría bien un baño de humildad, ¿cómo debo tratarlo? ¿Excelencia? No soy una dama de cuna, y sí, soy una campesina.

Henry la tomó del brazo con fuerza.

—¿Se está burlando de mí, campesina? —La miró directo a sus desafiantes ojos azules.

—Jamás me atrevería. Ahora suélteme y no denote su falta de educación para con una mujer, humilde o rica, merezco respeto.

Henry la soltó, ella volvió adentro para continuar y no fallarle a Yrene, mientras él quedó queriendo saber quién era esa desafiante y bella mujer.

La historia tenía razón sobre Henry Beaufort, era un ogro. ¿Qué le hizo? Solo asustarse y actuar con absoluta naturalidad.

Quizá sí le debía una disculpa, para aquel entonces, sí era una humillación que una pobre diabla lo tratara con familiaridad. Se dio media vuelta y volvió a donde pelearon, pero él ya no estaba.

Lo buscó a un costado de la casa y lo encontró, estaba parado mirando el negro paisaje. Con el orgullo en el bolsillo, se acercó.

—Lo siento, en verdad, soy nueva aquí.

Él se giró al oír su voz.

—No deseo saber sobre su vida, ni sus penurias.

—¿Es siempre tan grosero? ¿No se da cuenta que aleja a las personas?

—¿Cree que un montón de lambiscones me importan? —rio, cínico.

—Qué poco agraciado y empático es.

—¿Ha venido a disculparse o a insultarme?

—Vine a disculparme, pero la tentación de decirle la verdad es mucha.

De cierta forma, una pequeña carcajada escapó del amargado duque.

—La sinceridad a veces es bienvenida.

—Soy la señorita Halley —se presentó.

—Mentiría si dijera que es un placer conocerla, pero la fina cortesía me obliga a mentir.

—Gracias por su fina cortesía, qué tenga buena noche —se despidió dejándolo solo en aquella penumbra.

Sus primeras impresiones sobre la pintura del hombre eran reales. Era un caballero sumamente amargado y muy infeliz.

La observó mientras se iba, esa campesina no tenía modales, mas le sobraba talento y belleza. Debía admitirlo, se sintió vivo al no discutir con alguien con educación, sino que lo hizo como le venían las palabras. Una sonrisa satisfecha cruzó su rostro, la noche aún era joven, y la campesina seguiría tocando el piano; conseguiría que lo hiciera como él quería.

Con un poco de coraje por su educado enfrentamiento con un duque, cosa que no merecía perdón del mismo Dios, volvió a sentarse.

Era bueno poder tocar sin pensar en la pieza, sus dedos se movían con vida propia, mientras ella comparaba su “pelea con un duque” contra las peleas con su hermano.

Su hermano no se sabía tantas groserías como ella, siempre se repetía: «Viola, ¿y con esa boca besas a tu madre?».

No era ninguna tonta, vivía metida en sus libros. Sin embargo, también sabía que en el mundo debía luchar, si no era con armaduras y espadas, tenía que ser con una lengua hiriente.

—Señorita Halley —mencionó una voz que se le hizo conocida hacía cuestión de segundos.

—Excelencia, ¿no fue suficiente con mi disculpa?

—Nunca es suficiente cuando se trata de ofenderme —replicó colocando sus manos tras la espalda, casi acomodándose para conversar.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo ahí parado? —cuestionó ella sin mirarlo.

—Campesina, cuando alguien le habla, debe dirigir la vista al rostro —mandó Henry con altanería. Sus ojos azules pasarían de ser dulces y amistosos, a un rojo infierno, de condenación y muerte. Le dirigió una mirada más bien sarcástica con una ceja levantada—. Así está mejor, señorita Halley. Respondiendo a su pregunta, sí, me quedaré aquí, disfruto del arte de la música.

—Compartimos el mismo gusto, excelencia. —Le hizo conversación.

—Es cuestionable su educación, señorita Halley, pero no así su talento. Son pocos quienes logran atraer mis oídos con las notas correctas por el disfrute y no por el sufrimiento provocado.

—Qué amable —saturizó—. ¿Es parte de su fina cortesía?

—Un poco, no soy alguien muy amable.

—Está usted de broma, ¿no es así? Es el alma más bondadosa y amable que he llegado a conocer. Me tomaría el pecho con una mano para que fuera más creíble, pero como estoy deleitándolo, se me hace imposible—se burló.

—El sarcasmo es el artificio de los ignorantes, señorita Halley.

—¿Cómo puede reconocer el sarcasmo de una frase inteligente, sin caer en una contradicción en su

afirmación? —preguntó al entrar en un tema interesante para ella, lo intelectual.

—Ese es un excelente cuestionamiento. Estoy gratamente sorprendido que una mujer posea tales destellos de inteligencia.

«Respira, Viola, no vayas a la horca por matar a un infeliz y repugnante duque, demuéstrole que las mujeres son más inteligentes», pensó al querer romper en pedazos ese piano y reemplazar sus dientes por las teclas.

Henry miró cómo la Viola parecía sacar fuego por la nariz, sabía que podía ser irritable y le encantaba encontrar a quién irritar. Una mujer altamente defensora de las damas, como parecía ser ella, era fácil de tentar, usar los artilugios comunes y de caballeros altaneros harían que fuera suficiente para salir victorioso y satisfecho del lugar.

—Me pregunto, ¿cómo hizo una campesina como usted para aprender el piano?

«Piensa rápido, y bien, Viola», se dijo entre pensamientos.

—Aunque no es de su incumbencia, le cuento que he visto a las damas hacerlo, soy... autodidacta —contestó.

—Señorita Halley, no soy un tonto. ¿Quién es usted realmente?

—¿Le gusta la historia de una princesa que huyó de su castillo? Pues esa puede ser una respuesta o, tal vez, sea una mujer desterrada de su casa y enviada a sufrir al campo tocando un piano para gusto de un hombre pomposo y arrogante como usted, es un gran castigo, pero no, estoy aquí para llevarme algunas monedas y sobrevivir con eso, ¿contento?

—En definitiva, es carente de clase. No obstante, ha superado mis expectativas para alguien de su nivel educativo.

Irritada por los insultos educados del orgulloso caballero, prefirió aguantarse y no fallar, necesitaba ese dinero para vivir con los Becher.

Acabó la pieza y tomó un poco del agua que tenía.

—Sigo diciendo que usted oculta un secreto —manifestó Henry con cierta picardía en sus ponzoñosas palabras.

—Soy muy buena inventando historias, excelencia.

—La creatividad puede usarla con mejores fines que para mentirme o, más bien, agradarme.

—¿Yo para qué iba a querer agradarlo?

—Quizá para conquistar sus sueños de ser una dama, ¿o no es lo que sueñan las mujeres de su clase?

—Usted va a matarme de la risa, excelencia. Tiene un sentido del humor privilegiado para las sandeces, ¿yo querer agradarlo? A la única persona que quise agradar con las intenciones de tener buenas calificaciones, fue a la señora Bingley y, por supuesto, sin resultado alguno, resultó ser demasiado exigente.

Henry sonrió por las ocurrencias de la joven. Hacía demasiado tiempo no la pasaba tan bien sin llevarse a alguien a la cama.

—Señorita Halley, siento fascinación por su arte, toque algo para mí.

—¿Para usted? No tengo idea de sus gustos.

—Toque algo que le inspire mi persona —pronunció al colocarse de perfil, como si Viola lo fuera a pintar.

—¿Qué se supone que está haciendo? —preguntó al ver su ridícula pose.

—Estoy dejando que se inspire en mí.

Aprendió algo nuevo esa noche: a nunca cuestionar la historia, por algo ese hombre no se reprodujo, no lo merecía.

—De donde yo vengo, no hace falta posar con tanto ahínco, excelencia —rió ya sin poder soportar

la risa que le provocaba.

—Es bueno saberlo, no puedo mantener mucho tiempo una misma posición; toque algo, señorita, los presentes empezarán a impacientarse y luego murmurarán sobre que la distraje con mi presencia.

—Es exactamente lo que hace, distraerme con su presencia. Buscaré algo tétrico en mi repertorio para dedicárselo, excelencia.

—¿Le inspiro algo tétrico?

—Sin duda alguna.

—Nadie me lo había dicho tan abiertamente —expresó y acarició su barbilla en forma pensativa—. Sin embargo, me resulta fascinante lo tétrico, usted me agrada, señorita Halley.

—La idea es que sea lo contrario —masculló entre dientes apretados.

Él no se movería del lugar hasta que estuviera conforme con haber molestado a la campesina. Sabía que era una niñería lo que hacía, pero aquello era tan satisfactorio que le resultaba adictivo. Podría quedarse toda la noche escuchando las melodías de la señorita Halley, encantado de la vida.

Muy pocos sabían de su pasión hacia el arte, la música y la cultura, pues como se dejaba ver poco ante la sociedad y de manera escasa frente a las damas, haciendo parecer que su existencia se extendiera a compartir la cama con una mujer, pero esa solo era una de sus pasiones conocidas, las demás las guardaba para sí mismo.

Viola no podía tocar una melodía tétrica. En esos minutos que conocía al “encantador” duque, si tocaba una pieza romántica o agradable, sin peros, aquel ombligo del mundo creería que era para llamar su atención y no para que la fiesta fuera agradable para los prometidos para no hacerla parecer una noche de Halloween.

Tocó uno de sus primeras piezas que practicó con la exigente señora Bingley, se lo tomaba muy en serio al igual que ella. La otra daba clases para vivir, mientras ella tomaba esa rutina para ser educada, acumular conocimientos, cultura y clase para dirigir la galería.

En ese momento podía ver cómo aquella idea de ser la directora de la galería tenía alas y se alejaba con rapidez. Ese duque era el culpable indirecto de sus desgracias, la culpable directa era su curiosidad, apoyada por un castigo divino por alguna maldad que, si no hizo, tenía pensado hacer.

—Estaba en lo cierto, señorita Halley, busca agradarme —dijo con un rostro orgulloso.

Su ánimo estaba enfurecido, inhaló y exhaló para recuperar la tan deteriorada compostura. Nunca la tuvo en demasía, al menos tenía un poco; en ese momento ya era inexistente.

—Es una fiesta de compromiso y lo último que quiero es agradarle a usted, sino al señor Rupert y a Yrene, pero su inquebrantable orgullo de creerse más que los demás no lo deja ver que no todo gira alrededor de usted —expresó con cierto enojo.

—Sigue sorprendiéndome, cuánta capacidad analítica sale de esa campestre cabecita, me tiene intrigado.

—Y a mí me tiene intrigada la razón de su ensañamiento.

—Seré sincero, señorita Halley, vine con las peores intenciones hacia usted. Quería humillarla y también menospreciarla, no ha resultado como esperaba. No obstante, me resulta placentero su sentido del humor y su tosca filosofía de la vida, su poco refinamiento y su vehemencia al arte capturan mis sentidos. Desearía contratarla para que toque para mí.

Algo dejó de funcionar dentro de ella. ¿Qué demonios desvariaba ese hombre?

—Tengo un precio muy alto —se excusó.

Esa afirmación causó que Henry casi se atragantara con su saliva.

—Soy muy rico, señorita Halley, usted ponga un precio y yo lo voy a pagar.

Acababa de recibir el diplomado en estupidez. ¡El era un duque, era evidente que tenía dinero!

—Me parece que deberíamos hablar después sobre negocios, excelencia, el señor Rupert viene

hacia aquí.

Rupert se acercó y le colocó la mano a Henry en el hombro.

—Señorita Viola, es usted muy buena con el piano. Es una suerte que la señora Fontaine haya enfermado —resaltó Rupert—. Muchos de los presentes me han preguntado por usted, desean contratarla para sus veladas.

—Es muy halagador, señor Rupert, puede decirles dónde encontrarme para que contraten mis servicios, como soy nueva, no sabría cómo llegar a sus casas.

—Claro, señorita Viola. Ahora, excúseme, quisiera hablar con mi patrón a solas —se disculpó y miró a Henry para que lo acompañara.

Aquel hizo una inclinación amistosa a Viola y se retiró.

Ella tiró el aire contenido en sus pulmones, por fin se había ido y no lo volvería a ver, eso esperaba.

Capítulo 6

—¿Qué se supone que estabas haciendo con la señorita Halley, Henry? —cuestionó, atormentado—. La gente no deja de murmurar que estabas intentando seducirla.

—Qué injuria. Sin embargo, no es sorprendente lo que me cuentas, estaba haciendo todo lo contrario, esa mujer me hizo pasar una vergüenza señalándome públicamente.

—Ella no es de aquí, tiene otras conductas inapropiadas para una dama, es muy bonita, pero no muy reservada.

—Me he dado cuenta. ¿A qué conductas inapropiadas te refieres?

—La he visto en camión. —Se sonrojó Rupert al contarle.

—Suenan interesantes —musitó observando de vuelta cómo Viola tocaba el piano.

—Henry, ya déjala en paz, seguro te pidió disculpas.

—Debería practicar frente al espejo a cómo pedir disculpas —objetó Henry tocándolo en el hombro.

Viola podía respirar y tocar tranquila. El duque ya no había vuelto para molestarla, pero la observaba sin ningún disimulo.

—¡Viola, estuviste rimbombante! —la felicitó una ferviente Yrene—. ¡Me salvaste! Aquí está tu paga y hay un poco más por soportar al duque, no muchos lo hacen.

—Gracias. —Sonrió y tomó la bolsa—. Fue un placer haber tocado para personas tan amables como ustedes.

—¡Eres una bendición! —La volvió a abrazar.

—¿Y mis tíos?

—Están en las caballerizas, los pobres tenían mucho sueño.

—Iré por ellos.

Yrene acompañó a Viola hasta las caballerizas y luego volvió a la casa.

—¡Ay, pobres, se durmieron esperándome! —se reprochó al verlos juntos, dormían sobre la paja.

Con una sonrisa conmovida, ella se acercó a Ethel para despertarla.

—¿Ethel? Ya podemos irnos —confirmó Viola con una sonrisa.

Ethel pegó un bostezo e intentó enfocar su mirada.

—¿Cómo te fue, Viola?

—Aquí tengo el dinero que me pagaron, espero que sea suficiente para cubrir algunas cosas.

—Lo que se aporte será suficiente, déjame despertar a Frank para ir en la carreta.

Sacó su reloj de bolsillo de su ridículo. Según la hora, eran más de la medianoche. La casa de los Becher no quedaba muy alejada y eso era ventajoso.

Estaba cansada y lo único que quería era descansar. Vivir en esa época era bastante sacrificado, en lugar de vivir tras un escritorio con un indicativo que dijera «Viola Halley, directora» estaría detrás de un piano. Era lo único que sabía hacer y que encajaba a la perfección con las necesidades de la época.

Viola se acostó en la cama y solo para pensar en lo incordio que podía llegar a ser una persona como el duque de Somerset. Engreído, patán, egocéntrico, arrogante, petulante, pillo, indudablemente un sinvergüenza de clase alta. Demasiados calificativos malos para una sola persona.

Si bien atractivo no le faltaba, tampoco era el hombre más seductor del mundo. Sin embargo, como amaba el arte y la música, era en un pequeño porcentaje más receptiva que los demás. Henry Beaufort

era de esa manera porque carecía de sentido su propia existencia.

¿Qué sabía de él? Lo poco que pudo escuchar antes de ser absorbida por esa maligna pintura. Pero en ese día conoció aún más la historia de ese hombre y el porqué de no tener descendencia, la naturaleza era sabia y él era demasiado pedante como para que se le concediera la gracia de ser padre.

Con aquellos perniciosos pensamientos, terminó dormida. En unas horas más debía entregar el dinero a Frank y Ethel por el asilo que le ofrecían.

Plácidamente durmió en el cuarto, no era la cama más cómoda, aunque en ese momento era como una cama de plumas. El cacareo de una gallina en la ventana la asustó y se levantó, confundida.

—Disculpa, Viola querida —pidió Ethel—. Se me escapaba el almuerzo.

Viola bostezó y tiró la cabeza de manera pesada en la almohada.

—Esa gallina es el almuerzo, supongo, ¿necesitas ayuda? No soy muy buena con los animales de granja, pero puedo probar.

—Descansa, querida, yo iré tras la gallina, no deseo que te partas el cuello intentando agarrarla.

—Gracias, Ethel, es la mejor forma de llamarme inútil ciudadina —pronunció con sátira.

La gallina echó a correr por la puerta de su habitación mientras Ethel iba para tomarla.

Después del curioso despertar con una gallina a punto de convertirse en su almuerzo, ya no se pudo volver a dormir. Se levantó y fue a la cocina a ver qué encontraba.

Halló un poco de pan y leche sin hervir. Por supuesto que no se la tomaría, en esa época le daría una colitis aguda y no podría recuperarse, quizá muriera. Debía cuidar lo que comía.

—Ethel, ¿dónde puedo hervir la leche?! —voceó para que la escuchara.

—¿Para qué quieres beber la leche si ya vamos a almorzar, Viola?!

—Maldición... —masculló—. ¡Tienes razón, voy a esperar el almuerzo!

Estaba hambrienta, quizá saliera a buscar algo para comer.

Tomó su cepillo y la pasta dental para limpiar sus dientes, al menos tenía buen aliento. Usaba aquel recurso con moderación, pues acabaría en cualquier momento y ella aún no había preguntado cómo se higienizaban los dientes en esa época, pero tarde o temprano lo haría, más bien, se vería obligada a hacerlo.

Se recogió el cabello en una cola de caballo para evitar el calor de la media mañana.

Las tripas le rugían con mucha insistencia, lo mejor que podía hacer era buscar en el bosque cercano bayas. Aunque estaba harta de las bayas, tenía hambre y a buena hambre no había pan duro.

—¡Ethel, tengo hambre, iré a buscar frutos en el bosque! —anunció con fuerza.

—¡Qué ganas de gritar, niña! —reprochó Frank.

—¡Lo siento!

—¡Ve, pero no vayas muy al fondo!

—¡Sí!

Frank y Ethel veían cómo ella caminaba con tranquilidad hacia el bosque.

—¿Por qué grita tanto? —preguntó Frank al negar con la cabeza.

—Agradece que hay alguien que grita en esta casa y nos recuerda que estamos vivos, Frank —refirió Ethel cortando las verduras para acompañar al caldo de pollo.

—Te encariñaste con ella, ¿no es así?

—¿Cómo no iba a encariñarme con ella si es un primor de niña?

—En cualquier momento se irá, Ethel.

—¿Cómo crees que lo hará? No hay forma, se quedará aquí con nosotros hasta que encuentre un esposo.

—Si hubiera debutado, ya sería solterona.

—Belleza no le falta y talento menos, puede conseguir un hombre interesante si la llevo a Londres.

Hay herreros, administradores, abogados y hombres bien ubicados que podrían darle un hogar.

—No creo que encaje, es muy salvaje para Londres.

—Le enseñaría buenos hábitos, pero no conozco a la sociedad.

—Pero la señorita Yrene, sí.

—¡Le pediré a la señorita Yrene que eduque a Viola para ser una dama y de esa forma que pueda conseguir un buen partido!

Viola, ajena a los planes que Ethel hacía para ella, tenía la boca llena de frutas, por fin dejó de sentir esa hambre voraz.

Obediente, volvió a la casa de los Becher. Vio que Frank araba la tierra con mucho esfuerzo. Entretanto, Ethel estaba en la cocina. Pasó sin dilación a su habitación, tomó la bolsa de dinero y luego fue al fogón donde estaba la mujer.

—Ethel, ¿crees que esto es mucho dinero? —cuestionó pasándole la bolsa.

Ethel abrió la bolsa y vio una buena cantidad de dinero.

—¡Dios bendito, Viola!

—¡Estoy segura de que es un sí! —se emocionó—. Es todo para ustedes, por darme asilo, intentaré conseguir más trabajos para que no tengan problemas económicos.

—Es demasiado, Viola, quédate con algo para comprar ropa.

—No. Yrene debe tener más ropa usada que me vaya, vestir no es una gran prioridad. No puedo ver cómo Frank se parte el lomo para pagarle a ese hombre sin corazón.

—¡Eres tan generosa, Viola! —expresó antes de abrazarla con entusiasmo—. No sabríamos cómo pagarte.

—Soy yo quien está en deuda con ustedes, por acoger y salvar a una desconocida que parecía chiflada —sonrió.

Viola colocó la humilde mesa, mientras Ethel servía el almuerzo. Comían en silencio hasta que la muchacha lo rompió.

—¿Dónde podría trabajar de concertista o dar clases de piano?

—Solo en Londres —respondió Frank.

—¿Puedo ir a Londres a probar suerte?

—Es muy peligroso y no tenemos caballos —advirtió Ethel con el rostro preso de la preocupación.

—¡Dios me libre de un caballo! ¿Y en la carreta?

—¿Sabes guiar una carreta? —consultó Frank.

—No tiene caja de cambios, ¿qué tan difícil puede ser?

Después del almuerzo, Viola se colocó al mando de la carreta.

—¿Qué tengo que decir? ¿Vamos? —Se sentó y golpeó las riendas.

—Ethel, llévala a Londres, no quiero que mate a mis bueyes.

—Ve por una sombrilla y la cofia, Viola, yo te acompañaré y observarás —aceptó Ethel.

Iría a conocer Londres de 1700, era emocionante, quizá llena de historia, y tal vez viera un poco de arte en el camino.

—Tenemos poco tiempo, Viola, debemos volver antes de oscurecer.

—Lo haremos, Ethel, trataré de hacer todo muy rápido. Ya estoy viendo cómo conduces, la próxima vez, vendré sola y no deberé molestarte más.

—No es ninguna molestia —manifestó Ethel sonriéndole.

El trajinar a Londres fue bastante largo, trabajar desde donde vivía hasta esa ubicación todos los días, sería una tortura insufrible.

Aquel lugar no se parecía a su Londres, era sucia, olía a excremento de caballo y frutas podridas.

—¿Esta es la gloriosa Londres? ¡Es un asco!

—Viola, modera tu lenguaje. Debes encajar aquí, le pediré a Yrene que te enseñe a ser una mujer culta.

—¡Soy culta, tengo más estudios que cualquiera de las damas cabeza de chorlito que están aquí! —discutió, vehemente—. ¡Sé francés, alemán, español, mandarín, portugués, latín y... por supuesto, inglés, aparte conozco sobre arte, sé mucho de música y soy estudiante universitaria!

—Respira, niña, ¿en tu tiempo parlan demasiado?

—Hablamos mucho y escribimos mensajes de texto a la velocidad de un rayo.

Ethel paró la carreta para que pudieran recorrer.

—No cuentes que eres una viajera del tiempo o te llevarán directo a un lugar de dementes y estoy segura de que no quieres eso.

—¡Claro que no!

—Entonces trata de ser refinada para buscar un trabajo.

Viola asintió y ambas empezaron la búsqueda preguntando en varios lugares, hasta llegar a uno donde le dijeron que un club siempre aceptaba gente con talento.

—¡Ni lo pienses, Viola! —expuso Ethel con temor.

—Es trabajo y yo necesito trabajar por ustedes.

—¡Tu reputación vale más que cualquier trabajo, si entras ahí la perderás para siempre! —advirtió, zarandeó nerviosa el brazo de Viola.

—El trabajo dignifica, Ethel. Tocar el piano aquí no sería indecente. En mi tiempo, trabajar es lo que importa.

—¡Viola, hay trabajos para mujeres decentes, este no lo es!

—Espérame aquí, Ethel, iré a ver qué me ofrecen —decidió Viola frente al Royal club.

Henry y su madre partieron a Londres por la mañana, dejaron que Rupert se encargara de todo, como siempre, en la hacienda.

El duque decidió darle una de sus posesiones como regalo de bodas y esa sería una gran extensión de tierra con una mansión que ya había mandado a construir antes de retirarse.

Miraba el aburrido paisaje de Londres y pensaba en todas las fiestas a las que debía asistir para buscar a la más culta y refinada dama que fuera su duquesa. Sin embargo, la señorita Halley daba vueltas en sus turbulentos pensamientos. Su belleza y certeza para enfrentarlo, además de tocar el piano, lo deslumbró. No concebía que existiera mujer más aguerrida sin caer en la vulgaridad, que la señorita Halley.

Seguía su propuesta mental que ella tocara solo para él, así podría admirarla y decir cuánto quisiera frente a ella. Ser tan terriblemente natural, dejar atrás sus aburridos y tóricos modales.

Ella le demostró que su estatus de duque le entraba por un oído y le salía, sin duda alguna, por el otro. Cuánta sinceridad era bienvenida de parte de una campesina hermosa.

—¿Henry? —cuestionó su madre.

—¿Me hablaba?

—Te quedaste en las nubes, cariño, te preguntaba si esta noche irías a alguna velada.

—Esta noche no, madre. Hoy deseo algo diferente.

—Irás a ese club de mala muerte —reprochó la duquesa.

—Solo iré a distraerme un poco, quizás encuentre a alguien que me haga compañía.

—¡Henry Beaufort, cuidado con dónde dejas la semilla! —declaró su madre con prepotencia.

—No me refería a ese tipo de compañía, madre.

La duquesa respiró y suavizó su rostro.

—Me estaba preocupando por ti, no deseamos más niños como Rupert, recuérdalo.

—Cabe la diferencia entre mi finado padre y yo, que yo no estoy casado. —Sonrió, cínico.

—Es lo de menos, esos bastardos son los que más sufren, Henry.

—Lo tengo presente, madre, no se preocupe.

Después de que almorzara con su madre, pasó al despacho y, como era su costumbre, desde que murió su hermano. Dejó tantos pendientes que no sabía por dónde empezar.

Empezar sería fácil, si pudiera tan solo despejar su mente de la señorita Halley, aunque olvidó preguntar dónde encontrarla y eso lo preocupó.

Viola salió del Royal club con una sonrisa que a Ethel no le agradó.

—¡Tengo el trabajo! —exclamó.

—¡Qué desgracia! —lamentó la mujer.

—El problema es que tengo que quedarme para estar a prueba esta noche.

—¡No, Viola!

—Ve, Ethel, yo veré cómo llegar a la casa.

—Iré junto a una amiga conocida para ver si puede recibirme en casa de sus patrones al salir de aquí.

—Gracias, Ethel.

Viola entró de vuelta al club. Era un lugar bastante amplio. Sin embargo, a su parecer, le faltaba un poco de iluminación y más estilo en la decoración.

—¡Oye, tú, la del piano! —la llamó el dueño.

—Dígame, señor McBean.

—Ve y realiza una rutina, quiero escucharte.

Ella le quitó la empolvada tapa al piano y recorrió las teclas.

—¿Cuánto tiempo lleva sin ser ejecutado?

—Mucho tiempo, es difícil conseguir alguien que quiera tocarlo.

—¿Por qué?

—Debes saber una cosa, aquí los clientes son un poco exigentes. Son hombres de negocios y aristócratas. Algunos son prepotentes y si hay mujeres aquí, querrán aprovecharse de ti si eres muy bonita. Te lo advierto, lo dije antes de que aceptaras tocar aquí.

—Sé defenderme, señor McBean.

—Solo no golpees a los clientes.

—Prometo no hacerlo. ¿Me pasa un paño para limpiar esto?

El hombre se lo arrojó sin mucho preámbulo.

Viola terminó de limpiar el piano y se puso a tocarlo. Encantó al señor McBean en el acto, era una joven que tocaba con excelencia, salvo para su maestra de piano.

—¿Segura que no podrás venir todos los días?

—No puedo, vivo un poco lejos.

—Podemos hacerte una habitación aquí, desearía que pudieras quedarte todos los días a tocar.

—Solotes veces por semana lo haré, más de eso es imposible. Mi tía Ethel no me dejará.

—Si lo deseas, hablo con tu tía.

—Le aseguro que probablemente lo golpeará.

Después de buen rato, Ethel ingresó al club para indicarle a Viola dónde debía ir después de salir.

Su ropa dejaba mucho qué desear para ser su primer día en un lugar donde debía tocar, pero las jóvenes damas de la noche, la ayudaron a verse más presentable.

—Señorita Halley, este es un club de caballeros. —Sonrió una de las mujeres que la ayudó.

—Soy consciente de ello.

—La tomaran por una de nosotras, aunque una muy refinada —rió escandalosamente otra.

—Me lo advirtió el dueño, pero necesito el dinero.

—¡Quién aquí no necesita! —exclamó una más haciendo que rieran sin cesar.

Viola les entregó una sonrisa nerviosa. Esas mujeres, al parecer, hacían todo por dinero.

Salió de la habitación y fue a sentarse al salón donde estaba el piano.

Respiró profundo e intentó no ponerse nerviosa. Hacía tanto que no tenía siquiera un novio, nadie la soportaba por estar obsesionada con la galería y, como en ese instante, la galería desapareció, ya tenía la mente lista para un nuevo amor, pero no en esa época.

Los clientes llegaban con lentitud. Uno de ellos le llamó la atención, estaba solitario en un lugar bebiendo desde una botella y luego agachó la cabeza como si llorara.

Ella se levantó del asiento y se acercó a él.

—¿Le gustaría que toque algo para usted? Parece que no se siente muy bien.

El hombre murmuró algo en un incoherente idioma.

—Creo que no hablo ese idioma.

—No hablo bien tu idioma —respondió con cierta dificultad—. Me recuerda usted a mi prometida que se fue...

—¿Era inglesa?

—Muy inglés, yo soy escocés nato, un guerrero.

—¿Y qué hace aquí?

—Busco a Kayla...

—¿Dijo Kayla?! —preguntó, sorprendida.

—Kayla McCarthy.

—¿Dónde está?! ¡Ella es mi amiga!

—¿La vio?! ¿Dónde está?

—¡Yo pregunté primero, responda!

—Escocia, desapareció un año antes de casarse conmigo.

—¿Casarse con usted! —musitó, sorprendida—. Ella habla tu idioma, pero...

—Ella...

—Viola, ve a tocar —ordenó el dueño.

—Voy —replicó—. ¡Y a usted, no se le ocurra irse, va a contarme todo! —Lo señaló mientras caminaban hacia el piano.

¡Kayla estaba en Escocia! Eso era en lo único que podía pensar. ¿Cómo fue que llegó a ser prometida de un escocés? Debía averiguarlo.

Se sentó frente al piano y comenzó a tocarlo para el deleite de los presentes, quienes, como había dicho el dueño, intentaron coquetearle.

A medida que avanzaba la noche, el ambiente cambiaba. Había más humo y alcohol circulando por el salón. Damas en los regazos de los caballeros y demás violaciones a cualquier código de salubridad.

Henry fue asiduo de aquel lugar antes de convertirse en duque. Tan buenos recuerdos que vivían solo en su memoria en ese momento. Lo diferente que encontraba era la música, hacía tiempo que no tenían quién ambientar. Esa melodía que escapaba del piano le parecía conocida.

Se acercó a observar y ahí estaba la señorita Halley, rodeada por caballeros quienes querían prestarle sus atenciones.

—¿Bebe, señorita? —inquirió uno.

—¡Westley, yo la vi primero! —gruñó otro.

—¡Eso lo veremos!

Ambos comenzaron a pelear en el suelo. Se tomaban de las prendas e intentaron darse un puñetazo.

—¡Caballeros, caballeros! —exclamó Viola, pero ambos estaban tan inmersos en la pelea, tanto que dejó de insistir.

El dueño se acercó y los separó con rapidez.

—Vuelve al piano, y ustedes, caballeros, vayan a sentarse para deleitarse con el talento de la señorita —ordenó a los presentes.

Ella tenía el corazón en la mano por susto, aquellos eran unos hombres salvajes.

Henry se acercó hasta el dueño para cruzar con él algunas palabras.

—Señor McBean —pronunció con su tono tranquilo.

—¡Excelencia! ¡Cuánta felicidad verlo! ¿Desea lo de siempre?

Él negó con la cabeza.

—La joven que toca el piano.

—Ella... solo toca el piano, excelencia —aclaró el hombre.

—¿Desde cuándo?

—Desde hoy. Vino aquí pidiendo trabajo.

—Entonces ella no es como las otras mujeres de aquí... —afirmó, sonriendo.

—No, excelencia, pero puedo ver alguna mujer, tengo a varias...

—Solo quiero a la señorita que toca el piano —replicó—. No creo que me la niegue, ¿o sí?

—No, excelencia, pero la joven no aceptará ningún tipo de trato indecente.

—¿Quién dijo que sería indecente? —ironizó y se dirigió al piano. Ella tocaba con los ojos concentrados en sus manos, no quería sentirse como carne al asador—. Pensé que no la volvería a ver, señorita Halley. Estaba sintiéndome triste sin usted, pensando en que no pedí su dirección —rio parado junto a ella.

Viola dirigió sus enojados ojos azules sin dilación a los de él.

—Era la última persona a la que pensé encontrar en un lugar como este —alegó en tono caprichoso.

—Y usted es la primera persona en la que pensé cuando escuché la perfecta ejecución que deleita mi persona.

—Excelencia...

—No me mal interprete, señorita Halley, estoy halagando su destreza, solo que me parece injusto que intente deleitar a tales salvajes con su arte y más cuando ven en usted un potencial entremés.

—Soy una campesina y estos son hombres de mundo, supongo que no les interesaré.

—Sea inteligente, señorita Halley, y fíjese a su alrededor. Esas son mujerzuelas en las piernas de grandes pagadores. Ser una campesina y necesitada como usted, puede llevarla luego a... Quién sabe. No es nada despreciable para los ojos de un caballero.

—Instruyo que nada despreciable, significa que soy bonita.

—Cuánta fascinación me provoca su inteligencia, señorita Halley. Virtuosa para charlar y a la vez tocar sin perder la sintonía.

—En cualquier momento podría equivocarme y tocar lo tétrico que he deseado para usted todo el tiempo. Anoche pensé en usted.

—Sea cual fuera la forma en la que me pensó, me halaga.

—No lo dudo ni por un minuto.

Él rio cantarín, le enseñó toda la dentadura.

—Me embruja con su lenguaje virulento, señorita Halley. Nunca pensé adorar tanto la ignorancia humana.

—En pocas palabras, eso no fue un halago. Usted me parece un petulante —atacó Viola.

—En su descanso, ¿aceptaría beberse una copa conmigo?

—Lo siento, pero tengo una cita con un ca... —No terminó de decirlo, porque el escocés se había ido —. Olvídelo, mi cita se fue —refunfuñó.

—Entonces acepta mi invitación, la espero en aquella mesa. —Señaló hacia un alejado lugar.

—Es el lugar más lúgubre.

—Igual que yo, señorita Halley, espero que se desocupe pronto —expuso y se retiró.

Viola rodó los ojos al verlo irse. Por todas las ofensas que le hizo, le haría el desplante de su vida.

Capítulo 7

Henry la miraba sin descanso, mientras ella intentaba no prestarle atención queriendo concentrarse en su piano, pero aquel indeseable hombre lo hacía todo más difícil. No tenía monos en la cara para que la mirara de manera tan evidente y poco prudente.

Podría verla y escucharla por horas. Viola era el opio de sus sentidos donde se conjuraban todos sus deseos. La inteligencia, el talento y su tan evidente belleza, eran un bálsamo para su desinteresada existencia. Pese a ser una mujer no solo de clase baja, sino más baja de la baja, era la más valiosa. No conocía una dama de la aristocracia con todas esas cualidades que poseía aquella para llevarlo a casi una persecución.

Podría estar en una habitación con una mujerzuela para quitarse la frustración y las ansias, pero aquella forastera era quien, en aquel momento, llenaba sus pensamientos.

No podía decir que solo admiraba su talento, sino deseaba aquella belleza. La imaginaba como la diosa Venus en sus brazos. Sin embargo, luego recordaba que dicha dama tenía una lengua fatídica y ponzoñosa, pero eso no disminuía sus deseos, los acrecentaba.

Imaginaba que solo iba a molestarlo. Su descanso debió ser hacia más de hora y media. Debía felicitarla, consiguió de gran manera desairarlo y fastidiarlo.

—Señorita Halley, puede dejar de tocar —dijo el señor McBean para que pudiera retirarse.

—Termino la pieza y me iré. —Sonrió.

—No olvide pasar por su paga —recordó el hombre.

Ella afirmó con un gesto de cabeza, esperó unos minutos y miró a donde debería estar el duque, pero ya se había ido, su técnica de ignorarlo funcionó. Terminó la pieza y se levantó para ir junto al señor McBean que estaba sentado en uno de los asientos de la mesa cerca de la entrada.

—Es usted maravillosa, señorita Halley —congratuló el hombre—, muy talentosa para un lugar como este, pero no me llamarían negociante, si no me aprovecho de sus necesidades. —Ese era un mal chiste, mas tenía razón.

Inclusive en su tiempo, seguía siendo ese el modus operandi de los empresarios.

—Gracias, señor.

—Aquí tienes tu paga y llévate una capa, hay un diluvio afuera.

Viola lamentaba en su alma no tener su automóvil en esa época, Dios no era fiel, era cruel.

—Gracias —se despidió tomando las monedas y la capa que el hombre le ofreció.

Salió del club y sí, era un diluvio con ella fuera de su casa, a la medianoche, con la temperatura baja, ¿desde cuándo odiaba el clima de Londres? Sin duda desde que apareció en la Londres de la caca de caballo.

Esperó bajo un techo y recordó que debía ir a Mayfair. Para su suerte, conocía donde quedaba.

Iba a emprender la ida, pese a que se mojaría por completo, pero un agarre lo impidió.

Ella dirigió sus ojos a las manos que la aprisionaban.

—¿No le han dicho que dejar plantado a alguien es de mala educación, señorita Halley? Pero es aún peor hacérselo a un duque, es como pedir la horca —reclamó Henry con autoridad.

—Usted se fue, excelencia —acusó, cínica—. Cuando lo iba a buscar, desapareció.

—Déjeme discutir tal intención inexistente. Puedo interpretar correctamente sus intenciones y la suya fue la de desairarme.

—No sabía que podía ser tan inteligente, excelencia —se jactó de su perversidad—, yo no deseaba compartir ningún espacio con usted.

—Debió rehusar mi invitación con educación. Tiene mucho que pulir, señorita Halley.

—Disculpe, excelencia, pero debo ir sobre la calle Mayfair y queda a una considerable distancia, y usted no hace más que importunar con sus sandeces de aristócrata herido en su orgullo.

—Tiene la capacidad de enfadarme y luego deleitarme con sus palabras filosas. Dejaré pasar esta ocasión con la condición de que me permita acompañarla a donde la esperan.

—No lo necesito. Gracias.

—Tengo un carruaje, no se mojará. Piénselo, una pulmonía a estas alturas arruinaría su ascendente ocupación de concertista.

Viola era razonable y sabía que el duque tenía razón, pese a que planteaba buenas acciones con las peores intenciones.

—Se lo agradecería.

Henry, ocultando su satisfacción, pidió a su cochero con un gesto que se acercara. Bajo la copiosa lluvia, la portezuela del carruaje fue abierta.

Ella iba a subir saltando como un resorte para evitar el raudal. Sin embargo, Henry, con fuerza, la tomó de la cintura casi haciéndola flotar y la colocó dentro del carruaje con delicadeza, acarició con discreción su delicada figura y luego ingresó tras ella.

Sonrojada y con el corazón palpitando de la sorpresa por el inesperado contacto, se sentó. Henry golpeó el techo del carruaje con un suave toque para que se dirigieran a la casa.

—Las damas no saltan de esa manera, señorita Halley.

—Pues las campesinas sí lo hacemos.

—Es como una cabra rebelde, siempre despotricando.

—Usted no me conoce —respondió con dureza y contempló por la ventanilla del carruaje.

—Le gusta el arte y, me imagino, que la lectura le sigue.

—Eso no significa que me conozca.

—Sin embargo, evidencia el buen gusto que... compartimos. No somos tan distintos.

Era cierto, no eran tan distintos, eran casi idénticos; a su parecer, ella no era tan incordio.

—Puede ser. ¿Estamos cerca?

Henry quitó su pañuelo y secó su rostro de las gotas de lluvia que enfriaban su piel.

—Ya estamos llegando a mi residencia.

—¿Su residencia?! ¡Ese no era el trato!

—¿Hicimos en algún momento un trato? —cuestionó el duque guardando su pañuelo en el bolsillo, para luego cruzar las piernas con elegancia.

—Se decía que los caballeros no tienen memoria, no sabía que era realmente algo que ocurriera —masculló enojada.

—Tal como usted se jacta de caprichosa, yo también lo hago. Agradezca que no se moja.

Viola cruzó los brazos, enfurruñó su rostro e imitó las irrepetibles palabras del duque, «agradezca que no se moja», si su madre la viera, le tiraría un florero en la cabeza por mal educada.

Henry, extasiado por la divinidad de aquella criatura, prefirió contarle la verdad antes que muriera de un coraje.

—También vivo sobre Mayfair, señorita Halley. Sin embargo, he disfrutado de su pequeño momento de desesperación, fue vigorizante.

—Veo que disfruta a costilla de la frustración de los demás ¿cuánto más insufrible puede ser? —preguntó, pero rápido levantó la mano al ver que iba a responder—. Es mejor que omita mi pregunta.

—¿No desea saber mi respuesta?

—Algunas cosas es mejor ignorarlas.

Entraron a la calle Mayfair.

—Ya estamos sobre Mayfair, señorita Halley, ¿qué casa busca?

—Donde vive la señora Queen, es amiga de mi tía. Creo que era la cuarta casa de la derecha — respondió mirando las esplendorosas mansiones de la época.

El cochero paró el carruaje para que bajaran. Henry bajó y le tendió la mano a Viola para que también lo hiciera. Ella, con recelo, la tomó y saltó del carruaje a sus brazos para no mojar sus pies. Cayó muy cerca del rostro de Henry, donde quedaron mirándose mutuamente por los segundos más largos de su vida.

Estaba en sus brazos apoyada en su caluroso torso. Si bien ya había tenido mayores aproximaciones con otros jóvenes en su tiempo, aquel momento con él era único.

—Las damas no saltan como cabras desbocadas, señorita Halley.

—Gracias por traerme —replicó alejándose de él—. Debe irse, fue muy amable.

El carruaje emprendió la retirada, y Viola se quedó sola con Henry.

—¡Oiga, cochero! —gritó—. ¡Está olvidando algo! —Señaló a Henry.

—Fue a dejar el carruaje, debe acostarse.

—Entonces...

—La señora Queen es el ama de llaves de mi casa —rió con suficiencia abriendo la puerta.

Humillada tantas veces en menos de treinta minutos, Henry debía entrar al libro de los récords por ser altamente insufrible para sus nervios.

—Pase, es mi invitada —dijo condescendiente en el paso.

—Le prometo irme antes que usted despierte, ¿dónde puedo acogerme?

—Primero, se beberá una copa conmigo, señorita Halley.

—Si no le molesta, estoy muy cansada.

—¿Volverá a desairarme, señorita? Recuerde que soy un buen samaritano.

Viola hizo chirriar los dientes, luego le sonrió y con una exagerada reverencia, dijo:

—Será un placer, excelencia.

—Nada más cristalino que una sincera aceptación. Sígame a la biblioteca.

Ella lo volvió a imitar en su caminata mientras volteaba los ojos.

Abrió la puerta y aquel lugar era una maravilla. Libros y libros, y más libros, se extendían por enormes muebles perfectamente tallados. Las paredes estaban llenas de cuadros y obras de arte genuinas. Parecía una niña en una dulcería. Sus ojos brillaban ante tanta maravilla. Henry se acercó por detrás y le ayudó a quitarse la capa.

—Majestuoso, ¿no lo cree? Los Beaufort nos hemos dedicado a coleccionar desde mucho tiempo atrás. He ensanchado la cantidad de obras adquiridas y he inventariado cada una de ellas. Los libros son exclusivos, con algunos clásicos dentro.

Viola no lo escuchaba.

—«Christusdestormophetmetervangalilea». ¡No puedo creerlo, es un Rembrandt! —exclamó completamente emocionada.

—Ah, esa pintura... Sí, es un Rembrandt, pintado en...

—1633... ¡Usted ni se imagina lo que tiene aquí! ¿Puedo tocarla?

—Claro —respondió mirándola sorprendido. Él quería enseñarle de arte, pero ella se adelantó.

Tocó el lienzo y sintió un escalofrío que la recorría entera, millones de euros pasando por sus dedos.

—¡Si mi padre me viera tocando esto, no lo creería, ni yo lo creo, magnífico! —mencionó, excitada—. Esta obra valdrá una fortuna, es una lástima que la robaran de Boston...

Él la miró, desconcertado.

Viola se dio cuenta que cometió una soberana indiscreción.

—¡No dije nada, solo consévela! —rio nerviosa y se alejó hacia el estante de libros.

Henry la veía caminar, observaba su cuello y sus facciones, sus ojos azules y sus carnosos labios.

—Sabe mucho de arte, al parecer, ¿cuántos años tiene?

—Veintiuno. —Escrutó los libros y encontró una tragicomedia, Celestina.

Ya no era una damisela, estaba a un punto de ser una solterona. Sirvió dos tragos de brandi y se acercó a ella para pasárselo.

Vio que ella quería tomar el libro Celestina, pero estaba muy alto.

—¿Qué cree sobre el amor de Calisto y Melíbea? —susurró entre el oído y el cuello de Viola.

Ella se giró sorprendida por el contacto y el tan evidente acercamiento del duque. Retrocedió un paso, estaba atrapada entre el estante y la autoritaria figura del duque que le mostraba la bebida.

Cogió valor y contestó:

—El amor no se obliga y lo que hizo Calisto fue un conjuro para que Plutón se lo concediera por intermedio de Celestina. Lo que mal empieza, mal acaba, excelencia.

—Es el punto de la tragicomedia. Calisto muere por su curiosidad, de una manera tan ridículamente graciosa.

Ella bebió un trago y con rapidez lo escupió.

—¿Qué demonios es esto?! ¡Sabe horrible! —expresó limpiándose la boca y casi sacando la lengua para cepillarla.

—Brandi de la mejor calidad —respondió con seriedad.

Henry estiró la mano para alcanzar el libro, pegó su cuerpo al de Viola, que respiraba con dificultad.

Al alcanzarlo, con lentitud bajó hasta casi la frente de Viola y se acercó rostro con rostro.

—Lléveselo, y luego me devuelve...—ofreció con su aliento en el rostro de ella.

—No es... necesario...—Intentó disculparse sin poder terminar por lo que el duque hacía.

El aroma del brandi en su aliento la distraía, no por disgusto, sino por el contrario, le resultaba agradable ese recorrido hacia su rostro.

La incipiente barba de Henry recorría sus mejillas, mientras sus labios se acercaban a la comisura de los suyos. Aquello parecía ser inminente, sería besada y seducida por un duque en el siglo XVIII.

Viola esperaba la inminencia del roce entre sus labios. Sin embargo, este no llegaba.

Henry, distraído por un aroma extraño, de perfume dulce, cerró sus ojos para concentrarse en la esencia que envolvía a su intrépida invitada, quien solo se quedaba quieta y con la respiración tan agitada que podía incluso producir un eco dentro de la habitación.

—¿Son acaso flores en primavera lo que capta mi olfato? —curioseó el duque, mientras le hablaba con voz trémula al oído, rozando sus cabellos con la nariz.

Qué sufrimiento era convertirse en gallina. Ya no quedaba ningún lugar en su cuerpo que no estuviera erizado por su insufrible contacto.

—En... realidad... es *unsplash* de *Victoria's Secret*...

—Es una fragancia abrasadora, señorita Halley —murmuró recorriendo nuevamente su rostro.

Kayla, en contadas ocasiones, le había dicho «pequeña pervertida reprimida». Si bien había besado a tantos jóvenes, como los dedos que tenía en las manos, nada la preparó para el acercamiento de un hombre de la antigüedad, con aroma a brandi, jabón, un casi imperceptible y agradable perfume.

Su aliento estaba cargado de algún tipo de hormona que despertaba en ella la ansiedad de descubrir ciertas áreas de su propio cuerpo, hubiera puesto más atención a la clase de ciencias, lo tendría en cuenta por si existía vida después de la muerte. No era tonta, tenía veintiún años. No obstante, pasarse

tras la galería todo el tiempo, no la ayudó para levantar pasiones en su tiempo. Ningún novio le duraba más de unas horas.

Estaba ansiosa por saber qué se sentía que apagaran aquel fuego dentro de ella, aquello que sentía era la expresión lujuriosa de varias obras de arte.

—Excelencia, disculpe... que lo interrumpa, pero... si va a besarme, hágalo —exigió Viola, tambaleante.

Henry le dio una media sonrisa.

—¿Por qué habría de querer besarla, señorita?

Al escuchar esas palabras, sintió lo que tanto deseó, que apagaran el fuego que sentía en su interior y sí que era muy eficiente. Un recipiente de agua helada no se comparaba a la lengua por debajo de los cero grados del duque.

Ella escapó de las garras del hombre de nieve y se alejó.

—Supongo entonces que no intentaba seducirme —expresó, frustrada.

—Señorita Halley, debe descansar —respondió girándose para verla—. Creo que dos noches de desvelos, no le hacen bien, está soñando despierta, un hombre como yo jamás se fijaría en alguien como usted.

—Entonces, dígame dónde puedo ir para descansar, me urge despertar de esta pesadilla —pidió, enfurruñada.

Él se acercó hasta ella y la tomó de un brazo con delicadeza.

—Acompáñeme, le enseñaré los cuartos del servicio —dijo condescendiente.

¿De dónde había quitado que aquel hombre la besaría? Era producto del asqueroso licor que le ofreció, sin duda alguna.

Era tan curiosa que deseó ser besada, aunque la diferencia era que no debía besar cualquier cosa, ejemplo claro era la serpiente con la que iba hasta los lugares más oscuros de una gran mansión.

Henry abrió una puerta, cedió el paso a su bella invitada.

—Es aquí, descanse.

—Gracias —musitó sin más que añadir.

Le dio la espalda mirando la cama que estaba a un lado. Entretanto, Henry permanecía parado, observándola.

Cerró la puerta después de contemplarla por unos instantes. Casi cometió un error al besarla. No eran de la misma clase social, ella era vulgar, burda, pero tan bella, de cierta manera conocía los hábitos refinados del arte y la música, quizá también de la danza.

Si ella no hubiera exigido que la besara, él lo hubiera hecho. Sin embargo, una dama no se debía comportar de aquella manera tan impaciente. Además, hubiera delatado su falta de contención ante la tentación que representaba una mujer como ella. Era lo que todo noble deseaba, una joven bella y campesina, quien nadie amparara para aprovecharse de la situación. Solo un verdadero sinvergüenza como él pensaría en aprovecharse de la necesidad de la señorita Halley.

Esa idea la llevó hasta su cama para darle vueltas. Podía notar que, de cierta forma, ella no le era indiferente y eso era una ventaja para: si continuaba obsesionado con ella, proponerle ser un amante atento y muy generoso, su bolsillo podía permitirse comprarle lo que deseara a esa dama con tal de tener sus atenciones.

Ella no pegó los ojos en toda la noche y no era por la falta de sueño, sino por el coraje de la humillación.

Estaba segura de que después del insulto que le propinó con su «bésame ya, por favor», nunca más se acercaría. Le dejó en claro que los tapetes de oso no hablan, podían tener forma y cabeza, pero solo servían para ser pisoteados.

Nunca se imaginó ser degradada de aquella manera y la verdad tampoco imaginó que Inglaterra del siglo XVIII, fuera tan cruel con sus semejantes.

Se levantó apenas vio el sol, dejó el libro que el duque le dio y se dirigió hacia algún lugar para salir de aquel laberinto. Llegó hasta el recibidor y vio a una elegante dama arreglar unas flores en un florero.

Viola quiso pasar inadvertida, pero la mujer ya la había visto.

—¿Eres nueva? —preguntó la duquesa con una afable sonrisa.

—Disculpe, no trabajo aquí.

—¿Y entonces cómo estás dentro de esta casa?

—Vine buscando a la señora Queen, es amiga de mi tía. Después del trabajo, no tenía donde quedarme y con esa lluvia...

—Oh, pobrecilla, ¿dónde trabajas?

—En el club de la ciudad —respondió.

La duquesa sabía que su hijo fue a un club anoche, no podía ser posible que le faltara al respeto a su casa familiar.

—Entonces mi hijo te trajo aquí.

El tono con el que le habló la duquesa cambió y ya no era tan dulce.

—Me trajo cuando le dije que venía a Mayfair. Mi tía, la señora Becher, le pidió a la señora Queen para que me quedara solo por la noche los días que trabajo en el club.

—¿Eres sobrina de los Becher?

—Sí, ¿los conoce?

—Son nuestros arrendatarios...

Viola en ese momento cayó en cuenta de que el duque era el villano que los amenazó.

—Disculpe las molestias, no volveré por aquí, se lo aseguro —se despidió Viola con una reverencia y salió corriendo de la mansión.

La lluvia no había cesado, mas le importó muy poco.

Caminó por Londres mojándose hasta encontrar el camino que la llevaría a donde se encontraban los Becher.

Durmió bajo el techo del engendro sin compasión que exigió a dos personas ya casi viejas que pagaran dos años de prenda. Pobres de Ethel y Frank que vivían bajo los dominios de ese hombre. No quería verlo nunca más.

Henry despertó y recordó que tenía a la señorita Halley bajo su techo, quería verla antes de que se fuera. Se colocó un cubre y bajó. Mientras caminaba hacia el área de servicio para verla, escuchó unos pasos detrás.

—¡Henry Beaufort! —masculló su madre siguiéndolo.

—Buen día, madre —saludó queriendo besarla en la mejilla, pero ella se alejó—. ¿Qué sucede?

—Por qué no te dignas a explicar sobre tu amiga, a la que trajiste a la casa, ¡nunca pensé que me llenarías de tanta vergüenza, traer a tu ramera a esta casa y ofrecerle asilo!

—Hay una confusión, la señorita Halley venía hacia el mismo lugar, solo fui un caballero.

—¡Con alguien que no pertenece a nuestra clase! ¡Eres igual a tu padre, un desdichado disoluto incorregible!

—Puedo traer a la señorita para que lo explique todo.

—¡Tu educada señorita salió corriendo al verse descubierta en su fechoría!

Henry se tomó de la frente, perdió la última oportunidad de saber dónde vivía la campesina. Debía montar guardia frente al club para verla de vuelta.

Le resultó casi imposible convencer a su madre de que no tenía nada que ver con aquella joven.

Para su buena fortuna, la señora Queen lo explicó todo en su ausencia.

Viola llegó después de unas horas, no tenía nada seco y toda aquella ropa le pesaba, los pies le dolían y tenía sueño.

—¡Viola! —exclamó Ethel al verla llegando—. ¡Vas a enfermarte!

—No lo haré, Ethel, lo prometo.

—¡Por Dios, te prepararé un baño caliente!

—Lo haré yo misma, luego comeré y me iré a dormir.

—Te ves cansada, deja que te atienda, haces esto para ayudarnos. Déjame pagarte.

—Yo no exigiría nada, Ethel, lo hago porque ustedes han sido unos padres desde que estoy aquí atascada, no podía ser tan sanguijuela y vivir a sus costillas.

—Es un honor que nos tengas tanta consideración, querida, pero no discutiré. Ve a tu habitación y recuéstate, yo me encargo.

No tenía caso discutir con Ethel, era peor que su propia madre.

Cerró las aberturas de la habitación, se desnudó y se metió bajo las mantas.

Ethel entró a la habitación con la primera cubeta de agua caliente para que ella se aseara, pero Viola se quedó dormida del cansancio.

Le colocó correctamente el cabello, la tapó y dejó un beso en la frente. No tardaría en despertar por el hambre.

Henry había asistido al club durante la noche, pero el piano estaba vacío y no dudó en acercarse al dueño.

—¿Y la dama del piano?

—Viene tres veces por semana. Recién le toca la próxima semana.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—No es el primero que pregunta y le responderé como al resto, no sé dónde vive.

Un hombre escocés pasó la puerta también mirando al piano. La dama que anoche estaba, no se encontraba, al parecer era otro fantasma como Kayla.

—Necesito hablar con la dama que tocaba el piano ayer —pidió.

Henry observó al hombre y lo conocía de Escocia, era un Murray.

—No es el único, mi señor, tiene al duque que también pregunta por ella.

—¿Volverá?

—La próxima semana, caballero.

—Vendré a verla.

Enfadado por el inusitado interés del joven de quizá veintisiete años, Henry lo siguió.

—¿Qué tiene usted que ver con la señorita Halley? —increpó.

—No incumbe a su persona —respondió grosero.

—Le ordeno que me lo diga —exigió Henry con prepotencia.

—No hablo con gente inglesa, solo con Viola, ella sabe cosas que necesito. Buenas noches.

El escocés subió al lomo de su caballo y partió con otros hombres a su espalda. Tal vez el joven deseara lo mismo que él, la compañía de Viola Halley.

Capítulo 8

Frank fue hasta la residencia del duque en el campo para hablar con Rupert sobre el pago. Lo que Viola había juntado servía para disminuir su deuda con el duque. De la boca de Frank salió que Viola trabajaba en un club londinense lleno de caballeros y eso llegó a oídos de Yrene quien, preocupada por su nueva amiga, fue a verla.

—Por tu reputación, Viola, te pido que dejes esa ocupación —casi exigió Yrene.

—No puedo hacerlo. Mis tíos dependen de mí.

—Espera a los acontecimientos sociales, te contratarán para tocar.

—Yrene, trabajar no es pecado.

—¿Donde tú lo haces sí, pensarán que eras una prostituta! ¡Oh, Dios! ¡Lo dije, lo dije! ¡Dije una mala palabra!

—No soy una prostituta.

Yrene colocó la mano en el pecho por la facilidad con que le salió esa palabra a Viola.

—¡Dios, Viola! ¡Sí que eres valiente para decir esa palabra!

—Me sé verdaderas groserías, pero es mejor que las calle, con solo decir un calificativo moriste de vergüenza.

—La señora Becher me ha pedido que te convierta en una dama, Viola.

—Pero si soy una, no necesito nada.

—Lo que sucedió en mi compromiso solo fue el principio. Jamás debes señalar a nadie y menos a su excelencia.

—Lo dices porque es el patrón de tu prometido, supongo.

—Por eso y por su rango, es un duque y uno que se caracteriza por su mal genio.

—Lo sé perfectamente, te faltó decir que era alguien muy rencoroso.

—Sin duda alguna.

—Mi tía creo que exagera con eso de convertirme en una dama, yo ya lo soy. Tomé cursos de protocolo y etiqueta hace mucho, pero lo recuerdo a la perfección.

—Los Becher quieren que tengas un futuro, Viola, y uno muy bueno.

—¿A qué te refieres con lo de futuro? —cuestionó entrecerrando los ojos.

—Quieren buscarte un esposo. Como sabrás, eres una campesina y puedes aspirar a un adorable administrador, algún comerciante o a un hombre bien asalariado.

—¿¿Qué?! ¡Pero si tengo veintiún años, soy un bebé!

—¡Veintiún años! Estás a punto de ser una solterona.

—No sabes lo que es ser una solterona.

—¡Ay, Viola! ¡Debo hacer algo con esta reticencia tuya!

—Solo déjame arreglarlo con mis tíos... —mencionó antes de querer matar a sus adorables tíos putativos.

Ambas volvieron juntas de su caminata privada, retirándose Yrene antes de oscurecerse.

Ethel estaba preparando la cena cuando Viola la increpó en la cocina.

—¡Ethel! —Ella, como sabiendo lo que sucedió, con lentitud se dio vuelta para mirarla.

—¿Dime, querida?

—¿Tú y Frank están pensando en librarse de mí?

—¡No, Viola!

—¿Y entonces por qué Yrene con tanta propiedad me dijo que querían que me casara? ¿Que me convirtieran en una dama!

—Cariño, ven y siéntate...

—¿Casarme, Ethel?! ¡Tengo solo veintiún años! Casi muero cuando me lo dijo sin pelos en la lengua.

—Viola, veintiún años es mucho aquí, eres casi una solterona.

—¡Y a mucha honra!

—Piensa en que podrías pasar el resto de tu vida en este tiempo. ¿Qué sucederá contigo? ¿No quieres tener familia?

Viola parecía pensarlo. En realidad, nunca se puso a pensar si necesitaba una familia propia, para ella era suficiente estar en casa con su madre y padre, y la galería.

La galería ocupaba casi la totalidad de su cerebro, la amaba con locura, pero debía ser realista, nunca regresaría a casa.

—Nunca lo he pensado, Ethel.

—Frank y yo estamos poniéndonos viejos, querida, y no seremos eternos, por eso deseo lo mejor para ti. Un esposo que te procure hijos y vele por ti es lo que necesitas.

—Siento tanto haberte acusado injustamente, Ethel. No soy de este tiempo y me cuesta comprender la alta dependencia femenina de un hombre. En mi tiempo, las mujeres trabajan y son independientes, madres solteras y luchadoras, no necesitan de ningún patán.

—No todos son patanes. Temo por ti, querida mía, en aquel club no encontrarás algún hombre decente.

—Está lleno de aristócratas y burgueses.

—¡Esos no son decentes, son unos patanes! Para buscar un buen esposo, debes acudir a algunas veladas que se hacen en el pueblo o que organiza la pequeña nobleza de otros lugares. Está próxima la fiesta de los arrendatarios del duque de Somerset, ahí puedes conocer a unos cuantos hombres trabajadores.

Cuando escuchó al infame del duque, sintió que su cabeza estallaría por no concebir a tan macabra criatura en sus pensamientos. Estaba decepcionada. No esperaba nada de él, pensaba que era solo un hombre petulante. No obstante, se dio cuenta que era un hombre sin corazón.

—Solo piensa, querida, medita y luego me cuentas.

Viola le sonrió y volcó sus pensamientos en lo que le dijo Ethel. No estaba demasiado segura de construir una vida en aquel tiempo, deseaba volver a su casa y continuar con su ajeteo, pese a que esa idea cada vez se hacía más lejana.

Habían pasado tres días y no sabía nada de Viola Halley. Podía volverse un demente si le daba algunas vueltas más a esa mujer en sus pensamientos. Fue hasta el club solamente para salir con las manos vacías. Estaba obsesionado con la cercanía de ella, que podía incluso alucinar que su piano estaba siendo objeto de su arte.

—Buen día —saludó Rupert entrando al comedor—. Creo que he venido muy temprano.

—¡Rupert, querido, siéntate! —ordenó la duquesa.

Henry se encontraba perdido en sus pensamientos, miraba con fijeza a un lugar.

—¡Henry! —gruñó su madre.

—¿Qué? —respondió despertando de sus ensueños.

—Rupert ha saludado.

—¿Cómo estás, Rupert? —lo saludó con semblante cambiado, la línea seria de su frente desapareció.

—Muy bien. He venido a rendir cuentas, ya que se acerca la temporada y no sé cuándo irás por la hacienda.

—No tengo incentivos para ir allá.

—Entonces esperaré a que termines tudesayuno para tratar sobre tus problemáticos arrendatarios, los Becher.

—¿Y ahora qué sucede con ellos?

—Han empezado apagar sus deudas.

—La cosecha aún no ha empezado, ¿cómo pagarían sus cuentas?

—Su sobrina, la señorita Halley, ha estado trabajando para ayudarlos.

—¿Señorita Halley, has dicho?

Cuando la duquesa notó el interés de Henry por saber sobre aquella joven, no sabía si intervenir o no. Los Becher eran una familia decente, pero aquella joven trabajaba en un garito y quien sabía si realmente como pianista. Que su único hijo terminara involucrándose con una mujer de la mala vida, no la dejaría dormir.

—La pianista —le recordó Rupert.

Quería esbozar una sonrisa. Hizo muecas, pero las ocultó.

—¿Vive con ellos en mis tierras?

—Sí, es una joven un poco vivaz para los demás. La señorita Yrene me ha dicho que posee pensamientos muy liberales.

—Sobre eso no me cabe duda, enfrentarse a un duque no lo hace cualquiera.

—Y tampoco desairar a una duquesa —espetó su madre, levantándose con arrogancia de la mesa—.

Disculpen, tengo algunos asuntos que requieren mi atención.

Ambos se levantaron e inclinaron la cabeza para despedir a la duquesa.

—Iremos juntos a la hacienda, Rupert.

—Pensé que te faltaba incentivo.

—Que los Becher estén cancelando sus deudas sin mi condonación, es un incentivo.

—¿Los dejarás que se presenten en la fiesta de la cosecha este año?

—¿Por qué no?

—No cosecharon el año anterior.

—La fiesta es para los arrendatarios, una tradición Beaufort, por lo que continuará siempre.

—¿Qué tramas en realidad, Henry?

—Tengo mis intereses puestos en la señorita Halley —pronunció sin rodeos.

—Los Becher desean que pronto encuentre un esposo, tiene edad para estar casada.

—No pienso interferir con esos planes...—dijo con desinterés.

—No hagas cosas tontas, Henry.

Henry sonrió mientras sorbía su jugo. Iría a buscar a su querida señorita Halley, dueña y señora de sus pensamientos desde hacía una semana sin descanso.

Rupert iba en su caballo tras el carruaje de Henry.

Aquella fue la decisión más rápida que tomó en su vida, ir por la sobrina de sus arrendatarios morosos. Meditaba la razón del interés de su medio hermano en la Viola. Era cierto que poseía una belleza sin igual y, sin embargo, la belleza no compensaba los disparates que hacía trabajando en un garito.

—¿Estás seguro de que no te interesa la señorita Halley? Toca en un garito, pero no es una de esas mujeres a las que estás acostumbrado —intentó persuadir a su hermano.

Henry miró el paisaje hasta que escuchó a Rupert y dirigió su mirada a él.

—Su talento es excepcional. He de deleitarme en su belleza mientras toca el piano y me habla de

arte. Ha conjurado mis pasiones en un solo lugar.

—Es una campesina y tú un duque. Nada bueno puede salir de eso. Los caballos con las yeguas y los toros con las vacas. Especies diferentes no pueden juntarse.

—¿Y qué me dices de la señorita Yrene y tú?

—Soy hijo de un duque, más que nada es mi respuesta para ti.

—La sociedad juzgará a tu futura esposa por cruzarse con otro animal que no es de su clase, piénsalo. Estará en el escrutinio, pero aquí, tu hermano, Saint Henry, ha de conseguir que seas reconocido como hijo de mi padre y se te entregue lo que por derecho te corresponde.

Rupert sabía que Yrene sufriría en algún momento por casarse con un simple capataz. Si aceptaba lo que Henry le ofrecía, pondría lo que fuera a sus pies con tal de que nadie la juzgara o acusara por casarse con un pobre diablo.

—¿Sabe que eres mi hermano? —cuestionó Henry.

—¿Por qué debería saberlo? Es mejor que eso sea un secreto.

—¿Temes acaso que su afecto por ti merme?

—La señorita Yrene goza de mi plena confianza y estoy seguro del afecto que me profesa.

—¿No quieres que se convierta en la codiciosa dama que se una a ti por la especulación en la adquisición de un título o, tal vez, el aprovechamiento de nuestro parentesco para el beneficio de su familia?

Su hermano estaba por hacer chirriar sus dientes de rabia. Henry era tan desconfiado que solo confiaba en su familia y en él. Las mujeres representaban placer, junto al símbolo de la codicia con faldas y pestañas alargadas esperando seducirlo. Desde que asumió como duque, sus pensamientos habían cambiado. Cuando era un joven a quien solo le gustaba la diversión y debía ir con su hermano a los grandes bailes, era rechazado por las damas, pues él era solo el hermano del duque.

Las damas le huían como si de una planta que producía roncha se tratara. Ni bien su hermano había muerto, las damas buitre lo sobrevolaban sin descanso. Conoció de esa forma la realidad de la sociedad en la que vivía su hermano. Aseguraba que por aquello no se casó, ninguna mujer valía la pena.

Mientras recordaba eso, vio que Rupert adelantaba el paso hacia la hacienda que podía ver desde la colina. La señorita Douglaslo esperaba montada en su caballo, incluso podía notar que recibía a Rupert con una gran sonrisa.

Esa escena le dio una vaga idea del porqué su medio hermano decidía ocultar su origen, podía ver lo genuina que era la señorita Yrene en sus sentimientos por él.

El carruaje los alcanzó y Henry, con una inclinación de cabeza, saludó a Yrene.

—Es un placer verla, señorita Douglas.

—Excelencia —reverenció.

—Tienes la tarde libre, Rupert, ve en compañía de tu prometida —lo desligó exigiendo la marcha del carruaje, sin dejar que su medio hermano rechistara.

Bajó y se dirigió hacia la habitación, mientras uno de los mozos, con esfuerzo, llevaba su baúl.

Su ayuda de cámara en el apuro se puso a su servicio.

—Excelencia, sus prendas han sido ordenadas, ¿desea algo más?

—Un traje de montar, prepáralo. Voy a salir para dar un paseo por mis tierras.

—¿Desea que lo acompañe?

—No. Iré solo.

El ayuda de cámara obedeció la escueta orden del duque y preparó lo que deseaba. Moriría de aburrimiento muy pronto si seguía insufrible dentro de la casa de Ethel y Frank. Había limpiado, lavado, alimentado a los animales y demás tareas que se requerían en la casa, todo en pos de

no morir de holgazana. En su tiempo no notó lo haragana que era. Estudiaba piano, iba a la universidad, leía, iba a la galería. Un sinfín de actividades que la mantenían ocupada y no la dejaban apreciar lo que había a su alrededor.

En ese momento, se encontraba en plena naturaleza. Recordaba el arroyo donde Ethel la encontró a punto de quitarse la vida al sentirse perdida. Fue una verdadera estupidez.

Se acercó a la ventana viendo que aún faltaba para que llegara la noche.

—¿No necesitas bayas, Ethel? Vi que has comprado harina.

—Eres una pillita. ¿Deseas una compota?

—¡Eso no debería preguntarse!

—Tráeme unas bayas y te la prepararé para después de la cena.

—Tardaré un poco porque iré al arroyo.

—¿Intentarás pescar otra vez?

—Máximo me pescaría un resfriado antes que traer un pez. Me han demostrado ser más inteligentes que yo —bromeó llevándose una cesta para traer las frutas.

Le alzó la mano a Frank y se despidió de él para ir al bosque.

Unos pasos al salir de la casa, escondida en un costado del camino, Viola se quitó el pesado vestido, dejándose solo la camisola.

—Las damas deben andar... Bla, bla, bla y más bla, Ethel —pronunció imitando y recordando a Ethel con sus discursos sobre el recato y la decencia, pero demasiada ropa la asfixiaba. No estaba tan acostumbrada, salvo en el invierno, a vestirse de esa forma como si fuera una esquimal.

Libre y soberana de su tiempo, fue creyéndose la caperucita en medio del bosque.

En casa de los Becher, Frank vio a un caballo con su jinete acercándose.

—¡Ethel, Ethel, es el duque! —bramó.

Ella sacó la cabeza por una de las ventanas.

—¿Qué quiere ese hurra aquí? ¿No pagaste nuestra deuda con el dinero que te dio Viola? ¡Voy a golpearte, Frank!

—Calma, mujer. Le he pagado al señor Rupert, lo anoté en su libro.

—¿Y entonces?

Henry se acercó altivo hacia ellos.

—Buenas tardes, señores Becher —saludó con el rostro pétreo.

—Excelencia. ¿A qué debemos su visita? Hemos estado pagando la deuda —justificó Frank con recelo acercándose a la ventana donde se encontraba Ethel.

—Rupert me lo ha comunicado —mencionó—. No he venido a reclamar, quisiera conversar con su sobrina.

—¿Nuestra sobrina? —inquirió Ethel con desconfianza.

—Sí, la señorita Halley. Tengo entendido que la misma reside en su humilde vivienda, señora Becher.

—¿Para qué la busca? —lo increpó Frank. Conocía la reputación del duque y no era un santo.

—Deseo contratar sus servicios —mintió. Solo deseaba estar cerca de ella y escuchar su voz.

—Ella salió al bosque y luego irá al arroyo, tardará en volver —explicó Ethel.

Era una verdadera pena que no estuviera en ese momento, pero era lo mejor, la buscaría él mismo.

—Entonces no me queda más que enviar a Rupert por ella mañana —anunció—. Si me permiten, me retiro.

Ethel y Frank bajaron la cabeza dejando ir al duque.

—Esto no me huele bien, Frank.

—Pues a mí tampoco, confiemos en que Viola trae la inteligencia del futuro.

—Es una joven lista, espero que el duque no esté pensando en que Viola es una mujer de aquellas... ¡Dios bendito!

Frank volvió a sus labores mientras Ethel seguía mirando por la ventana el polvo que levantó la rápida ida del duque.

Ella estaba sola en el bosque, qué mejor oportunidad para verla en su naturaleza salvaje.

Buscarla en aquel bosque inmenso sería inútil, iría sin dilación al arroyo para encontrarla.

Viola estaba en una piedra panza abajo observando a uno de los seres más inteligentes de la tierra. Ese pez al que nunca podría pescar. Como buena mujer de las cavernas, con un palo intentaba clavarle y aparecer con una deliciosa sorpresa para Ethel.

—Persevera y triunfarás, Viola, solo unos centímetros más y por la noche le hincarás los dientes... Solo ten paciencia... ¡Ven, pez, ven con Viola! —murmuró intentando que el pez se acercara a la orilla mientras le tiraba migajas de pan.

Estaba tan concentrada en ese pez que no se dio cuenta que cierto caballero dejó atado a su caballo y se acercó a ella.

Henry se deleitaba en la figura de Viola, mientras observaba el agua con mucha concentración.

Sonrió al escucharla murmurar esas palabras para cenar aquel pez.

—Es una cazadora poco astuta, señorita Halley...

Su afilado palo cayó al agua del susto y la salpicó en el rostro. Se levantó para reclamarle al duque su intromisión y absoluta pérdida de su banquete real.

—¡Usted! —Lo señaló con el brazo firme y, si podía, transformaría esa parte de su cuerpo en una ametralladora.

Pasmado por la poca vestimenta de Viola, se perdió por completo en su figura, obviando cualquier reclamo que esta le hiciera.

—¡¿No tiene a nadie a quien molestar?! No, ¿verdad? —lo increpó con absoluto enojo—. Por supuesto, no tiene nada que hacer y viene aquí a... —Indignada se dio cuenta que no le hacía caso por estar observándola.

Viola bajó la mirada a su prenda. Olvidó que la piedra estaba mojada y sus senos estaban viéndose a través de la fina tela. Se tapó y obtuvo la atención de Henry.

—Señorita Halley, he estado buscándola —pronunció sonrojado por la vergüenza de haber sido pillado.

Cruzando los brazos a la altura de los senos, siguió mirándolo con el ceño arrugado.

—¿Y qué desea su excelencia de alguien de mi clase? —inquirió con sorna.

—Tengo una propuesta para usted, y espero haga el honor de aceptarla.

Viola lo miró altanera y respondió con una pregunta:

—¿Qué propuesta?

Capítulo 9

Viola se fijó en la postura nerviosa del caballero. Él colocó sus manos en la espalda, luego al frente y por último al costado.

—Le ofrezco una tregua, señorita Halley —propuso indeciso. ¿Acaso era eso lo que quería realmente proponer?

—¿Una tregua? —se extrañó, creyó que el duque había perdido el juicio.

—No deseo pelear con usted.

—Eso no será posible. El día que estuve en su casa... ¡fue grosero!

—No tiendo a arrepentirme de mis actos, pero merezco que usted refute mi actuar.

—Igual, de ninguna manera aceptaré una tregua.

—¿Puedo preguntar por qué me responde con tanta determinación, si estoy ofreciéndole un trato justo?

—Tengo tres nombres para usted, mi tío Frank, tía Ethel y mi cena.

—Puedo cazar por usted para que cene su tan deseado pez, pero si no hubiera aparecido, de ninguna manera lo iba a cazar. Su torpeza le daba risa a la víctima.

Viola desorbitó sus ojos ante sus palabras, menos mal deseaba una tregua, no quería saber si deseaba una guerra con esa actitud.

—¿Y qué hay de mis tíos? —respondió lamentándose que hasta él se diera cuenta de su incapacidad de cazar.

—Sus tíos viven en mis tierras como arrendatarios, es su obligación pagar por utilizar la tierra. Soy un hombre de negocios, señorita Halley.

—Estoy segura de que no le haría daño condonar la deuda. Tiene demasiado dinero para que le interesen dos viejos. El tío Frank estaba enfermo y no pudieron cosechar, ¿cómo puede tener el corazón tan frío?

Sabía que era bastante exigente con los negocios de la familia, pero no cambiaría de opinión por algo en lo que tenía razón.

—Piense, señorita Halley, es inteligente. Tengo demasiados arrendatarios, ¿qué sucedería si se enteraran que perdoné una deuda? —formuló determinado a hacerla entrar en razón—. Todos fingirían enfermedad o me darían excusas, sabiendo lo generoso que soy. Imagine a un Beaufort quebrando por un pensamiento tan vago como el suyo, señorita Halley.

Sopesó por un momento lo que le decía y, si tenía razón, muchas veces no podía hacer excepciones.

—Está bien, comprendo.

—¿Puedo suponer que acepta la tregua que le ofrezco?

—Solo si hace que ese pez que me supera en inteligencia, termine en mi plato —lo desafió.

—Siéntese y aprenda, señorita Halley. También espero que se cubra, su casi desnudes me distrae. —Se le subieron los colores al rostro por su insinuación. Henry se quitó la chaqueta de montar y se la entregó—. Por nuestra tregua, cúbrase. —Ella sin decir mucho le hizo caso. Se sentó bajo un árbol y esperó a que él hiciera el trabajo—. Mucho mejor, señorita Halley, iré por mi caballo, siempre he traído una daga.

Viola observó su figura mientras se iba. Los hombres en su tiempo deberían vestir como él. Era tan elegante y muy atractivo. Nunca había sido un desperdicio observar la retaguardia de un hombre y el

cuerpo del duque no era la excepción, era perfecto de todos los ángulos.

Sin mucho disimulo, lo siguió con la mirada hasta el caballo para observarlo mejor. Luego vio que se giraría y se volteó para mirar hacia el arroyo. Henry sonrió al ver concentrada a su nueva amiga o, al menos, así lo creía.

—Quiero ver que cumpla, excelencia.

—¿Duda de mi capacidad, señorita Halley? He de sentirme insultado por su desconfianza —rio acercándose a la orilla para observar a los peces.

—No dije que dudara de su capacidad, sino que un hombre tan fino como usted no debe saber hacer nada.

—Déjeme decirle que ser amigo de los hijos de arrendatarios cuando era pequeño, fue bastante educativo. Por demás está decirle que la pesca se me da bastante bien.

—Hasta no ver, no creer —dijo socarrona desde árbol y él se concentraba.

—Si agarro un buen pez para usted... ¿qué me dará a cambio? —inquirió mirándola con los ojos risueños.

—Las gracias, por supuesto, no soy una malagradecida —respondió con simpleza.

—¿Qué le parece si me promete una pieza en mi hacienda? Prácticamente he venido hasta aquí para escucharla tocar.

—¿Está tomándome el pelo?!

—No grite, espanta a los más grandes...

Ella se levantó de donde estaba sentada y se acercó hasta él.

—Dije que si me está tomando el pelo.

—¿Por qué lo haría? Admiro su talento. Como le dije con anterioridad, su disciplina es excelente y después de saber que disfruta el arte y la lectura, tanto como yo, he decidido que podríamos tener una amistad.

Viola quería estallar de la risa.

—Es un chasco, ¿verdad? —Lo miró, incrédula.

—¿Tengo cara de ser alguien que haga chascos a mansalva? —increpó con seriedad.

—No, pero...

—Usted —la interrumpió—, comparte mis gustos, no hay nada de extraño en que desee su amistad. Pese a que somos de clases muy distintas, puedo tolerar un acercamiento porque me parece indicada para discutir los predicamentos que no puedo hacer con quienes no aman el arte, piense en las ventajas, señorita Halley.

Mientras él hablaba, intentaba aguantarse la risa, pero ya lo estaba mojando con su saliva por no soportar sus locuras. Una carcajada salvaje escapó sin miramientos haciendo eco en el lugar.

—¿Qué ventajas tendría al ser su amiga? —Seguía riendo incansable hasta que él metió el brazo al agua y quitó el pez clavado en su daga.

—Mi amistad puede proporcionarle, acceso a obras de arte antiguas de mi colección, partituras únicas, libros que solo tuvieron una edición y aparte, mi protección... —Le mostró el pez.

Con la boca abierta por la sorpresa, luego lo miró.

—Le pagaré por tocar, soy generoso con la paga. Servirá para reducir la deuda de sus tíos.

—Debo dejarle en claro un detalle, usted no me agrada y no estoy interesada en ser su amiga, pero necesito ese dinero para ellos. —Ella le pasó la mano para que él la tome—. Tocaré para usted cuando me encuentre libre.

—¿Con decirme que no le agrado, significa que no me dará su amistad? —refirió y contempló su mano, muy extrañado.

—Es usted inteligente. —Retiró el «hemos hecho un trato».

—¿Osa rechazar el padrinazgo de un hombre como yo?

—Por supuesto que sí, no lo necesito.

—¿Su tajante rechazo a mí es porque no la besé aquella noche?

De cierta forma lo era, pero sin duda era por su arrogancia.

—No.

—Puedo sacrificarme si lo desea, es una joven de buen ver, agraciada e inteligente. No debería ser un sacrificio muy doloroso —disertó con sarcasmo.

Nadie en su vida rechazó su amistad. Esa señorita era la primera en hacerlo y eso lo estaba poniendo nervioso.

—¿Sacrificio? ¿Dijo usted sacrificio? Estoy segura de que Satanás no quiere que usted vaya aún junto a él. Le ruego que se guarde sus sacrificadas atenciones para damas de su clase. —Se sintió insultada.

¿Besarla era un sacrificio tan horrible? No se creía tan mala para eso.

—Le he dicho que me parece agraciada y de buen ver. Es suficiente para que entienda que su figura es de mi absoluto agrado —confesó—. No será de mi clase, pero no le resta atractivo. He visto más de usted en poco tiempo de lo que he visto en mujeres que conozco de toda la vida.

Ella le dio un pisotón, se quitó la chaqueta, se lo arrojó en la cara y, por último, tomó el pez.

—Es suficiente de insultos por un día, me busca cuando desee que toque para usted. Gracias y con permiso.

Él, al sacarse la prenda del rostro, vio cómo ella tiró el pez en la canasta y corrió hacia el bosque.

Henry arrojó la daga a la tierra. No podía contener su lengua y tampoco sabía cómo decirle a esa mujer que su presencia era inestimable y adictiva, que su belleza y su talento lo habían golpeado como las olas del mar a las piedras, sin piedad alguna.

¿Qué le impedía realmente ser abierto con esa mujer? Su estrato social era un impedimento, pero él era un hombre que hizo amistad con otras personas sin dinero. Sin embargo, con ella no podía entablar una conversación. Era desafiante, haciéndolo delirar por ser un contendiente para su inteligencia, desearía debatir y rebatir entre opiniones, que aquellos roces de pensamiento terminaran en unos roces de atenciones mutuas y de palpitante placer.

Su triste idea de una tregua no funcionó. No obstante, si quería obtener a esa muchacha, debía cambiar su fina grosería por la fineza de la conquista. No descansaría hasta obtener a esa dama para deleitar todos sus deseos. Era un duque y tarde o temprano, ella caería rendida a sus pies, pero lo que más deseaba, era que cayera rendida en sus brazos.

Después que su adorable lengua lo condenó a un estrepitoso fracaso, Henry volvió a la hacienda.

—¿Y esa cara? ¿La señorita Viola no cayó en tu encanto? —cuestionó Rupert viéndolo llegar con una fina línea reprobatoria en la boca.

—Las mujeres son extrañas. Esa en particular tuvo la osadía de pisarme el pie con la clara intención de dañarme.

—No imagino por qué... —alegó Rupert escondiendo una sonrisa tras su mano.

—Es más difícil de lo que pensé o quizá mis técnicas no son las adecuadas. Decirle lo agradable que me resulta su figura, al parecer, la insultó.

Rupert se atragantó con su propia saliva por lo que escuchó.

—¿Qué le dijiste?!

—Lo normal, que era de buen ver, que su compañía se me hacía grata y que podría tolerar su falta de clase para iniciar una amistad.

—Entiendo lo del pisotón.

Henry le dio una pequeña reprimenda ocular y luego siguió el camino hacia su habitación.

Algo que una dama jamás obviaría, era un arreglo o algún presente que, de cierta manera, le hiciera ver sus intenciones de conquista, más que de disculpas.

La señorita Halley debía ser como las demás a su entender. Unos pequeños regalos para iniciar y luego los regalos un poco más grandes para conseguir lo que deseaba. Si bien había mantenido largas relaciones con amantes en la residencia de soltero que aún conservaba en Londres, aquel lugar le serviría a la muchacha de su interés para que se quedara en ese sitio y no volviera a su casa, donde su madre probablemente le prohibiría la entrada.

La macabra idea de ofrecerle esa residencia, con todo lo que deseara dentro, le daría cierto acceso a su amistad y que luego esa amistad abriera las puertas a otra cosa.

La sonrisa ladina de su rostro denotaba sus planes de cazador para conseguir a la presa más escurridiza de todas. ¿Qué había de malo en una simple amistad? Pidió a uno de los lacayos que fuera junto a su administrador y le diera estrictas órdenes de que esa residencia estuviera disponible lo más pronto posible, no importaba si la señorita Halley la utilizara o no, debía estar a su disposición. Decidió no volver a su casa en la ciudad en esa semana, iría solo para escuchar tocar a Viola en el club.

Echar humo sería una expresión amable. Era como un incendio de proporciones voraces.

—¿Acaso es la manera correcta de decirme que soy linda? ¡Eso no es un guiño y menos un halago, maldito duque...! —despotricó improperios mientras iba a buscar sus prendas—. Eso te pasa, Viola, cuando te sales de los libros y conoces a un chico. ¡Todos son unos idiotas! Ya sabía yo que estar con la mente ocupada en la galería me hacía bien. Tengo demasiado tiempo de ocio para estar pensando en que, ¡un idiota pomposo, engreído, cínico y con extrañas formas de hablar, era guapo! ¡Caballeros eran los de antes, decía mi santa abuela, por supuesto, porque no conoció a este!

Ninguna maldición sería suficiente para cubrir los intentos de halago del duque que terminaron en interminables insultos sobre su clase social, belleza e intelecto.

Hacía cuanto berrinche podía para que se le pasara el coraje, y no sucedía nada. Estaba ahogándose con sus jugos gástricos pensando en las mil y una maneras de matarlo si lo volvía a ver, cosa que estaba segura que sucedería cuando menos lo esperase.

Lo que más le llamó la atención fue que le dijo que fue a buscarla para escucharla tocar. Era probable que haya sido torturado en algún momento por los fallidos intentos de alguna dama por agradarlo con un poco de arte, mas habría terminado en una catástrofe cuando el hombre le dijo que su arte era una tortura apache.

Si a él le encantaba como ella tocaba, admiraba sus demás cualidades, ya imaginaba lo que sería si tuviera que decir lo que no le gustaba. Llegó hasta sus prendas, colocándose las con prisa. No quería que también la viera vistiéndose aquel hombre.

Todas sus desgracias eran por su causa. Si no hubiera sentido pena y tristeza por aquel recuadro donde se veía tan estreñado, nada de eso sucedería. No estaría pensando en cómo huir de él, menos hubiera sentido pena, sabiendo lo bestia y animal arrogante que era.

—Nunca... nunca, nunca, Viola, vuelvas a dudar de la veracidad de los libros de historia, si te dicen que era un demente, es porque así era —se reprochó incansable mientras pateaba una piedra.

—¡Viola, volviste temprano! —se alegró Ethel, pues se preocupaba bastante cuando se hacía de noche y ella no estaba en casa.

—Sí, es que había un horrible animal en el bosque.

—¡Por Dios, Viola! ¡¿No te atacó?!

—Claro que sí, pero para eso tengo dos piernas, corrí... Frank tiene un arma, ¿no es así? ¿Crees que me la prestará para ir al bosque?

—¡No irás sola al bosque nunca más! ¡Frank, Frank, un animal atacó a Viola en el bosque! —

informó buscando a su esposo en la casa.

Viola sonrió. Henry era una enorme bestia que la atacó con sus tremendas fauces.

Entró en la humilde vivienda y se instaló en la cocina. Tomó el pez y lo colocó en una fuente con agua, al igual que hizo con las bayas. Frank, con su arma en mano, fue hasta ella a observarla para ver si tenía rasguños.

—Estoy bien, esa bestia ya debe estar en su casa —rio Viola.

Ethel miró el pescado que trajo con un rostro de incredulidad.

—¡No puedo creerlo, Viola! ¡Pudiste pescarlo!

—Y fue todo un sacrificio soportar la pesca —expresó quitando las ramas y hojas de las frutas.

—¿Tenías un cuchillo? —preguntó desconfiado Frank mirando la herida de pez.

—Supervivencia básica. Hice un afilado cuchillo de madera en medio de la nada —mintió para no contar su experiencia.

—Pues... —dudó—. ¿No se lo robaste a otro pescador?

—¡Basta de acusar a la niña, Frank! —mandó Ethel—. Viola es incapaz de eso.

—Iré a buscar a ese animal al bosque —concluyó Frank viendo con desconfianza a Viola. Sabía que ocultaba algo. Ethel lo siguió hasta afuera para acompañarlo antes de su inminente salida.

—Esa niña miente, Ethel.

—¿Por qué lo haría?

—No quiere que sepamos en qué malos pasos anda y creo que el duque de Somerset tiene que ver.

—¡Frank, inventas conspiraciones!

—Nunca me crees nada. ¿Desde cuándo el duque busca a alguien por su propia cuenta? Temo por la integridad de Viola si cae en las manos de un hombre como Somerset.

—Entonces por su bien lo mejor es que le busque un esposo cuanto antes.

—Antes que termine desgraciada por causa de ese hombre —la apoyó su esposo emprendiendo su ida al bosque.

Viola quitó las escamas del pescado para ayudar a Ethel. No podía vivir por siempre de su generosidad.

—¿No te gustaría ir temprano a Londres para vender verduras conmigo, querida?

«No, quiero dormir», quiso replicar su mente a Ethel.

—Sí, Ethel, ¿tienes un puesto? —contestó para nada animada en su interior.

—No, pero tengo quien me los compre.

Se lavó las manos y tomó las verduras para cortarlas. Entretanto, veía que su tía adoptiva se disponía a encender el fuego de la cocina.

A la mañana siguiente, Ethel guiaba la carreta y Viola iba tirada en la parte trasera casi inconsciente. Ella no le dijo que saldrían tan temprano. Simplemente la tomó del brazo y la colocó en la carreta.

—Será un día esplendoroso —comentó Ethel a la par que tarareaba.

—Mmm... —respondió apoyándola.

—Seguro hoy conoceremos gente nueva en el mercado, mi querida Viola.

—¿No estarás pensando en esa tonta idea de buscarme un esposo? —cuestionó con los brazos sobre los ojos y con la voz pastosa.

—Sí.

—¡Ethel! ¡Soy muy joven!

—Hueles a solterona.

—¿Cómo demonios huele una solterona?

—A cadáver...

—Pensé que a gatos...

Al llegar al mercado, ambas se colocaron al lado de la carreta exhibiendo la mercancía. Viola estaba enrojecida de la vergüenza. En la vida se imaginó vender verduras en el centro de Londres. Sin estar una hora paradas en aquel lugar, vendieron todo lo que tenían y los clientes habían sido amables caballeros atraídos por la belleza de Viola.

—Gracias —pronunció Viola al último caballero que se llevó lo que quedaba en la canasta.

—Hemos terminado, Viola. Ahora no tenemos nada que vender para quienes me compran siempre —lamentó y tomó las canastas para subirlas a la carreta.

—Eso no importa, lo vendimos todo. —Agarró una de ellas para ayudarla, ínterin en que una gallina perseguida por un perro, dio un salto directo al rostro de Viola que cayó en medio de la calle cuando un carruaje se acercaba a gran velocidad.

—¡Viola! —advirtió Ethel, asustada.

Casi ya era tarde cuando sintió que alguien se arrojó sobre ella y la hizo rodar entre el adoquinado y la arena, sin contar con el probable estiércol.

—Tenga cuidado para la próxima, señorita Halley, no creo que estar bajo los cascos de un caballo sea algo agradable.

Ella escuchó aquella voz de nuevo. Había muerto y estaba en el infierno. Sería impropio decirle eso, por lo que era mejor agradecer.

—Gracias, no tengo cómo agradecerle... —dijo, se levantó con la ayuda de Henry y observó su rostro serio.

—Siempre hay alguna forma, señorita Halley. La veo por la noche —se despidió el duque con una inclinación de cabeza mientras se iba sacudiendo las prendas.

Henry salió a montar antes que el sol estuviera fuerte, momento en que había visto a la señora Becher con un bulto vestido de rosa haciendo peso muerto en la parte trasera de la carreta. Decidió seguirlas y estuvo una hora observando cómo los hombres se desvivían a los pies de una hermosa y amable Viola Halley. No conocía esa faceta de ella; le dio envidia no recibir aquellas sonrisas y atenciones agradables de su parte.

Sin aún poder creerlo, Viola lo miró irse y sabía que estaba en serios problemas, le debía la vida al duque de Somerset, lo que significaba que aquel hombre, quisiera o no, se convertiría en su adorable tormento.

Capítulo 10

—¡Viola, Viola! ¡¿Estás bien?! —preguntó Ethel tocando a una Viola que estaba perdida, observaba cómo Henry se perdía entre la gente—. ¡Viola, por un demonio!

—¡Estoy bien! ¡No ha pasado nada! —contestó, agitada.

Ethel la abrazó con fuerza y unas lágrimas aparecieron en sus ojos.

—¡Estaba tan asustada, no quería perderte, eres como una hija para mí! —lloró la mujer.

—¡Oh, Ethel, no llores! —Sintió el cariño de aquella mujer que la había acogido—. Si pudiera elegir una madre, a parte de la que tengo en casa, esa serías tú, Ethel.

Ella no podía hablar más, estaba emocionada por las palabras de Viola.

—Mi niña querida... vayamos a descansar en casa de otra amiga que tengo —rogó para que a ambas se les pasara en susto de sus vidas.

Viola asintió y con la ayuda de la gente del mercado, subieron todo a la carreta y partieron a una vivienda elegante sobre la calle que, en su momento, ella probablemente conoció como Regent Street.

Frente a la vivienda estaba un pescante estacionado, era probable que los dueños de la casa saldrían.

—Buen día, Gilbert, ¿se encuentra Lydia? —consultó Ethel al joven que cepillaba al caballo.

—Buen día, señora Becher, ella está atendiendo al patrón, pero pueden pasar a esperarla. —Sonrió y abrió el portón.

El joven no le quitaba los ojos de encima a Viola hasta el punto de casi matarla de la incomodidad, estaba segura de que ese muchacho tenía como dieciséis años.

—Gracias. Y deja de mirar a mi sobrina, Gilbert, es bastante mayor para ti —reprendió Ethel pasando al lado y luego, detrás, Viola con la nariz en alto.

Fueron por el costado de un jardín adornado de lirios y muchas rosas.

—Quien vive aquí debe amar la jardinería —comentó Viola mientras tomaba una flor.

—¡No las toques!

—¡Me asustas, Ethel! —gruñó después de haber cometido su fechoría.

—El señor Richmond es un hombre que gusta de estas excentricidades, mientras tanto, pienso en cómo mis gallinas acabarían con este jardín en un abrir y cerrar los ojos.

Llegaron a una puerta trasera que daba a la cocina. Una mujer rechoncha de rostro afable y rozagante se disponía a lavar unos cubiertos sucios.

—¡Oh, Ethel, bienvenida! ¡Cuánto tiempo sin verte, pasa, pasa! ¡¿Y esta niña tan linda?! —vociferó al mismo tiempo que le tocaba las mejillas a Viola y las estrujaba sin piedad alguna.

—Ella es mi sobrina, Viola, es un encanto...

—No sabía que tenías una sobrina, ¡pero es un primor de muchacha! ¿Cuántos años tiene?

—Veintiuno —respondió con media sonrisa—, y soy soltera.

—¡Soltera a los veintiuno! Ethel, ¡cuánta desgracia! —lamentó la mujer.

—No es malo ser soltera a mi edad, de donde yo...

—¿Por qué no vas a recorrer un poco el salón del señor Richmond, Viola? —pidió Ethel para cortar sus ánimos de contar que venía del futuro.

—Ve, querida, el señor Richmond acaba de salir, tiene cosas muy bonitas en su salón.

—Está bien —masculló sabiendo que querían librarse de ella, pero era mejor, no quería escuchar

pláticas aburridas sobre el preparado de comidas.

Lydia vio que Viola fue hacia la sala y luego miró a Ethel.

—¿Sé que no tienes ninguna sobrina, dime la verdad! ¡¿Es alguna bastarda de tu esposo?!

—¡Ay, Dios! No, Lydia. Ojalá lo fuera, pero es una joven a la que encontramos un día a punto de morir.

—Oh... es muy hermosa...

—Vine a saludarte y a saber si todavía tu patrón, el señor Richmond, sigue soltero.

—¡No me digas que quieres enlazar a mi patrón con ella!

—Es un candidato.

—Mi patrón necesita alguien sofisticada, no es que esa niña no lo sea, pero él puede aspirar a más que una simple recogida.

—Sé que el señor Richmond es un hombre adinerado, por algo es el administrador de las familias más acaudaladas de Londres, quiero asegurarle un buen futuro a Viola.

—Pues eso dependerá de mi patrón.

Viola recorrió un pasillo lleno de preciosas y sencillas pinturas hasta llegar a la recepción que tenía una forma circular con más pinturas y adornos florales.

Con lo curiosa que era, miraba cada cosa con insistencia para analizarlas, en especial las pinturas.

El señor Richmond salió y estaba a varias cuerdas de su casa. Sin embargo, volvió por el pedido que olvidó del duque de Somerset, sería hombre muerto si iba junto a él sin esos papeles.

Pasó por el portón de la casa, llegó hasta su puerta y pasó a su despacho sin darse cuenta que había alguien en la recepción, cosa que recién notó al salir. Observó a una joven de facciones amables y cabello muy rubio, le recordaba a la debutante Lady Theresa, hija de uno de sus clientes, el conde de Shaftesbury.

—¿Qué está haciendo en mi casa? —preguntó, sobresaltó a Viola, que retrocedió.

—¡Lo siento, lo siento, mi tía vino a visitar a su amiga, y yo no tenía nada que hacer y...!

—Cálmese, no la estoy acusando. —Sonrió.

Aliviada, respiró más calmada al ver el rostro calmo del señor.

—Tía Ethel ha venido para ver a su empleada.

—Oh, por supuesto, la señora Becher. No sabía que tenía una sobrina.

—Digamos que les caí del cielo —concedió Viola frente a un hombre quizá no mayor de treinta años, de cabello rubio y ojos verdes. Era de buena estatura y excelente presencia.

—Soy Hamond Richmond, ¿y usted? —refirió acercándose a ella.

—Viola Halley —respondió pasándole la mano para que la apretara, pero Hamond se la llevó a los labios. Ella olvidó las costumbres de la época.

—¿Le gustan las pinturas?

—Sí y, particularmente esta. —Mostró con el dedo—. ¿Quién la hizo? Es muy nueva y hermosa.

—La hice yo. Me gusta pintar.

—No me queda más que felicitarlo, la mujer es hermosa, ¿la conoce o solo se inspiró y la creó?

—Es Lady Theresa, la hija de conde de Shaftesbury. —Se encogió de hombros, mientras recordaba cuánto observó a la joven para retratarla. Como administrador del conde, podía verla cada vez que iba, estaba enamorado de su encantadora hija y tenía pensado declarar su amor después de que debutara y antes de conocer a otros caballeros.

Viola conocía el arte y también a los artistas. La pintura era el fiel reflejo de lo que el Señor Richmond tenía en su corazón, amaba a esa joven sin miramientos. Sabía cómo fue la antigua sociedad londinense. El señor Richmond jamás sería aceptado por una familia aristócrata. Por lo general, deseaban casar a sus hijas con alguien que les diera un nombre o, mejor dicho, un título.

Hamond sacó su reloj del bolsillo y lo miró.

—Se me hace tarde, señorita Viola, queda usted en su casa, me saluda a la señora Becher.

—Gracias, señor, prometo no tocar nada que pueda romperse.

—Entonces dejo mi residencia en buenas manos. —Se inclinó y luego desapareció.

Se había quedado más tiempo de lo debido junto a la extraña joven, debía apresurar el paso para su entrevista con el duque de Somerset. Subió a pescante haciendo que fuera lo más rápido posible, pasó frente a la residencia de conde de Shaftesbury y vio a lady Theresa recorriendo su jardín.

Él levantó la mano al ver que ella se acercaba al frente de su residencia y lo miraba.

Ella también la alzó para saludarlo y corrió hacia el portón, pareciendo presa al quedar pegada para observar cómo desaparecía por la estrecha avenida.

—¡Adiós, Señor Richmond! —exclamó, sonriente.

—¡Theresa! —reprendió su madre—. Compórtate, es el simple administrador de tu padre.

—Pero...

—¡Basta, Theresa! Sé lo bien que te cae el señor Richmond, pero no pertenece a nuestra clase. Te casarás con algún conde, duque o marqués. No deberías perder el tiempo mirando a un don nadie.

Las lágrimas de Theresa empañaban sus ojos.

Su amor por el señor Richmond era imposible, estaría condenada por siempre a perecer al lado de algún hombre al que probablemente aborrecería, tal como su madre aborrecía a su padre.

Henry, después de haber salvado a Viola de aquella torpeza indeseada, se sentía conforme. No sabía de donde había sacado tanto valor para arrojarse y arriesgarse a que también muriera bajo las ruedas de un carruaje. Si eso hubiera sucedido, dejaría a su madre sola y no tendría herederos que lo sucedieran.

Mientras más decidido estaba a obtener las atenciones de la señorita Halley, más lejos estaban sus posibilidades de cumplir con las responsabilidades del título.

Para poder colocar ese mismo día la casa en condiciones, necesitaba de la discreción de su administrador, el señor Richmond, quien demostró ser de su entera confianza, pese a que se retrasó un poco.

Por un lacayo envió una escueta nota, donde pedía que fuera a verlo en su residencia de soltero por un asunto urgente. No quería que su madre lo escuchara mientras pedía que parte de su colección de libros y cuadros pasaran a aquel desolado sitio que antes solo usaba para el placer en lugar de ir a un burdel.

Hamond bajó del pescante y tocó la puerta.

—Ha llegado tarde, señor Richmond —reclamó con el ceño fruncido.

—Disculpe, excelencia, tenía visitas en la casa. Le ruego me excuse.

—No se preocupe, pase —lo invitó a pasar a la pequeña estancia que servía de recibidor.

—¿En qué puedo ayudarlo?

—Necesito que me consiga un piano a la brevedad y también deseo que algunas de las obras de arte y libros antiguos vengan aquí.

El administrador parpadeó varias veces sin entender para qué deseaba adornar aquel sitio.

—Le prestaré este lugar a una dama —comentó Henry al ver confundido al hombre.

—Por supuesto, excelencia, comprendo —replicó pensando en que se buscaría una amante un poco más culta que las anteriores.

Casi leyendo los pensamientos de su administrador, hizo caso omiso a su juzgamiento por tener una amante. Para que guardara sus secretos y gastos con la más absoluta discreción, era que le pagaba una pequeña fortuna.

—¿Alguna asignación mensual, excelencia? —Sacó un pequeño cuaderno y un carboncillo.

—Todavía. Deje dinero para algunos gastos en joyas y vestidos.

—Anotado.

—También una cama nueva, peines y todas las chucherías que usan las mujeres. Buenos perfumes y una doncella que limpie la residencia tres veces por semana los días en que ella no se encuentre.

—Me encargaré. ¿Alguna otra cosa?

—Quiero que le duplique el sueldo a Rupert.

El señor Richmond volvió a tomar nota.

—Tendremos más gastos mensuales, pero no se preocupe, todo estará en orden.

—Gracias.

Henry continuó enseñándole todos los cambios que deseaba para que aquel lugar fuera lo más acogedor posible para Viola, en caso de que aceptara sus atenciones, porque por su mente no pasaba ser rechazado. No sabía cuánto tiempo le llevaría estar en paz, pero aquel día empezaría con lo más normal del mundo, pedir disculpas.

Viola y Ethel se habían quedado a comer algunas minutas en la casa del señor Richmond junto a Lydia, quien aventajaba por medio cuerpo a Ethel en la comida, cocinaba de maravilla.

—¿Quieres otro pedazo de pastel, Viola? —ofreció Lydia.

—No lo sé, creo que sería abusar de su hospitalidad y la del señor Richmond.

—Veo que lo deseas, muchacha —tentó colocando el cuchillo para cortar un pedazo.

—Más pequeño —pidió Viola viendo que Lydia achicaba la porción—, un poco más grande... ¡Perfecto, ahí!

—Eres de buen comer —se sorprendió Ethel al ver que Viola parecía no tener límites en el estómago.

No podía decirle a Ethel que su comida no era tan buena como la de Lydia, debía inventar algo convincente.

—Es que no tenemos mucho que comer y no quisiera abusar de lo poco que hay —mintió.

—¡Mi pobre niña! —Acarició Ethel el rostro de Viola—. Prometo trabajar más duro para conseguir cosas mejores para ti.

No podía jugar de peor manera con los sentimientos de Ethel. Sabía que esa pobre mujer veía en ella a su hija que murió. Viola sonrió presa de la congoja de saber que Ethel la quería como si fuera ella, incluso la consentía más que su propia madre.

—¡He vuelto, Lydia! —avisó el señor Richmond entrándola cocina.

Ethel y Viola se levantaron de golpe de sus asientos mirándose mutuamente por haber casi asaltado aquella cocina.

—Señora Becher, señorita —saludó colocándose firme con una pequeña reverencia—. Siento importunar con mi presencia, solo deseo que Lydia me sirva la comida.

Las mujeres presentes correspondieron a su saludo con premura.

—¡Por favor, señor Richmond, esta es su casa, mi sobrina y yo ya nos íbamos! —anunció Ethel, avergonzada.

—Disculpe que nos hayamos quedado más de lo debido, señor Richmond, juro que no rompí nada... —manifestó Viola, apresurada.

Él les entregó una sonrisa afable y tranquilizadora.

—Pueden quedarse para el almuerzo.

—Fuimos como las plagas de Egipto, ya nos hemos comido su despensa. —Sonrió Viola, mientras Ethel se tapó el rostro de la vergüenza y Lydia quería meter la cabeza en el azucarero.

—Disculpe a mi sobrina, señor Richmond, es nueva aquí. Debemos irnos porque ella debe volver a trabajar más tarde.

—¿Volverán a su granja? Es un viaje cansador. Le pido que deje a su sobrina aquí hasta la hora de ir a realizar sus labores —pidió Hamond, imaginó todo lo que aquellas mujeres trajinaban.

—¿Qué opinas, Viola? —preguntó Ethel para que la responsabilidad quedara por completo en sus manos.

—Me quedaré y prometo mantenerme callada —mencionó, puesto que se dio cuenta de hasta dónde se hundió con lo de las plagas.

—Esperemos... —masculló Lydia para que solamente Viola la escuchara.

—Excelente. La espero para conocerla un poco más, señorita Halley, y no se preocupe que Lydia puede estar presente mientras charlamos —concedió Hamond antes de ir a esperar su almuerzo.

—¡Viola, asustarás al señor Richmond! —la acusó Ethel—. Necesitas un correctivo y atar esa lengua, va a meterte en problemas.

—¡Lo siento, Ethel, pero sabes que soy así!

—Vamos, querida Ethel, despídete, que tengo que servirle a mi señor.

Se despidió de Viola que quedó terminando su postre. Entretanto, Lydia y Ethel estaban en el pórtico.

—Por ningún motivo los interrumpas, Lydia. Al señor Richmond pareció agradarle Viola —se emocionó Ethel casi dando brincos.

—Su reputación estará comprometida.

—Lo estará si abre la boca y dice dónde trabaja, por favor, que no lo haga.

—Voy a persuadirla... aunque creo que no lo lograré.

—Es un poco caprichosa, ten paciencia —recomendó al despedirse y yendo hasta su carreta.

Capítulo 11

Lydia entró y miró a Viola.

—Viola querida, Ethel me pidió que no le dijeras al señor Richmond donde trabajabas.

—¿Y eso? El señor Richmond parece un hombre inteligente, no creo que se escandalice como el resto de la población inglesa porque trabajo en un club ambientando el lugar.

—No seas caprichosa, si quieres un buen esposo, mi patrón es el ideal; joven, bien parecido, soltero, honesto y muy adinerado.

Ya se temía eso. Ethel hacía planes a sus costillas, pero no seguiría el camino que le trazó, ella haría el suyo.

Después que el señor Richmond terminó su almuerzo, la llamó a su biblioteca para que pudieran charlar. Y como era de esperarse, parte del plan de Viola para que aquel hombre elegido por Ethel no la pretendiera, contó su “vergüenza”.

—Así que es... pianista —repitió Hamond con una mano en el mentón—. En un club...

—¿No cree, señor Richmond, que el trabajo es honesto? No estoy delinquiendo para llevar el pan a la boca de mis tíos, ni para pagar sus deudas.

—Puedo ofrecerle trabajo de doncella, si lo desea.

—No sé hacer absolutamente nada de eso, soy alérgica al polvo —mintió para observar el rostro del hombre.

—¿Y como mi asistente? He de darle buena paga.

—Los números no son lo mío, creo que le ayudaría a quedarse sin clientes y llevarlo a una bancarrota sin remedio.

—¿Qué es lo suyo, señorita? —preguntó risueño.

—El arte. Amo la música, los libros y cuadros como nadie podría hacerlo.

—Mi recomendación, señorita Halley, es que una dama como usted no debería trabajar en un ambiente tan poco recomendable para una mujer.

—Sé cuidarme sola, señor Richmond, se lo aseguro. Además, buscaré dar conciertos privados para los bailes y esas cosas.

—Me gustaría oírla tocar, pero no tengo un piano porque sería inútil tenerlo si no se sabe ejecutar, ¿no lo cree?

Viola le sonrió. El señor Richmond era tan jovial como serio. Había mucho atractivo en su voz y en su presencia. Su inteligencia era un rasgo sobresaliente en su personalidad, destacando su amabilidad y recomendaciones todo el tiempo. Le concedió una habitación para que se quedara a descansar hasta la noche. Aceptó encantada de la vida, arrojándose a dormir.

Tanta amabilidad no cabía en un solo cuerpo. El señor Richmond la llevó hasta el club donde la dejó en la puerta.

Miró el lugar y lo imaginó un poco peor de lo que realmente era. No era un hombre de burdeles y clubes, por ende, no conocía mucho de esos lugares.

—Cúidese, señorita —se despidió.

—Hasta pronto, señor Richmond. Gracias por su hospitalidad —saludó y agitó la mano mientras él se iba.

Entró a aquel lugar y fue junto al dueño.

—Buenas noches, señor McBean.

—Te han estado buscando. Es probable que esta noche llenamos el lugar —dijo el señor McBean sin saludarla.

—¿Me buscaban? ¿Quiénes?

—Clientes a quienes conquistó con su talento y belleza.

—Oh...

—Es usted una excelente inversión, señorita Halley, me ha resultado ventajoso contratarla.

—Eso es bueno. Iré a ver el piano por si necesita afinar.

El señor McBean la despidió con un gesto de cabeza para que ella pudiera proseguir.

Al llegar, Henry pasó por las puertas del club, ya escuchaba la melodiosa y armónica mano de la señorita Halley en aquel burdo piano.

Se acercó al dueño y se sentó al lado.

—Señor McBean... —pronunció.

—Excelencia, buenas noches. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Quiero que obligue a la señorita Halley a que deje el piano más tarde para descansar y que la envíe a mi mesa, sin decirle que es mía.

—Le recuerdo que...

—Lo tengo entendido. Es solo para presentarle mis más sinceras felicitaciones por ese talento.

—Está bien, le conseguiré un encuentro con la joven.

Henry sacó unas monedas del bolsillo y las colocó en la mesa.

—Buenas noches —se despidió yéndose a su propia mesa.

Bebiendo su brandy, la veía y escuchaba, parecía inalcanzable. Entretanto, los demás tenían mujeres en sus regazos. Sin duda se volvía viejo o solo aquella virtuosa del piano era quien llenaba sus pensamientos y levantaba sus pasiones.

—Descanse, señorita Halley —pidió el señor McBean.

—Claro. —Se levantó del piano y caminó tras él.

—Vaya a aquella mesa, le enviaré agua y algo de comer —señaló su patrón.

Ella obedeció y caminó sin prisa hacia ahí hasta que vio al duque de Somerset.

Viola giró sobre sus talones para irse, pero él la tomó del brazo haciendo un salto desde su asiento.

—¿No venía usted a charlar conmigo, señorita Halley?

—Usted y yo... —No terminó de decirlo, pues recordó que él la salvó, no podía ponerse grosera.

—Hágame compañía, señorita, prometo comportarme como un caballero.

—Lo dudo, pero puesto que salvó mi vida, tengo que hacer un esfuerzo.

Henry, complacido, estiró una silla para que ella se sentara.

Un incómodo silencio se extendió entre ellos. Viola se estrujaba nerviosa las manos. Él no decía nada, solo la miraba con inquebrantable insistencia.

—¡Ya deje de mirarme, es incómodo!

—Solo me embeleso por su encanto...

—¡Dios bendito, lo pisé tan fuerte que ha quedado idiota! —se asustó queriendo alejarse. Le daba miedo aquella mirada extraña en los ojos de ese hombre.

—Esta pregunta quedará sin una respuesta convincente, ¿cómo pueden convivir en tan agradable belleza, su talento y su tosca lengua? Es encantadora...

—Oiga, está asustándome —alegó Viola al levantarse de la silla.

—Siéntese, quiero hablar de algo con usted.

—No escucho con las posaderas, tengo las orejas en la cabeza, hable.

Él se paró y de su frac quitó una preciosa rosa.

—Le ofrezco mi amistad, señorita Halley, y pido que no me rechace o rehúse a tratar conmigo. Como anteriormente le dije, compartimos gustos, también le repito que puedo obviar sus insultos propinados de manera sucesiva.

Él acercó la rosa a ella para que la tomara.

Sonrojada hasta los pelos, pues era la primera vez que alguien tenía un detalle así con ella, tomó la rosa y lo observó con atención.

—Yo...

—Como muestra de que realmente me interesa entablar una amistad con usted, le traje el libro que olvidó en mi residencia.

Por más que resultara encantador, sabía que se matarían en cualquier momento. Era mejor cortar sus sueños amistosos.

—Excelencia, usted y yo no podemos ser amigos, lo siento. Estaríamos peleando todo el tiempo, me temo que debo declinar su ofrecimiento —musitó apenas.

—¿Es por lo de sus tíos? Puedo estudiar la miseria posibilidad de perdonarles la deuda, si acepta conocerme.

Con la rosa en su nariz, Viola no creía lo que sus oídos dejaban pasar para el perpetuo análisis en su cabeza.

—¿Está iniciando nuestra amistad con un chantaje?

—Probablemente. Sin embargo, es mejor que conozca mis escrúpulos como buenos amigos que seremos. —Sonrió y le señaló la silla para que esta vez obedeciera.

Nadie en su tiempo era tan sincero para expresar sus intenciones de una amistad bajo chantaje, pero debía admitir su insistencia, por lo que volvió a sentarse.

—¿Quiere brandy?

—¿Piensa de nuevo envenenarme con eso?

—Olvidé que las mujeres solo beben jerez.

—Me gusta el vino...

Henry levantó la mano con rapidez para que alguien lo atendiera.

—Una copa de vino para la señorita —pidió a la mujer que se acercó a atenderlo.

Viola no pudo siquiera protestar.

—Ya que pidió una copa por mí... —comentó y tomó el libro de Celestina—, me lo llevaré.

—Tengo más de donde viene ese...

—Recuerdo que me dijo los beneficios de ser su amiga —mencionó metiendo la rosa entre las hojas del libro—. ¿Tendré acceso a su biblioteca?

—A todo lo que desee. ¿Dónde pasará la noche?

—Es un detalle que no preví —recordó en ese instante.

—No tiene donde, supongo.

—Iré a casa caminando.

—Hay peligros en la noche. Como ser mi amiga tiene sus ventajas, le doy a elegir mi residencia o llevarla en el caballo hasta la suya.

—¿Caballo? No, no, no...

—Entonces puede quedarse en mi casa.

Ella negó con la cabeza. Henry era demasiado amable para ser verdad.

La joven colocó su copa de vino frente ella y sin dudarlo, se la tomó de un sorbo ante la atónita mirada de Henry.

—Dígame, ¿qué pretende? De donde yo vengo tanta amabilidad es rara.

—Soy alguien que quiere ganarse su amistad y cuidarla y, por su bien, le sugiero que no beba

apresuradamente.

—¡Yo bebo como se me dé la real gana!

—Tengo un libro de modales...

—Pues úselo como aprieta papeles. Iré a pie y punto, amigo... —recitó sarcástica.

Se levantó y volvió a su piano, Henry tenía razón y no debía beber, estaba mareada.

—Eso lo veremos, señorita Halley. —Esperó su oportunidad para llevar a cabo sus objetivos.

Viola tenía el rostro rojo de la rabia. ¿Qué pretendía invitándola para ir a su casa? La primera y última vez que fue, el duque le jugó una mala pasada, la insultó por haber pedido ser besada. Era lo malo de venir de otro tiempo, era una patética y atrevida.

Colocó el libro sobre el piano y continuó con su rutina.

Henry solo se recostó en su silla, esperaba a que todos se retiraran para luego esperar a su querida señorita Halley al salir del club y llevarla a donde ella deseara.

Después de dos horas, vio que Viola se levantó del piano y fue junto al dueño del club.

Salió sin que ella lo viera para esperarla afuera, cerca de su caballo.

Viola se retiró del club y emprendió el rumbo a su casa, tardaría un buen tiempo en llegar, pero la noche era fresca, con un viento leve. Sabía qué tan cambiante era el clima de Londres, pero se arriesgaría a llegar seca. La cantidad de bayas que se había comido estando perdida, la ayudaron a reforzar su sistema inmunitario después de todos esos días en que llovía y se mojaba por la noche.

Caminó unas cuantas cuadras, cantaba una canción que le venía a la mente. Qué feliz hubiera sido si tenía su Mp4. Sería un riesgo prenderlo y quedarse sin batería, no había dónde cargarlo. Moriría antes de que existiera la energía eléctrica en aquel tiempo.

Escuchó los cascos de un caballo siguiéndola a lo lejos y se asustó.

—¡Maldición! —masculló y aceleró un paso. Esperaba que no fuera algo así como Jack el destripador siguiéndola para asesinarla. ¡Debería sacar esas ideas de su mente!

No tenía con qué defenderse, estaba arrepentida de no hacerle caso al duque de Somerset y aceptar lo que su amistad le ofrecía.

—¡Maldito sea ese duque del infierno, él y sus provisiones! —volvió a maldecir. Lo estuvo haciendo por otras veinte cuadras hasta casi salir de la ciudad, cuando el jinete se colocó frente a ella con su caballo.

—Acelerar el paso pensando en que de esa forma perderá a alguien que quiere dañarla, hace que me cuestione su inteligencia de nuevo, señorita Halley.

Ella se paró como si se hubiera anclado al suelo, colocó las manos en jarra y se dispuso a replicar.

—¿Esta es su idea de asustarme y que vaya a pedirle de rodillas que me proteja?

—Señorita, su sarcasmo es como una dulce melodía para mis torturados oídos. —Sonrió—. Le confieso que estaría encantado de gozar de su compañía en privado, pese a que seré su... comidilla durante todo el camino.

—¿Quién dijo que a mí me interesa gozar de su compañía? Es un error suyo. Le estoy huyendo como si de una peste se tratara, lo creí más inteligente.

—Lo soy. Puede hablarme de arte, música, política, incluso religión y le contestaré con sabiduría. Tuve una educación privilegiada y veo que usted, pese a sus escasos recursos, pudo obtener una educación artística envidiable, no así una lingüística apropiada.

—¿Por qué no me pisa con el caballo y deja de torturarme con sus refinados insultos? —preguntó colocando los ojos en blanco—. No quiero hablar de religión, es el opio de los pueblos y solo termina en peleas sin sentido. Tampoco de política, no querrá escuchar más de mi mala lingüística.

—Entonces quedan el arte y la música... Tendrá alguien con quien hablar de eso, será sumamente ventajoso para usted poder enriquecerse con lo que sé.

Una risa contenida hizo que tuviera un horrible ruido al liberarla, sacó también de paso un poco de saliva. Ella sabía el triple de lo que él creía saber. No paraba de reír, sus mejillas estaban rojas y las lágrimas escapaban por la diversión que le producía el ego del duque.

Molesto por la burla de Viola, Henry la miró fijo.

—Cuénteme, señorita Halley, así nos reímos juntos, ¿qué le parece tan gracioso?

—¡Usted! —Lo señaló—. ¡Nunca conocí a alguien tan egocéntrico como usted en mi corta vida!

—¿Cuál corta vida? Es una solterona.

Ella paró de reír y cruzó sus brazos.

—¿Qué no soy una maldita solterona, condenación!

Le llegó el momento de reír a él. Era tan graciosa cuando se enojaba por aquello de ser solterona.

—¡Oiga, no se burle! De donde vengo, es normal casarse después de los treinta años.

—¿Eso no sería el ocaso de su vida?

—¡No sea tonto, es la plena juventud!

—En mi hacienda, tenemos varios animales... ¿quiere algún gato para iniciar su colección? — bromeó.

—Ja, ja, ja... —pronunció Viola y no dudó en pasar al lado del caballo—. ¡Qué chistoso! No sabía que los duques tenían sentido del humor.

Él caminó lento con el caballo.

—Lo tengo de vez en cuando. Usted hace que tenga aún más sentido humor.

—Sí. Ya me he dado cuenta, soy como un chasco con piernas.

—Estoy fascinado con sus términos extraños...

—Soy un poco exótica y excéntrica, ¿va a continuar como si fuera mi sombra? El único peligro que veo por aquí, es el peligro de matarlo —amenazó con una sonrisa.

—Suba a mi caballo, voy a llevarla.

—¿Yo en un caballo? No, gracias.

—¿Le teme a tan noble animal? —inquirió con un atisbo de sonrisa.

—Sí, le temo a tan noble animal y no me refiero del todo al caballo. Nunca he visto un animal de dos pisos —rio mientras se divertía a costillas de las burlas de él.

—No importa cuánto maltrate mi amistad y mi amabilidad, señorita Halley, mi orgullo está intacto. No así el suyo. Una dama que no sabe montar es tan penoso... como ser una solterona.

—¡Basta ya con lo de ser solterona!

—No me haga reír más, nunca me he divertido tanto, mi bella señorita, me está doliendo el torso.

—Me sorprende que no le duela la boca. Siempre está serio, hasta su retrato lo delata.

—¿Ha visto un retrato mío?

—Para mala fortuna de mis ojos y mi curiosidad, sí.

—¿Cuál?

—La de Ramsay.

—Es imposible, me la hice hace poco tiempo. Usted no ha accedido a ningún lugar de mi residencia donde está.

—Para mi mala suerte, como le dije, sí la vi... o recuerdo dónde —mintió. La creería demente, ya era suficiente con que la creyera solterona.

—Se la puedo enseñar si gusta, está en mi hacienda, voy ahí si quiere verla.

—¿Ver su pintura y a usted? ¿Acaso quiere dejarme ciega?

—¡Cuidado, señorita Halley, una serpiente! —advirtió Henry.

—Sí, claro, las serpientes están por todas partes. Ahora mismo hay uno montando un caballo.

El caballo se colocó en dos patas, asustado, al ver a serpiente cruzar el camino.

—¡Tranquilo, tranquilo! —gruñó para controlar a su animal.

Antes que Viola la pisara, tomó de la cintura sin previo aviso y la colocó frente a él.

—¿Qué se supone está haciendo?! —se quejó.

—Mire al suelo...

La serpiente se enroscó a un lado del camino.

—Esa serpiente es venenosa. Si puede observar la posición, señorita Halley, iba a ser mordida. Si tenía suerte, se salvaría con uno de sus miembros perdidos.

La recorrió un escalofrío al ver a aquel animal. En ese tiempo no tenían forma de curar una mordida.

—Gracias... de nuevo. —Se giró a mirarlo.

—Para eso estamos los amigos. Puedo enseñarle a cabalgar. Creo que le perderá el miedo a los caballos si le muestro que son inofensivos, al menos más que las serpientes.

—No tengo tiempo, debo trabajar y ayudar a mis tíos...

—Sé que dispone de tiempo por las tardes. No trabaja todos los días en el club.

—¿Cómo sabe eso?

—Soy conocido del dueño, no fue difícil averiguarlo —contó sin remordimientos—. Puedo pasear con usted a caballo, leer y también pintar, son cosas que no hago desde hace mucho. No tengo con quien disfrutar mis pasiones.

Se sonrojó al escuchar la palabra «pasiones». Ese juego que tenía con el duque, le desagradaba, mas el masoquismo era algo muy común en su tiempo, empezaba a disfrutar de la compañía de él. Su retrato fue de un mal momento. Tenía una gran y bella sonrisa.

Durante el camino, Viola se había cansado y dormido en brazos de Henry sobre el caballo. Él la cubrió con su capa del rocío de la noche, mientras percibía el olor de sus cabellos. Aquel agradable aroma que se desprendía de su piel, deseaba saber qué era. Cuando lo percibió, le hizo algo sin sentido, no sabía si hacerle caso o saltarse alguno de los vacíos que le dejaba en sus conversaciones con extraños juegos de palabras.

Recostada en su pecho, se sentía como si de su protector se tratara. Estaba indefensa dependiendo de él. En lo único que pensaba en ese momento, era que no podía llevarla a casa de sus tíos de esa forma, era mejor llevársela a su hacienda.

Sonrió por sus propias ideas, iría a contemplar a la señorita Halley mientras dormía.

—Iría a mi casa. Ya quiero ver su rostro al despertar —dijo y besó sus cabellos, sonrió e imaginó el probable escándalo que armaría al verse en su hogar.

Capítulo 12

Una fuerte y abundante lluvia los atrapó por el camino.

Henry había cubierto completamente a Viola con la capa; él hostigaba al caballo para que fuera un poco más rápido y llegaran hasta la hacienda.

Entraron hasta las caballerizas, teniendo Henry un gran dilema. ¿Cómo bajarla sin que despertara y hundiera su cabeza en estiércol de caballo por no llevarla a su casa?

Con cuidado, bajó del caballo con una inmóvil Viola, lo único que la bella dama hizo fue emitir un gutural ronquido al ser molestada.

Entró por la parte trasera de su casa con sigilo, pero no el suficiente para evitar ser visto por un somnoliento Rupert.

—¿Qué traes entre la capa? —preguntó su medio hermano.

—¡Silencio! Es la señorita Halley.

—¿Qué se supone estás haciendo? ¿La secuestraste?

—Protegerla. Salió sola del club y vino caminando, es muy peligroso andar por la noche para una

dama. Imagina que varios hombres no han llegado vivos a sus casas. ¿Qué sería de una dama como ella?

—¿Debo suponer que hiciste una buena obra? ¿De dónde tanta empatía por una persona, Henry?

—Te lo diré después, iré a recostarla.

—No te metas en problemas... —advirtió Rupert al caminar de vuelta a su habitación.

Henry rodó los ojos y caminó haciendo muecas de lo que le dijo Rupert.

La llevó a una habitación donde la recostó en la cama mientras ella hacía muecas y sonidos extraños. La dejó y fue a encender la pequeña chimenea para que no estuviera tan fría la habitación.

Ella no se mojó ninguno de sus rubios y enredados cabellos. Algunos que otros sedosos pelos, escaparon de su sencillo recogido. Posó una rodilla en el suelo para contemplar su obra de tener a aquella dama. No podía imaginar que tanta vulgaridad habitara en esa belleza angelical; sus grandes ojos azules como un cielo campestre despejado, sus labios como una rosa rosada y su blancura como la porcelana más fina de la duquesa. Sus largas pestañas daban una agradable sensación de aprecio a la perfección de la naturaleza para crear aquella criatura maleducada.

Colocó su mano en su cara, para medir su propia temperatura.

Al darse cuenta de que era agradable, acercó sus dedos para recorrer desde las cejas hasta la clavícula de Viola, quien repentinamente sintió cosquillas y se le escaparon pequeñas sonrisas.

En pleno sueño, Viola estaba en clases de la universidad, parecía estar reviviendo aquel día antes de su desafortunado viaje en el tiempo. Recordaba haber guardado en su mochila el libro donde estaban todas las obras de arte y la descripción de sus portadores.

Y como los sueños no tenían mucha coherencia o sentido, llegó hasta la casa de la señora Bingley, donde aquella le exigía que tocara «para Elisa».

«—¡Viola, despierta!—le gritó la señora Bingley».

—¡No me dormí, lo juro, señora Bingley! —despertó desconcertada mirando el lugar, hasta que sus ojos chocaron con el rostro del duque de Somerset—. ¡¿Qué hace aquí?!

Henry se alejó con rapidez e intentó recuperar la compostura. Estuvo a punto de besar a Viola hasta que se despertó repentinamente.

—Se durmió, señorita Halley, quería saber si estaba viva, parecía un cadáver.

—Cuando duermo, sí que lo hago, ¿dónde estoy?

—En mi hacienda...

—¡Qué! —Se levantó de la cama como si un resorte la impulsara.

—Tuve que traerla, nos atrapó una lluvia y...

—¡De nuevo atrapada con usted, no puedo creer mi mala fortuna! —Se tiró de nuevo en la cama.

—Está con un amigo, señorita Halley, no debe temer. —Sonrió y corrió la cortina para observar la lluvia.

—Entonces recordaré la frase que me dijo, «otro día de lluvia agradezca que no se moja», gracias. No creerá que desde que llegué aquí, no he hecho más que casi ahogarme en la lluvia. —se recostó y cruzó los pies, colocó sus manos detrás de su cabeza.

Corrió de vuelta la cortina y se acercó hacia su calmada huésped.

Una gota se deslizó del cabello de Henry sobre Viola.

—¿Tiene goteras en el techo? —preguntó queriendo saber de dónde vino la fría gota que cayó en su pecho.

—No tengo goteras, no soy irresponsable con mi patrimonio, mi bella señorita. Tengo el cabello un poco mojado. —Sonrió.

Ella se levantó un poco con los codos para observarlo. No se veía emperejilado como siempre. En ese instante, se veía más joven y un poco despreocupado, cosa que en un segundo hizo aparecer una

sonrisa en Viola.

—Supongo que, si el personal de mi hacienda trabaja bien, debería haber toallas aquí. —Se dirigió a un armario—. En efecto, aquí están.

Tomó una más pequeña y se alborotó el cabello.

Una carcajada divertida se le escapó a Viola, hizo que el duque la observara con un gesto serio.

—¿De qué se ríe, señorita? No he visto mi traje de bufón por ningún lugar.

—¡Su cabello! —se rio y se tomó la panza desde la cama. Tocó su cabello y todos estaban parados—. Parece un puercoespín —se burló de nuevo Viola.

Pese a su molestia, se le hizo inevitable no reír. Se acercó a la orilla de la cama y se sentó.

—Debo verme simpático, supongo.

Ella, aún riendo, se colocó de rodillas en la cama y lo estiró del cabello.

—¿Nunca ha probado hacerse cuernitos cuando se lava la cabeza con jabón? —preguntó e intentó colocarle unos cuernos arriba.

—¡Qué hace, señorita Halley! —exclamó, divertido.

—Le hago cuernos, su cabello está crecido, por lo que puede jugar a que los tiene.

—Si los tengo, pensarán que, en definitiva, muestro mi verdadero ser.

Pese a que intentaba que su cabello se quedara como dos cuernos, no lo consiguió.

—Necesita jabón para que esto resulte. —Hizo una mueca, dudosa. Henry cerró los ojos ante las divertidas caricias de su huésped, estaba a punto de quedarse dormido—. Debería practicarlo y luego le pide a Ramsay que le hagan otra pintura, que debajo diga: «El diablo de Londres», espantará más gente con eso. —Acarició el cabello del duque que estaba muy quieto y no decía nada, al parecer dejaba de ser prepotente—. O quizá yo pudiera quitarle una foto, ¡no piense mal de mí! Solo sería de su rostro con el peinado. Podría hacer una excepción y encender el celular solo para tener esa imagen... —Viola quitó las manos del cabello de Henry y tapó su boca, había sido una indiscreta—. ¡Dije tantas sandeces juntas que... lo siento! —se disculpó tocando el hombro de Henry, momento en que cayó desvanecido en la cama—. ¿Se quedó dormido mientras le hablaba? ¡Mi plática le debió parecer aburrida!

Gruñendo, se levantó y le quitó las sábanas al duque para taparse con ellas en el diván cerca de la ventana; él quedaba en la cama que debía ser para ella.

—Vaya hospitalidad de un caballero, yo hablándole sobre sus lindos cuernos y este... se queda dormido. —Colocó un almohadón mullido bajo su cabeza y se tapaba hasta la nariz. Viéndolo con los pies fuera de la cama y su largo cuerpo extendido, sintió pena por él, pero era demasiado pesado para moverlo—. No tengas piedad, Viola, él no la tiene —musitó cuando se levantó para ver qué podía hacer para ayudar al gigante dormido. Miró la toalla húmeda con la que se secó el cabello y con una maliciosa sonrisa, la tomó en sus manos—. Para que no tenga frío, excelencia —dijo arrojando sobre su rostro la toalla—. ¡Ups! Se me cayó y con lo floja que soy... bien me lo decía mi madre, «Viola, no sirves para nada»—comentó—. Lo dejaré ahí, qué pereza, ¿verdad?

Esa era una pequeña venganza por no dejarla en paz. Con aquella sonrisa, se acostó a dormir hasta que inició el día.

Henry, asfixiado por una toalla, despertó mirando dónde estaba. Su huésped no estaba en su cama. Observó a los costados y la vio profundamente dormida en el diván.

Un pie colgando, al igual que una mano y su “fluida” relación con el almohadón eran un aliciente para no dormir con ninguna mujer. Debía anotar lo para que eso no amputara su libido de raíz. Su cabello estaba enmarañado, pero eso no importaba, ella lo acarició, era un gran paso para el alcance de sus objetivos.

Caminó con la toalla en la mano hacia ella y luego la dejó caer sobre el rostro de Viola que

reaccionó sentándose con presteza.

—La toalla es para su boca —mencionó divertido Henry.

Viola se quitó la toalla de la cara y lo miró, enfurruñada.

—Espero que no haya intentado matarme, señorita Halley.

—¿Cómo cree que lo mataría con la toalla en la cara! —Se apretó el pecho y casi colocó su mano en la frente, victimizándose—. De querer realmente hacerlo, le hubiera hecho un nudo en la garganta con ella. ¿Siempre amanece de tan buen humor?

—A veces. Ya debo irme, gracias por su hospitalidad —bostezó y se levantó.

—La llevaré y luego la invito a cabalgar conmigo.

—No me agrada subir al lomo de un animal con mente propia, solo subo en cosas de cuatro ruedas y que yo pueda manejar.

—¿Un carruaje, una carreta? Le consigo cualquiera que desee.

—Soy muy mala con la carreta, tío Frank no me deja tocar a sus bueyes.

—Le enseñaré a montar.

—¡Dije que no! Tengo miedo y punto. Es mejor que me vaya, deben estar preocupados por mí.

—Pasaré por usted esta tarde, llevaré unos libros que creo le pueden gustar.

—No estaré hoy, iré a ver a Yrene, ella y yo... vamos a... mmm, ¡cazar mariposas, claro! —Sonrió nerviosa sin poder mantener la convicción de su mentira.

—Espéreme, puede cazar mariposas otro día. Estoy seguro de que la señorita Douglas preferirá la compañía de Rupert a la suya.

—Es tan irritante como una colitis. Recuerde que soy de dejarlo plantado.

—No lo hará —afirmó férreo.

Ella prefirió no discutir, pasó a su lado y caminó hasta salir de la hacienda. Se rascó la cabeza y miró por todas partes.

—Ahora sí que estoy perdida... —Se golpeó la frente con la mano. Era una idiota. No sabía dónde estaba—. ¡Tonta, tonta, tonta! —se reprochó mientras regresaba a la casona para ser socorrida quiz por su nuevo amigo el duque.

Henry iba bajando las escaleras cuando vio la rubia Viola Halley, enfurruñada, volviendo a la casa.

—¿Qué sucedió, señorita Halley?

Ella cruzó los brazos.

—No sé dónde estoy. Quisiera que me dijera cómo hago para regresar junto a mis tíos.

—Quédese a desayunar conmigo y yo la llevaré.

—¡Que no subiré a un caballo! ¿Le hablo en otro idioma, por eso no entiende?

Él se acercó y colocó su mano en la espalda de Viola.

—Deje de ser tan huraña y acepte desayunar conmigo.

Su corazón se disparó al sentir esa mano en su espalda. Tuvo que respirar unas veces para no caer desmayada de la impresión.

Ella cedió yendo hacia el comedor impulsada por él que miraba su espalda cubierta con el vestido. Él la soltó y corrió una silla junto a la punta de la mesa donde él iba a sentarse. Nerviosa, aceptó, y luego lo hizo él, entregándole una sonrisa tibia.

Los lacayos estaban como moscas alrededor de Henry y ella, servían el desayuno con gran habilidad, hasta que, al terminar, se quedaron a ambos lados del comedor.

Viola no estaba muy acostumbrada a que la observaran tantos ojos en algo tan simple como el desayuno y más con esos curiosos lacayos que los veían casi como metiéndose en su piel, pendientes de cada palabra que se pudiera decir.

—Retírense —ordenó Henry sin tocar su desayuno—. Rupert desayunará en su habitación, si

pueden ir a servirle.

Salieron ordenados en fila, pero casi rechistando por no poder ver a la extraña amante del duque, pues era obvio que eran amantes, durmieron en la misma habitación.

—Puede comer sin vergüenza, señorita Halley. Imagino que, siendo una campesina, no conoce de los modales de la aristocracia, y como soy un buen amigo, yo imitaré sus modales para que no se sienta disminuida por mi educación.

—Aún no hemos comido y a usted parece habersele subido el azúcar al cerebro —rió casi explotando, Henry nunca terminaba de sorprenderla.

—Su sonrisa es un destello de luz... ¿Puedo llamarla por su nombre?

—No —respondió al tomar el jugo.

—¿Me permite preguntar por qué fue tan perversa y tajante en su respuesta?

—Hágalo, de todas maneras, me va a preguntar, no creo que el orden de los factores altere el producto.

—Desde que la conozco, no he hecho más que halagarla y usted no ha hecho más que insultarme...

—Espere mi buen... Duque... —Levantó una ceja—. ¿Está usted victimizándose frente a mí? Tenemos una idea diferente sobre el insulto. Un ejemplo claro de insulto, fue haberse quedado dormido mientras yo le hablaba...

—Eso tiene una...

—¡Cállese que me estoy quejando! —Lo señaló—. Le debió haber parecido aburrida mi plática...

—Si me deja...

—¡Que cierre la boca! —gruñó—. Usted me ha degradado a campesina. Sin embargo, le aseguro que sé más que usted. Me ha insinuado que puedo masticar como un animal y... —Lo miró fijamente, pues él la observaba, quería replicar, pero ella no se callaba—. Con todos esos insultos, me dice que mi sonrisa es un destello de luz, ¡es ridículo!

—Nunca he sido silenciado de una manera tan estrepitosa y humillante, señorita Halley —dijo y bebió el agua—. Desde que la conozco, me ha demostrado que no se quedaría callada, a veces lo agradezco por ser un soplo de aire fresco. No obstante, en estas ocasiones la prefiero callada, puedo omitir su destellante sonrisa por un buen rato.

—¿Lo ve? A eso me refiero, siempre que le digo que no podemos tener una amistad y usted insiste.

—Le diré por última vez las razones, usted es... una de las mujeres más inteligentes que he conocido, para no tener que decir la única, su compañía en ocasiones me resulta muy placentera, por lo que estrechar vínculos de aprendizaje mutuo sería ideal.

—¿Usted qué aprendería de mí? —cuestionó casi burlándose.

—Su espontaneidad. Verá, señorita Halley, no soy muy amable.

—Sí, he notado que parece estreñido con mucha frecuencia.

Él se carcajeó cantarín frente a ella. Aquella sonrisa divertida era de corazón. Hizo que ella se sonrojare y bajara los ojos a sus alimentos, mientras él, con esa educación y clase que lo destacaba, hacía que esa carcajada no fuera vulgar.

—Puede decirse que su compañía me resulta inestimable y divertida. No sonrío con frecuencia. —Estiró su mano para tocar la de Viola, que iba a tomar su cubierto del lado izquierdo. Su contacto era fuego, levantó los ojos lentamente hacia los de él.

—Complázcame, señorita Halley, y acepte mis invitaciones. Esta tarde, le demostraré que puedo ser muy agradable y grácil con usted. ¿Quiere que la encuentre en el arroyo? Puede ser nuestro lugar de encuentro... —mencionó con aquella expresión relajada que le quitaba diez años de encima.

Su cerebro arañaba por dentro sus ojos para que quitara la mano y cortara contacto con el duque. Sin embargo, ella estaba perdida en sus ojos verdes que solo denotaban diversión y gracia.

No importaba las maniobras maquiavélicas que hiciera su cabeza, ella no lo perdía de vista. *Engolosinada*, era el término correcto, Henry Beaufort era la mezcla entre el cariño de burro y un pote de Nutella o, más bien, se veía como un burro cubierto con una capa gruesa de Nutella.

Un carraspeo los interrumpió y Henry fue retirando su mano con pesadez, hizo que el burro con Nutella de la imaginación de Viola fuera desapareciendo.

—He decidido desayunar con usted, excelencia. Buen día, señorita Viola —saludó Rupert viendo el molesto rostro de su medio hermano.

—Buen día, señor Rupert —respondió sonrojada por ser vista con Henry.

—Buen día, Rupert, pedí que se sirviera tu desayuno en la habitación. Pensé que estarías muy cansado... —insinuó con reproche.

—Me siento revitalizado, un buen descanso siempre ayuda, excelencia...

Henry colocó su rostro muy serio y se dirigió a culminar su desayuno. Viola también continuó comiendo, aunque con más ganas para dejar aquel electrizante ambiente que los rodeaba.

—Caballeros. —Se levantó Viola, también Henry y Rupert—. Siento tener que abandonar tan acogedor sitio, pero deben estar esperándome. Muchas gracias por la ayuda, y el desayuno, excelencia.

—No olvide que la estaré esperando, señorita Halley...

—No lo olvidaré... —Inclinó la cabeza y salió del comedor.

—¡Espere! —La alcanzó Henry frente a la casa—. Mi cochero la llevará, espere aquí...

Henry fue a buscar a aquel conocido cochero que lo olvidó con ella frente a su casa en Mayfair. Ella iba a subir sola, pero Henry la volvió a tomar de la mano.

—Sea educada frente a mí y suba como una dama exigiendo mi mano.

—¡Excelencia, soy tan inútil que no puedo subir! ¡Oh, sálveme! —se burló y colocó su brazo libre sobre su rostro.

—Va mejorando, señorita Halley. —Cerró la portezuela—. Hasta luego.

—¿No quiere también que le dé mi bendición? Adiós, excelencia —lo despidió haciéndole la señal de la cruz.

Rio divertida en el carruaje, mientras recordaba la noche en que compartieron aquel lugar. Para ella, Henry parecía ser más humano. Podía al fin conocer al hombre que se escondía detrás de la pintura de Ramsay.

Podía hacerse la vista gorda y dejarlo plantado por la tarde en el arroyo, pero no lo deseaba. Por algún motivo, quería tenerlo cerca y eso solo podía atribuirlo a la estupidez humana del masoquismo. Sin embargo, lo sentía equilibrado, ni muy meloso, ni muy frío, quería saber qué más se escondía tras su amabilidad y amistad. Henry, después de ver su carruaje desaparecer, cambió su rostro por uno menos amable para Rupert.

—Me desobedeciste, Rupert —incredó muy molesto.

—No deberías invitar a desayunar en tu casa a las mujeres con las que te acuestas, la servidumbre habla.

—Si por acostarme con ella te refieres a dormir en la misma habitación, sí, dormí en la que debería ser su cama y ella en el diván.

—Vaya caballero...

—¡Fue un accidente! —gruñó molesto.

—Escuché que se encontrarán esta tarde. Me preocupas, Henry, la señorita Halley no debería convertirse en blanco de tus deseos, es una joven humilde.

—Si llega a ser objeto de mis deseos, tendrá todo lo que desea, al igual que sus tíos y toda la prole derivada de ella. Una jugosa mensualidad será suficiente.

—Luego rendirás cuentas a tu esposa, cuando lo hagas.

—No estoy interesado en una esposa, pero sí en la señorita Halley. Es su oportunidad de abandonar la pobreza de mi mano si es inteligente como cualquier otra amante.

—Por qué siento que te darás contra un muro...

El duque le sonrió y pasó de largo dirigiéndose a la biblioteca, debía ver qué lectura podría resultarle interesante a Viola. Celestina era bastante interesante, se podía identificar de cierta forma con Calisto pensando en conquistar de cualquier forma a su Melibea. Lo bueno, era que tenía más ejemplares de ese libro, así que ese iría para su encuentro.

Capítulo 13

Si había algo que le producía vergüenza, era ver a una mujer afligida observando por la ventana ansiosa a que alguien apareciera.

—¡Viola! —la recibió Ethel al verla bajar del carruaje de duque.

Ethel no estaba preocupada por la hora en que ella llegaba, sino en qué se desplazaba.

—Estoy bien, Ethel. —Sonrió y bajó del carruaje, mientras la mujer miraba dentro a ver si podía distinguir a alguien—. El arrogante no está, solo me prestó el carruaje.

—Tienes muchas cosas que explicar, jovencita.

En el pasado eran igual que en el futuro, se preocupaban sin razón.

—Gracias, señor —despidió al cochero.

—¡No quiero mal pensar de ti, Viola! —expuso Ethel para encararla.

Ella emprendió su ida hacia dentro de la humilde vivienda.

—Pues no lo hagas, Ethel. El duque ha sido amable para prestarme su carruaje.

—¡Amables son las serpientes que muerden mis dedos, niña! —masculló, siguió a Viola pasando veloz entre las gallinas que revoloteaban por el jardín y la huerta.

—Solo quiere ser mi amigo, ¿qué hay de mal que me aproveche de su buena voluntad y de sus recursos para mi beneficio? Sí, lo sé, todo está mal —se respondió, se quitó la cofia de la cabeza y también el abrigo, los colocó en el perchero de la pequeña entrada—, pero él es tan insistente... no he podido quitármelo de encima. Se ha vuelto como mi sombra.

—¡Seguro quiere que seas su mujerzuela!

—¡Ay, no, Ethel! —replicó y buscó un poco de agua—. Solo nos une el arte, tiene una gran cantidad de pinturas que, ¡ni se imagina cuánto valdrán en el futuro! Aunque si ya las tiene es por algo, y los libros, ¡los libros, Ethel! Tiene una biblioteca que no se parece en nada a lo que haya visto de bibliotecas antiguas.

—¿Has estado en su casa?!

—Sí, pero la primera vez que fui a trabajar... —mintió, bebió el contenido del vaso y evitó mirar a Ethel.

—El duque es una alimaña, un mujeriego, Viola. Es mejor que te alejes de él. —La volteó Ethel y le acarició el rostro—. Eres tan bonita, que estoy segura que te pretende de alguna forma.

Viola negó, incrédula, y le sonrió a la preocupada mujer.

—En todo caso, el único que corre peligro cerca, es él. A mí de cierta manera me parece atractivo, aunque a veces no demasiado.

—¡Ese hombre vive mordiendo limas! No se parece en nada a su hermano, ese sí era un hombre de bien, qué Dios lo tenga a su lado...

—Su excelencia no es mala persona, es amable, a veces...

—¡Es amable contigo porque tiene intenciones ocultas! Escucha que yo sé más por diabla que por vieja.

—Si prometo cuidarme, ¿dejarás de cacarear en mi oído, Ethel? —mencionó para calmar a la mujer que se había puesto roja por la vehemencia con que le advertía sobre el duque.

—Me calmaría, pero prefiero verlo lejos de ti... Promete que no volverás a verlo.

—No puedo hacerlo, eso sería deshonesto de mi parte, como ya dije antes, se aparece en cualquier

sitio, es mi oyente en el club.

—¡Cuánta mala fortuna para ti, mi pequeña!

—Iré a prepararme el baño —dijo, le dio un beso a Ethel en la mejilla a ver si con eso bajaba sus niveles de ansiedad y preocupación por ella.

Después que terminó de calentar el agua y llenar la tina, colocó unas esencias que encontró en la habitación de la hija de Ethel y Frank, solo utilizaría unas gotas, no abusaría de los objetos personales de una difunta.

Se desvistió y metió en la bañera. Tenía mucho tiempo para pensar y a la conclusión que llegaba era que antes no tenía tiempo para hablar consigo misma, tenía actividades desde que se levantaba hasta que se acostaba. Perseguía un solo objetivo y olvidó todo lo que estaba a su alrededor, como el cariño de sus padres, la libertad de mirar un paisaje, ser libre, disfrutar de su juventud y conocer a otros jóvenes.

Aunque Henry Beaufort más se asemejaba a su abuelo, era diferente a lo que pensaba. Cada vez que lo recordaba le sacaba una sonrisa, pese a que la sofocaba con sus constantes persecuciones, ¡venía del siglo XXI!

Nadie se aprecia por casualidad en ningún lugar, sino por algún interés. No tenía motivos para dudar sobre sus intenciones de compartir conocimientos, pues días atrás ella pidió que la besara y él, tan petulante y recatado, le dijo un poco amable «no», Viola, al recordar aquella vergonzosa escena, se tapó su rostro, pero con una sonrisa bajo las manos, era una atrevida, ¿cómo pudo hacerlo? Olvidaba que podía ser jovial y espontánea, todo eso lo perdió en su siglo, mas lo recuperó en este donde estaba perdida. Tanto a Henry como a ella, le faltaban emociones en sus vidas.

Después que su piel pareciera el de una uva pasa, salió del agua y buscó un vestido ligero. Debía comprarse más, casi no tenía nada que ponerse, aquellas telas pesadas tardaban mucho en secarse.

—¡Ethel! —llamó Frank desde la entrada al bosque.

Viola miró por la ventana y él traía unos peces pequeños para el almuerzo.

—¿Comeremos pescado? —preguntó colocando los codos en la ventana.

—Hay pollo y pescado, pero es mejor pescado con unas papas —respondió Frank.

Ella le sonrió y fue a la cocina para ponerse a disposición de Ethel.

Le ayudó con las verduras, mientras Ethel limpiaba el pescado.

—Iré por unas nueces al bosque y también bayas...

—¿No tienes miedo de la bestia que viste la otra vez?

—A veces creo que fue solo producto de mi imaginación —justificó.

—Entonces ve, pero no tardes mucho.

Acabado el almuerzo, esperó a que el sol dejara de ser tan fuerte. Salió con una canasta al más fiel estilo de la caperucita roja, al igual que ese personaje, se encontraría con el lobo feroz.

Primero recogió las nueces y luego las bayas. Pese a que ya se había bañado, sudaba bajo el brazo por su caminata. Como se convirtió en su costumbre, abandonó el vestido y se quedó con el resto de los trapos, prontamente se llevó la canasta con ella hasta el arroyo. Tan solo al llegar, vio la alargada figura del duque, se había quitado la casaca y desatado parte de su camisa, al igual que se dobló las mangas.

Su cabello mojado evidenciaba el calor que sentía, se refrescó en el arroyo.

Sus botas altas y su calza de montar, le recordaban a su hermano en sus prácticas de polo, aunque a Vicent no le quedaban tan bien. Ella venía de un horrible futuro donde los hombres usaban ropas que dejaban ver sus interiores haciendo polución visual. Eran muy pocas las veces que veía elegancia en un hombre y tomarse algunas libertades visuales.

Viola iba a acercarse, pero reculó, primero percibiría su aliento, esperaba no oler a pescado. Era

una suerte que su adicción por las mentas la llevara a comprar tantas como para reserva en caso de un apocalipsis. Henry escuchó el crujir de las hojas secas y observó detrás de unos tupidos arbustos a su adorable señorita Halley.

Caminó hacia el otro lado de los arbustos para darle una pequeña sorpresa.

—Inspección terminada, aliento bien, axilas bien, cabello...bien... —Sonrió para ir junto a Henry, pero él no estaba—. No ha de ser posible, Viola, ¿te lo gastaste con la vista? —se acusó al no encontrarlo.

—¿Me buscaba, señorita Halley? Espero haya deleitado sus ojos, es gratificante saber que le agrado —pronunció con aquella voz que, dentro de su seriedad, escondía un incitante juego.

Ella pegó un salto y lo golpeó en el pecho.

—¡Menos mal no tengo problemas del corazón! —gruñó tomándose de la cabeza, se pegó un susto y no por la forma en la que habló el caballero, sino por todo lo que mencionó en voz alta.

—Me temo que es usted muy asustadiza, señorita Halley —mencionó y tomó la canasta de ella. Caminó hacia la orilla del arroyo, bajo el árbol donde estuvo recostado hacía unos minutos atrás.

—Yo me temo que usted no práctica la compasión por la gente que puede sufrir problemas del corazón —regañó siguiéndolo.

—Nueces y bayas, son una buena excusa.

—No es una excusa en sí, cenaré unas compotas.

—Entonces deberá regresar temprano.

—Es un pedido de mi tía. —Sonrió a punto de posar sus glúteos en unas piedras de la orilla.

—Espere... —espetó y colocó su casaca sobre la piedra—. Supongo que no desea ensuciarse.

Una sonrisa tímida se escapó de los labios de Viola, no había tanta caballerosidad en su tiempo.

—Gracias...

—Tengo dos opciones de actividades para nosotros. —Se sentó pegado a su lado.

—¿Y cuáles son?

—Enseñarle a montar, debatir sobre Celestina o comer sus manjares —mencionó y la contempló.

De ninguna manera creía que ella fuera un manjar. Desvió la mirada veloz de él, mientras Henry daba por aprobada su teoría de que Viola se sentía atraída por él. Aquel sonrojo, la mirada esquiva y su media sonrisa, eran indicativos de una atracción.

—Según me han enseñado a contar, excelencia, usted mencionó tres opciones y no dos... —replicó para escapar de la incómoda situación—. No querrá un hombre adinerado como usted, aprovecharse de la comida de una campesina que vive de los favores de la naturaleza, ¿o me equivoco?

—Lo admito, señorita Halley, es refrescante —alegó Henry tomando una baya—. Le sugiero empecemos con los caballos. —Le entregó la fruta.

—Hemos hablado de los caballos, no quisiera pensar que es sordo, tampoco quiero usar palabras ofensivas contra su humanidad.

—Ya las está utilizando, solo que con poca versatilidad —musitó y le mostró el libro Celestina—. Aquí hay aprendizaje, quizá le sirva... —insinuó, hizo énfasis en su ignorancia.

Viola infló el pecho como un jilguero por cantar.

—«*Cuán fácil cosa es reprimir vida ajena y cuán duro guardar cada uno lasuya*»—respondió con una sonrisa, vio cómo a su competidor se le abrían los ojos—. Hemos leído el mismo libro, créame, ignorancia sobre este tema en particular, no es algo a debatir.

Ella siempre lo sorprendía, tan bella e inteligente, tan ácida y dulce, cuyas virtudes difícilmente otra dama alcance sus talones.

—«*Miserable cosa es pensar ser maestro el que nunca fue discípulo*»—disertó—. Usted siempre me sorprende, señorita Halley, no solo posee belleza, sino también le abastece la inteligencia, no es

una vestidura que le quede holgada, le sienta a la perfección.

Estaba tan colorada como si hubiera pasado horas en el sol, pero tan solo estaba sentada al lado del hombre que siempre quería encontrar algo hueco dentro de ella.

—Temo que busca fallas en mi persona con mucha frecuencia —devolvió Viola.

—Si bien quería denotar su ignorancia en algún momento, créame que he desistido, pues su intelecto solo merece mi aprobación.

Si alguna persona le dijera en su momento, que alguien tan pasado de moda podría enamorarla, se le habría reído en la cara. Sin embargo, el duque gozaba del don de la palabrería, la utilizaba de manera sagaz e intimidante, por el contrario, a lo que él pretendía, ella era aún más pretenciosa que él en cuestiones de cultura.

—Ese parece ser un halago real o tal vez detrás de esas palabras se escondería una doble intencionalidad.

—No busque complicaciones donde solo existe simplicidad —aconsejó—, esta baya en mi mano, está derritiéndose, ¿la tomará o me la comeré?

—Cómasela, para mí fue como si el diablo ya se haya metido a la boca —insinuó sonriente.

—¿Ha probado el néctar de esta fruta?

—No, generalmente no hablo mucho con lo que me voy a llevar a la boca, simplemente me lo como —respondió, burlona.

—Déjeme decirle cuánto se ha privado de los disfrutes de la vida. «¿Cómo no gocé más del gozo?». —La quebrantó con aquellas palabras, mientras se adentraba en sus ojos con la profundidad de su mirada—. No se prive del gozo de saborear la fruta, no solo es un ser hambriento y primitivo, señorita Halley.

Viola, que veía hacia el otro lado del arroyo, se dio la vuelta con brusquedad e hizo que sus rulos se movieran con gracia, mientras ella lo observaba desafiante.

—¿Me ha acusado de no saborear lo que como o me ha llamado salvaje?

—Primitiva. Una parte del cerebro está dominada por nuestro ser pasado, aquel que actuaba por instinto, a eso lo denomino primitivo.

—Pues difiero completamente con usted, disfruto de lo que me llevo a la boca.

—Entonces demuéstrela...

—Está bien, dígame, ¿qué desea usted, me lleve a la boca?

—Esta baya que está en mi mano.

—Le he dicho que ya lo tomó el diablo... —Volteó los ojos—. Es tan persistente...

—«Del pecado, lo peor es laperseverancia» —citó de nuevo—. Si soy el diablo, pues la incito a pecar.

Se colocó recta y alzó la nariz, miró la jugosa baya y luego al duque.

—Bien... Al menos se lavó las manos, supongo.

—Por supuesto. Acérquese y abra la boca.

—¡Pensé que me la iba a comer sola!

—Eso no importa, tómela usted si lo desea, o mejor que se la dé yo.

Ella tomó la fruta de su mano. De ninguna manera dejaría que él se la diera, eso definitivamente entraba dentro de lo que sería el calor del infierno, aquel diablo hacía hervir el suelo con ella encima.

—Apriétela...

Viola colocó la fruta sobre su rostro y la apretó con fuerza para que el jugo fuera a caer directo en su boca.

Henry casi se relamía los labios al verla de esa forma. Aquella mujer no era consciente de que alimentaba los pensamientos más perversos de un antiguo licenciado. No podía describir todo lo que se

imaginaba con esa rubia.

Viola limpió sus labios con su lengua y luego lo miró.

—¿Cree ya que he disfrutado de la fruta? —satirizó.

—Un disfrute completo —indicó subiendo su rodilla izquierda para evitar que ella viera su deleite—. Lo ha disfrutado tanto que una gota ha quedado.

Viola se tocó cerca de los labios, pero fue Henry quien se acercó a ella para limpiar aquel imperceptible, casi invisible resto en la comisura de sus labios.

La observó con detenimiento y vio cómo los ojos de ella observaban sus labios, estaba muy cerca de caer directo a sus brazos. Con un dedo, limpió aquella rebelde gota y luego se la llevó a la boca, hizo que casi se le dislocara la mandíbula a Viola por la sorpresa.

—Debería traer su pañuelo, señorita Halley. —Alejó su torso de ella.

Ella pensó que no necesitaba un pañuelo, sino un recambio de otra tela que llevaba puesta.

Capítulo 14

¿Qué era la vergüenza comparado con lo que sentía en aquel momento? Tal vez una habichuela. Lo observaba sonriendo tomando una piedra pequeña para arrojarla al agua.

—¿Un pañuelo? —Reaccionó al escuchar la piedra sobre el agua.

—Tengo uno si gusta... es suyo. —Lo sacó de la levita sobre la cual estaban sentados y se lo dio.

Ella lo tomó y se pasó el pañuelo con poca fineza por el rostro entero, necesitaba un limpiaparabrisas para las gotas de sudor que le entrarían en los ojos.

Sentía su temperatura bastante alta, debía refrescarse.

Ella, de repente, se levantó y caminó con nerviosismo hacia el arroyo, mientras Henry no podía evitar observar su figura. Era un poco más delgada que las damas de su estatus social, quizás ella no tuviera el buen comer que las féminas de clase alta. No obstante, en lugar de restarle atributos, la galardonaba por su belleza. Una belleza en verdad seductora, con rasgos más perfectos que sus congéneres aristócratas.

Ella echó un vistazo a su espalda y observó a Henry mirarla sin disimulo alguno, se sentía incómoda expuesta a su escrutinio, deseaba meter la cabeza en el arroyo para refrescarse por completo de su intenso calor y de aquella mirada que la desnudaba. Se agachó y con una mano se arrojó el agua con mucho ahínco.

—Señorita Halley, ¿es usted capaz de cometer el crimen de pasear casi desnuda por el bosque? —curioseó buscando en las transparencias de su prenda. No podía suponer que lo hacía para atraerlo a sus redes que, por cierto, era un lugar donde ya se encontraba y a merced de cualquier palabra suya para ponerlo a sus pies sin la más mínima desvergüenza.

Viola, con el rostro mojado y goteándole en su ropa, lo increpó con su mirada.

—Esta prenda es lo suficientemente caliente para que pueda soportar su calor con las largas caminatas que hago, debo dejar el vestido en otro lugar, me siento ofuscada por el calor —justificó.

Él hizo un extraño sonido con la boca y desvió la mirada de ella para retomarla con más fuerza.

—Creí que intentaba llamar mi atención.

—¡Llamar su atención! —masculló casi entre risas—. Déjeme recordarle que creo que hemos dejado clara nuestra relación. Usted fue tajante en su residencia con respecto a mis deseos de que acabara con la incertidumbre que si me besaría o no. Supongo que ese día usé demasiados *plashy* llegó hasta mi cerebro y me dejó tonta al creer que usted estaba seduciéndome.

Y ahí iba de nuevo, cometió *sincericidio* en el pasado.

—Fui poco educado esa noche. Sin embargo, podría hoy admitir sin ningún escrúpulo, que deseaba besarla, pero su falta de clase es lo que me hizo desistir.

¿Quién de los dos era demasiado sincero para continuar con vida?

—Más bien opino que usted bebió tanto brandi que afectó sus pensamientos y alteró sus gustos si deseaba besar a una campesina.

—Sería ciego si no pudiera notar su belleza y un tonto si no pudiera admirar su ingenio e intelecto. Son requerimientos atractivos en cualquier mujer, sin importar que tenga o no tenga cuna.

—Puedo ser la bastarda de un noble. ¿Quién le asegura que no tengo cuna?

—Ser una bastarda es aún peor, es mejor que lo omita de su vocabulario, señorita Halley, es suficiente con su defecto de carencia de recursos para adherirle otros más.

Viola era como un saco de piedritas que se llenaba, en cualquier momento terminaría aventándole toda la verdad. Le diría que era muy superior a él, el impedimento era que, si la tildaban de demente, quizá la llevaran a un lugar que no quería o la quemaran en la hoguera por hereje. En realidad, no sabía si aquello estaba de moda o era la horca.

Indignada y con el impedimento de decir de dónde venía, se secó la cara con el pañuelo de Henry y luego se lo aventó en el rostro.

—Esa es mi respuesta a su amistad, Henry Beaufort, duque de me importa un rábano —espetó muy calmada por fuera, pero incendiaria por dentro.

Se levantó casi impulsado por la rabia y se acercó a ella, intimidándola con su tamaño.

—Puedo perdonar muchas cosas, señorita Halley, pero jamás un desplante a mi apellido. Cuide sus palabras, que su belleza es lo único que impide mi castigo para usted. No ose abusar de mi generosidad —advirtió amenazante.

Ella se acercó al rostro de él, desafiante como una fiera.

—No tema por mi belleza, excelencia, soy solo una campesina.

La mirada enojada penetrando sus ojos, era un aliciente para llevarlo a la locura.

Henry levantó su mano hacia la mejilla de Viola y ella cerró los ojos pensando que él iba a propinarle una bofetada, pero sintió sus cálidas manos en su rostro.

—No voy a hacerle nada malo. Ambiciono su compañía como no he ambicionado nada en la vida. Usted me resulta más agradable de lo que debería, señorita. En ocasiones me enfada que me resulte tan agradable alguien con su lengua y sus modales, pero me considero un hombre de pensamiento abierto con usted, es por eso que no la rechazo por su origen humilde.

De nuevo estaba tan cerca con aquel pavo real mostrando sus plumas. Se sentía hipnotizada por su forma de hablar, era tan detestablemente refinado, le resultaba atractivo aquel aire de superioridad, esa prepotencia típica de la época y de su estatus, era su forma de vida y debía aceptarla.

—¿Por qué le desagrada que no pertenezca a su clase? —preguntó con los labios deseosos de pegarse a los del duque.

Él hacía bastante tiempo dejó de mirar a sus ojos, solo podía ver aquellos labios que se movían con soltura. ¿Cómo respondería? Que no podía casarse con ella por no pertenecer a su círculo social, tenía una alcurnia que conservar y ella sería como una mancha en la familia.

—Hay cosas que nunca podremos cambiar, las clases sociales son como las religiones, solo sirven para separar; al fin y al cabo, todo somos una misma raza.

—Es una de las pocas cosas sensatas que se le escapan de la boca, excelencia.

—Estoy haciendo una excepción con usted. —Colocó su otra mano al rostro de Viola.

Ella abrió la boca y dejó escapar un suspiro sonoro, mientras sentía que su corazón latía con la violencia de un susto. Aquella fría sensación en el espinazo, la recorrió completa, haciendo que sus pensamientos y su razonamiento se esfumaran.

—¿Esta vez me besará? —inquirió ansiosa. De vuelta cayó en juego de seducción que el duque tendía a su alrededor, era como una pequeña mosca en la telaraña de esa araña.

—Nada me daría más credibilidad que un beso para demostrarle que no tengo reparos contra usted. —Sonrió ladino, mintió con un descaro muy propio de su personalidad arrogante.

Tragó saliva antes de sentir que sucumbiría ante algo desconocido, estaba en peligro.

Henry colocó su mano alrededor de la cintura de Viola y de arriba hasta abajo la acarició haciendo que cerrara los ojos.

—La paciencia... —Perdió el habla al sentir una caricia entre su papada y el mentón. Intentó recuperarse para continuar hablando hasta conseguirlo—. No me fue entregada al nacer...

—Comprendo perfectamente —condescendió, pegó sus labios a los de Viola para iniciar aquella

unión que ambos deseaban.

Quien deseaba conocer la locura, debía besar a aquel hombre, que sin prisa y con calma, se apoderaba hasta de su último aliento.

Viola, que tenía sus manos al costado de su cuerpo, las colocó en los cabellos de Henry para acariciarlo y disfrutar aún más de su cercanía. No era una tonta en el arte del beso, había besado tantos sapos con su corta edad que perdió la cuenta. Cada uno de aquellos besos le dio una lección, ninguno era su príncipe azul.

Era un hecho que no buscaba un príncipe; para ella, la galería era su único rey.

Desde que estaba en aquel pasado de Londres, ya no pensaba en la galería, podría decirse que estaba a resignada a no volver a donde pertenecía, su lugar era la vieja Londres, donde tendría que aprender a sobrevivir por su cuenta. Por gracia de Dios, tenía a Ethel y Frank, quienes eran unos guías y la cuidaban en dicho lugar, pese a que en ese instante estaba desobedeciendo a Ethel, pero no podía resistirse al duque, deseó aquel beso casi desde un principio.

El calor que desprendía el cuerpo de Viola, pegado al suyo, lo encendía. Estaba deseoso por tenerla en su cama. La presión incesante en sus dominios masculinos estaba a punto de matarlo, ella le parecía completamente irresistible. No sabía si había dado el paso correcto o puso al descubierto sus intenciones desesperadas de poseerla.

Aquel beso correspondido y lleno de promesas, era solo el principio de su relación con ella. Intentaría lo que fuera por que ella compartiera sus momentos y su cama con él. A medida que pasaban los segundos, el beso se hacía más intenso, Viola lo tomaba con más fuerza del cabello, a la par que Henry la exprimía como si fuera una fruta, ansioso por sentir su dulzura.

El salto de un pez en el agua, hizo que ambos perdieran ese apasionado momento que los envolvía, alejándose con tranquilidad el uno del otro, sin desear perder el contacto.

Henry la miró, tenía los labios enrojecidos e hinchados por el beso. Carraspeó su garganta y volvió a sentarse. No había dicho una sola palabra sobre el beso, solo fue y se sentó. Era lo mismo besar un hielo que al duque de Somerset.

Ese caballero era el único incordio capaz de enojarla por haberla besado y no haber dicho, al menos, “gracias”.

Ella no se unió a él en su no tan cómoda guarida. Sin entender cómo, él ya podía suponer el disgusto por alguna razón desconocida de Viola, estuvo conociendo y observando su comportamiento desde que despertó su curiosidad.

—Cavilar en demasía podría llevarla a conclusiones inapropiadas, señorita Halley, acérquese.

Lo miró como toda una niña caprichosa y fue para sentarse a su lado.

—¿Qué estaba pensando para condenarme? —preguntó al momento que ella descendió para sentarse a su lado.

No lo miró, estaba enojada, no sabía si con él o consigo misma.

—En nada...

—Cuando mi madre utiliza esa frase tan corta, sé que oculta algo...

—¿Que le oculto cosas a usted?! ¿Con qué objeto? —Cruzó los brazos sin ocultar el disgusto en sus sarcásticas palabras—. No tengo por qué hacerlo. —Hizo un sonido con la boca y agarró una piedra para lanzarla al agua.

—Le he demostrado que usted es agradable, de lo contrario, no la hubiera besado. Ha sido reconfortante saber que también le agrado —comentó con una sonrisa, viéndola arrojar la piedra más pequeña, para luego arrojar una más grande, tanto que necesitaba sus dos manos.

—¿Quién dijo que me agrada? Usted me resulta desagradable... —pronunció rápido por el esfuerzo de cargar la piedra.

—No podrá lanzarla, señorita Halley, bájela...

—Créame que puedo aventarlo a usted al arroyo si sigue diciendo una sarta de tonterías más —amenazó al verlo.

—¿La he ofendido con mi deseo de tener su compañía o por demostrarle que me agrada?

—¡Ja! —espetó con una risa socarrona—. ¡Al menos hubiera dicho, «gracias, Viola, ¡por tener los dientes limpios!»). Era un beso, ¡beso! Escúchelo, ¡beso! —reiteró—. Y usted lo toma como un: «Señorita Halley, le he demostrado que me agrada...» —lo emuló, hizo que Henry no pudiera contener la carcajada poco discreta que se le escapó.

Una lágrima estaba a punto de escapar por no poder parar de reír.

—¡Es usted despreciable! —Cruzó los brazos para mirar a otro sitio.

Ya casi calmado su ataque de risa, pudo recuperar la compostura y ver que en ese instante ya no estaba enojada, estaba furiosa.

—Estas son las cosas que me agradan de usted, es tan ocurrente. Si a mi falta de sentimiento para decir que me fue grato besarla, debe saber que no acostumbramos a felicitarnos por besarnos —aclaró—, y debo entender su postura de que proviene de una cultura distinta a la mía, puedo asegurar que sus padres se han casado por amor.

—¡Claro que lo han hecho así! Yo soy sincera con usted, excelencia, y si bien, la mayor parte del tiempo lo desprecio, debo admitir que besa muy bien para ser tan estirado y tener el rostro de perpetuo sufrimiento.

—Perpetuo sufrimiento... —repitió—. Es bueno conocer el concepto en el que me tiene, siendo que sabe lo burda que me parece a ratos. No obstante, sus virtudes superan sus defectos...

—No llegaremos a un acuerdo sobre cómo llevarnos bien. Si realmente quiere ser amigo mío, debemos dejar los insultos sutiles —reprendió Viola—, y los halagos educados con segundas intenciones.

—¿Cree que me burlo de usted? Si la halago de esa forma es porque corresponde hacerlo así, no conozco otra forma.

—Tome el libro Celestina y comience a leerlo... Le enseñaré a cómo ser amable con una mujer, ya que no le resulto ser una dama, mejor véame como una mujer.

—Es lo que hago, señorita Halley, verla como una mujer —confesó abriendo el libro, hizo que Viola se sonrojara.

Mientras Henry leía, ella escuchaba, hasta llegar a cada parte donde hacía alguna referencia al trato femenino y lo interrumpía para decirle lo que pensaba.

En aquel lapso de tres horas que pasaron juntos, se relajaron compartiendo, además de la lectura, las nueces y bayas que había juntado.

La compañía del duque le resultaba sumamente divertida, tenía un sentido del humor un poco especial. Lo único que no pudo conseguir ese día, fue que dejara de insultarla.

Al ver el sol ocultarse, Viola se levantó de aquel lugar.

—Debo irme, excelencia.

—Todavía es temprano... —Se rehusó a que lo dejara.

—Mi tía estará preocupada por mí, debo volver. —Tomó la canasta e iba a retirarse, cuando Henry la siguió.

—La invito a la fiesta de la cosecha —pronunció con rapidez.

—¿Fiesta de la cosecha?

—Todos los años festejamos la cosecha en las tierras Beaufort, vaya con sus tíos.

—Pero si ellos no cosecharon el año anterior...

—No importa, están invitados. Todos en los alrededores lo están, los arrendatarios, hacendados y

nobles de esta región.

—Deberé hablarlo con ellos —apresuró al ver a la oscuridad acercarse—. ¡Adiós, debo irme!

Henry la tomó del brazo y la besó de manera sorpresiva.

—Hasta pronto, piénselo... —se despidió alejándose de sus labios y dejando que ella se fuera, mientras Viola giraba la cabeza varias veces para verlo, antes de desaparecer.

Ella, al alejarse, comenzó su corrida, Ethel la mataría por llegar a esas horas, pero no podía abandonar a su compañero de lectura, era muy divertido para ser alguien del siglo XVIII, encajaría bien dirigiendo una galería, manejando una gran biblioteca pública o administrando un museo.

La oscuridad tiñó el paisaje, dejando a Viola bastante rezagada para llegar hasta su casa.

—¡Qué bien, de nuevo perdida! —gruñó e intentó recordar el camino para encontrar su vestido.

—¡Frank, algo le sucedió a Viola, no vuelve! —exclamó desesperada desde la ventana a su esposo que colocaba sus elementos de arado en su lugar.

—Pensé que ya no tendríamos que preocuparnos por nadie después que murió nuestra hija, ya volverá —intentó calmar a Ethel. Ella tomó el arma de su esposo y una lámpara, iría a buscarla ante la indiferencia de ese hombre—. ¿Qué haces con esas cosas, mujer? —cuestionó al verla lista para salir.

—Iré a buscarla, ¿no lo ves?

—No es nuestra hija, Ethel, es ajena y libre de hacer lo que guste.

—No importa lo que digas, tengo a quien entregar mi cariño y protección, si tú no deseas hacerlo es cosa tuya, yo prefiero entregárselo a alguien que está sola aquí y lo ha perdido todo. Nosotros no tenemos nada, pero siempre estamos juntos, nos tenemos el uno al otro; ¿por qué no acoger a esa niña?

—¡Bah! Sabes que está acogida, es como un gato que le agarró gusto a vivir en casa ajena, es como una plaga aquí —expresó huraño—, pero tienes razón, está a nuestro cargo. Deja que llevo el arma y tú la lámpara.

Ethel, a pesar de sus nervios, le sonrió a su esposo. Sabía que aquella era su forma de demostrar su afecto a la forastera que adoptaron como su hija.

—*Estrellita, dónde estás... Quiero verte...* ¡Maldición, estás perdida, no importa lo que cantes, Viola! No conoces este camino, ¡hubieras usado migajas de pan! —se reprochó y lamentó a la vez.

Quizás estuviera dando vueltas en círculos muy perdida. Sin darse cuenta, algo se lio por su tobillo y cayó al suelo. Asustada, intentó patear para saber qué la mandó al suelo.

Su acelerado corazón no la dejaba escuchar nada, tenía sus latidos en el oído.

—¡Es mi vestido! —expresó gozosa al sentir la tela, estaba segura que era la única que abandonó un vestido en esa zona.

Se lo colocó y pudo encontrar el camino de regreso a su casa. Cuando Ethel y Frank salían para buscarla, ella llegaba con cierto trote.

—¡Viola, pensé que algo te había sucedido! —increpó Ethel, llorosa.

—Estoy bien, me perdí...

—¿Te perdiste? ¿Es por eso que traes el vestido al revés? —la acusó Frank, pensando en que mentía.

—Puedo explicarlo...

—Entra a la casa, Ethel, voy a aclarar un asunto con Viola —ordenó Frank con el rostro muy serio. Viola le entregó la canasta a Ethel que se metió a la casa—. Aquí no aceptamos mujeres de la mala vida, Viola, y menos una que mate de preocupación a mi esposa.

—¡Juro que puedo explicarlo!

—Explicar tu ropa revuelta y tu hora de llegada, no lo creo —acusó, incrédulo—. Tendré que pedirte que te...

—¡Solo tenía calor, siempre lo hago, los vestidos me resultan muy pesados y me hacen sudar, me lo

quité, lo siento mucho! —lo interrumpió atarantada y luego tragó saliva para continuar—. ¡En mi tiempo no usamos tantos trapos, en verdad lo siento, Frank!

Frank pareció más ligero. Su carga al verla de esa forma, lo llevó a pensar lo peor, pero aquella niña por lo general era sincera y comprendía sus locuras por venir de otro tiempo, no quería echarla de su casa por indecente.

—Recuerda que estás en nuestro tiempo y no en el tuyo, compórtate, es peligroso que andes sin un vestido —la reprendió—. Puedo estar demente, pero te creo. Solo te advierto que aquí debes seguir nuestras reglas, no hombres, salvo que te pretendan como esposa.

—¡Sí, señor! —aceptó.

—Ve a la casa y ayuda a Ethel con la cena.

—Sí —aceptó, bajó la cabeza y entró raudamente a la casa.

Capítulo 15

Después de entrar, fue a su habitación, cerró la puerta y se recostó en ella, golpeó un poco su cabeza.

—¡Me besó! —recordó en voz alta y tocó sus labios.

No era su primer beso, pero aquel fue intenso, tanto que deseaba volver atrás y aprovechar mejor ese tiempo. Se avergonzó de sus propios pensamientos y se sentó en la cama tapando su rostro.

Había sido, además, avergonzada por Frank... ¿cómo no se dio cuenta que se puso el vestido al revés? Había una simple y lógica razón, con la luz no sabía ponérselo y menos lo haría en la oscuridad.

Tomó su mochila y buscó el celular que tenía dentro.

Después del regaño de Frank, recordó a su amoroso y consentidor padre, lo extrañaba y también a su madre. Ethel era muy dulce, pero no llegaba a reemplazar a su madre.

Encendió el celular esperando a que no le consumiera demasiada batería. Pese a que ya prácticamente estaba resignada a quedarse para siempre en aquel siglo, cabía una gota de esperanza aún.

Comenzó a dar una recorrida por sus últimas fotos de la galería.

—¡Qué diablos! —exclamó al sentir la vibración y ver un mensaje en el celular.

Con los dedos temblorosos, abrió el mensaje.

Kyla^^

¿Dónde estás, Viola?

De inmediato, iba a contestar, pero ese vestigio de señal, se fue.

—*Sin Señal* —dijo en voz baja—. ¡Vuelve, señal del infierno!

Recorrió la habitación buscando la señal perdida como una loca.

—¡Viola! ¡Te dije que fueras a ayudar a Ethel! —le recordó Frank tocándole la puerta.

Ella no hizo caso, abrió la puerta y echó a correr hacia el patio.

—¡Ethel, he dicho que esta niña ha perdido el juicio, si alguna vez lo tuvo, por supuesto, no la quiero en mi casa! —gruñó molesto después que ella casi se lo llevara por delante.

Recorrió de cabo a rabo el jardín, el patio y un poco más allá, era inútil.

—¡Maldición! —chilló llena de frustración con inmensas ganas de llorar.

Miró la hora del envío y casi murió de la impresión, 11:00 a.m.15/10/2009. ¡Kayla estaba en su tiempo!

Fue lentamente hacia la casa, al parecer, Kayla pudo volver. Pasó la puerta con un desánimo palpable.

—¿Qué sucede, Viola? —preguntó Ethel al acercarse.

—Recibí un mensaje de Kayla, mi amiga. Iba a responder, pero la señal se fue.

—Lo siento mucho, cariño...

—Alguien me ha hechizado, estoy segura. De seguro fue la señora Bingley después que varias veces destrocé sus oídos —lamentó al sentarse en una silla de la cocina.

Ethel solo podía ver la desazón de Viola mientras negaba con la cabeza al no poder hacer nada y Frank la miraba sintiendo pena por ella.

Habían pasado cuatro días desde su cita secreta con Viola, se dispuso a salir para buscarla varias veces, pero su madre estaba pegado a él, como una sanguijuela, llevándolo a Londres de vuelta, sin poder volver para buscar a Viola.

Durante el día, lo tenía yendo a fiestas de jardín y presentándole a las damas que se le habían antojado y, por la noche, iba a los bailes para conocer a las que no conoció durante el día.

Pensaba todo el tiempo en ella, en cuánto le encantó aquel beso, la espontaneidad de sus acciones y pensamientos, la transparencia de sus prendas y todo lo que deseaba de ella.

—Henry, cariño —lo llamó su madre lista para salir a otra fiesta de jardín—. ¿Aún no te has vestido?

—No lo he hecho porque no voy a ir —murmuró al mirar un libro.

—¿Olvidas que tienes un deber que cumplir?

—No lo olvido, solo que es suficiente para mí por esta semana. No he conocido a nadie interesante.

—¿Y lady Theresa? He visto que has cruzado palabras con ella.

—Simples convencionalismos, madre.

—Es hermosa, inteligente, de buena familia... —comentó insinuante su madre.

—No dudo de su belleza, tengo ojos, puedo dudar de su inteligencia, pues un saludo no significa nada, salvo que sus modales son impecables, es moderada y recatada.

—¡Es esa mujer la que necesito que me suceda! ¡Qué jovencita más adorable! —Sonrió cantarina, mientras lo dejaba en paz.

Henry dirigió su vista al libro que fingía leer.

Con toda la serenidad vio a su madre subir al carruaje, sintió un gran alivio al no verla más.

Su madre sospechaba sobre su interés por la sobrina de sus arrendatarios y quería evitar a toda costa que su hijo se mezclara con gente que no pertenecía a su clase social, tal como lo hizo su padre.

Al ver que el carruaje se movía, todo comedimiento desapareció. Subió las escaleras a largas zancadas, sin pisar algunos escalones, tenía prisa de ir a ver a la señorita Halley, ese día le enseñaría a montar.

—¡Puerco, puerco, puerco! —llamó Viola al pequeño cerdo rebelde que se escapó del diminuto corral donde estaba.

El animal salió corriendo de unos pequeños matorrales y ella lo persiguió para darle alcance, pero no lo consiguió.

—¡Ahí vas, Viola! ¡Corriendo tras un cerdo! ¡Dile adiós a tus sueños de ser alguna vez directora de una galería! —Se paró e intentó tomar aire.

Mientras lo hacía, vio a un hombre que se acercaba galopando por la colina.

Lo primero que le sugirió su mente era que aquel debía ser Henry. Sin embargo, a medida que se acercaba, la postura era diferente, aquel no era su arrogante preferido, sino un hombre afable y sonriente, el señor Richmond.

Llevaba días sin ver a su poco estimable y seductora pesadilla, el responsable de todas sus desgracias y desventuras. Debía sentirse contenta de haberse librado de él. En el Royal, no había aparecido, ni tampoco en el arroyo, se sentía decepcionada, disfrutó de sus pequeñas atenciones en forma de acoso.

Ella se limpió las manos con rapidez y trató de verse presentable, al igual que extendió su vestido, sacó un poco el pecho para verse como una elegante y educada campesina.

La sonrisa del señor Richmond podía verse desde lejos, su boca era grande, aunque sin desperdicio alguno hacía resaltar su rostro inspirando confianza.

Se acercó con el caballo hacia ella.

—Hermosa tarde, señorita Viola —saludó al bajar del caballo.

—Un poco calurosa... —replicó con una sonrisa.

Tomó la mano de Viola y se la llevó hacia sus labios, pero ella lo retiró pronto.

—¡Es mejor que no lo haga, no me he lavado las manos! —se avergonzó. Era mejor prevenir y no

lamentar si sus manos olían a un puerco rebelde.

—Como guste. ¿Y sus tíos?

Ethel estaba cosiendo un vestido, cuando escuchó al caballo acercarse. Se levantó con brusquedad y miró por la ventana.

—¡El señor Richmond! —avisó a Frank quien descansaba en su mecedora durmiendo y no le hizo caso alguno. —Miró a su esposo y lo golpeó en el pecho con la prenda que cosía—. ¡Levántate, tenemos visitas! —gruñó viendo a su esposo despertar, desorientado.

—¡Mujer!

—Es el señor Richmond, ahora está con Viola...

Afuera, ella iba a responder señalándole la casa al hombre, pero Ethel salió apresurada como una lagartija.

—¡Señor Richmond, sea bienvenido! —exageró Ethel.

—Señores Becher. —Inclinó su esbelta figura para saludarlos.

—Pase a la casa, por favor, está caluroso aquí. Frank, acompaña al Señor Richmond, mientras Viola y yo vemos para servirles.

—No se moleste, señora Becher. He venido a conversar con su sobrina unos instantes.

Al decir “conversar”, los ojos de Ethel destellaron, pensó que Viola había despertado sentimientos en el caballero.

—¿Conmigo...? Pero... —Sintió un codazo en su brazo.

—¡No es molestia, pasen, pasen!

A Hamond no le quedó más remedio que aceptar las atenciones de la amable Ethel.

—¡Ethel, me duele!

—¡Qué dolor, ni qué dolor! ¡Ve a lavarte las manos y entra a la sala, vino a verte un caballero!

—¡No seas casamentera!

—Lo soy... ¡Ve!

Viola obedeció y también le dio un poco más de importancia al asunto, se lavó el rostro. En la sala estaban Frank y Hamond charlando, cuando Viola los interrumpió.

Hamond, impecable, se levantó para recibirla.

—Señorita Viola...

—Señor Richmond. —Se acomodó en el asiento—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Uno de mis clientes, el conde de Cornuales, me ha pedido una concertista para un evento social esta semana. Usted mencionó que toca el piano, información que he corroborado con los asistentes al compromiso de la señorita Douglas. Ha dejado sorprendida a la sociedad rural.

—Estaré encantada...

—Sobre su paga, no se preocupe, yo me encargaré.

Estaba contenta, conseguiría más dinero para ayudar a Ethel y Frank a salir de sus deudas con el duque. Si bien, podía conseguir misericordia para ellos, no sabía qué precio pagaría, Henry Beaufort no era conocido ni por su gracia, ni generosidad.

Después de quedarse unos breves instantes más, el señor Richmond se levantó y despidió. Viola lo acompañó hasta afuera. Henry llegaba a la humilde vivienda de los Becher, observó cuando su administrador tomó la mano de su querida señorita Halley y se la llevaba a la boca. Entretanto, ella le sonreía como una debutante tontuela.

Sentía cómo una fuerza extraña corroía sus entrañas a gran velocidad, llenándolo de rabia e ira.

Espoleó a su montura hasta llegar junto a ellos y levantó el polvo a su alrededor. Una vez que el polvo terminó de disiparse, Viola reconoció al duque de Somerset, imponente y elegante en el lomo de aquel caballo.

—Señor Richmond —pronunció neutro y luego miró a Viola con el rostro serio—. Señorita Halley...

Aquel «Señorita Halley» sonaba perturbador y poco agradable, sabía que el Henry amable desapareció.

—Excelencia —saludó apresurado Hamond. Conocía el mal genio de aquel hombre.

—Excelencia —correspondió Viola, lo contempló con un poco de enojo. Llevaba varios días sin verlo y se aparecía de la nada y con mala cara.

—Me resulta sorprendente encontrarlo tan lejos de sus dominios, señor Richmond...

—He venido a contratar a la señorita Viola para un evento social esta semana. El baile del conde de Cornuales. Me han contado maravillas sobre sus habilidades —informó mirando a Viola que se sonrojó.

—Lo recuerdo... —mencionó y pensó en que había visto la invitación, pero no pensaba ir. Sin embargo, ya tenía una razón poderosa para asistir—. Ya que se encuentra aquí, también contrátela para la fiesta de la cosecha.

—Es una buena paga, señorita Viola. La fiesta de la cosecha atraerá a la nobleza rural de la zona y también a los hacendados, una gran oportunidad para aumentar su fama —condescendió Hamond con una amable sonrisa.

Ella no podía evitar sonreírle al señor Richmond. Era un hombre de espíritu contagioso y armonioso, no como el ogro montado en el caballo.

—Entonces también es un sí, tocaré donde sea que me ayuden a pagar la deuda de mis tíos —acusó Viola a Henry con sus ojos mientras pronunciaba esas palabras.

—Es un pacto. Debo regresar a Londres, ya conoce mi residencia, señorita Viola, puede ir cuando desee, y no olvide pensar en la oferta de ser mi asistente —se despidió montándose en el caballo—. Me retiro, fue un placer. —Reverenció al duque y a Viola.

Ambos correspondieron y lo dejaron ir con presteza.

Viola y Henry se miraron acusatorios, cada uno orgulloso, levantando la nariz. Estaban indecisos sin saber quién de ellos lanzaría primero su veneno.

—La imagino como una serpiente mirando desde una ventana, esperando la menor oportunidad para atacar, señorita Halley.

—¿Siente que debo destilar mi veneno por usted? —conjeturó y colocó sus manos detrás de su espalda. Frank y Ethel vieron que el duque estaba con Viola, la rodeaba con su quisquilloso y orgulloso caballo igual que él.

Henry observó a los curiosos y luego miró a Viola.

—La espero en una hora en el arroyo.

—¿Y si deseo plantarlo?

—No lo desea... —Inclinó la cabeza como despedida y luego se giró hacia los Becher—. Señores Becher, que tengan buena tarde.

A ellos no les dio tiempo de replicar, con simpleza emprendió su ida al arroyo para esperarla.

—¿Qué te dijo ese hombre, Viola? —curioseó Frank.

—Vino a decirle al señor Richmond, que me contrate para la fiesta de la cosecha.

—¡La hermosa fiesta de cosecha! —Sonrió Ethel—. Es nuestra oportunidad de conseguirte un esposo, quizás un arrendatario viudo o el hijo de algún hacendado, Viola.

—Puesto creo que me quedaré en este siglo, no tiene caso que me siga negando a tus insinuaciones de casarme, Ethel. Conoceré a todos, pero a mi estilo, uno moderno.

—Te he hablado sobre las condiciones para quedarte en esta casa —interrumpió Frank.

—¡No es la prostitución! ¡Solo será hablar, charlar y saber cómo besa! Me niego a casarme con

alguien que tiene mal aliento y no sabe mover ni la lengua —refunfuñó Viola con los brazos cruzados, escandalizó a Ethel y dejó a Frank con la mandíbula casi rota.

—No —objetó Frank.

—¡Pero si es lo justo! ¿Y si no se baña?

—Es inútil discutir con esta niña, será doloroso si en uno de esos momentos poco iluminados de tu juicio, terminan seduciéndote y mancillando tu honor —espetó Frank entrando a la casa.

—¡No es para tanto, tengo criterio! —le gruñó mientras se iba—. Es un cascarrabias, Ethel.

—Uno que te aprecia, querida, y quiere lo mejor para ti. Aquí las cosas son distintas, si te enamoras, muy poco importará si huele mal.

—Iré por frutos del bosque. —Entró a la casa para buscar la canasta, iría a entrevistarse con el duque.

—No vuelvas tarde, que no te caiga la noche, Viola, ya sabes cómo es Frank. —Le ayudó Ethel pasándole una sombrilla—. El sol está fuerte, querida, no desearás verte asada para tocar el piano.

—Gracias, Ethel...

Frank miró que Viola salía con la canasta hacia el bosque, desconfiaba de lo que podía hacer esa muchacha. En algún momento se tomaría en tiempo de seguirla.

Como ya era costumbre suya, solo quedó con aquellas prendas interiores, ese día el calor era insoportable.

Tomó la canasta de vuelta y la llenó esta vez no solo con bayas, sino también manzanas que habían madurado. Estaba segura de que bajó de peso, ya no comía hamburguesas y adiós a aquel veneno negro que se bebía casi siempre. Vivía de frutas, pan, agua y pescado.

Henry ató su caballo bajo un árbol cerca de una buena cantidad de pasto para que se distrajera. Entretanto, él esperaba a aquella campesina.

Estuvo a pocos segundos de estallar al pensarla coqueteando con su administrador, se sintió aliviado al saber que solo eran cuestiones de trabajo. El señor Richmond era un hombre intachable y excelente partido para una dama de clase media, no para ella, una simple campesina. La había visto con aquel vestido polvoriento y el cabello un tanto desarreglado. Su situación económica debía ser muy mala para verse obligada a trabajar en el Royal.

Gran parte era su culpa, sus tíos debían pagarle y ella hacía el esfuerzo de trabajar por aquellos.

Escuchó las hojas crujir y se giró para ver que Viola llegaba junto a él sin decir una palabra.

Ella bajó su canasta y esperó a que él se acercara.

—He venido para que cabalgue conmigo —anunció Henry.

—¿Después de varios días desea cabalgar conmigo? —increpó con cierta molestia—. Estaba tan contenta pensando que no lo volvería a ver. —Se encogió de hombros y miró el agua brillando.

—No he podido venir, señorita Halley. Mi madre ha estado en casa y no he podido escapar para verla. —Se acercó a ella.

—Veo que su madre no ha podido evitar que escapara y viniera a molestar —gruñó.

—Dígame, qué le molesta más, ¿venir a verla y arruinar sus fantasías de mi desaparición, o estar aquí demostrándole mi interés por su compañía?

—Es obvio, saberlo vivo es una molestia...

Él la tomó de ambos brazos y la giró para que lo mirara.

—No mienta, señorita Halley. Deseaba verme, tal y como yo lo deseaba también.

—¿Cree conocerme?

—No estaría enojada si hubiera ido a verla por la noche y venir aquí por la tarde de su día libre.

—¡Pues ni apareció para oírme tocar, ni vino aquí por la tarde! —reclamó sin ningún derecho.

Henry sonrió y le acarició la mejilla.

—Es hermosa cuando su buen juicio se nubla.

—¡Mi buen juicio no está nublado!

—Entonces es un hecho que carece de ese beneficio... —tentó.

—No voy a montar con usted...

Él caminó hacia su caballo y lo desató para llevarlo junto a ella.

—Se llama Terco —lo presentó.

—Todas las cosas se parecen a sus dueños, está comprobado. ¡Oiga, qué hace! ¡Bájeme, siento haber insultado a su caballo! —se quejó Viola al ser ascendida hasta el lomo del animal. Henry subió antes que ella se arrojara al suelo de vuelta.

—Daremos un paseo —informó a su asustada acompañante.

—¡No, Dios mío! ¡No he venido de tan lejos a morir aquí! —gritó e intentó abrazarse a Henry—. ¡No me suelte, se lo suplico!

—No la soltaré, cálmese y disfrute, yo cuido de usted...

La respiración de Viola era agitada por varias razones, primero, su temor a los caballos y, segundo, su temor al dueño del caballo. Sentía su cercanía mientras la sostenía al cabalgar. La primera vez se quedó dormida y no pudo disfrutar de su cercanía. Una vez que se calmó, pudo disfrutar del paisaje y el paseo con Henry. Aprovechó cada segundo para recostarse en su pecho, mientras Henry hacía lo mismo, disfrutar de ella.

Sus rulos habían escapado de su cabello, dejaron ir su deliciosa fragancia directamente hacia él, un peligroso predador para aquella dama. Ese aroma sentía que en cualquier momento lo llevaría a cometer alguna locura. Sus hombros casi desnudos y fino cuello, le hacía tragar saliva por la ansiedad de besar esos perfectos paisajes de su cuerpo.

Dejándose llevar por sus propios deseos, se metió entre sus cabellos, tomó las riendas con una mano, para que su otra mano pudiera ir a su cuello.

Retiró los cabellos que le impedían una mejor visual y luego con sus labios la recorrió de los hombros, hasta la oreja.

Viola quedó helada por aquella placentera sensación, dejándose ir más hacia él.

Una de sus manos, que la ayudaba a sostenerse, fue para acariciar la cabeza de Henry que la seducía minuto a minuto, en cualquier momento terminarían cayendo.

—E-Excelencia... el caballo va solo... —intentó persuadirlo.

—¿Desea bajar? —murmuró en su cuello, hizo sentir su aliento caliente.

Buscó una sombra cercana y dirigió al caballo hasta ahí.

Bajó primero y luego ayudó a Viola, la tomó de la cintura y la pegó a él. Mientras la descendía, sus labios la recorrieron hasta que sus pies tocaron el suelo. Con el corazón exaltado y tantas sensaciones que aprisionaban su cuerpo, se alejó.

—¿Está intentando seducirme? —cuestionó dándole la espalda.

—Absolutamente, señorita Halley —confesó.

—¿No fue usted quien dijo que alguien jamás besaría a una campesina como yo? —lo desafió.

—Voy contra todos los preceptos y normas sociales. Mi preferencia es suya, mis deseos le pertenecen, señorita. Deseo que haga usufructo de mi pasión por usted...

Ella, con los ojos desorbitados, se giró, ¿aquella era una declaración de amor en otro idioma?

—Yo... no sé... qué decir...

—No es necesario que diga nada. —La estiró hacia él y la dejó apretada contra el árbol —. Solo que corresponda a mis deseos.

Él la besó con desespero, casi la absorbió por completo, la desahució con sus apasionados afectos.

—¡Está demente! —Lo alejó para tomar aire—. ¡Sin embargo, entre dementes se entienden! —

conspiró. Correspondió a su abrasadora pasión y deseo hacia Henry.

Capítulo 16

Haber escuchado esas palabras de Viola lo llenaron de confianza. Saber que era plenamente correspondido en su deseo, era gratificante y satisfactorio. Estaba ansioso por saber a dónde lo llevaría el siguiente paso.

Debiendo respirar, ambos separaron sus labios y quedaron con la frente pegada.

—¿Acostumbra a no dejar respirar a sus víctimas? —consultó Viola al sentir el peso de Henry aplastándola contra el árbol.

—No más que usted, señorita Halley, que embruja a sus víctimas sin piedad.

Ella le sonrió y lo miró de vuelta a aquellos labios.

—Yo no intenté seducirlo, tal como lo hace usted.

—Me declaro culpable en toda regla por no poder controlar mis pasiones y pensamientos hacia usted. Pese a lo inapropiado de estas circunstancias, debo admitir mi debilidad.

—¿Y qué es lo inapropiado según el duque de Somerset? No noto lo impropio o descabellado por ningún sitio, somos solteros, es suficiente...

—Cuánto optimismo distingo en esas palabras... solo que no es tan simple.

—¿Qué hay de complicado en que dos personas gusten el uno del otro?

—Mi inocente e ignorante señorita Halley —murmuró sobre sus labios—. Somos distintos, soy superior a usted, es una campesina.

Ella pegó una carcajada colosal ante su afirmación.

—¿Qué son las clases sociales cuando dos personas desean estar juntas? No piense que yo deseo estar con usted, es solo para saber qué piensa un hombre de su estrato social. No he visto que la pobreza le haya cortado la extremidad a nadie, ni la riqueza haya hecho crecer más extremidades en los ricos como para hacerlos diferentes. Soy una mujer como cualquier otra, sea aristócrata o no y usted es un hombre, como cualquier otro.

—Hay diferencias entre ellos y es la igualdad, señorita Halley. Habla de un mundo equitativo, donde en realidad no existe y la igualdad a la que se refiere, es tan fugaz como el aroma de un perfume barato. He nacido en cuna de oro, rodeado con todo tipo de gente y estoy obligado a continuar con una estirpe que, con franqueza, no deseo, lleno de obligaciones y reglas. Usted representa lo que yo deseo en toda su ley.

—¿Desea algo sin clase y simple como una campesina?

—Deseo su simpleza, su ímpetu, su impropiedad y su libertad. Usted no está encerrada en los conceptos en los que yo debo vivir. Es aquel tarro fresco que devuelve el alma a mi cuerpo.

Entre más lo desafiaba a escuchar sus justificaciones, mas se convencía que tenía un corazón torturado detrás de aquel hombre regio y educado que debía ser.

—Yo le mostraré la libertad y la simpleza, si me deja. —Sonrió—. Como su amiga, soy capaz de hacerlo.

—¿Amiga? —preguntó casi como desconociendo el término.

—Claro, no pensaba que me arrojaría a sus brazos sin conocerlo, ¿verdad? Puedo confesar todas mis maldades y pagar por mis pecados, pero soy inteligente.

—Creí que correspondía a mis deseos.

—¡No lo mal entienda! Por supuesto que es correspondido, pero deseo que me entienda. Existen

peligros...

—¿Qué tipo de peligros conllevaría una relación consensuada entre nosotros? —la interrumpió veloz.

—El amor... parece tonto y es un hecho que no tuve tiempo de pensar en el amor. Estaba tan ocupada para darme cuenta de ello, que debí estar solitaria para pensarlo. Lo odio la mayor parte del tiempo y sé que sus intenciones de seducirme no deben ser del todo honorables...

«¿El amor?» se cuestionó Henry. Aquel mito de todas las novelas y libros, aquel que era capaz de hundir al hombre en la más absoluta de las miserias. El amor, el más bajo de todos los sentimientos existentes y ella lo deseaba.

La señorita Halley era una joven soñadora y él un hombre realista. Deseaba a la mujer que ella tenía, a la pianista, a la intelectual, pero no sabía si a la enamorada.

—¿Entonces no me entregará sus atenciones sin enamorarla?

—Solo lo haría por amor, suyo y mío. No quiero ser la amiga con derechos, deseo ser la novia, oficial... —Echó a relucir y pateó el pasto, quiso asegurar que parecía natural. Debía colocar las cartas sobre la mesa, deseaba ser respetada. Frank y Ethel parecían cacatúas tras ella diciéndole todos los peligros universales de caer seducida.

—¿Novia? ¿No le parece drástico?

—¡No me refiero al altar!

Henry parecía meditarlo. Enamorar a la señorita Halley, ¿qué tan difícil podría ser para obtener sus atenciones?

—Acepto enamorarla entonces...

—Sea un buen cristiano, excelencia. ¿Siempre es tan tétrico al momento de entregar su corazón?

—Uno no entrega lo que no posee —expresó y se apoderó de nuevo de sus labios.

Estuvieron horas bajo aquel árbol, discutieron sobre los sentimientos y el amor, sin llegar a un solo acuerdo. Eran incompatibles. Henry era obstinado con respecto a demostrar debilidad o afecto, mientras Viola parecía pedir a gritos su amor, intentó convencerlo de la igualdad y que todos eran seres humanos.

La filosofía del siglo XXI debía tener algún efecto en él, pero su mente retrograda se negaba a saborear un conocimiento mayor al de aquel tiempo, Henry era un hombre del pasado.

—No deseo que se vaya —murmuró él en su nuca.

—Tengo que hacerlo, la última vez me perdí y no sabe todo lo que sufrí. —Se levantó del césped.

—Intuyo que tiene que, además, encontrar su vestido. —Sonrió.

—Sí, solo que esta vez, ya lo dejé en un mejor lugar... —Se volteó para dejarlo, pero con su incansable espíritu, él la tomó de la cintura.

—Déjeme llamarla por su nombre.

—Me gusta la formalidad, de sus labios suena muy bonito Señorita Halley aquí y allá. —Le dio un último beso y se despidió—. Nos veremos en el Royal y luego en la velada del conde de Cornualles.

—Ahí estaré... —La vio correr hacia el bosque para entrar, esta vez el sol aún estaba un poco arriba —. El amor, mi preciosa señorita, puede ser algo que me está consumiendo —pronunció en voz alta al verla desaparecer.

Subió a su caballo y volvió a la hacienda.

Con una sonrisa y mordiendo los labios, disfrutó de los recuerdos de aquella tarde. Viola buscó su canasta a las orillas del arroyo y luego fue por su vestido.

No imaginó volverse tan atrevida con ese hombre, pero, ¿quién no deseaba ser correspondida en sus ilusiones? Estaba sola, no tenía todas las obligaciones ni el tiempo contado como antes. En aquel siglo el tiempo parecía detenerse, la vida era lenta y sin gracia, pero más saludable de lo que era en el 2009.

Vivía aprisionada por la idea de dirigir la valiosa galería, por ser educada y refinada. Tomaba clases de piano, etiqueta ya la había tomado y solo para darse cuenta que no le sirvió, era una mujer campestre.

Amaba la libertad que le concedió ir a un tiempo diferente. Era costoso no recibir un mensaje de texto o una llamada por la noche, ver a veces películas con Kayla y, por supuesto, que extrañaba su VW. Sin embargo, ¿qué valía más? ¿Esa paz que sentía al verse librada de las obligaciones o aquel estatus social y objetivos que había perdido?

Henry era como la Viola del pasado... ¿o más bien del futuro? No entendía con exactitud su posición en el espacio. Solo se veía reflejada en su educación, su semblante poco relajado, pensamientos de derrota de no sentirse capaz de cumplir... pero era suficiente, Henry Beaufort conocería la libertad con ella, ambos serían dos esclavos liberados de la opresión de las obligaciones.

Sabía que los besos no eran coincidencia, eran aquellas ansias que cada uno tenía del otro, de conocerse y saber sus secretos. Ella, en particular, seguía queriendo saber sobre ese día del retrato, ¿en qué pensaba? Entretanto, Henry deseaba empaparse de su belleza y libertad. Era como una poco sutil sanguijuela queriendo absorber su vida, sin ningún compromiso.

Esos días siguientes Viola no podía olvidar esa tarde en brazos de Henry. Parecía una mentira, ella nunca fue romántica. No obstante, él la hacía suspirar tantas veces que hasta la respiración le costaba.

Estaba ansiosa, esperaba que entrara por la puerta del Royal para oírla tocar.

Al verlo entrar con aquel aire altanero y elegante, hizo que en su rostro se colocara una tonta sonrisa.

Henry la buscó con la mirada, Viola le sonrió. Él solo devolvió aquello con un gesto educado de cabeza.

—Pedante —masculló y dejó de mirarlo para concentrarse en su piano.

Él bajó su sombrero y colocó su bastón a un lado, pidió una bebida para acompañar el deleite que le producían los dedos de esa mujer.

Luego de sus rutinas, se levantó y sin ser invitada, se dirigió hacia Henry.

—¿No fingiré al menos extrañarme? —preguntó acusatoria con un vaso de agua en su mano.

—Buenas noches, señorita Halley. —La invitó a sentarse—. Déjeme decirle que no me canso de oírla. Mis sentidos se sienten privilegiados al saber de usted.

—¿Sí? ¿Siempre es tan sentimental?

—Si se refiere a admitir que la extrañé, eso sería alimentar su ego y degradar mi orgullo, no soy capaz de hacerlo.

—Tomaré eso como un «la extrañé inmensamente, con todos los poros de mi piel, señorita Halley» —lo imitó e hizo que, de nuevo, perdiera su tan apreciada compostura.

Henry tuvo que esperar unos segundos para recuperar sus buenos modales.

—Señorita, la invito a la salida para enseñarle un lugar donde plenamente le demostraré cuánto la he extrañado, si es eso lo que desea oír. No deseo decirlo en voz alta, pues es mejor que no tengamos vinculación pública.

—¿Avergonzado de enamorar a una campesina? —indagó y se acercó-

—Discreción, señorita, es simple discreción. Antes no era muy discreto, pero me temo que estoy obligado a serlo, soy una figura pública.

—Está bien. —Se incorporó para ir hacia su piano—. Lo veo afuera, lord Discreto —murmuró haciéndole un divertido guiño.

Después de unas horas, Henry tomó sus pertenencias y la esperó afuera con la capa puesta, sin el bastón y el sombrero. Era una de las noches frías del invierno londinense y Viola cogió su abrigo con el que cayó en aquel tiempo y también tenía esas botas calientes.

Se colocó la capa para que no notaran su extraña prenda.

Salió con una de las mozas del lugar que le invitó a quedarse en su casa siempre que lo necesitara y esa noche iba a ir, salvo por la invitación de Henry. Mañana debía estar temprano en la casa, Yrene iría a darle “clases”. Ethel no perdía la esperanza que alguien se fijara en su belleza y obviara su pobreza y falta de dote.

—Solo toca al llegar —se despidió su compañera.

—Así lo haré, Anne...

Viola se acercó y colocó frente a él, que no tardó en abrir la portezuela del carruaje sin blasón.

Ella entró y se sentó, luego Henry miró a los alrededores por si alguien lo veía.

—¿Quiere escuchar que la extrañé?

—No es necesario, es como pedirle peras al olmo o esperar lo inesperado, o algo así como lo imposible. —Intentó calentar sus manos por el frío.

—No volveré a preguntar si desea escuchar si la extrañé...

—No está obligado a decirlo.

—Tomaré eso como un deseo de no escuchar mis sentimientos —expresó y se acomodó a su lado.

—¿Han florecido sentimientos en usted?

—Más que sentimientos, es un deseo intenso de saber de usted... —Pegó sus labios a los de ella.

—¿Se preocupó por mí? —Se separó unos milímetros.

—No estaría aquí si no tuviera el interés necesario de perseguirla incansablemente. Haría lo que Calisto para tener a Melíbea a su lado, ese personaje quedaría en vergüenza en comparación a lo que haría por usted.

Su respiración se dificultaba aún más, no sabía si sobreviviría aquella noche sin, en realidad, caer seducida por el duque. No tenía armas para defenderse, estaba enamorada.

Capítulo 17

Henry acarició cada rulo que escapó del recogido de Viola, mientras iban en el carruaje rumbo a la casa de soltero del duque. Sus dedos se enroscaban en ellos y los miraba con detenimiento e interés. Asimismo, jugueteaba con la sensibilidad del cuello de cisne de Viola.

Sonreía como una tonta ante sus caricias, las vivía en su corazón y también en su cuerpo, como un pequeño error al colocar el cargador en un toma corriente y sentir esa electricidad.

—No vamos sobre Mayfair —susurró, giró hacia él y sin disimulo observó sus labios en la penumbra de las oscuras calles.

—Le mostraré algo interesante, un beneficio para usted... —indicó y cambió la posición de los dedos, de los cabellos al rostro en sube y baja, de los labios a los pómulos.

Con los labios entreabiertos, se dejaba mimar por aquel arrogante que, con sus palabras y su tono, la llevaban a un viaje de ilusión y fantasía romántica. ¿Qué podría decepcionarla? Si él se enamoraba y ella también, no debería existir inconveniente.

El carruaje paró frente a una vivienda en una elegante calle, de la cual desconocía su nombre.

Henry la ayudó a bajar tomando su helada mano.

—Está fría, señorita Halley —aseguró, sintió el frío traspasar su guante.

—Soy un poco friolenta—afirmó frotándose las manos, para luego colocarlas bajo su axila. El cochero emprendió la ida hacia un lugar desconocido, la dejó con él, otra vez—. ¿Por qué siento que el cochero lo volvió a olvidar? —bromeó y se movió para entrar en calor.

—Al menos no se le ha congelado el buen humor. —Sonrió con galantería al abrir la puerta e invitarla a pasar.

Una vez adentro, la estancia no era más agradable que la fría vereda londinense.

—Puedo servirle brandi para calentarla mientras enciendo la chimenea.

—Gracias, pero no soy suicida, no me tomaré ese veneno de vuelta. —Pasó un poco para mirar, mientras Henry encendía una vela para alumbrar el lugar y luego encendió el resto para iluminar el sitio.

Una vez alumbrado, Viola observó la pequeña sala. Obras de arte, entre pinturas y jarrones, adornaban todo el lugar.

—*CesarBoëtiusvanEverdingen*. —Señaló la pintura—. Es un poco íntima para tenerla en su sala. Un niño con una copa en la mano no es un buen ejemplo...

—Aprecio las formas, señorita... —admitió, pícaro.

—¡Oh, claro, puedo notarlo aquí!; *PaulusMoreelse!* Aprecia los senos —masculló, insidiosa.

—Esperaba más de su criterio, es igual que cualquier otra mujer hueca, señorita Halley —dijo en un tono más serio.

Era cierto, cometió un error, pero no era para ponerse tan arisco. En definitiva, no podría ser una directora de galería.

—¿Sabe lo que es un chasco?

—No soy objeto de burlas, ni de usted, ni de nadie —soltó en tono enfurruñado.

Ella no dijo nada y él se acercó a encender la chimenea.

—¿No preguntará cómo sé los nombres de esos artistas?

—No —respondió sin girarse a verla siquiera.

—¿Es siempre tan amargado?

No siempre lo era. Sin embargo, pensó que, al enseñarle esas pinturas a ella, lo tomaría como lo que era: arte y no mera burla, le llevó un día colocar esos cuadros para su agrado.

—¿Le suena la palabra arte, señorita Halley?

—Vivo para ello.

—Las formas humanas son arte y no un «chasco» —comentó mordaz y se quitó los guantes después de encender la chimenea—. En verdad, creí en su inteligencia superior.

—Aquí vamos de nuevo —murmuró Viola para sí. Lo bueno era que ni se acomodó en la residencia, no tenía nada que recoger.

—Reaccionó como lo haría una cría sin juicio. A su edad, debería actuar con madurez.

—¡Oiga! ¿Qué tiene mi edad?

—¡Es una mujer a punto de convertirse en una solterona, a la que estoy enamorado porque creí que compartíamos un interés! —vociferó.

—¡Solterona! —siseó, indignada—. Para su información, duque cavernícola, usted queda corto con mis conocimientos, puedo citar todo lo que tiene en su casa, ¡incluso los jarrones y la vajilla! Soy más avanzada, moderna e inteligente que usted, ¡petulante, arrogante, macaco!

—¿Cómo me ha llamado? —cuestionó con sarcasmo.

—¿Cuál de todos los calificativos dichos o no dichos, quiere oír?

—Es una niña...

—¡Pues deje de enamorar a una niña! —espetó, enojada—. Dígame, amable caballero, ¿dónde está el cochero que se olvidó de mí esta vez?

—Él no está, estamos solos.

—¡Corrección, está solo porque yo me voy! —Se dirigió a la puerta, pero él fue más veloz y se colocó con la espalda tapando la puerta.

—No se irá...

—Pruébeme —lo desafió.

Él no dijo nada, solo la tomó en sus brazos y la llevó a uno de los sillones, mientras ella estaba con los brazos cruzados.

—No ha hecho un escándalo —puntualizó con el rostro menos serio.

—Eso sería darle gusto...

Él colocó una media sonrisa en el rostro y se acercó a besarla, pero Viola ladeó la cabeza y Henry terminó besando su mejilla.

Sin rendirse, colocó el rostro de ella como se debía y tomó sus labios por asalto, con suavidad y lentitud delirante.

Viola se negó a cooperar hasta sentir la necesidad de hacerlo. Esos brazos que se abrazaban a su cuerpo por el enojo, apretaban al duque contra su pecho.

—¿Qué es el arte, si puedo observarla a usted? Su cabello, sus ojos, sus labios, solo hablan de perfección.

—Nunca podremos entendernos, pese a que hablamos el mismo idioma. Deseo abandonar esto antes de caer enamorada de verdad y matarlo el día menos pensado. ¿Ha escuchado sobre los amores que matan?

—Es un riesgo que solo los valientes corren. Tenga paciencia, mi bella señorita, este hombre no puede dejar las costumbres. —Se sentó en la alfombra, se alejó de ella para acomodarse y mirar al fuego.

—¿Es valiente?

—Lo creo...

—¿Es valiente para escuchar las ideas de una solterona? Le contaré una historia fantástica.

—La escucharé atento...

Viola tergiversó los hechos de su viaje en el tiempo. Quiso contarle a Henry sin que la creyera loca, aquel era solo un sueño lleno de fantasía.

Él la escuchó con atención y verdadera diversión le causó los delirios de la mente creativa de Viola, apoyó su locura dándole teorías como la luna acercándose a la tierra, un eclipse y hasta culpando al mismo equinoccio. El enojo de ambos se evaporó entre copas de vino, brandi y algunos besos robados. La alfombra caliente cercana a la chimenea era un dulce refugio. El cansancio consumió a Viola, mientras Henry no se cansaba de observarla.

Pensó que sería fácil llevarse a la cama a una campesina, darle una asignación y comprarle cosas como a todas. Sin embargo, notaba en ella la verdadera humildad, no existía avaricia en su corazón, solo quería amor.

Sus sentimientos y pensamientos estaban plagados de egoísmo. Sabía que nunca podría darle nada más que sus atenciones en una que otras noches. Había descubierto que su corazón no solo lo mantenía con vida, sino que podía albergar sentimientos amorosos hacia ella.

Cada gesto, palabra e incluso delirios de esa mujer, lo hacían feliz. Era fascinante, ocurrente y divertida, capaz de hacerle perder la compostura.

No cabía duda que, en su afán de conseguir a esa mujer, él mismo cayó en su propia trampa. Ella era la mujer ideal para él, como hombre, pero no era la duquesa para el duque. Carecía de la estirpe necesaria, su madre jamás la aprobaría. No obstante, si ella lo amara, no importaría que no fuera la duquesa, sino su amante, a quien verdaderamente entregaría su alma.

Después de aquella noche, Henry la llevó cerca de la vivienda de los Becher, si lo veían cerca, comenzarían a sospechar de su amabilidad.

—Recuerde que aquel lugar es suyo cuando lo desee —mencionó Henry sobre sus labios.

—¿Me acompañará a veces? Es entretenido cuando empieza a hablar sobre cosas que desconoce.

—La biblioteca que tengo ahí es más pequeña, pero servirá para anexar conocimientos. Habrá veces que no podré asistir.

—Gracias por todo...

—La esperaré mañana en Londres, debe comprar un vestido.

—Ahí estaré...

Aquel último beso resultaba doloroso, pero le recordaba que existía un mañana para volver a verse.

Caminó como un conejo saltando feliz hacia la casa de los Becher. Sentía una gran felicidad que la llenaba de pies a cabeza. Quería abrazarse hasta asfixiarse de la emoción.

—Tienes muchas explicaciones que dar, Viola —la increpó Yrene siguiéndola con el caballo.

—¡Yrene! —Se tomó el pecho por el susto—. Agradezco cada día no tener problemas del corazón.

—¡Quiero una explicación sobre lo indecoroso de tu despedida con el duque!

—Yo...

—¡Ahora!

—¡Es un asunto privado!

—Escucha, me considero tu amiga y estoy en el deber de aconsejarte sobre lo indecoroso y decoroso.

—¡También besaste al señor Rupert!

—¡El señor Rupert es mi prometido, un hombre soltero y sin desperdicio alguno!

—Pues el duque es soltero, ¿cuál es el problema?

—¿No es evidente? Tú eres campesina y él es aristócrata.

—Eso no interesa, al menos de donde yo vengo.

—He visto a varias criadas seducidas por sus patrones, no acaba bien, Viola...

—Bien... usaré a mi favor lo de solterona —espetó, burlona—. Soy una solterona, sin posibilidades de casarse por ser pobre, ¿sí? Ahora, ¿puedo hacer lo que se me dé la real gana? ¡Sí! Porque ya estoy para vestir santos y cuidar gatos.

—Si tu tía lo sabe...

—¿Eres capaz de guardar un secreto?

—¡Por supuesto! —declaró, ofendida.

—Este es uno. —Continuó la caminata.

—Solo por ningún motivo... Ya lo sabes...

—¿Qué?

—Hagas eso...

—¡Qué!

—¡Es pecado decirlo!

—Ah, sí, ya sé, se llama tener sexo... ¡sexo!

—¡Calla! —Se tapó la boca una avergonzada Yrene.

—En un mes te casas, ¿y te da vergüenza?

—Mi madre me ha contado qué hacer...

—No hagas caso de eso, solo siente y ya. Mis padres han sido un poco menos decorosos. —Sonrió, recordó varias noches en que la enviaban a dormir temprano, pero igual los escuchaba y no parecía algo tortuoso.

Yrene la seguía callada. Viola era bastante valiente al mencionar todas aquellas palabras con tanta naturalidad.

Viola apenas pudo llegar y asearse antes de tomar las clases que Yrene le daría para tener a un caballero a sus pies.

—Con todo esto los tendrás en tu mano —contó Yrene.

Viola bostezó la miró, aburrída.

—Si quiero un hombre a mis pies, un mazo sería suficiente...

—¡Es en serio!

Ella rio a carcajadas de Yrene, era tan buena, dulce y ridículamente recatada, mas era feliz de esa forma.

Su noche llegó tan rápido, como su tarde de compras con Henry que la esperaba en la parte trasera de una elegante tienda de ropa para damas.

Henry besó su mano y el dedo tapado por el guante, acarició su rostro.

—Entremos —pidió.

—¿Por qué por la puerta de atrás?

—Porque sencillamente nos atenderán mejor en privado.

Ambos entraron y una de las modistas de mediana edad se acercó.

—La dama necesita un vestido sencillo, pero elegante —mandó Henry.

—¡Linette! —llamó a una joven de unos veinticinco años, que observó a Viola con curiosidad y de manera evidente—. La dama necesita un vestido.

—Sí, sígame, por favor —pidió a Viola para llevarla a mirar las opciones.

Henry quedó a solas con la modista y le pasó un saco de dinero.

—Que compre lo que guste cuando lo desee, y esto es por su discreción —pronunció, serio.

—Seremos discretas, excelencia.

Se acomodó para esperar a Viola, que iba y venía como la percha más elegante de todas. Todos los vestidos se veían perfectos en ella.

—¿Es la nueva amante del duque? Esta es más bonita e inteligente que la última —comentó la ayudante Linette.

—¡No es de tu incumbencia, no comentes estas cosas! —reprochó la modista.

Viola ya se había decidido por un vestido, pero era el que no estaba entre sus chelines.

—¿No va a salir con él? Le sienta muy bien, es favorecedor —comentó la modista.

—No puedo costearlo...

—Vaya a mostrárselo al duque y escuchemos lo que dice.

La vio entrar con aquel vestido y podía jurar que era una mujer con mucha clase a solo un vistazo. Se veía radiante con el traje con detalles de un color naranja con encajes blancos y elegantes.

—Es para usted, señorita Halley. Los demás eran trapos comparados con esto.

—Solo que cabe la casualidad que sí puedo pagar los trapos y no esté. —Le sonrió, bromista.

—Póngalo en la caja —ordenó Henry al contemplar a la modista, que asintió sin demora.

—¿Es sordo? No puedo pagarlo, es mi ganancia de un mes en el Royal.

—Es un regalo mío. Jamás podría dejarla ilusionada con ese vestido sin podérselo llevar. Además, sería un desperdicio si lo luciera otra mujer.

—No es correcto recibir presentes de un extraño —se pausó—. ¡Al diablo, este vestido es hermoso! —Se arrojó emocionada a su cuello y le dio un tierno beso, después se alejó para escrutar el vestido en el espejo.

Capítulo 18

El vestido con el que iba ataviada era un lujo que Ethel no dejó pasar. Entre mentiras y engaños, logró que Yrene la secundara y no contara que el duque se lo regaló. No quería escandalizar a Ethel con el precio, por lo que casi inventó una regata de precios.

Yrene y el señor Rupert la acompañaron en el carruaje rumbo a la fiesta del conde de Cornualles.

—Estás preciosa, Viola —halagó Yrene.

—Es por el milagro que hiciste con mi cabello —correspondió con una sonrisa.

—Coincido con la señorita Yrene, señorita Viola. Además, su vestido es muy elegante...

—Gracias. —Se ruborizó al recordar cuánta emoción le producía un regalo.

Siempre que su padre iba a un viaje, le traía alguna que otra pequeñez que la llenaba de emoción, era una pena haber perdido la cámara digital, que era su último regalo.

En su antiguo mundo, su padre era su gran amor, el que la consentía y le daba preferencia, estaba segura que contaba con su apoyo para dirigir la galería. Y en ese siglo, era el duque.

No se imaginaba que tuviera tantas cosas escondidas. A primera vista, no era posible pensar en dirigirle una sola frase; al conocerlo, era romántico, inteligente, galante y sofisticado.

Lo admiraba por su temple, no era un hombre que simplemente se rendía, aunque albergaba mucha frustración en su corazón. Sin embargo, todo lo malo desaparecía cuando estaban juntos, estaba enamorada del duque de Somerset, el hombre que, sin pensarlo o creerlo, la llevó a aquel siglo.

Para ella tenía una arrogancia encantadora, una seriedad de amplitud envidiable y un ingenio único. No pensaba en enamorarse, pero estaba sucediendo, podía contar los segundos con los dedos para poder verlo en aquella fiesta.

Al llegar con la pareja que componían el próximo enlace no autorizado por la buena sociedad, por ser Rupert solo un capataz que se casaría con una dama de prestigio y clase, con la presunción de un evidente interés económico de enriquecerse con la dote de la dama, Viola pasó junto al conde para que la conociera y le diera las instrucciones.

—Buenas noches —saludó al hombre mayor.

—Usted debe ser la señorita Halley —comentó el hombre y acercó sus gafas hasta sus ojos.

—Sí, milord, quería conocer sus instrucciones...

—Eso lo verá con mi esposa, el ogro está por allá. —Enseñó el conde con la cabeza hacia su esposa.

Ella sonrió por su sentido del humor y asintió.

—Iré junto a ella —reverenció y fue junto a la condesa que estaba con su hija—. Disculpe, milady, soy la pianista.

—¡Oh, a usted la estábamos esperando! —exclamó—. ¡Tiene que tocar lo mejor que tenga para Philipa!

Se giró y vio a la rubia con aspecto normal, no parecía ni muy fea, ni muy bella.

—¡Philipa va por su tercera temporada y esta es la oportunidad de conquistar a un caballero, ya casi tiene veinte años, y continúa soltera, es una desgracia!

—Es muy joven, milady —opinó Viola—, tengo veintiún años y no me he casado.

Philipa parecía estar contenta con esos comentarios de la pianista, por lo que le entregó una tímida línea en los labios.

—De usted se comprende, no pertenece a nuestra clase —censuró la condesa por apoyar aquella ridiculez de ser solterona—. Vaya y toque lo mejor que tenga, tiene la misión de que Philipa consiga un esposo.

Al terminar esas palabras, la mujer se fue con rapidez.

—Disculpe a mi madre —murmuró Philipa.

—No hay por qué, conseguirá un buen pretendiente.

—No es lo que deseo, lo hago por mi madre y mi padre.

—Debe hacer lo que desea, es su vida, y no la de ellos.

—Debe ser agradable pertenecer a la clase baja, puede vivir con libertad...

—¡Vaya y toque! —exigió la condesa muy ansiosa por darle pretendientes a su hija.

Viola fue hasta el piano, que estaba muy cerca de la entrada y de la orquesta que ambientaba la velada. Henry entró del brazo de su madre, mientras escuchaba a Viola hacer su magia de sirena para envolverlo en sus apasionados deseos por ella.

Su esplendor hacía brillar aquel salón y no solo por su gran belleza, sino por su gran talento.

La duquesa miró a la joven pianista haciendo una mueca de absoluto disgusto y luego se fijó en su hijo que no tenía ojos más que para aquella muchacha.

—Henry, querido, vamos para saludar al conde. Philipa está encantadora esta noche —comentó su madre para captar su atención, pero el influjo de aquella mujer era mayor.

Viola levantó la vista del teclado y el duque la observaba con los ojos centelleantes o quizá fuera el efecto de las tenues luces del salón.

Ella no pudo evitar que su rostro fuera cercenado por una línea que indicaba felicidad al verlo, sentir aquel contacto visual, era como si él estuviera acariciando su cuello con el pulgar y con el índice, tomara una de sus rebeldes ondas, haciéndolas girar y girar, dedicándole aquella sonrisa que nadie más podía ver.

Henry agachó la vista hacia su madre y Viola volvió a la realidad.

La duquesa llevaba a su felicidad viviente hacia varias damas, casi para ofrecerlo como si estuviera en una estantería, aunque él parecía un producto vencido que olvidaron retirar de las góndolas con esa cara.

Dos damas se acercaron hacia el piano mientras charlaban y escondían sus rostros tras sus abanicos.

—Le hizo un terrible desplante a lady Hateway, ¡fue bochornoso! —soltó con una sonrisa.

—Lo merece por estirada. Nadie quiere casarse con ese hombre por ser tan despreciable y petulante, si no fuera duque, ni me giraría a verlo siquiera —replicó la otra.

En definitiva, charlaban con amabilidad de su querido duque, el pobre era objeto de deseo por su dinero por otras mujeres, pero ella lo deseaba por su corazón.

Terminó convencido por su madre de bailar con lady Philipa, la mujer parecía que iba al matadero al tenerlo cerca, temblaba, pues sentía pánico al estar cerca de él.

Luego bailó con Lady Stella, Lady Elizabeth, la señorita Juliette y no recordaba al resto.

Llegó un momento en la noche donde Viola deseó salir corriendo, no pudo cruzar una sola palabra con Henry, su madre lo tenía acaparado y pegado a sus faldas como un botón.

—Señorita Viola. —Se acercó el señor Richmond—. Es usted fantástica.

—No merezco las congratulaciones —se avergonzó.

—El conde me ha dicho: «sea generoso con la dama». —Le ofreció el brazo para que lo tomara.

—Es un hombre con excelente sentido del humor...

—Solo le faltó juicio para escoger condesa —se burló Hamond.

Ella dejó escapar una carcajada musical que llegó hasta los oídos de Henry.

Su preciada señorita Halley estaba encaramada del brazo de su administrador, yendo hacia el área

de servicio.

Henry se dispuso a seguirlos, mas su madre lo impidió.

—Despídete de Rupert y la señorita Douglas, Henry.

Giró los ojos con interminable frustración, no había podido acercarse a ella, su madre era más inteligente de lo que creía.

Se despidió, sabiendo que ellos llevarían a Viola hasta su casa, debía hacerlo él, pero la mala hierba que lo parió no lo dejaba respirar.

Mientras caminaba con Hamond en un cómodo silencio en donde ambos sonreían, él colocó una bolsa de dinero en la mano de ella.

—Su paga. Sea inteligente con el dinero —aconsejó.

—Es para mis tíos, soy un pasamano —rió queriendo abrir aquella bolsa y ver cuánto le habían pagado.

—Vaya con bien y salud a sus tíos de mi parte. La esperaré un día para tomar el té con su tía.

—Estaremos encantadas —contestó subiendo al carruaje junto a Rupert e Yrene—. Lo veré en la fiesta de la cosecha.

—Nos veremos ahí —se despidió y la portezuela se cerró.

En marcha y con una amarga sensación, regresó a casa.

—¿Sucede algo, Viola? —preguntó al verla sin aquel brillo particular y el mismo ánimo con el que llegó a la fiesta.

—No, Yrene, solo estoy cansada, fue una noche muy difícil para que lady Philipa pudiera mover el cuerpo.

—Es una víctima de su madre, pobre Philipa —comentó y negó con la cabeza.

Viola solo pensaba en que no tuvo la oportunidad de pisar al duque porque claramente no se acercó a pedirle una sola pieza.

La madre de Henry se instaló como una enfermedad terminal por unos días en la hacienda. Sus salidas para ver a Viola durante esa semana después del baile del conde, fueron tortuosas.

—Volvamos a Londres, Henry.

—¿Está aburrida, madre? Puede regresar cuando lo desee.

—Nos hemos perdido los pocos bailes antes del inicio de la temporada. Tú deberías estar pensando en una candidata.

—Si fuera mujer, estaría quejándome del dolor en los pies, bailar no es gratificante, madre.

—Aún sigues quejándote... ¿qué querías que hiciera? ¿Dejar que te avergonzaras yendo a humillarte frente a esa mujer sin reputación? ¡Es una licenciosa!

—La señorita Halley solo toca el piano...

—¡Oh, claro! ¿Y el vestido que llevaba puesto esa noche? Algún protector se lo dio.

—Es mejor que se siente, madre...

—¡Henry Beaufort, llenas de vergüenza a esta familia vistiendo de gala a una mujerzuela!

—Solo la ayudo, Rupert ha hecho mucho por ella dando referencias, no tengo ningún tipo de relación que no sea de interés cultural con la señorita Halley.

—No creas que nací ayer, Henry, prometiste casarte en la temporada entrante...

—Siempre cumplo mi palabra, madre. —Se alejó y la dejó en el salón para que siguiera reclamando, pero sin él presente.

Sentía los ojos de su madre penetrar sin piedad en sus acciones, lo quería casado para la próxima temporada, se lo prometió a ella. Sin embargo, no quería perder esa libertad para estar con Viola.

Fue con su caballo hasta la orilla del arroyo donde era casi un compromiso estar cada dos días. No eran suficientes las noches que compartían amistosamente su residencia. Estaba a muy poco de perder

los estribos por ella, lo tenía dominado y él solo pensaba en consumir aquella envolvente pasión que lo acuciaba.

Viola también salió con el propósito de encontrarse y la excusa de pescar para tardar más tiempo, porque sabían que era muy mala cazando.

—Esta niña se trae algo, Ethel —comentó Frank al verla.

—Debe estar aburrída, trabaja y no tiene su antigua vida.

—Voy a seguirla en estos días, temo que luego ya sea muy tarde...

Frank desconfiaba de las andanzas de su sobrina adoptiva, sabía que andaba en alguna situación secreta, la vio suspirando por los rincones de la casa y hasta cuando correteaba al cerdo, no eran actitudes normales.

Ya sin el vestido, solo con la canasta y unos cuchillos de caza, caminó a pasos agigantados para ver a Henry. Lo esperaba cada día con más ansiedad.

Él la vio llegar y abrió sus brazos para que fuera a refugiarse en ellos.

—¡Solo un día y casi muero de inanición por usted, caballero arrogante! —bromeó al abrazarlo.

—Impertinente, señorita Halley. ¿Qué haría sin usted? La cordura la pierdo cada día más a su lado, no quedan vestigios del duque de Somerset —murmuró y la besó con abrasadora pasión.

—Usted es este hombre, lejos de la sociedad y del qué dirán. ¿No se siente más feliz siendo libre?

—Con usted soy feliz, ¿cuándo me dejará llamarla Viola?

—Puede ser hoy... no quiero que deje de creerse superior a mí —entonó una carcajada sonora.

—Siempre seré superior a usted...

—Arrogante. ¿Qué le parece si me demuestra sus habilidades de caza? Debo llevar la cena y como sabrá, estos animalitos me superan en capacidad mental. —Se colgó de su cuello haciendo un simpático mohín al que Henry no podía resistirse.

—Usted manda —dijo y fue doblando los puños de su camisa.

—Aún no, ¿qué le parece si hoy discutimos sobre el amor de ese poemario?

—¿Por qué mejor no discutimos el nuestro? —Tomó su mano para llevarla bajo aquel árbol que se convertía, con más frecuencia, en espectador de sus encuentros.

Viola se sentó y él la acompañó.

—¿Qué quiere discutir de nosotros? —consultó con una sonrisa.

—Quiero amarla en cuerpo y alma, señorita Halley.

El corazón de Viola se detuvo al instante y un pinchazo le recorrió la espalda, estaba hablándole abiertamente de amor.

Henry la tomó del cuello con una mano. Su anular la acarició sin prisa y con suavidad, mantuvo contacto entre ambos.

—Quiero amarte por completo, Viola. Puedo parecer arrogante y desobediente al llamarte por tu nombre, pero necesito algo más íntimo contigo.

Soltó el aire de sus pulmones, ella también deseaba aquella intimidad con él, era mayor de edad, trabajaba y no tenía mayores impedimentos, pero no se entregaría sin saber si la amaba.

—Dígame que me ama y yo le perteneceré para siempre... —retó esperanzada por escuchar que la amaba.

—*Te amo*, Viola, si alguna vez pensé que no tenía alma y corazón, ha quedado demostrado que usted, la señorita Halley, se había apoderado de ellos y los tenía cautivos, ahora puede llevarse mi amor, es únicamente suyo.

Esas palabras eran suficientes para ella.

—Ámame, Henry... —pidió y se recostó en la hierba. Entregaría más que su cuerpo, su alma y todas sus esperanzas en aquel momento.

Con la prisa de un lento perezoso, la besó, disfrutó de cada retazo de piel expuesta ante él.

Sus manos viajaron rumbo a aquellas piernas de porcelana, suaves, delicadas y febriles ante su contacto.

Los gemidos placenteros de Viola al ser acariciada por él, solo vaticinaban un disfrute máximo de la consecución de aquella confesión de amor mutua.

—Haré arte con usted, señorita Halley. —Sonrió—. La desnudaré y apreciaré cada forma de su cuerpo, la retrataré en mi mente como la más valiosa de las obras existentes...

La desvistió con facilidad. Siempre iba sin vestido y así como dijo, memorizó cada parte de su cuerpo, al igual que cada gesto y sensación que le provocaba.

Decidió acompañar la desnudez de Viola con la suya, dejándola también apreciar sus facciones, perfecciones e imperfecciones.

Viola sentía una tremenda debilidad por el cabello de Henry, lo acariciaba a gusto cuando la iba a convertir en mujer, se entregaría completa a ese sentimiento por él.

La intensa mezcla de piel, gemidos y sudor, deleitaban a ambos en la consecución del amor con dicha entrega. Entre la vorágine de pasión y la falta de juicio al hacerlo a campo abierto, ninguno se arrepentía, ni la misma Viola, pese a la incomodidad de su primera vez y la hierba hincándole en varias zonas a la vez.

Aquellas caricias eran delicadas, pero a la vez demenciales, Henry vibraba al sentirla, su estrechez, su entrega desinteresada y sus anhelos, podía sentirlos mientras estaba unido a ella, formaban una sola carne, dando rienda suelta a sus más escondidos deseos.

Capítulo 19

Si alguien los veía desde arriba, podría observar la figura blanca de Henry moviéndose incansablemente sobre y dentro de ella. Disfrutaba del doloroso e incommensurable placer que le producía su posesión, sentía su entrega completa y el afán de hacerla vibrar en sus brazos.

A Henry le faltaban manos y labios para acariciar a esa mujer delicada y dulcemente apasionada que lo acompañaba. Su rostro deseoso de sentirse amada y entregar su virtud, porque sin duda la señorita Halley era virgen, lo colocaban en la deliciosa obligación de llevarla a los confines de disfrute y placer.

—Henry... —susurró Viola con los ojos cerrados, se entregó a sus propios deseos, y sintió como él dejó escapar un gruñido gutural y se desvaneció sobre ella.

Henry respiraba acelerado, su pecho subía y bajada con rapidez, si por él fuera continuaba dentro de ella, era la mujer que cumplía con todos sus deseos, estaba seguro de que soñaría con aquellos tenues gemidos en su oído.

—Fue maravilloso. —Sonrió y levantó el rostro de Henry de entre sus senos.

—Usted es maravillosa... —La besó en los labios.

—Si no hice nada, solo me hice la muerta —bromeó con un beso en sus labios.

—Es una buena muerta...

Emocionada por conocer el amor en todo su arte y no en lo abstracto de un libro, lo abrazó. Estaba feliz, tanto que no cabía en sí misma.

—¿Desea bañarse, señorita Halley?

—El agua debe estar helada. Además, espantaremos a los peces.

—El calor de mi cuerpo la ayudará a soportar la temperatura.

—Entonces, vayamos...

Con una sonrisa la tomó en brazos y la llevó hasta el agua. Ella sintió cómo la piel de Henry se puso de gallina.

—¿Frío?

—Bastante... Debo cuestionar mis propias decisiones en ocasiones.

—¿Qué tanto es bastante?

—Helada.

—¡Ni se le ocurra bajarme al agua! —Se trepó Viola casi hasta su cabeza.

—Muy tarde, lo mejor es hacerlo rápido.

—¡No!

Su reclamo fue tardío. Henry se sumergió con ella a cuestras. Viola sentía como si miles de agujas la pincharan por todo el cuerpo.

Emergió con el cuerpo casi entumecido.

—¡Voy a morir de hipotermia!

—Abrácese a mí y lo único que sentirá es calor —propuso Henry también helado, pero con ganas de calentar su cuerpo con el de ella.

Ella nadó hacia él colocando sus manos detrás de la nuca de Henry, estaba igual de frío.

—Esto... es... como hacer... fuego... con leña mojada... —castañó los dientes por el frío mientras intentaba sonreír.

—Nada mejor que dos cuerpos para abrigarse mutuamente —aludió cómplice.

—No siento varias partes de mi cuerpo, mejor llámeme Viola si moriremos aquí...

Viola lo divertía hasta el delirio, era la única persona que le arrancaba carcajadas.

—Me agrada en demasía, Viola...

—Traducido a mi idioma, sería *te amo*, ¿o me equivoco?

—¿Qué sería de mí sin su lucidez y clarividencia?

—¿Y qué sería de mí sin su cinismo y arrogancia?

—Es incorrecto responder con otra pregunta.

—Y también es considerado incorrecto burlarse de la mujer que ama, excelencia.

—Son acusaciones muy fuertes y serias, señorita Halley. Sin embargo, viniendo de usted, son melodías para mis oídos y diversión para mi ego.

Eran el complemento perfecto, el equilibrio entre las clases y el amor, la amargura y la felicidad. Viola representaba el amor, la libertad y la felicidad, eso creía Henry al verla sonreírle. Sus ojos azules recreaban el paraíso, lo hacían desear ser un ángel que velara siempre aquel cielo.

Al salir del agua, esperaron a secarse colocándose al sol, luego se vistieron y Henry ayudó a Viola para colocar su cabello.

—Mi cabello adora el peinado de este siglo —comentó mientras él acariciaba su cuello acomodando sus rulos.

—Cuánta fantasía silenciosa se esconde en esa mente —susurró cerca de su oído.

—Puedo demostrar que esto que digo es cierto, pero no quisiera que me tildaran de demente.

—Yo no siento que lo seas y, si lo eres, tu belleza supera tu locura.

—¿Puedes dejar de poetizar y cazar mi cena? Yo iré a buscar alguna fruta que haya sobrevivido al frío —cambió de tema, veloz, pues de lo contrario, terminaría internándose sola en un lugar de reposo.

Viola tomó la canasta para ir por las frutas. La bobalicona sonrisa, socarrona y pecadora de su rostro, la delataba. ¿Qué importaba el pequeño dolor entre las piernas y esa agua helada que le entumeció el cuerpo, si estaba con su amado duque?

—¡Te ama, Viola! —exclamó y dio varias vueltas por el bosque—. ¡Igual que tú lo amas! ¡Ja! Conquistaste a un duque nada más y nada menos.

Canturreaba en voz baja por la felicidad que la embargaba, sus prioridades habían cambiado, aunque aún Ethel y Frank le debían dinero, pero ella le pagaría, le estaba yendo muy bien con su talento y alcanzaría.

Todavía no sabía cómo iría marchando la nueva etapa de su relación con él. Deseaba que pronto le pidiera que fueran novios como en su época, pese a que muy probablemente eso sería difícil por la clase social, pero eso qué importaba si había amor. Continuó con su casi fallida búsqueda, la entrada de otra estación, vaticinaba que acabarían algunas frutas, la nieve las mataría.

Al volver junto a Henry, lo observó con el pez en el césped.

—¡Lo hiciste! —congratuló.

—Luchó bastante por su vida, pero no fue suficiente.

—Gracias por la cena...

—Es siempre un honor alimentarla.

—Ahora, excelencia, deberá extrañarme. Tengo prohibido tardar mucho en el bosque, hay una bestia rondando.

—No debería referirse de esa forma a un caballero, me hace absolutamente despreciable.

—Usted no es despreciable, es muy apreciable para mí.

Un beso de despedida los hizo sonreír, pronto tendrían un próximo encuentro y volvería a ser tan maravilloso como ese.

Durante esa semana, Henry no faltó ni una vez al Royal, deseaba cada segundo de su vida, respirar el mismo aire que su amante, *la pianista*, como la llamaban en la alta sociedad, donde adquirió gran notoriedad por su arte.

Esas noches después de tocar, pasaban a la residencia donde Henry pidió mayores comodidades para la casa de soltero, como eran: ropas de cama para ambos y una persona que los atendiera discretamente.

Viola vestía los camisones de seda más finos que le había proveído.

Tomarla entre las finas sedas era un terrible y costoso vicio que deseaba continuar, era aún muy temprano para regalarle joyas, pero ya podía asignarle dinero, incluso estaba pensado en la idea de que dejara el trabajo y solo se dedicara a estar más tiempo a su lado. Ella continuaría saliendo esos días, pero él le pagaría para que no fuera a trabajar, debía proponérselo en la fiesta de cosecha en dos días.

Henry la llenaba de caricias y devoción en esas noches, la vestía con fineza para luego desvestirla, volverla a vestir, mas con las telas del amor y la entrega.

Estaba cada día conquistando todavía más su corazón. Sin embargo, se volvió muy mentirosa, pincho era un gusano a su lado, engañaba a Ethel y Frank para vivir el amor a su lado.

La fiesta de la cosecha era el momento de conseguir un baile con Henry, ¿por qué debía sufrir torturada al verlo bailar con otras?

El jardín de la hacienda en la noche de la fiesta, estaba adornado e iluminado con faroles, la comida y bebida abundaba.

Una orquesta ejecutaba las notas más alegres que podía haber para ambientar lo que sería una fiesta.

Aquel era el único momento del año, donde se juntaban los ricos y pobres en un lugar, olvidaban sus diferencias y disfrutaban a sus anchas de la generosidad del duque.

—¡Es hermoso! —expresó Viola mirando desde la carreta con los ojos llenos de emoción por ver a Henry.

—Este año el duque parece haberse esmerado más que años anteriores —comentó Frank mirando todo lo que había.

—Coloca correctamente tu vestido y cabello, Viola —aconsejó Ethel.

—Ya he verificado mi aliento, bajo los brazos y... todo está muy bien.

—No digas esas cosas frente a la gente fina, esta puede ser tu única oportunidad de casarte bien sin ser nadie.

—¡Pero si soy de clase acomodada!

—En tu antigua vida, ahora eres mi sobrina y con suerte comes —replicó Frank para bajar a Viola de su nube.

Al bajar, apuró el paso para encontrar a Henry. Giró su cabeza en todas las direcciones, se colocó de puntillas y logró ver su figura entre la multitud.

Una mano detrás de la espalda y la otra tomando su levita, lo caracterizaban. El rostro serio espantaba a las potenciales damas de él, era todo un profesional del terror. Henry miraba entre los invitados hasta encontrar a Viola, quien aparecía y desaparecía entre la multitud. Subía y bajaba con gracia con una gran sonrisa al verlo. Intentaba no sonreír por su arte de ser graciosa, no debía dar la impresión de ser agraciado. Ella llegó y se colocó frente a él.

—Una velada agradable, excelencia —congratuló con una reverencia.

—Lo será aún más, cuando sus manos ejecuten aquel piano. —Señaló Henry con la vista.

—¿Le he dicho que su rostro poco galante es sumamente atractivo?

—Intento no ser atractivo, señorita Halley —respondió con humor, aunque sin dibujar una sonrisa en su rostro.

—¡Falla estrepitosamente! Esa línea en la boca que dice que tiene dolor de estómago, hace que

quiera besarlo —pronunció con picardía.

—Lo hará luego de que toque el piano, en un lugar más discreto, como mi biblioteca. Ahora, vaya y deléitenos, seré generoso con usted.

—Amo su generosidad, procure no sonreír, lo quiero solo para mí. —Agachó Viola la cabeza y fue al piano.

Henry colocó la mano sobre su boca, simuló quitarse algo, pero escondió una sonrisa de felicidad tras ella. El señor Richmond, se acercó para indicarle a Viola que el duque solo había pedido que no tocara demasiado y que disfrutara de la fiesta.

—Señorita Viola, en definitiva, encantadora —halagó el señor Richmond—. Lamento profundamente carecer de un piano en mi residencia, de lo contrario, sería mi invitada permanente.

—Gracias, señor Richmond, aún le debo una tarde de té.

—No se preocupe —se pausó—, si no le incómoda, la invito a bailar cuando acabe su rutina.

—Estaré encantada... —Sonrió y miró hacia Henry que la observaba con mucho interés—. ¿El duque no baila? Es su fiesta.

—Él nunca quiere relacionarse demasiado, la apatía se le da con facilidad.

—En eso tiene razón...

—Pero le pagará muy bien, así que no se preocupe por él. Vendré a buscarla luego.

—Hasta pronto —se despidió de él y luego la duquesa lo interceptó tomándolo del brazo.

—Señor Richmond, quería hacerle unas preguntas —inició la duquesa con una sonrisa.

—Lo que usted desee, milady.

—Mi hijo ha estado gastando más dinero, supongo que usted sabrá si tiene alguna amante.

—Ha puesto en condiciones su residencia de soltero, pero desconozco el resto. Ha usado solo dinero para las compras que ha hecho.

—No hace más que confirmar mis sospechas, señor Richmond, pero esto se acabará muy pronto. Sé que usted es el administrador del conde de Shaftesbury y también sé que sus finanzas son excelentes.

—Por supuesto, yo me encargo de eso.

—La hija que tienen, lady Theresa, ¿ya tiene algún pretendiente? —indagó la duquesa con interés.

—Lady Theresa no ha debutado.

—Ya la hemos visto en galas de invierno antes de la temporada y parece ser la mujer indicada para la próxima duquesa.

Hamond levantó la cabeza, después de estar agachado escuchando a la duquesa. No podría competir con el duque de Somerset, un excelente partido, pese a ser apático. El conde de Shaftesbury, al conocer el interés de la duquesa en que lady Theresa fuera su sucesora, la entregaría sin importarle los sentimientos de su hija.

Podía sentir esa aflicción en el corazón, al pensar en que no tendría la oportunidad siquiera de cortejarla, no era rival para un duque.

—Necesito que usted le hable del interés de mi hijo por ella...

—Pero eso no es verdad...

—La verdad se hace en esta sociedad, señor Richmond, y comenzar a murmurar un compromiso entre mi hijo y esa joven será el puente para que luego los presionen hasta lograr ese enlace que la sociedad obligará por ser esperado. No me decepcione y comuníqueme esto que le pido al conde, estoy segura que le alegrará que un duque se haya fijado en su bella hija.

—Sí, milady... —aceptó yendo contra sus propios sentimientos.

—Gracias, señor Richmond, lo hago por el bien de mi hijo, esa joven es lo que le conviene. Disfrute la velada.

La duquesa lo dejó con el corazón partido en mil pedazos, no podía ser más terrible lo que le

sucedía, abogaría por perder a lady Theresa.

Viola abandonó el piano para ir junto a Henry que le hizo un gesto con la cabeza para que lo siguiera.

Hamond vio que Viola iba hacia otro lugar y la siguió para que le concediera la pieza que le había pedido.

Henry la esperó a un costado de la casa, alejado de todo, se acercó animoso hacia ella y la levantó en sus brazos.

—Extrañaba tenerte en mis brazos. —Besó a Viola en el cuello y separó su abrigo para besar su clavícula.

—Con esa cara no parecía alegrarte el verme aquí —bromeó—. ¿Bailarás conmigo?

—Cariño, no bailo en la fiesta de la cosecha.

—Eres un pésimo anfitrión. Es el momento donde las clases sociales desaparecen, baila conmigo después del señor Richmond.

—Veo que le agradas a mi administrador —manifestó con cierta molestia en su voz.

—¿Celos? El señor Richmond es un hombre amable y no debes preocuparte, mi corazón te pertenece, yo te pertenezco.

—Viola, si pudieras entrar dentro de mí y sentir todo lo que provocas en mi ser, morirías desesperada, pues tu amor lo es todo...

Con un beso desesperado y necesitado, Henry y Viola quisieron aplacar sus deseos mutuos, sus anhelos y carencias por el tiempo que no estaban juntos.

A medida que más se conocían, más se complementaban y necesitaban con desesperación, no siendo aquello simplemente efímero y carnal, pasando a ser algo artístico y espiritual.

Hamond escuchó la devoción con que ambos se declaraban su amor, ninguno imaginaba que la sociedad podría echar a perder aquel hermoso sentimiento que llevaban dentro.

Capítulo 20

—¡Quiero ir a la biblioteca! —Se separó ansiosa Viola, esperando que aquel lugar la llevara a otros sitios más placenteros.

—Señorita Halley, iremos después, quiero mostrarle más arte.

—Más arte que el rostro de desagrado de mi amado duque, no existe —se burló.

—La obra de ese tal Ramsay, siento haberle pagado tanto...

—¿Le ha puesto una papada enorme, o lo dejó con la mirada confundida? —consultó entre risas.

—Espasmos, mi amada señorita Halley. He de contratarlo en cierto momento para que la retrate y sienta los dolores.

—Si me retrata a su lado, lo haré. Sufiré con usted, y nuestro dolor será tan llevadero porque estaremos juntos.

—Siempre defendiendo lo indefendible, Viola. —La besó con pasión—. Debo volver a la fiesta.

—Sí, eres algo así como el cuidador de que nadie se meta de pirata.

—Cuide esa lengua, señorita, la meterá en problemas.

—Lo creo, iré a buscar al señor Richmond...

—Trate de no propasarse con mi administrador —pronunció con humor.

Ella le sonrió y le dio la espalda para ir a buscar al señor Richmond, que había corrido después de espiarlos.

Volvió a la fiesta y lo vio tomando una bebida.

—Señor Richmond, ¿ha huido de mí?

—Señorita Viola, es imposible huir de tan hermosa dama...

—Qué galante, la dama que se gane su corazón estará encantada de escuchar sus cumplidos con regularidad.

—Esa dama tendría mis cumplidos a cada respiración que diera. —Tendió su brazo para llevarla a bailar.

Yrene le mostró cómo se hacían esas danzas de antes, parecía aburrido, aunque tenía tintes divertidos, solo tenía que seguir a su pareja. Hamond era un excelente bailarín, se movía grácil y con gran habilidad, su rostro indicaba la diversión de aquella danza.

Viola intentaba seguirlo de la misma forma y estaba contenta bailando, reía y bromeaba con el señor Richmond, mientras Henry, como un águila, los observaba.

Al verla tan entusiasmada, deseaba participar de esa danza junto a ella, pero sería no tener modales, Viola bailaba sin modales, mas se veía feliz.

Al terminar la pieza, todos aplaudían, felicitándose.

—¿No será mucha molestia que baile conmigo otra pieza, señor Richmond? —pidió Viola.

—Es una excelente compañera, será un honor acompañarla.

Ethel y Frank miraban complacidos cómo el señor Richmond era condescendiente con Viola, momento en que ella al fin colocaba una sonrisa divertida en su rostro.

—Mírala, Frank, ¿no es un encanto esa joven?

—Es un encanto, si nuestra hija viviera, quizá se parecería a ella, aunque creo que con un poco de juicio y sentido común porque claramente yo la educaría.

—Solo disfruta de lo que tenemos, Viola es encantadora.

El sudor, pese al clima fresco, se le escapaba a Viola, pero era inevitable, si no lo bailaba con ese ánimo, no sería lo mismo.

—¿Qué más cree usted del amor entre clases sociales distintas, señorita Halley? —preguntó Hamond, danzando.

—Eso no es un impedimento cuando de verdad se ama. Los amantes del arte, conocemos de sensibilidad y luchamos por nuestras creencias, defendemos cada muestra del amor...

—¿Es capaz de no medir el peligro de entregar su corazón a un caballero equivocado?

—Hay que correr riesgos, señor Richmond.

—Deseo tener un poco de su valor para enfrentar el sufrimiento.

—Si desea valor, solo observe la pintura de su amada.

—Es una excelente recomendación —culminó el señor Richmond con una inclinación para luego aplaudir con el resto.

—Fue un placer, señor Richmond.

—El placer fue mío, la espero pronto en mi residencia para charlar —se despidió sonriéndole.

Ella también le entregó una sonrisa sincera y luego observó el infeliz rostro de su amado que le hizo un gesto de nuevo para que lo siguiera.

Esperó unos segundos y lo siguió.

Henry se había metido dentro de la casa, se dirigió a la biblioteca. Abrió la puerta, pasó y la dejó entreabierta para que Viola entrara.

—Cierra la puerta —ordenó e hizo que ella ya colocara sus manos en jarras.

—¿Por qué esa cara?

—Señorita Halley, existen cosas que son categóricas y nacer con este rostro es una de ellas.

—¡Me refiero a tu expresión!

—Sin duda, al parecer desconoce el motivo de mi molestia.

—Estás viejo para los celos, Henry. —Se acercó a él.

—No deberías arrojarte a los pies de mi administrador.

—Aquí tenemos un pequeño inconveniente, estaba bailando.

—¡Bailando demasiado feliz!

—¡Que tú no quieras ser feliz, no significa que otros no quieran! —espetó enojada—. ¡Te invité a bailar, y tus palabras fueron «no bailo»! Te he visto bailar en mi cara y no he dicho una sola palabra.

—No era divertido.

—Si te mueves como una marioneta, ¡es evidente que no lo será!

—No deseo que bailes con otros.

—Eso era lo que faltaba...

—El baile es un arte de intimidad.

—Intimidad que no deseas tener conmigo.

Él vio lo enojada que estaba Viola y decidió dar un paso al costado.

—Deseo bailar contigo.

—Entonces vayamos afuera y bailemos felices.

—No podemos.

—Sé lo que sucede, te da vergüenza que te vean con la campesina —asumió Viola que bajó la mirada al momento de decir aquello.

—No somos de la misma clase y es tan notable en tu baile, que no podríamos hacer eso, hay ciertos criterios y reglas que seguir.

—Lo comprendo perfectamente —espetó molesta, miró hacia la chimenea de la biblioteca, ahí estaba colgada la pintura de Henry.

Ella se alejó de él para ir hacia esa pintura.

—Tu molestia no corresponde con el entendimiento que dices tener —justificó Henry colocándose a su espalda.

—¿Te he dicho que sentí pena al ver la tristeza en tus ojos con esa pintura? —Señaló hacia la chimenea—. Pomposo y arrogante, decían los demás mientras yo buscaba sentimientos y los encontré.

—Es la pintura de Ramsay.

—Creo que tiene algo mágico, como un llamado.

—Tiene algo llamado dolor, Viola.

Viola se giró, chocando directamente con el pecho de Henry.

—No peleemos, señorita Halley.

—No sea egoísta y baile conmigo, excelencia.

Henry la tomó de la cintura pegándola a su cuerpo para bailar un vals imaginario.

Con los ojos cerrados, Viola recostó su cabeza en el pecho de Henry, escuchó sus tranquilos latidos. Entretanto, ella sentía un caballo galoparle en el cuerpo.

Aquel era su momento cursi, donde la minaban y llenaban de ilusiones. Sintió un beso en su cabeza y ella rápidamente le entregó una sonrisa.

—Nunca nos llevaremos bien.

—¿De qué sirve llevarse bien si no se disfruta de los pequeños sobresaltos? —pronunció antes de besarla, pero el toque de la puerta lo impidió.

La duquesa perdió de vista a Henry y la pianista no estaba en la fiesta, debían estar juntos en algún lugar y ella no podía permitir que ninguna marginada hiciera a su hijo abandonar el camino.

—¡Henry, ¿estás aquí?!—lo llamó y tocó la puerta.

—¡Es la duquesa! —avisó Viola.

—Conozco su voz, mi bella señorita. Espere aquí, iré a ver qué se le ofrece.

Henry salió para hablar con su madre y ella se quedó a solas con aquella pintura de nuevo.

—Supongo que ahora no me llevarás a casa... —habló desafiando a la mágica pintura—. Y si quieres llevarme, no quiero regresar.

Viola hizo con un papel que encontró, una bola y se la arrojó a la pintura. Su esperanza era que la bola de papel golpeará al Henry del retrato, pero aquella pintura literalmente se la tragó.

—¡Oh, Dios! ¡Está abierto! —Se alejó veloz.

Sentía curiosidad y a la vez miedo de que el portal la llevara de vuelta a casa y nunca más volviera junto a Henry.

—Debe ser una locura mía —intentó persuadirse y tomó unos puros del escritorio. Los arrojó y el resultado era el mismo: habían desaparecido.

Aquella era la oportunidad de regresar a casa y ser esa Viola de antes, sumida en el estudio y olvidada del mundo.

Negó con la cabeza y se escondió detrás de la silla de Henry.

Frente a la biblioteca, su madre casi metió la cabeza cuando abrió la puerta.

—¿Desea algo, madre?

—Regresemos a la fiesta.

—Estoy cansado, me quedaré aquí.

—¿Esa fulana está allí, Henry? No dejaré que extravíen tu camino, eres lo único que me queda, hijo mío.

—Aquí solo estoy yo, madre. No se mortifique, vaya y hable con esas hacendadas que tan bien le caen.

—Promete que te casarás pronto...

—Se lo he prometido mucho, una promesa más no hace la diferencia.

—No veo el día en que te cases, me des el heredero al título y yo pueda morir en paz... —masculló su madre mientras regresaba a la fiesta.

—No hay quien me aleje esta pequeña serpiente que está en la biblioteca, madre...

Abrió la puerta y Viola estaba con sus puros en la mano, a punto de lanzárselos a su retrato.

—Querida, estoy aquí si deseas darme ese puro —indicó, extrañado.

—¡Henry, ven! —lo llamó y movió las manos con rapidez para que obedeciera.

—¿No estás jugando a darle al blanco con eso?

—¡No! ¡Es el retrato se comió el papel y también unos cuantos puros!

Intentó no perder los estribos al saber que arrojaba aquellos puros tan caros al suelo.

—Viola...

—¡Significa que puedo volver a casa!

—Cariño, si quieres llamar mi atención, te aseguro que te pertenezco en cuerpo y alma.

Al escuchar esas palabras, ella ladeó la cabeza. Sabía que él creía que ella jugaba, la creía imaginativa y creativa, pero esa era su oportunidad de demostrar que estaba equivocado y que ella decía la verdad.

—Tira un puro.

—No pienso hacerlo.

—Te puedo demostrar que es así, tómalo. —Se lo colocó en la mano.

Su tan cuidada paciencia estaba al borde de un precipicio, no quería participar de esos juegos.

Tomó el puro y lo arrojó a su retrato.

—¿Lo ves? —indicó Henry al ver rebotando lo que arrojó.

—¡El portal debió cerrarse con tus negativas!

Amaba a aquella mujer con juicio, pero esa locura solo le aseguraba que ella no podía ser jamás una dama y menos una duquesa.

—Siéntate en mi regazo, Viola —la invitó sentándose en su sillón. Ella accedió y lo miró, enfurruñada—. La amo, señorita Halley, y no me interesa lo demente que pueda estar. —La besó con intensidad, hizo que ella abandonara aquel rostro y olvidara el episodio.

A ese baile de la cosecha, le siguieron más veladas a las cuales asistir.

Viola y Henry conocían el movimiento de cada uno y dónde encontrarse. Cada momento que podían lo aprovechaban para los besos y las románticas caricias sin ser vistos.

También se encontraban a la orilla de aquel arroyo donde consumaron su amor, llevaban casi dos meses juntos y la primavera se acercaba.

—¿Quieres que pinte?

—Eres una gran conocedora del arte... —aludió el duque con un lienzo sobre el caballete.

—Se me da mejor la crítica —se excusó, sonriéndole.

—Pinta mi figura en el lienzo, sé que puedes hacerlo.

—¡Tu fe es capaz de mover montañas! —Tomó el pincel con gracia—. Coloca tu deliciosa figura como un pensador. Te sorprenderá lo bien que puedo retratarte.

Él se alejó de ella, se colocó para que quedara de fondo el paisaje y ella pudiera retratar.

—¡Listo! —avisó al poco tiempo.

Con el ceño fruncido y una risa incrédula, se acercó a observar.

—¿Qué es eso? —inquirió sin soportar la risa.

—Lo llamo arte moderno... *Arte con palitos* —explicó—. Este palito de aquí eres tú, estos tus brazos, tus piernas y... ¿te agrada?

Al calmarse, la observó a los ojos.

—Es encantador como la hermosa señorita que lo pintó. —Le entregó un beso de premio.

—¿Cuándo, Henry?

—¿Cuándo qué?

—¿Cuándo podremos hablar de nosotros? ¿Cuándo me pedirás que sea tu novia?

—No sé lo que significa, pero si es lo que deseas oír, ¿quieres ser mi novia? ¿Lo dije bien?

—¡Sí, sí, sí! —Lo abrazó, feliz—. ¡Lo hiciste excelente y pareció muy creíble! —se chasqueó.

Esa tarde, Frank siguió a Viola para ver qué hacía y sus sospechas eran ciertas, aquella niña que mantenía bajo su techo, estaba siendo seducida por el duque de Somerset, un hombre inescrupuloso y libertino.

Vio cómo la besaba en el cuello y ella se dejaba con absoluta naturalidad. Recorría la figura de la niña con el pleno conocimiento de su inocencia, no podía permitir que le hiciera daño.

—¡Viola! —gruñó Frank con su arma apuntándole a Henry.

Ella, alterada, se sacudió la ropa y se la colocó lo mejor que pudo.

—¡Yo puedo...!

—¡A la casa ahora!

—¡Escucha! —pidió Viola.

—¡Vete, este asunto es entre hombres!

—Obedece, Viola, estaré bien —aseguró el duque.

Con el corazón a punto de estallar y sus nervios a flor de piel, regresó corriendo a la cabaña, estaba segura de que Frank la expulsaría.

—¿Qué pretende seduciendo a esa muchacha? —increpó Frank.

—Es mejor que haga caso omiso a este asunto. Mi relación con la señorita Halley es un asunto aparte.

—¡Es mi sobrina!

—Señor Becher, le haré una oferta que no podrá rehusar —indicó Henry con suficiencia—. Le perdonaré la deuda, a cambio que consienta la relación entre su sobrina y yo.

—¿Pretende pedirla en matrimonio?

—No pertenece a mi clase, no sería bien visto.

—¿Pretende que cambie mi conciencia por la inocencia de esa joven y mis deudas vendiéndola a usted?! —preguntó, indignado.

—Piénselo, de lo contrario, lo sacaré de estas tierras sin el menor remordimiento.

—¡Expúlsese como quien se deshace de un perro, pero jamás tendrá a esa joven sobre mi cadáver! ¡Lárguese! —Le volvió a apuntar a Henry.

—Es una mala decisión...

—¡Lárguese!

Henry tomó su lienzo y caballete para retirarse de sus propias tierras, mientras dejaba a Frank enojado, a punto de morir de un disgusto.

Capítulo 21

Viola corrió a la casa, hasta casi perder el aliento.

—¿Sucedó algo? —preguntó Ethel al verla agitada.

—Tengo un pecado muy grande, Ethel.

—¿Qué hiciste, Viola?

—¡No es fácil decirlo! —gruñó y luego exaltó—. Estoy saliendo en secreto con el duque de Somerset. —Ethel se llevó la mano hacia la boca para tapar su chillido—. Somos algo así como novios de mi tiempo, salimos, nos besamos y esas cosas... y Frank nos ha visto.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde está Viola?! —masculló entrando a la casa, tan molesto que Ethel no lo había visto en ese estado en esos años que llevaban juntos.

Viola se escondió tras Ethel.

—¡Tú! —La señaló sin consideración—. ¿Qué crees hacer con un hombre como el duque? ¡Te ha estado seduciendo!

—¡Eso no es cierto! Henry y yo compartimos nuestra pasión por el arte, de eso surgió que nos enamoramos.

—¿Amor?! ¡Despierta y usa tu juicio del siglo XXI del que tanto te jactas al hablar!

—Frank, no le hables así a Viola... —reprochó Ethel.

—¡Si la hubiéramos dejado donde te dije, hoy no estaríamos a punto de quedarnos sin un techo!

—Henry no sería capaz de echarnos... —defendió Viola.

—Eres tan inocente, Viola, los hombres como el duque, una vez que obtienen lo que desean, desaparecen. No coloques tus manos al fuego por él, se te quemarán.

—Estoy segura de que no lo hará, estamos pagando.

—Eso no parecía cuando me exigió que le permitiera mantener una relación contigo, a modo de cancelar nuestra deuda.

Viola estaba entre creer y no creer en lo que Frank decía. Creía incapaz a Henry de semejante bajeza. Sin embargo, conocía su prepotencia y aquello podría ser cierto.

—¿Qué hay de malo en que una relación conmigo, cancele nuestra deuda?

Ethel se alejó de Viola para observarla como si fuera una cosa extraña.

—No se casará contigo...

—En mi tiempo el matrimonio no es necesario si hay amor —contó ella.

—Tienes demasiados pájaros en la cabeza, niña, si te ama, tomará el riesgo más grande contigo, que es hacer una vida juntos, tal como lo hicimos Frank y yo. Nos casamos en la juventud, perdimos a nuestra hija y aún seguimos mirando al frente. ¿Será que el duque lo hará contigo? —inquirió Ethel y trató de hacerla entrar en razón.

—Solo sé que me ama, Ethel, y yo a él.

—Pues veremos cuánto le dura el amor sin que te vea. De aquí no vuelves a salir en mucho tiempo, vete —ordenó Frank. Ella le dirigió una mirada a Ethel y ella le indicó que se marchara—. ¿Viste lo que metiste a esta casa? Lo que se ha tirado debía quedarse así. —Se sentó cansino en la silla, bajó el arma en la mesa—. Si nuestra hija me hubiera dado un disgusto de estos, yo mismo la hubiera matado.

—No digas esas cosas, Frank...

—Te dije que no la recogiéramos, no deseaba encariñarme con nada que se pareciera a Eugene.

—No podía dejarla ahí, es tan bonita como lo era ella.

—Nuestra hija era juiciosa, Ethel, no la confundas. Solo que Dios nos la arrebató tan temprano con esa enfermedad.

—No sigas recordando eso, ahora tenemos a Viola.

—Pequeña culebra a la que metimos en esta casa. Está cegada por ese hombre, iba a entregarse en sus brazos en aquel campo, Ethel.

—Si no lo hizo, todavía hay posibilidades de que se case con un hombre de bien, nadie tiene por qué saber sobre este desliz.

—No estoy seguro, Ethel. Temo que ella haya hecho algo irreparable.

—Confiemos en que no.

Ella dio vueltas en la habitación, Frank la castigó y no tardaban en correrla. Debía recoger lo que tenía e ir a la casa que compartía con Henry por las noches si no tenía a donde ir.

—Viola. —Entró Ethel a la habitación—. Te traje un té y unas galletas que acabo de preparar.

—¿Es mi último alimento antes de que Frank me corra?

—¿De dónde sacas esas cosas? Frank está molesto, pero es por la preocupación. El duque no debe ser malo, mas conocemos lo libertino que era.

—Él no es así, sé que puede ser arrogante, pero es muy gentil.

—Lo es contigo, pero no con nosotros. Necesito que me digas que ya no lo verás, haces sufrir a Frank que te quiere como a una hija y a mí que quiero lo mejor para ti, el señor Richmond es un caballero y he visto que ambos se divierten. Pese a ser un hombre de clase acomodada, nunca olvida sus raíces. En cambio, el duque, siempre será arrogante, es un aristócrata y tú eres insignificante para ellos. No me interrumpas —la intimidó Ethel al verla levantar la mano para replicar—, nunca te presentará ni te llevará del brazo a ningún lugar, no te ilusiones. Si tu familia es acomodada en el futuro, no significa que tú lo seas aquí.

—Sé que para Henry es importante el aspecto social, pero no me dejará de lado.

—Viola, estás tan enamorada, que no puedes pensar con racionalidad, si digo la verdad o miento, solo el tiempo lo sabrá, por ahora tu palabra bastará para calmarnos.

—Está bien, pero si él me busca, no me esconderé.

—Eres joven e inexperta como todas aquí. Estaremos siempre para ti.

De ese incidente pasaban los días y Viola no había visto a Henry, quien se ahogaba en la desesperación de no encontrarla por el Royal, ni en el arroyo.

Había preguntado por ella en el club, donde la razón de su desaparición obedecía a una supuesta enfermedad que manifestó la señora Becher.

Su carácter estaba insoportable, incluso su madre se regresó a Londres por su causa.

—¡Par de ineptos! ¡Cepillen correctamente a mi caballo! —gruñó a los mozos que se encargaban de su montura.

—Henry, basta. Nos matarás, eres insoportable; acompáñame a mi futura residencia.

—Rupert, necesito ver a Viola Halley. No ha aparecido por el Royal, ni en el arroyo, dicen que está enferma.

—¿Y qué necesitas?

Henry trazó en unos instantes el plan perfecto para ver a Viola. Había alguien que no provocaría desconfianza en casa de los Becher.

—Señorita Douglas, bienvenida —indicó Ethel e hizo entrar a Yrene a la casa.

—He venido para hablar con Viola.

—Se encuentra en la habitación, pase. Les llevaré té y unas masas recién hechas.

Yrene tocó la puerta de la habitación de Viola y escuchó su voz del otro lado, la autorizó a ingresar. Al entrar, la vio con una pierna colgando de la cama, con una mano detrás de la cabeza y la otra tomando un libro.

—Esos no son los modales de una dama —reprochó Yrene.

—¡Yrene! —Se levantó corriendo y la abrazó—. ¡Eres como una gaseosa en el desierto!

—¿Qué es una gaseosa?

—Nada, nada, querida. —Sonrió y la tomó de las manos para que fuera a la cama.

—¿Estás enferma?

—No, es solo la excusa que pidió el tío Frank para que Ethel diera en el Royal. Llevo días encerrada.

—Déjame adivinar, por culpa del duque.

—El tío Frank lo descubrió y no aceptó la relación.

—Es lo mejor, aunque... Deseo que me acompañes a casa, tengo que mostrarte mi ajuar y contarte las novedades sobre mi amado señor Rupert, ¡siempre lo olvido! Ahora es milord...

—¿Qué?!

—¡Sí! Su hermano pidió que lo reconociera el monarca, ahora es el conde de Glamorgan.

—¿Y quién es su hermano?

—El duque de Somerset. Resultó que mi antiguo señor Rupert, es el bastardo del padre del duque. Rupert es un Beaufort.

—Sabía de la generosidad de Henry. ¿Qué sabes de él? Quiero darte una carta para que se la lleves...

—Tengo algo mejor, saldremos a dar un paseo hasta mi casa y ahí escribes la carta.

—No me dejarán salir. Son más estrictos que mis padres.

—Déjalo en mis manos.

Yrene se acercó a Ethel con decisión para poder sacar a Viola.

—Señora Becher, quisiera que Viola me acompañara a un paseo hasta mi residencia.

—Está castigada, no puede dar un paso fuera de esta casa —interrumpió Frank.

—Señor Becher, soy una persona de absoluta confianza. Jamás apoyaría la indecencia o la inmoralidad. Es ridículo pensar que yo solaparía a Viola en alguna situación que comprometiese su reputación.

—La señorita Yrene tiene razón, Frank —intentó convencerlo Ethel.

—Esa joven es inteligente, le daré una correa para que no se le escape.

Ella sonrió por poder sacar a Viola y llevarla hasta su casa.

—¿Qué hiciste para convencerlos de que me dejarán salir?

—Me responsabilicé por ti. Lo que significa que deberás comportarte.

—Gracias, Yrene. Jamás haría algo que pudiera perjudicarte.

—Pues yo estoy haciendo algo bastante perjudicial.

Caminaron hasta casi llegar a la hacienda de los Douglas, cuando la imagen de Henry y el antiguo señor Rupert esperaban bajo un árbol.

—Soy cómplice de un encuentro prohibido —confesó Yrene a sonriente Viola.

—¡Henry! —lo llamó y corrió hacia él. Él bajó rápidamente del caballo que montaba para interceptarla—. Henry... —murmuró mientras la tomó en brazos y la abrazó.

—Estar lejos de usted, señorita Halley, es lo mismo que dejar de respirar. —La abrazó afectuoso.

—Me han prohibido salir, no debo verte, pero la espera me estaba matando. ¿Es cierto que amenazaste a mi tío?

—Nos quiere separar. ¿Qué debía hacer?

—No los eches, no tienen dónde ir. Estoy pagando sus deudas cada vez que puedo.

—Puedo condonar sus deudas si lo deseas.

—Eso sería como haberme vendido y yo te amo, el interés de ninguna manera es mi incentivo para estar cerca de ti. Yo te pagaré, pero nunca los corras.

—No podría negarte nada. Necesito verte todos los días, como antes. Ve a quedarte en nuestra residencia de Londres, yo te visitaré.

—Me encantaría, pero destrozaría a mis tíos. Espero que todo continúe como antes, pero ya no podremos vernos todos los días y menos en el bosque. Será solo en Londres, por la noche, al salir del trabajo.

—¿Cuánto tiempo debo esperar? No puedo estar lejos de ti, Viola.

—Serán solo unos días. —Lo besó.

Rupert e Yrene se quedaron cerca sin perder de vista a los protagonistas de aquel encuentro.

El duque percibió a Rupert sobre su absoluta pérdida del juicio por no ver a su adorada señorita Halley.

Con los días, los Becher fueron aflojando la pena de Viola hasta regresar al Royal, donde el duque pagó mucho dinero para que nadie hablara sobre su permanencia dentro de aquel lugar. Volvían a las andanzas de antes, Viola se vestía con sedas para ser desvestida por su urgido amor. Henry creía nunca saciarse de ella. No tenía suficiente de sus pocas horas a su lado. Su madre nunca lo veía por las noches y un día lo siguió hasta el club, viéndolo salir en compañía de Viola e ir hasta su residencia de soltero.

Su hijo le mintió sobre aquella mujer, eran amantes. Los Becher eran gente honesta, mas esa joven solamente buscaba ventajas seduciendo a su hijo.

Viola disfrutaba de la abrasiva desesperación de Henry por poseerla. Solo se dejaba hacer hasta decir basta. Cada noche era especial a su lado.

Después de una noche larga y de llevar a Viola cerca de su casa, volvió a la hacienda, cansado.

—Al fin llegas, Henry —pronunció Rupert al verlo pasar la puerta.

—¿Qué sucede?

—Ha llegado un lacayo desde la mansión en Londres, la duquesa ha caído enferma y requiere de tu presencia.

Capítulo 22

Henry tomó el carruaje acompañado de Rupert. Estaba preocupado por la repentina enfermedad de su madre. Era tan saludable, que juraba que los enterraría a todos.

Al llegar a su mansión de Londres, no saludó a nadie, solo pasó sin mediar palabras a verla.

Entró a la habitación de su madre, estaba pálida, con su cabellera larga y matizada cubriendo su almohada.

—Buen día, excelencia —saludó el doctor, pero Henry no lo escuchó, tomó directamente la mano de su madre.

—Doctor —saludó Rupert—. ¿Cómo se encuentra la duquesa?

—Milady ha sufrido un infortunado espasmo en el pecho, milord.

—¿Cómo es posible que haya sufrido eso? —increpó Henry, arrodillado en el lecho de su madre.

—La servidumbre ha dicho que la duquesa llegó por la noche muy alterada, cuando se tomó el pecho y se colocó morada.

—Mi madre no tenía ningún acontecimiento social.

—No soy quién para discutir con usted, excelencia. Solo puedo decirle que su madre se encuentra delicada.

—Henry... —llamó su madre apenas audible.

—Aquí estoy, madre.

—Me has decepcionado —murmuró con una lágrima escapando de un ojo.

—No se altere, milady —recomendó el doctor.

—Solo le diré sus verdades a mi hijo antes de morir —masculló la duquesa.

—Salgamos, doctor, me dará instrucciones para cuidar de su excelencia —pidió Rupert acompañándolo fuera de la habitación.

La duquesa miró a Henry con gran decepción.

—Te prefería frío y distante, que coqueto y arrogante —comenzó su madre—. Me mentiste sobre tu relación con la pianista.

—Le dije que no tengo nada con ella, madre.

Su madre levantó una mano y lo golpeó en el rostro.

—¡No sigas mintiendo! ¡Te vi llevándola a tu residencia de soltero! —lo descubrió—. Es ahí donde descubrí tu mentira...

Henry agachó la cabeza por ser descubierto. No tenía defensa.

—Desviaste tu camino. ¿Cómo conseguirás una esposa, si una campesina, con que sabe qué fundamentos, te retiene a su lado?

—Amo a la señorita Halley, madre.

—Es lo que me temía. Nunca ocultabas a tus amantes, pero a esta la ocultas. ¿Tienes algo que ofrecer a esa mujer? No tiene clase, trabaja en un club de dudosa reputación, es pobre y no obedece a los preceptos de duquesa. ¿Te casarás con ella?

El se levantó, se dirigió a la ventana, corrió la cortina y luego respondió:

—No puedo hacerlo. Avergonzaría a la familia Beaufort si llegara a mezclar mi sangre con la suya.

—¿Y qué pretendes?

—Pretendía ganar tiempo —contó—, no deseaba casarme y alejarme de ella.

—Ella no es de nuestra clase, deberías estar enfocándote en una esposa, la temporada está acercándose y yo probablemente no llegue a vivir para verte casado —lloró.

—No llore, madre, se lo pido. —Se volvió a acercar hasta ella.

—No puedo con este disgusto. ¿Acaso quieres hijos bastardos? Si te casas y tienes una amante, ¿conoces el daño que eso ocasiona? —explicó—. Lo sufrí en carne propia...

La culpa pesaba como ladrillos en su espalda.

—¿Qué debo hacer, madre, para volver al camino?

—Deja a esa mujer, encontrará a otro protector, es muy hermosa. Tú te debes a tu alcurnia y apellido, hijo mío.

—No he visto a ninguna mujer que sea de mi agrado...

—Déjalo en mis manos, tengo a la mujer que encaja para preservar la estirpe de la familia —consoló su madre acariciando su rostro.

Sentía como si algo frío invadiera su pecho. Era aquel mismo frío que tenía antes de conocer a Viola, antes de probar las mieles del amor a su lado, para luego conocer la amargura del abandono al que sometería a aquella mujer y a él mismo.

—Dejaré que usted escoja una esposa para mí, confío en que sabe lo que me conviene. ¿Le parece que Escocia es un lugar donde podría olvidar mi amor por la señorita Halley? —preguntó distante y frío.

—Es mejor Escocia, nuestra propiedad servirá para que organicemos fiestas y llamemos la atención de las damas. No pongas esa cara, querido, amarás a tu esposa como tu padre llegó a amarme.

—Lo que sea, madre, iré por el doctor...

Necesitaba un doctor, pero para su corazón hecho pedazos. No podía defraudar la confianza de su madre y, para colmo, ser el causante de su muerte.

Esa noche debía hablar con Viola, dejarla ir y entregarle su corazón para siempre, le propondría mantenerla como consuelo a su engaño y abandono.

Ella aceptó parte de la asignación que le había dado. Sin embargo, en ese momento quería ofrecerle una manutención vitalicia.

No podía engañarse, quería darle todo lo que necesitara para que no lo olvidara y en algún momento lo recibiera como lo hacía, emocionada y llena de amor.

Su estómago estaba revuelto, no podía ver un solo pez más. El que se comió anoche, probablemente no lo cocinó como era.

—Ya le di un té a Frank, me tomé uno y ahora viene el tuyo.

—Lo siento, Ethel, no he querido matarlos. —Sonrió.

—No te preocupes...

—Estoy mejor que ustedes, merezco estar mal por ser la causante de las intoxicaciones.

—Ya deja de culparte, el postre estaba muy dulce. Descansa un poco más, hoy es tu día libre.

—El señor McBean me pidió que tocara hoy de manera excepcional.

—Cariño, me preocupan tus ojeras, creo que no duermes lo suficiente.

—Lo hago, vuelvo tarde.

—Es una pena que no hayas querido quedarte con alguna de mis amistades.

—Es mejor que esté con gente de mi edad...

Aquel día salió más tarde y se sentía mucho mejor después del té que Ethel le dio. Moría de ansias por acabar con su trabajo e ir junto a Henry.

Tocó casi toda la noche y él no había aparecido. Su corazón estaba tan preocupado por que le hubiera sucedido algo y ella desconociera el hecho.

A medida que pasaba la noche, su decepción era total, no fue a escucharla tocar.

Al salir, se encontró al cochero de Henry, quien la invitó a subir.

—¿Y el duque?

—La espera en su residencia, mi señora...

—Gracias —se consoló más tranquila.

Durante su corta ida en el carruaje, solo pensaba en el motivo de su falta a un número suyo. Debíó ser algún asunto que requería de su presencia.

Al bajar, tomó su falda y a paso presuroso, entró en la residencia y lo encontró sentado, con su brandi en la mano y la mirada perdida en la chispeante chimenea.

—¡Henry! —exclamó corriendo hacia sus brazos.

Él bajó su copa y la abrazó.

—No fuiste a oírme tocar —reclamó pegada a su pecho.

—Tuve asuntos muy importantes que atender, pero no me olvidó de usted, señorita Halley. —La besó con lentitud, para luego desvestirla y hacerle el amor por última vez antes de partir a Escocia para olvidarla y continuar con su vida.

Aquella era la última oportunidad de deleitar sus ojos con su figura, saborear su piel con aquellos labios y poseerla de todas las formas posibles en cuerpo y alma.

Recostada en la alfombra con su camisón de seda, observó la extraña actitud de Henry, estaba completamente vestido.

—¿No te quedarás a hacerme compañía? —cuestionó inocente.

Él se giró hacia la chimenea para evitar mirarla.

—Partiré a Escocia mañana.

—¿Escocia? ¿Por cuánto tiempo?

—Es incierto.

—¿Por qué tan repentinamente?

—Debo alejarme de alguien poco conveniente.

Ella abandonó la alfombra para pararse y caminar.

—¿Seré el problema?

—Usted no me permite buscar esposa, señorita Halley... —mencionó y tragó saliva.

—¿Buscar esposa? —pronunció a duras penas, como si se estuviera apuñalando.

—Debo casarme, mi madre ha enfermado.

—¿Y qué hay de malo conmigo?

—Usted no es de mi clase, lo siento...

—¿Lo siente? —dijo como si un yunque hubiera caído en su cabeza—. ¿Y el amor que dice sentir por mí?

—El amor es independiente a lo conveniente, señorita Halley.

—¡Puedo ser una excelente esposa!

—Quizá para un mozo, un agricultor, o un pequeño hacendado, no para un hombre como yo.

Henry no cuidaba la forma en que le tiraba las palabras, eran como flechas envenenadas.

—¿Es todo porque no tengo dinero?! ¡Es el maldito dinero, por el que me insultas de esta manera educada!

—Si pertenecías a la sociedad, no hubiera dudado en casarme contigo, ni un segundo.

Las lágrimas escapaban como cataratas de sus ojos, sentía que su corazón sangraba lentamente mientras hundía aquel puñal todavía más profundo en su ser.

—Soy rica, heredera de una galería. He tomado clases de etiqueta toda la vida, también piano y estudiaba arte para dirigir aquella galería que hoy ya no existe porque no estoy donde pertenezco.

—Amo sus fantasías, señorita Halley, la amo con tal demencia que me produce sofoco lo que le

digo.

—¡No son fantasías! ¡He dicho que puedo probarlo!

—¡Deje los delirios, es otra razón por la que no puede ser duquesa y menos llevar a un Beaufort en su seno, no es apta!

Se tocó el vientre como si lo que le dijera fuera una maldición.

—¿No soy digna de llevar un hijo suyo en mi vientre, excelencia?

—No lo es.

—Entonces... ¿¿qué fui todo este tiempo?! ¡Te entregué mi corazón!

Henry cerró los ojos pensando que de esa manera evitaría ver y oír sus lastimeros reclamos que lo golpeaban.

—Es mi amante, señorita Halley... —Estaba petrificada por aquella confesión, Henry ya no podía hundir el puñal, estaba entero dentro de ella—. Como mi amante, me veo en la obligación de resarcirla hasta que encuentre un nuevo protector. —Se acercó a ella—. Puede conservar todo lo que le he dado hasta hoy y también deseo...

—¡Cállese! —espetó furiosa y humillada.

—Tendrá una pensión vitalicia que...

Un puño en el rostro de Henry sirvió para callarlo de manera definitiva.

—¡Basta, basta! ¡Es suficiente el daño que me hiciste, no continúes haciéndome más mal! —reclamó, llorosa—. ¡Creo que con decirme que no me amabas era suficiente!

—¡Es lo único cierto aquí, que te amo, Viola! —expuso al tiempo que se tapó el ojo que casi perdió por el puñetazo.

—Los hombres no aman a sus amantes... —dijo yendo hacia las escaleras para buscar uno de sus vestidos.

Él arrojó su copa contra la chimenea, para evitar llorar por destrozarse su propio corazón y el de su amada Viola.

Quería correr tras ella, pero sus obligaciones y la salud de su madre le impedían obedecer los designios de su propio corazón.

Con paso firme, buscó su prenda más harapienta. Su sueño de amor y de cenicienta había acabado, tocaron las doce y su carruaje se convirtió en calabaza con ella dentro, aprisionándola sin compasión.

—Que nadie te humille, Viola, tú sabes lo que vales. Eres bella, inteligente y saldrás adelante. El mundo no acaba aquí, qué importa si tu corazón fue apuñalado, maltratado, escupido y pisoteado por el hombre que habías amado. —Se dio fuerzas mientras la nariz se le atascaba por el llanto y sus lágrimas que amenazaban con ahogarla.

Estaba ciega por sus ojos empañados, sentía que alguien le abrió las entrañas con un serrucho y luego le arrojó lima a su herida. No tenía un nombre, sufrimiento quizás encajara, mas ella no podía pensar en la palabra correcta.

Tomó uno de los pañuelos de Henry, se secó las lágrimas y luego se secó con él la nariz.

Se colocó recta y con decisión dio los pasos hacia la escalera, donde él la esperaba.

—El cochero te acompañará hasta...

—Puedo ir sola —lo interrumpió—. Soy lo suficientemente capaz de superar esto. Del 2009, retroceder hasta aquí, y no haber muerto, es todo un logro. No vendrá usted a matarme con la puñalada que me encajó. Hasta nunca —se despidió con la mayor valentía que le permitía su estado anímico.

Levantó la nariz, pasó a su lado y lo dejó parado en aquel lugar, ya no volvería a verlo en lo que le restara de vida, ni volvería por el sitio que la había hecho feliz e infeliz a la vez. Empezó el regreso a la casa de aquellos buenos samaritanos que intentaron advertirle sobre Henry, pero ella, endulzada por las mentiras de aquel pícaro, no los escuchó.

En ese instante, no quedaban mayores consecuencias que solo un corazón roto y un sentimiento de abandono. Deseaba volver a su tiempo y olvidar lo sucedido.

Henry subió a la habitación que le perteneció a él y Viola durante unos meses, los más felices de su vida, donde fue él mismo.

En esa estancia, quedaba el aroma del *splash*, como ella le llamaba, de ese aroma de rosas dulces en primavera.

Verificó su armario y todas sus sedas estaban intactas, incluso la última con la que estuvo, antes de convertirse en la señorita Halley que conoció en un principio, sencilla y sumamente déspota con su lengua.

Tomó dicha tela y se la llevó al rostro para limpiar de esa forma la lágrima que lo estaba ahogando desde que tomó la decisión de cumplir con lo establecido y abandonar a la mujer fantasiosa que lo hacía feliz.

Capítulo 23

Sin duda, la supervivencia del más apto, no era lo que la mantendría con vida.

Aquella mañana llegó hecha un mar de decepciones. Si bien, había llorado todo el largo trayecto hasta la casa de los Becher, logró disimular su rostro, añadiendo la palabra cansancio a su vocabulario.

Nadie moría por amor, era algo extraño, no se moría de amor, ni se podía vivir del amor.

Ese día, ¿cómo definiría el amor? Sería algo así como: «un cuento chino, un mito, una leyenda, el Yeti, el monstruo del lago Ness», algo inexistente.

El arte podía ser engañoso y a ella la engañó. Henry Beaufort, era una pintura sobrevalorada, en realidad, debía servir para hacer una fogata, no más que eso.

Dolía el alma al tener que confesar su vergüenza de haber creído en las mentiras de un hombre. ¡Venía del siglo XXI! Se suponía que era inteligente, pero no era cierto. Cayó en los sentimientos más primitivos, el amor y la mentira.

No podría mirar a Ethel y Frank a los ojos sin que la vergüenza la matara. Se lo habían advertido. Sin embargo, ella prefirió creer en Henry, verdaderamente creyó su mentira del amor. La sedujo con el arte, las palabras, sus caricias y su horrendo rostro.

Un mes pasó desde que Henry desapareció, pero temía volver a verlo, ese día se celebraría el matrimonio de Yrene con el conde de Glamorgan y ella debía tocar el piano. Como la buena sociedad sabía, Rupert era el hermano de Henry Beaufort, el temido duque de Somerset, por lo que comenzaron a temerle también a él. Antes despreciaban a Rupert por casarse con una dama, en ese entonces, despreciaban a Yrene por ser poca cosa para un hombre agraciado y rico como Rupert Beaufort.

La hipocresía era algo tan común como un estornudo en aquella sociedad de Londres.

Viola, pese a ser alguien de bajo estrato social, se hacía camino entre la clase alta por sus dotes de pianista, y gracias a la lengua de los mismos aristócratas.

—Viola, este vestido lo compraste la semana pasada y ya no te queda —espetó Ethel colocándole el vestido.

—Lo sé, me queda un poco flojo.

—Pareces una percha, se te ven los huesos...

Viola se observó en el espejo. No lograba reconocerse, pálida, con el pómulo saliente y la clavícula casi expuesta. Había sido delgada toda la vida, pero en aquel instante era puros huesos y su pequeña panza.

No recordaba haber variado su dieta, comía lo mismo de siempre, hacía las mismas rutinas, salvo que caminaba con más frecuencia. Ya no tenía con quien pasar la noche y su amiga del club solo le pedía quedarse los días de tiempo inestable.

Quería culpar al duque de Somerset por su delgadez, mas no lo haría, era ella la culpable de sus propias desventuras, sería infantil culpar a otros.

El corazón de Henry se sentía estallar, vería a Viola después de un mes. Volvió solo para el matrimonio y luego regresaría a continuar encerrado en su casa de Escocia.

Su madre se recuperó y no hacía más que evaluar candidatas a esposa; para ella, solo una era apta para sucederla: lady Theresa. La joven era agraciada y educada. No hablaba en demasía, su discreción era absoluta.

Aquel día debía invitar a la familia del conde de Shaftesbury para que pasaran un tiempo en Escocia

con él y su madre para que pudieran conocerse. Escuchó una nota en el piano y sus ojos se dirigieron directo a la delgada dama que tocaría para ellos.

—Viola... —pronunció inaudible.

Deseaba ir y postrarse ante ella, decirle cuánto la amaba y extrañaba.

La veía cotillear con la nueva condesa de Glamorgan, que orgullosa gesticulaba sobre la fiesta y luego miraba a su esposo que era acuciado por quienes lo habían rechazado antes, incluso el señor Douglas exhibía con orgullo a su yerno.

Decidió escapar del hechizo de sirena, se quedó fuera de la fiesta para evitar verla hasta que parara de tocar, de lo contrario, estaría sofocado mirándola.

—Toca lo que desees, nada muy triste, es lo único que te pediré, Viola —pidió Yrene con una sonrisa.

—Soy el alma de esta fiesta... —murmuró en tono cómplice, la despidió para que se fuera tranquila.

Estaba herida, pero aún su corazón artista estaba con vida y con ganas, era lo único que le quedaba.

Una elegante figura se acercó a ella y le dejó un vaso de agua en una mesita casi pegada al piano.

—No pierde el talento, ni siquiera con un corazón roto —alabó el señor Richmond.

—Señor Richmond, es un gusto verlo.

—La esperaré esta semana para alimentarla, se ve muy delgada. Atribuyo su delgadez a la partida de cierto caballero...

Ella le entregó una sonrisa y negó con la cabeza.

—Es su apreciación. Sin embargo, creo que pueden ser dos opciones: las frutas que como en abundancia, o lombrices. Lo último dejaría en evidencia mi mala salud.

—Siempre tiene una salida.

—Es que siempre existe una.

—¿Desea bailar?

—No pertenezco a este mundo, señor Richmond, lo tengo muy claro. Quizás en algún baile de arrendatarios podamos bailar nuevamente.

—Esperaremos bastante.

—¿Por qué no invita a lady Theresa? Es con ella con quien desea bailar.

—Señorita Viola, también tengo claro mi lugar y mis accesos, está de más decirle, que no pertenezco a la clase alta.

—Al menos tiene dinero para ostentar —rio con aire burlesco para que aquel hombre olvidara su pena.

La duquesa buscó a su hijo y no lo encontró, pensó que estaría arrastrándose frente a aquella mujerzuela, pero tampoco estaba ahí.

—¿Por qué te escondes, Henry? —preguntó su madre al verlo fuera del salón—. Entra, debemos charlar con el conde sobre nuestra propuesta.

—Hágalo usted, madre —dijo y bebió el contenido ambarino de la copa.

—¡Henry, eres el duque de Somerset, entra ahí con la cabeza en alto!

—Tengo la cabeza en alto.

—Deja de lamentarte en cada rincón por esa mujerzuela. El señor Richmond se está ocupando de ella, quizá próximamente sea su protector. Lo único que demuestra esa mujer, es que nunca le interesaste verdaderamente, esas “damas” son así... —profirió con saña, hizo que Henry girara su rostro al salón para observar a Hamond Richmond coqueteando con Viola.

Con brusquedad, volvió la vista al jardín.

—Le dije que usted decida, madre. No alimente el dolor que siento, ya tendrá lo que desea de mí. Hable en mi nombre y yo le propondré matrimonio a la hija del conde en Escocia. No tendrá que

volver a preocuparse por la señorita Halley, nunca, ella ya ha desaparecido de mi vida. La veo en Escocia...

—¡Henry! —gruñó su madre al verlo irse.

La duquesa no lograba entender qué podía tener aquella mujer que enamoró a su hijo hasta llevarlo a ser más ermitaño que antes. Se pasaba los días en su despacho, con libros y una copa de brandi, obras de arte rodeándolo buscando consuelo en ellos, mas nada lo hacía feliz.

Volvió al salón y se acercó al conde de Shaftesbury, quien estaba acompañado de su esposa y su hija.

—Excelente velada, lord Shaftesbury —saludó la duquesa.

—Ha sido agradable. Lord Glamorgan no ha escatimado en este evento —comentó tomando su mano para llevársela a los labios.

—Rupert es muy austero, quiso darle gusto a su hermosa condesa. Lady Shaftesbury, Theresa, ambas lucen encantadoras.

—Es un placer verla, excelencia —correspondió la condesa.

Theresa estaba inmersa observando al señor Richmond que hablaba con la hermosa y talentosa pianista, alguien que quizá pertenecía a su clase.

Ella muy poco sabía de arte, era un hecho, no comprendía mucho, solo sabía si algo era bonito o agradable a su vista. Conocía el protocolo de la sociedad, más de eso, sus conocimientos eran de comportamiento y de silencio, aprender a escuchar más que hablar. El único que siempre la escuchaba era su amado señor Richmond, a quien adoraba en el más absoluto de los silencios.

Ocasionalmente, cuando su padre terminaba de recibirlo, pasaba por el jardín que ella adornaba y le daba consejos. Un día, sin darse cuenta, le había expresado sus sentimientos.

Él tomó su rostro, a escondidas besó su mejilla y le confesó su afecto desde que la vio convertirse en una mujer. El regocijo que sentía era tal que no conocía límites, deseaba cada día con fervor que pidiera su mano, que no lo hiciera el arrogante y agrio duque de Somerset.

La actitud casamentera de la duquesa la asfixiaba. Siempre le entregaba una sonrisa forzada y era educada. Su madre la amenazó en incontables ocasiones que no dejara escapar a un partido como el duque, no importaba lo insoportable que fuera, tendría que soportarlo por las noches cada vez que él deseara.

—Theresa... —la llamó su madre.

—Excelencia, es una agradable sorpresa verla... —mencionó volviendo a su realidad, mientras observaba de reojo las sonrisas que el señor Richmond y aquella mujer se daban, parecían tan felices, que el alma se le partía en pedazos.

—Tengo todavía más sorpresas para usted, lady Theresa... mi hijo Henry, los ha invitado a pasar un mes en nuestra casa de Escocia. Desea conocerla mejor, Theresa, sin duda se ha decidido por la mujer más hermosa de Londres.

—Estaremos allí, excelencia, Theresa está encantada con el duque... —mintió la madre de Theresa al verla desahuciarse por querer dar una completa negativa.

—¡Cuánta alegría que podamos ser familia! —festejó la duquesa.

—Debemos ser cautos, aún falta la propuesta oficial —interrumpió el conde.

—Es casi seguro, ¿qué dice lady Theresa?

No podía pronunciar una sola palabra, estaba por arrojarse de una ventana.

—Estoy... emocionada... ¿me disculpan? Este tipo de noticias me ponen muy contenta, lamentaría hacerlas pasar alguna vergüenza por mi sonrojo. Quisiera salir al balcón. —Se colocó el abanico en el rostro y dirigió sus ojos al señor Richmond para que la viera.

—Claro, querida, ve, pero no te alejes —recomendó su madre apretando su brazo para que volviera

pronto.

—Con permiso...

Salió lenta y elegante del salón. Hamond le siguió con la mirada y se despidió de Viola. Daría la vuelta entera para que no pensarán mal de ambos. Afuera, recostada por un pilar, había roto sus defensas y caído en la desesperación.

—Lady Theresa...

—¡Señor Richmond! —Lo abrazó sin importarle nada.

—No llore, nada puede ser imperativo para que la supere.

—Mi interior se marchita, señor Richmond. Iré un mes a Escocia, en la propiedad de aquel hombre tan horrible, el duque de Somerset. Ha escogido a su víctima.

—Qué daría yo para calmar nuestro dolor, milady...

—Huya conmigo, señor Richmond. He de conseguir algún oficio para acompañarlo e irnos lejos de Londres, pero no me deje a merced de aquel hombre.

—No podría hundirla en la miseria. La repudiarían...

—Mientras usted no lo haga, es suficiente.

—El duque no es un mal hombre...

—¿Qué intenta decirme?

—Pertenece al mismo círculo, y...

—No continúe, no deseo escuchar las justificaciones de un cobarde. Las palabras sin hechos se las lleva el viento, señor Richmond.

—Es muy joven para comprender que siempre la señalarán si se casa conmigo. ¡No lo permitirán!

—Disculpe mi desesperación, señor Richmond. No debí hablarle al administrador de mi futuro esposo.

Theresa le dio la espalda y fue hacia otro lugar del jardín, para luego volver con la sonrisa más falsa que podía para enfrentar a la duquesa.

Capítulo 24

Theresa miraba por la ventanilla de carruaje, mientras su madre y su padre no se dirigían una sola palabra. Su viaje a Escocia ya era de por sí tortuoso y lo sería más con el duque de Somerset a su espalda, rezaba porque al menos tuviera una buena conversación y la salvara de una muerte segura.

—Deben estar llegando en unas horas —anunció la duquesa y entró en el despacho de Henry que parecía perderse por el humo del puro—. Deja esa cosa maloliente, Henry. —Le quitó de la mano el puro, abrió una ventana para arrojarlo y airear el lugar.

—¿No es suficiente con que los tengamos aquí, madre? Un mes completo soportando a unos perfectos extraños.

—¿Quieres asfixiarte en el humo de ese puro? Querido... —Se acercó a él y tomó su mano—. Lady Theresa está encantada contigo, es amable y muy bella. Aquella pianista no es nada puesta junto a los talones de ella.

Henry se levantó y caminó hacia esa ventana que su madre abrió.

Intentaba olvidar a Viola, pero su madre no lo ayudaba. Siempre le recordaba que existía, ya fuera para compararla con alguna cosa o degradarla al nivel de una licenciosa sin pudor.

Sin embargo, su madre no conocía a Viola, ella le pertenecía en cuerpo y alma. Se entregó solamente a él en aquel campo.

Nunca olvidaría sus tímidos gemidos y su vergüenza, el baño más frío de su vida y el cariño más puro que había sentido.

En ocasiones observaba su arma que nunca utilizaba. Aún no decidía si vivir con el dolor de perder a Viola, o matar a su madre por meterse y ser indiscreta. Lady Theresa no era culpable de nada, solo víctima de sus modales. Era demasiado culta y a los ojos ajenos, perfeccionista. Podía rescatar muchos valores de quien sería su futura esposa, pero siempre estaría por debajo de Viola. En lo que ambas coincidían, era que ninguna tenía la ambición plasmada en las pupilas.

—Veo un carruaje acercarse... —comentó Henry—. Lady Theresa tiene un punto a su favor, madre...

—¿Cuál?

—Se parece tanto a Viola que constantemente me la recuerda. —Sonrió y tomó la copa servida que tenía sobre el escritorio para bebérsela de un solo trago y dirigirse al recibidor.

Sabía cómo molestar a su madre, lo consiguió sin problemas y con solo insinuar no olvidar a la mujer que le rondaba los pensamientos.

Se acercó al carruaje para abrir la portezuela.

Con su apático rostro, que era como el pan de cada día, abrió la portezuela y tomó la mano de lady Theresa para ayudarla a bajar.

—Imponente mansión, excelencia —comentó y escrutó la fachada del lugar—. Es un amplio espacio para un jardín tan pequeño...

—No soy amante de las flores, milady. Puede pasar a mi despacho y le mostraré cuáles son las cuestiones de mi interés —respondió.

—Bienvenidos... —Apareció la duquesa con los brazos abiertos en la puerta, atacó primero a la pobre y desesperada Theresa—. Lady Theresa, es un honor que haya aceptado nuestra invitación.

—El honor es nuestro, excelencia, al ser invitados a sus dominios. —Sonrió forzada.

—Henry, acompaña a lady Theresa para mostrarle los salones. Yo me ocuparé de sus padres, los

jóvenes juntos, y los mayores también.

—Acompáñame, milady. —Colocó su brazo para que lo tomara y luego fueron hacia dentro de la enorme casa de piedra antigua.

—Es un verdadero placer que hayan aceptado —musitó la duquesa.

—No podíamos perder la oportunidad de que nuestra hija tenga un excelente enlace con su hijo, milady —aludió la condesa—. Solo un caballero realmente interesado invitaría a la familia de la joven de su interés para un relacionamiento más íntimo —añadió.

—Su hijo es el mejor pretendiente que nuestra querida Theresa podría tener —continuó el conde.

—Estoy complacida de que acepten con tanta alegría este enlace, tal y como lo hago yo.

La duquesa los hizo pasar y ordenó a la servidumbre mover una gran cantidad de baúles hasta los aposentos que habitarían, mientras se quedaran como invitados en Escocia.

En Londres, Viola y Ethel habían ido a tomar aquel té tan ansiado por Hamond. Era muy jovial, pero a la vez solitario, de no trabajar, estaría realizando pinturas o arreglando el jardín.

—Me perdí de estas obras al venir por primera vez a su casa, señor Richmond —mencionó Viola, tocó el marco de una gran pintura.

—Solo vio lo poco que tenía, siéntese, le serviré el té.

—Es un lugar tan agradable, señor Richmond. A Viola le agradan las pinturas y la música, usted si comprara un piano, la tendría noche y día tocando aquí.

Ethel se volvió una matrona casamentera. Seguía con sus ánimos de unirla con el señor Richmond. Cuando le contó sobre su ruptura con el duque de Somerset, al que ella aludió como «Diferencias irreconciliables» se alegró hasta dar saltos al cielo, felicitándola por aquella sabia decisión de librarse de ese hombre tan desagradable.

—He pensado adquirir un piano, y pedirle a la señorita Viola que me instruya en ese arte. Puesto que no acepta ser mi asistente, prefiero darle una labor que ella podrá realizar con mucha paciencia, por supuesto. No quisiera que me diera con una fusta en las manos por ser poco habilidoso con la música.

—Estoy segura de que usted no representaría mayores inconvenientes, señor Richmond. Muchas veces la predisposición y la práctica llevan al éxito.

—Iré por más bollos para nosotros —comentó Ethel y se levantó del sillón de la sala del té.

—Vaya por ellos, estamos deseosos de más dulces —aseguró Hamond, le concedió permiso para despedirla.

Al terminar de irse, Viola miró la bandeja de bollos, aún estaba llena.

—Todavía hay siete bollos —comentó con una ceja alzada.

—La señora Becher es un encanto, señorita Viola, pero no puedo retenerla aquí contra su voluntad. Además, pese a lo dulce de nuestra querida Ethel, me agrada más la compañía de usted. —Ella tragó saliva, esperaba que no estuviera interesada en ella de ninguna manera—. ¿Acepta ser mi institutriz con el piano?

—Primero debe tener el piano —alegó sonriente.

—Soy un hombre de negocios, sé dónde conseguir uno y sin comprarlo. Empezaremos en unos meses y otra cosa más...

—¿Qué puede ser eso?

Él se levantó del sillón y se acercó a un secreter de donde sacó una bolsa de dinero.

—Señorita Viola, el duque de Somerset me ha pedido que duplique su asignación mensual, sus beneficios en la tienda y también le da dejado el pleno uso de su residencia de soltero.

Al escuchar el título de Henry, se sintió como un gato asustado. Todos sus pelos se le habían parado, el corazón se le aceleró y lo único que deseaba era defenderse.

—No deseo nada de ese caballero, señor Richmond. Aleje ese dinero de mí.

—Le ruego que piense bien las cosas, que piense como una mujer de negocios.

—¡Venderme no es un negocio, no soy su amante y no quiero su sucio dinero queriendo comprar mi alma! —espetó con enojo—. Valgo tan poco como un saco de dinero para ese hombre —lamentó.

—Con este dinero puede hacer muchas cosas. Si lo piensa con inteligencia y sin sentimentalismo, esto podría sacar a sus tíos de su deuda con el duque, pese a que seguirían viviendo en sus tierras como sus arrendatarios.

—¿Puede usted hacer eso?

—Por supuesto. Administro muchas fortunas en Londres, puedo sacarla de una deuda sin mayor inconveniente. Según he calculado, la suma de las asignaciones duplicadas, salda su deuda en seis meses. *Si usted puede seguir sumando posesiones, incluso puedo conseguirle extensiones de tierras independientes o pertenecientes a otro condado para que los señores Becher se muden si no desean permanecer en las tierras del duque.*

—¿Qué debo entender por otras posesiones?

—Usted puede comprar lo que desea, joyas, vestidos, no creo que pueda comprar un carruaje, pero sí un caballo, y luego venderlos.

—Tengo una mejor idea, señor Richmond. Comenzaré a aceptar los presentes de mis ávidos oyentes del Royal, y los venderé para que pueda ayudarme a reubicar a mis tíos después de que el propio duque pague la deuda de ellos. —Ella se acercó a él y le tomó la mano—. Le estoy agradecida que sea más juicioso que yo, gracias por ayudarme.

—Sé que sufre. Aquel día del baile de la cosecha, los había visto y escuchado. Creí que era sincero...

—Yo también creí que era sincero. —Sonrió, triste—. En fin, no lo fue, y aquí estoy, viva. Soy capaz de adaptarme a cualquier cosa en este momento. Cuando los Becher me encontraron aquel día en el arroyo a punto de ahogarme porque tuve un pequeño ataque de pánico... —rio al recordarlo.

—¿No es usted sobrina de los Becher?

—No. Desde aquel día prácticamente me adoptaron. Soy una forastera, llevaba perdida varios días en aquel lugar, buscando mi hogar.

El señor Hamond la llevó para que se sentara de vuelta en el sillón y le contara su travesía.

—No comprendo cómo pudo haberse perdido.

—No pertenezco aquí, espero algún día poder regresar a casa. Recuerdo que nunca aprecié lo comfortable que era mi familia, pensaba... —se pausó con lágrimas saliendo de sus ojos— que siempre estarían ahí. Estaba tan... ocupada, estudiando, ambicionando cosas que hoy ya no existen...

—Usted es muy diferente a las campesinas, pero tampoco pertenece a una familia noble. ¿De dónde viene?

—Si le digo, será mi pase directo a un hogar de reposo. No se lo diría porque no quiero que piense que me burlo de usted.

—Soy un hombre de mente abierta, puedo comprender lo que sea.

—Son varios siglos de diferencia entre mi civilización y esta. Vengo del siglo XXI —contó. Luego vio una mueca en el rostro de Hamond que iba a hablar, pero ella se anticipó—. Escuche... yo estaba en la galería de arte en un recorrido educativo cuando vi la pintura del duque de Somerset colgada. Esa alimaña retratada, me pareció que estaba triste y enfadado. Para mi pesar, toqué su rostro y caí en un árbol en el bosque.

—¿Eso fue hace...?

—No recuerdo cuánto tiempo llevo aquí, pero creo que serán como cuatro meses.

Hamond se levantó y fue al mismo secreter de donde sacó el dinero.

—No lo creerá, señorita Viola, pero yo venía en ese tiempo desde Escocia. Le había dejado dinero al duque para pagar la pintura de Ramsay, cuando vi esto en el cielo —comentó y abrió un lienzo guardado—. Este era el cielo aquella noche y yo lo pinté.

—¿Entonces usted me cree? —preguntó a punto de estallar y tomó el lienzo lleno de colores.

—Creo lo que sea después de haber visto esas extrañas ondas en el cielo.

—Parece una aurora boreal. Es bueno que no me haya pintado cayendo de ella —bromeó.

—Deseo conocer más del futuro, cuénteme.

—¡Será un gusto contarle todo! ¡Por fin alguien con quién hablar! —se emocionó y se comió dos bollos al hilo. Con la boca llena le sonrió y continuó—. Tengo artefactos de ese tiempo.

—¡Es apasionante! —expresó, emocionado.

Hamond Richmond era un hombre de negocios, pero a la vez interesado en la ciencia e historia. Fantasioso desde pequeño, buscó formas de innovar para no continuar la profesión humilde de su padre. Gracias a aquellas ideas, era el sabelotodo de los adinerados de Londres, aquello le permitía darse gustos caros para los libros y otros artículos de su interés.

Maravillado por todo lo que Viola le contaba del futuro, tomó un cuadernillo y anotó todo lo que era de su interés, dejando exhausta a su venerable invitada que resultó ser una viajera del tiempo.

Las semanas en sus tierras escocesas se le hacían eternas. Lady Theresa, si bien era bonita y educada, nunca le dirigía más de dos frases. Su futuro era lúgubre a su lado. Sin embargo, era lo que su madre esperaba de él. No podía darle más disgustos; un esposo que la engañó, un hijo que murió y el otro enamorado de una mujer de clase social inferior, era suficiente.

Theresa miró al pensativo hombre que la llevó a recorrer el jardín casi obligado por su madre. No era el hombre desagradable que imaginó, pero era bastante colérico y vivía con el ceño fruncido.

La mayor parte del tiempo, se pasaba pensativo, mirando al interior de la chimenea mientras bebía brandi junto con su padre. Se acostaba temprano y se levantaba temprano para salir con su caballo, no importaba el clima, iba con fuerza y volvía sin ella.

—Lady Theresa —la sorprendió Henry, hizo que volviera su atención y dejara de perderse en sus pensamientos.

—Lo escucho, simplemente las rosas me agradan —dijo a modo de justificación a su pérdida de atención.

—No estaba hablándole, lady Theresa. Deseaba hacer la tan ansiada propuesta —contó en un tono que denotaba una falta de emoción y entusiasmo. Eran palabras huecas.

Ella se quedó tiesa en un lugar, sus padres consiguieron pescar al pez más escurridizo de todos.

Él sacó un anillo de su bolsillo. Era un gran y ostentoso diamante, digno de una duquesa y estaba frente a ella, lo que la obligaba a aceptar aquella tosca propuesta.

—¿Acepta casarse conmigo? —preguntó ausente de emociones, Viola se lo llevó todo.

Theresa, tocando una de las rosas del jardín, recordó a su ya inalcanzable amor, el señor Richmond.

—Acepto, excelencia —pronunció sin sentir absolutamente nada, ni una sola sonrisa salía de ambos.

Henry colocó el anillo en su dedo, sintió que aquella joya no debía pertenecerle a ella, sino a la dama en la que pensó cuando lo escogía, su amada señorita Halley.

Capítulo 25

Para la mala fortuna de Viola, el piano que había conseguido el señor Richmond para que le enseñara, era el mismo que usaba para deleitar a Henry con sus notas, pero debía olvidar el sentimentalismo y pensar con frialdad, aquel hombre le pagaría por enseñarle y lo haría bien.

—No será fácil para usted, señor Richmond —se burló Viola con una fusta en la mano—. Tengo esto y no dudaré en usarlo.

—Baje eso, podrá extraviarse y luego no podré montar en mi caballo.

—Estaba jugando, señor Richmond. ¿Pudo leer ese libro que me dijo?

—Ha sido bastante agobiante, pero en la teoría, le aseguro que puedo tocar el piano.

—Traje mi mochila y ahí tengo... ¡Oh, Dios! ¿Dónde está? ¡Si alguien la encuentra, me quemarán por hereje! —Movi6 los cojines para encontrarla.

—La dejó en la recepción, sobre la mesa.

—¡Me falla la memoria, lo había olvidado! —Fue rápido hacia el recibidor.

Hamond se levantó del banco y corrió hacia el lugar donde escuchó el repentino estruendo.

En el lugar encontró a Viola tirada en el suelo con la frente sangrando por haber caído por la escalerilla.

—¡Señorita Viola! —exclamó, tomó medio cuerpo de ella y lo colocó en su regazo—. ¡Lydia! ¡Lydia! —llamó incesante a su criada con gran alteración, Viola estaba inconsciente.

—Aquí estoy, señor Rich... ¡Señorita!

—Dígale a Gilbert que busque al doctor y lo traiga, luego vaya por agua y unos paños para limpiar la herida, la llevaré a una habitación.

—Sí, señor Richmond.

Lydia corrió hacia afuera de la casa para buscar al jovencito encargado de los mandados del patrón.

Después de tomar a la dama de peso pluma y colocarla en una cama, recorrió nervioso la habitación. Sabía que ella no se alimentaba muy bien y dormía poco. Desde que le dio la idea de pagar las deudas de los Becher y comprar tierras, algo se encendió dentro de ella, trabajaba más y aceptaba todo tipo de presentes de los clientes del Royal. Se veía segura de sí misma y determinada a no dejarse caer por la adversidad del abandono del duque hacía dos meses atrás, la última vez que lo vieron fue en la boda de su hermano.

La casera entró con una palangana de agua tibia y unas telas colgando del brazo.

Metió una de las telas al agua y limpió la sangre que corría por encima de su ojo.

Después de unos minutos de limpiar, ella despertó, confundida, y observó el extraño lugar donde se encontraba.

—Señorita Viola —la llamó Hamond.

—¿Qué hago aquí, señor Richmond?

—Cuénteme, ¿qué sucedió?

—Iba en busca de mi mochila y todo se oscureció, es lo que recuerdo. Debí desmayarme del cansancio.

—Ya viene un médico a verla, debemos aguardar para saber qué tiene.

—El estrés no lo detectan los médicos, es una enfermedad de moda en mi siglo. —Le sonrió tocando su dolorida ceja—. Tengo sangre...

—Tiene un corte profundo sobre el ojo.

—No quiero continuar molestando en su casa, es mejor que me retire a descansar y dejemos el piano para otra ocasión.

—No se irá hasta que el doctor la vea —determinó Hamond y empujó el torso de Viola para recostarlo en la almohada.

Un tiempo después, el doctor se encontraba revisando a Viola, abría su boca, escuchaba sus pulmones, su corazón y palpaba su no muy abultado abdomen.

—Creo que deben ser lombrices —explicó avergonzada al doctor mientras palpaba su vientre—. Un antiparasitario bastará.

—¿Cuándo fue su último sangrado?

Al escuchar la pregunta, sus ojos casi salieron de su cavidad. ¿Hacía cuánto no menstruaba?

Llevaba un tratamiento hormonal para normalizar su ciclo menstrual con anticonceptivos y la última vez que vio la sangre, ni la recordaba, fue cuando aún estaba en el 2009.

—Hace muchos meses atrás —confesó un poco asustada. El doctor guardó sus implementos y la observó.

—Usted no tiene parásitos intestinales, señorita. Lo que tiene es una criatura creciendo en su vientre. Debe tener alrededor de cuatro o cinco meses de embarazo.

En esos meses que siguieron a la partida de Henry hacia Escocia, Viola creyó que la vida le había dado la espalda. Literalmente la suerte se fue sin decir adiós. Sin embargo, conseguía saldar la deuda de Ethel y Frank con el duque, mas eso no la salvaría de lo que su malogrado futuro, o pasado, le deparaba.

Sentía que estaba helada. Se quedó con la mirada perdida, sin darse cuenta que el doctor salió de la habitación.

—¿La señorita Viola se encuentra bien? —indagó Hamond.

—La dama tiene una enfermedad que se cura en nueve meses, señor Richmond —habló el doctor, reprobatorio.

—¿Está embarazada?

—Es lo que me temo siendo una dama soltera... —Esta vez lo miró acusatorio.

—Doctor Sinclair, yo no la embaracé. Me conoce desde que nací —se defendió Hamond al sentirse aludido.

—Pues lo siento, es una dama soltera en su casa, señor Richmond, no me culpe por presumirlo.

—Aguardo su discreción por el bien de la reputación de la dama.

—No se preocupe, aunque en estos casos, no queda nada que salvar. No olvide decirle que se alimente correctamente. La señorita parecía no escucharme, por lo que se lo digo a usted. Hasta pronto...

—Hasta pronto —se despidió del doctor y lo vio irse por el pasillo.

Abrió la puerta de la habitación y Viola estaba sentada en la cama mirando fijamente alguna cosa.

—Señorita Viola... —Se sentó a su lado—. Mis felicitaciones por el embarazo.

—¿Qué cosa peor podría suceder, señor Richmond? Eso no se pregunta, todo puede empeorar —se respondió, perdida.

—Como administrador del duque, me veo en la obligación de comunicarle su embarazo.

Ella dio vuelta la cabeza para mirar a Hamond.

—No. Es mi responsabilidad. El duque ya no forma parte de mi vida. ¿Sabe? En mi tiempo, las mujeres pueden hacerse responsables de sus deslices y yo me haré responsable del mío. Solo que no sé cómo decirle a los Becher, Frank me expulsará de la casa.

—Tiene la residencia de soltero del duque, tiene a su hijo en el vientre, puede usufructuar su

derecho.

—¿Cuál derecho? No estoy casada, estoy embarazada y eso es horrible hasta en mi tiempo, pero aceptable al fin, aquí no lo es.

—Entonces... he de decirle que lady Theresa próximamente anunciará su compromiso con un caballero. —Hamond omitió el nombre del duque para evitar apretar aún más esa herida—. La he perdido, señorita Viola. Usted está sola y necesita albergue.

—Señor Richmond, no lo haga, no me proponga matrimonio. No pienso quedarme mucho tiempo más aquí. Solo necesito descubrir la forma de volver a mi hogar y, por supuesto, que me llevaré a mi hijo o hija. Sé que mis padres estarán un poco confundidos, pero... me aceptarán.

—Las posibilidades de que aquel portal se vuelva a abrir, son pocas.

—El retrato del duque es la clave, en la fiesta de la cosecha se abrió, era mi oportunidad, pero la desperdicié pensando en que él me amaba. Por lo que me dijo el doctor, ya estaba embarazada en aquel momento, ¡Debí ser más inteligente!

—No se lamente. Yo la ayudaré estudiando las causas comunes que hacen abrir ese portal.

—Le agradecería que me ayudara.

—Lo haré, ahora la llevaré a la casa de los Becher.

—Debo enfrentarlos, supongo.

—Esperaré a que hable con ellos, por si la corren.

El paisaje nublado era igual que su futuro en el pasado. Lúgubre, ella estaba viva de milagro y tendría un bebé a sus veintiún años. Si eso le sucedía en el futuro, no sería tan malo, tenía a sus padres que la mantendrían hasta terminar su carrera y luego continuaría su camino al ascenso profesional, pero en ese siglo, ¿qué les esperaba a ella y a su hijo?

Conocía que aquella sociedad antigua no tendría compasión por ella cuando se fijaran que estaba embarazada, no se notaba demasiado, pero a medida que llegara al último mes, sería peor, soltera y embarazada era una catástrofe. No quería pensar en la decepción de Ethel, que ya casi la veía casada con el amable y amistoso señor Richmond. Con su consciencia cargando el peso de la humanidad, entró a la casa con Hamond detrás.

—Aquí continuó sola —lo despidió para poder hablar con Ethel y Frank.

—Esperaré en el carruaje lo que decida.

Viola asintió y sacó el aire que sus pulmones contenían. Tenía palpitaciones y se sentía asustada como si fuera a enfrentar a sus padres.

—Viola, llegaste temprano. ¿Qué te sucedió en la frente! —comentó Ethel secando sus manos por el delantal.

—Me caí. Necesito hablar con ustedes

—¿Sucede algo, querida? Tú no eres... ¿Qué hace el carruaje del señor Richmond afuera? No seas grosera, dile que pase.

—Necesito que estemos los tres. ¿Dónde está Frank?

—Estás asustando a esta vieja, Viola. Se está dando un baño.

—Lo esperaremos para empezar.

Viola fue y se sentó en la pequeña mesa para cuatro personas que estaba en el comedor. Ethel la miraba confundida, no comprendía lo que sucedía y tampoco se animaba a preguntar.

—Estás cansada, ¿no es así? ¿Qué te sucedió en la cabeza? Ya suponía que en algún momento tendrías que volver temprano —comentó Frank al ver a Viola en la casa.

—Es solo un golpe, pero no es eso lo que me tiene aquí tan temprano. Quería hablar con ustedes.

—¿Todo está bien? —preguntó, preocupado al verla tan seria, siempre estaba sonriendo y diciendo barbaridades como una nube de tormenta.

—Quería agradecerles por todo lo que han hecho por mí desde que me encontraron y me dieron cobijo.

—Querida...

—No interrumpas, Ethel, necesito el valor suficiente para contar lo que sucede.

Frank comenzó a sospechar al ver su mano cerca de su vientre y que las ganas de llorar la invadían.

No podía continuar, sus labios le temblaban y se sentía avergonzada.

—Estás asustándonos —dijo la señora Becher al tomarse del pecho.

—Es que... ustedes siempre tuvieron la razón, Henry no me convenía y...

—Dinos la verdad ya. Llegué tarde para salvar tu pureza, ¿no es cierto? —increpó Frank agachando la cabeza por lo que seguramente escucharía.

—Les mentí. Dije que...—Se sorbió la nariz sin delicadeza—. No lo vería más, pero cada noche que iba al Royal, nos encontrábamos y dormíamos juntos... —Ethel emitió un chillido sonoro, no pudo evitar la histeria de conocer aquellos detalles—. ¡Perdóname, Ethel, lo siento tanto! —Aquella mujer no contestaba, solo lloraba a mares tapándose el rostro—. Pero eso no es lo peor, estoy embarazada...

—Rompió en llanto.

Ethel salió del comedor y corriendo fue a encerrarse en la habitación, dejó a Viola sola con Frank.

—¡Ethel! —Se levantó Viola para seguirla.

—Viola... —dijo Frank con frialdad—, estas son las consecuencias de mentir y engañar a quienes te han dado afecto y techo. Ethel veía en ti a una hija. Y yo también.

—¡Frank, perdón, no quería decepcionarlos! —lamentó y caminó hacia él, pero Frank se levantó de la silla y se fue hacia la habitación donde Ethel se encerró, dejándola sola.

Viola no dudó un minuto y fue a su habitación para recoger sus cosas, ahí ya no podría quedarse, defraudó a aquellas personas y le dolía el alma por la culpa.

En la habitación contigua, Frank consolaba a Ethel.

—De vuelta, Frank, ¿somos malos padres? —cuestionó en voz alta, abrazada a su esposo.

—No lo somos...

—Pero perdimos el camino de esta niña.

—No somos sus padres, Ethel, ella ya vino educada, nosotros solo le dimos donde vivir y nos encariñamos con ella.

—Está embarazada y sola. ¿Qué haremos?

—Nadie tendrá compasión de ella, Ethel.

—¿No la apoyaremos?

—No lo merece, pero nos necesita y nosotros a ella, donde caben tres, también lo hacen cuatro, querida.

—¡Oh, Frank! —lloró pegada a él, muy contenta por no abandonar a Viola, se sentía decepcionada, pero tanto la quería que le pasaría cualquier cosa que hiciera mal, era su niña.

Ambos salieron de la habitación y fueron a la de Viola, donde ella colocaba sus vestidos sobre la cama. Entretanto, los mojaba con sus lágrimas.

—¿Qué haces, Viola? —inquirió Ethel, pasó junto a ella y también Frank.

—Sé que me expulsarán y los entiendo. Los he defraudado tanto que me avergüenzo. —Tapó su rostro con las manos.

Ethel golpeó a Frank en el brazo para que ayudara. Él se acercó a ella, que tenía el rostro cubierto, y la abrazó.

—Un padre jamás dejaría solo a su hijo, menos a su hija, Viola —susurró con un beso en los cabellos de ella.

Esas palabras fueron para Viola su salvación del desosiego, como si le arrojaran una soga en el

abismo.

—Gracias. —Lo abrazó como si fuera su padre, lo que hizo que los ojos de Frank se pusieran rojos y llorosos.

Capítulo 26

Después de confesar su embarazo, aquello no tardó en llegar a los oídos del medio hermano del duque, quien un día cayó en el hogar de los Becher. Rupert bajó de su caballo y apresurado golpeó la puerta.

—Lord Glamorgan —mencionó Ethel y se estrujó nerviosa las manos.

—Buen día, señora Becher, ¿se encuentra la señorita Viola?

—Está preparándose para salir. ¿Qué lo trae por aquí?

—Deseo hablar con ella, a solas —pidió pasando a la casa.

—Enseguida, milord —se apresuró Ethel para buscar a Viola.

Entró como tromba a la habitación de Viola y se colocó detrás de ella para acabar su peinado.

—¿Estás bien, Ethel?

—Estoy preocupada, querida. El antiguo señor Rupert está aquí y pide hablar contigo, temo que quiera quitarte al pequeño.

—¡No se lo he dicho a nadie, Ethel, solo lo saben ustedes y el señor Richmond!

—Quizá solo estoy volviéndome loca, aún no está esa criatura aquí y ya nos tiene contentos. No quiero que esa mala gente nos lo quite.

—Rupert e Yrene no son mala gente, Ethel, son buenos y estoy segura que estarán de mi lado.

—Entonces ve y averigua lo que se trae entre manos; por ningún motivo des a tu hijo.

—¿Crees que regalaría a mi bebé? Eres cruel, Ethel.

—Vienes de un lugar raro, todo es posible. —Le terminó el peinado para que saliera a recibir a Rupert.

Ella salió con la frente en alto para conversar con el visitante que, al verla, observó con cuidado la zona donde debía estar su vientre.

—Buen día, milord, ¿y lady Yrene?

—Buen día. —Se acercó, tomó su mano y plantó un beso en ella—. Milady salió a cabalgar.

—Siéntese —indicó Viola para que tomara asiento en una de las sillas del comedor.

Un silencio incómodo se cernía sobre ellos, hasta que uno de los dos habló.

—Vine a presentarle mis respetos, señorita Viola.

—¿Por qué debería hacerlo?

—El señor Richmond, preocupado por usted y su futuro, acudió a mí contándome sobre el hijo de mi hermano. —Tragó saliva al escuchar aquellas palabras—. Conoce la situación de mi bastardía. Crecí entre los criados, cerca de mi padre y mis hermanos. Henry ha sido generoso pidiendo que se me entregara lo que corresponde.

—Lo sé. Pero, ¿eso qué tiene que ver con mi pequeño?

—Si usted no desea que mi hermano sepa de la existencia de su hijo, hecho que me parece injusto, pues él no hace más que amarla hasta el desahucio, le pido que me permita apadrinar a mi sobrino, ofreciéndole todo lo que sea posible y otorgarle. No quisiera que el hijo o la hija del duque de Somerset, creciera con los criados como me sucedió.

—Agradezco su preocupación, pero no le faltará nada. No deseo despreciar su intención. Sin embargo, quiero que entienda mi posición de mantener distancia sobre lo que concierna a su excelencia. Tiene prohibido hablar sobre la existencia de un hijo bastardo, lord Rupert Beaufort. Mi intención es regresar a donde pertenezco con mi hijo, por lo que sería innecesario que usted se

responsabilizara por él.

—No nos aparte de su hijo. Henry tiene el derecho de enterarse de la existencia del pequeño. Sé perfectamente que, al saberlo, volverá aquí por usted.

—No se haga ilusiones. A su hermano, lo único que le interesa es la sociedad, y yo fui su diversión de unos meses. Nunca me quiso, todo ese amor que profesaba, se esfumó cuando me dijo que yo nunca podría ser la duquesa, porque no pertenezco a su clase social. El amor de su hermano está en el qué dirán y no en mí.

—Escucho decepción y dolor en sus palabras, piense en no privar a su hijo de lo que le corresponde por un capricho suyo, señorita Viola. Piense en su futuro, en que, si usted no pudiera trabajar, ¿lo dejaría con dos personas mayores que antes que usted llegara no tenían nada que llevarse a la boca? Cuento conmigo para lo que necesite, he venido para ponerme a su disposición y no para discutir. Le ruego que medite su comportamiento y me permita velar del bienestar de ustedes.

—Lo pensaré —aceptó Viola.

—Es bueno saber que lo hará. Me retiro, aguardo noticias tuyas.

Viola fue para abrir la puerta y al hacerlo, la figura de Yrene estaba a punto de tocar.

—Esposo —pronunció observando a Rupert.

—Yrene. —Hizo una reverencia a su esposa y se hizo a un lado para que ella pudiera pasar.

—Buen día, Yrene —saludó Viola dejándola entrar—. Ambos han decidido visitarme.

—Espero que mi esposo lo haya hecho con las mejores intenciones.

—¿Qué sucede? —preguntó Viola y sintió la tensión en el aire.

—El conde de Glamorgan intentó ocultarme tu embarazo cuando el señor Richmond fue a decírselo. Dios me libre de ser cotilla, pero me vi en la penosa necesidad de escuchar aquella conversación y me escondí, quería llegar antes que él para darte mi apoyo.

—¿Entonces no irías a cabalgar temprano? —cuestionó Rupert.

—¿Y usted, milord, no iría a Londres a resolver algunos asuntos de su hermano? —acusó Yrene cruzando los brazos.

—Ambos son tan amables —rió al darse cuenta que aquella pareja era excepcional, pero aún no se conocían muy bien.

Viola creía que Rupert no le dijo a Yrene por los prejuicios sociales de un embarazo antes del matrimonio e Yrene no le dijo nada a su esposo, por creer que él iba con malas intenciones por ser el hermano del sinvergüenza que la abandonó.

—Desde que lo supe, no he dejado de pensar en los ajuares para el bebé —contó Yrene tomando a Viola de las manos—. Puedo conseguir para sus ropas y también hacerle una pequeña habitación aquí cerca de ti y otra en nuestra casa, por si deseas dejarlo con nosotros en ocasiones, hay tantas habitaciones en casa...

—Es cierto, señorita Viola. Piense en que podemos ayudarla, no me vea como su enemigo, quiero protegerlos.

—Viola, querida, deja que te ayude mi esposo. Bajo su resguardo estará bien y nunca nadie lo señalará.

—Le dije a lord Glamorgan que lo pensaría y así lo haré. Gracias por preocuparse, estaremos bien con tanto apoyo alrededor. —Abrazó a Yrene, que le sonrió a su esposo.

Tenía el apoyo de mucha gente. Aquel día en que se enteró que estaba embarazada, pensó que todo acabó. Sin embargo, era lo contrario, llevaba tranquilamente sus siete meses de embarazo. Desde el día que lo supo, habían pasado dos meses y seguía trabajando. Nadie lo notó, su vientre era pequeño y sus vestidos holgados, solo se ajustaban bajo el pecho, que le creció un poco, a veces los miraba y parecían de una modelo con silicona.

—Señorita Halley, cada día usted es más bonita —halagó el conde de Essex parado junto al piano—. ¿Cuándo aceptará casarse conmigo?

—Milord, no se puede casar dos veces, menos cuando ya está casado, siempre olvida que tiene esposa.

—Es cierto, creo que, a mis sesenta años, no soy el mismo de antes, se me olvidan algunas cosas.

Ella sabía que aquel hombre tenía Alzheimer, a veces la recordaba y le proponía matrimonio, otros días se presentaba para conquistarla preguntándole su nombre.

La cantidad de los clientes del Royal, desde que se supo que ella tocaba por las noches, creció. Al igual que las ofertas para tocar en eventos privados.

Juntaba mucho dinero que les dejaría a Ethel y Frank una vez que ella regresara a su tiempo.

El señor Richmond le comentó la conclusión a la que llegó con respecto al portal para volver a su casa. Le dijo que podía intentarlo los días en que la luna se acercaba a la tierra y las aguas del mar estuvieran turbias, o esperar al principio de invierno y de nuevo arrojarle puros, aún todo era incierto, por lo que continuaría su vida como siempre en aquel tiempo.

Por esa noche fue suficiente. Debía ir a la casa del señor Richmond, que le tenía preparado un cuarto para que se quedara y, por la mañana, Gilbert la llevaba a casa.

—¡Maldición! ¡Clima engañoso! —gruñó al ver que llovía.

Salió corriendo tomándose el vientre, que le pesaba bastante; debía llegar a casa del señor Richmond.

—¡Señorita Viola, ¿qué hace?! —espetó Hamond al bajar del carruaje para cubrirla con una capa—. Iba a buscarla, está lloviendo.

—No sabía que vendría. Además, salí más temprano, me siento cansada.

—Ya es momento que deje el club. Diga que irá por unos meses a visitar a sus padres.

—Debería hacerlo, este pequeño es muy inquieto y las largas caminatas de casa hasta Londres acabarán con la poca carne que me queda. —Sonrió y subió al carruaje cubierta con la capa.

—Le pediré a Lydia que le prepare un té y también un baño caliente, esta estación está acabando y el fresco se acerca, son gotas muy frías las que nos cayeron encima.

Ya en su casa, Viola estaba recostada en su cama, sorbía la nariz y tosía.

—Fue una pésima idea salir con la lluvia —estornudó con fuerza—. ¡Oh, maldita incontinencia! —gruñó y abandonó la cama, se le había escapado un poco de orina y debía higienizarse.

—Te traje un té caliente, Viola. ¿Por qué te levantas?

—Ethel, necesito un cambio de ropa, se me escapó la orina.

—Estos estornudos te dejarán sin ropa. Un día Frank, todo un desconsiderado, sacudió una mesa cuando estaba embarazada y vieras que no solo se me escapó un poco como a ti.

—Eso no ayuda, busca mi ropa y voy a la letrina. —Se apresuró, sentía que la pequeña alimaña Beaufort se movía estrujando su vejiga.

Ese día consideraba hablar con el señor McBean, pero desistió debido a su cansancio, pies hinchados y molestias.

Como había pactado con el conde de Shaftesbury, en esa noche lluviosa, Henry retornó a Londres para los preparativos de su compromiso con lady Theresa. Se sentía tentado por acudir al Royal, pero su madre era más hábil que un águila, no le quitaba el ojo un solo minuto.

Pasó los meses más amargos y solitarios en Escocia, amando y deseando en silencio a Viola. Deseaba buscarla, llevarla a su residencia de soltero, que ella se sentara en el sillón y él recostara su cabeza en su regazo para que lo acariciara. Si antes era un déspota sin corazón, en aquel momento era uno sin alma. Estaba seco y frío.

—Henry, querido, ve mañana junto al señor Richmond para que vaya preparando todo para la fiesta

de compromiso.

—Lo haré —respondió sin mirarla.

—Henry, ha pasado demasiado tiempo, ya debes superarlo.

—Lo superé.

Su madre dejó de insistir a su insufrible hijo para que le hablara, estaba retraído y con la mente en otro sitio. Poco después del almuerzo, Henry se preparó para ir a casa de su administrador y hacer lo que necesitaba.

Hamond terminó su almuerzo y no tenía mucho que hacer, más que seguir investigando su nueva pasión, los viajes en el tiempo.

—¡Señor Richmond, señor Richmond! —Entró su criada.

—¿Sucede algo, Lydia?

—¡El duque de Somerset está afuera!

—¿El duque?

—Es una suerte que la señorita Viola se haya ido tan temprano, pese a que parecía enfermar de gripe.

—Haz pasar al duque, rápido, no le gusta que lo hagan esperar.

—Sí, señor. —Volvio a correr hacia la entrada y abrió la puerta que había cerrado por la nariz de Henry debido al susto.

Ella le sonrió, nerviosa.

—¿Es posible que me reciba el señor Richmond? —preguntó agrio.

—Lo espera en su despacho, sígame...

Henry lo hizo con cautela, no quería recibir otro portazo en la cara.

—Excelencia, bienvenido —lo recibió Hamond cerrando la puerta a su espalda.

—Gracias. He venido a tratar asuntos de mi compromiso con la hija del conde de Shaftesbury.

—Siéntese. —Le indicó una silla frente a su escritorio—. Dígame, ¿en qué puedo ser de utilidad?

—No es un asunto que me interese en lo más mínimo. Necesito que me represente frente a la familia del conde, con todas las concesiones que ellos deseen para la boda de su hija.

Hamond era un caballero y aquel era un hombre que le pagaba muy bien por sus servicios, mas odiaba que tomara a lady Theresa como si no fuera nadie.

—Comprendo, excelencia, ¿desea algo más? —añadió, sacó su libreta y anotó todo lo que le pedía.

—¿Qué sabe de la señorita Halley? ¿Vive en la residencia?

Cerró su pequeña libreta y la guardó.

—Ha declinado su oferta de vivir en aquel lugar.

—¿Y la mensualidad?

—Esa la tomó, pero exclusivamente para pagar la deuda de sus tíos con usted, no ha tocado una sola guinea.

—Mujer testaruda —mencionó con rabia—. Supongo que sigue trabajando en aquel club por la noche.

—En efecto, continúa haciéndolo.

—Señor Richmond, deseo que la presione para aceptar todo lo que le ofrezco.

—La culpa no se borra con lujos, excelencia —reprendió Hamond.

—Si deseo comprar su perdón y descargar mis culpas, es asunto mío, y no suyo, señor Richmond. Usted solo límitese a cumplir mis órdenes —indicó Henry disponiéndose a una retirada.

—Como usted ordene...

Henry salió molesto de su breve entrevista con el administrador. Era su vida privada que no deseaba hacer pública, al parecer, Viola sí lo hizo de esa forma por tener afinidades con aquel hombre.

El señor Richmond fue a cumplir el encargo del duque al día siguiente de su pedido.

Estaba sentado en el salón, hablaba con la condesa, mientras Theresa no prestaba interés a los preparativos de su compromiso. Sentía mucho dolor al ver a Hamond Richmond planeando junto a su madre aquel fatídico día, y él no parecía estar triste.

—¡Oh, claro, señor Richmond, la música! ¿Cómo pudimos olvidarla? —mencionó divertida la condesa—. Quiero la mejor orquesta y a esa pianista, la tal señorita Halley.

Al escuchar mencionar a la pianista, Theresa pareció haber despertado y observó a Hamond.

—La señorita Viola estará fuera de la ciudad y...

—Consiga que se quede en la ciudad —pidió Theresa, tomó la palabra por primera vez desde que él estuvo ahí.

—No creo que sea posible.

—Pagaremos lo que sea, pero deseo a esa señorita tocando en mi fiesta de compromiso —ordenó—. No nos decepcione, señor Richmond, es una gran amiga suya, debe poder convencerla con facilidad —agregó en tono despectivo, dejó entrever su molestia hacia aquella amistad.

Capítulo 27

Pese a que la horrible tos no la dejaba, decidió ir y hablar con el señor McBean para decirle que se iría a su ciudad natal a cuidar de sus padres enfermos y luego regresaría. Esperaba que lo comprendiera, no trabajaba a diario, sino era una jornalera a quien pagaban por noche.

Tocó las puertas del club por la media mañana, esperaba a que le abrieran. Siguió un rato parada con aquellos pies hinchados y cansados hasta que la hicieron pasar.

El señor McBean bebía lo que parecía un café o té para recuperarse de la noche.

—Buen día, señor McBean —saludó con una sonrisa.

—Cuando uno de mis empleados viene por la mañana, no es nada bueno.

—Yo vengo a anunciarle que me retiraré un tiempo para ir a cuidar de mis padres. He recibido una reciente carta donde mi padre cuenta que mi madre ha caído enferma. Él no es tan joven y necesitan que los cuide.

—¿Cuánto tiempo cree que estará fuera?

—Entre tres y cuatro meses, quizá.

—¿Jura que volverá? No ha encontrado otro trabajo, supongo.

—No, señor McBean. Es solo por motivos familiares. He ahorrado un poco y son tres o cuatro meses los que podré sobrevivir con eso.

—Está bien, pero regrese pronto. Es el encanto de mis clientes.

—No hace falta que lo diga, estaré de vuelta muy pronto.

Hamond no sabía cómo decirle a Viola que tendría la mejor paga de su vida, pero sería en la fiesta de compromiso del padre de su hijo. Debía hacerlo para cumplir el deseo de Theresa.

La puerta de despacho se abrió de repente, dando paso a una persona con una capa que la cubría completa.

—Señor Richmond —mencionó la dulce voz de una dama.

—¿Lady Theresa? —preguntó y se levantó de su asiento tras el escritorio para acercarse a ella. Ella retiró la capucha de la capa y dejó entrever su rostro acongojado y lloroso—. ¿Usted no me ama, señor Richmond? —atacó sin preámbulo.

—La amo, lady Theresa.

—Entonces huya conmigo antes del compromiso. No deseo casarme con el duque. También le exijo que deje a esa mujer pianista.

—Lo de la señorita Viola es algo que usted no comprende.

—¿Cómo desea que lo comprenda? Ella es libre y no está encadenada como yo.

—Entre ella y yo no existe nada.

—Vámonos lejos, señor Richmond —rogó y acarició su rostro—. No deje que me despose, se lo suplico.

Él pegó su frente a la de Theresa, deseó poder decirle que lo haría, pero era un cobarde.

—Piense en su futuro...

—Cúlpeme por soñar en ser una plebeya y no una princesa.

—No sabe lo que pide, el duque no le hará faltar nada. Puedo dar cuantía de un futuro alentador para usted.

—¿Usted también puede darme un buen futuro! No necesito estos vestidos caros que poseo, ni las

joyas que ostento. Necesito de usted, de su compañía.

Viola llegó y entró por la puerta trasera de la residencia del señor Richmond, para comer lo que Lydia preparaba. Estaba malcriada por sus deliciosos postres.

—Buen día, Lydia. —Sonrió Viola tomando uno de los pastelillos recién cocidos que estaban en la ventana.

—¡Deje eso, va a quemarse!

—Está bien, ¿y el señor Richmond?

—Está en su despacho. Se encuentra desde ayer atendiendo asuntos, querida.

—Iré a verlo. ¿Crees que le molestará si me descalzo? Ya no soporto los pies.

—No creo que se enoje.

Ella caminó hacia el despacho de Hamond y escuchó una pequeña discusión.

—No lo entiende, lady Theresa. Usted es rica y merece vivir tranquila entre los de su clase.

—¡Pero usted se codea con los de mi clase! ¡Deje de darme excusas! —gruñó abriendo la puerta, sorprendió a Viola que espiaba.

—¿Buen día? —saludó avergonzada a la preciosa mujer rubia que tenía los ojos cubiertos de lágrimas—. Venía para sus lecciones de piano, señor Richmond.

Theresa dirigió sus ojos a Viola, descalza, y luego a Hamond.

—Ha sido un placer, consiga lo que le pedí —ordenó lady Theresa dejándolos solos.

—Pase, por favor, señorita Viola —pidió con el rostro afectado por el enfrentamiento con la mujer.

—Llegué en mal momento.

—Usted llega en el momento justo. Lady Theresa me ha pedido que toque en su compromiso.

—¿Está seguro que es solo eso?

—Vino a pedirme que huyera con ella, por segunda vez.

—¡Por Dios, señor Richmond! —exclamó tomándose el pecho—. ¡Eso es amor de verdad!

—Y por segunda vez le dije que no. No puedo hacerlo, siempre la señalarán y harán sentir mal. Ahora dice que solo necesita de mi afecto, pero, ¿qué será de ella cuando no pueda frecuentar sus mismos círculos?

—Lo tendrá a usted. Tiene el mismo problema que el duque, solo que usted la ama verdaderamente. No la deje ir.

—¿Aceptaré tocar? Pagaré muy bien —intentó desviar la conversación.

—¿Cuándo es el compromiso?

—En casi un mes.

—Aún estaré con el pequeño en el vientre. Aprovechándome que no se nota, no podrán acusarme de escandalosa. Necesito esas monedas.

—Entonces puedo confirmar su asistencia.

—Por supuesto, solo será una noche.

—¿Ha venido realmente por las lecciones de piano?

—En realidad, he dejado el trabajo en el Royal y pasé a saludarlo. Solo justifiqué mi estancia frente a la musa de la pintura.

—Quédese y la llevaré más tarde a su casa.

—No hará falta, me quedaré a comer, solo porque la comida de Lydia es mejor que la de Ethel, pero no se lo diga.

El señor Richmond, pese a su tristeza, dejó escapar una sonora carcajada, por las ocurrencias de Viola, era una persona de diversión absoluta.

Viola compartió el almuerzo con Hamond e incluso se tomó una siesta para luego partir hacia su casa.

—La llevaré —se invitó Hamond para llevar a Viola hasta su casa.

—Puedo ir sola, no se moleste.

—No es molestia. —Tomó su sombrero.

—Señor Richmond, el conde de Exeter ha venido a verlo —comunicó Gilbert.

—¿Lo ve? Tiene gente que atender, iré sola, señor Richmond.

—Solo serán unos minutos, ya le dije que necesita un abogado y no un administrador.

—No se preocupe, estaré bien, aún falta mucho para el parto. Dicen que las caminatas ayudan para un alumbramiento normal, ya que, para mi mala fortuna, aquí no hay cesáreas y menos epidurales.

—Solo aguarde.

Viola vio a Hamond recibiendo a ese conde, pero decidió irse para no incomodarlo.

No tenía ningún apuro en particular, solo quería llegar a su casa. Su tos no la dejó descansar muy bien, no quería pasar la vergüenza de orinarse en casa del señor Richmond y pedir cambio de ropa. En su casa podía orinarse cuanto deseaba, e incluso se le podían escapar algunas que otras flatulencias.

El paisaje de la tarde era hermoso, le recordaba a Henry y a aquellos momentos en que se dedicaba a conquistarla y llenarle los oídos de almíbar. La melancolía se apoderó de su caminata mientras su tos se hacía un poco más intensa. Recordaba también que lo esperó cada noche mirando la entrada del Royal, pero nunca apareció. Su corazón estaba lleno de desazón, pero por aquel pequeño inocente que llevaba dentro, debía salir adelante y no perecer ante el engaño.

Consiguíó mucho en ese tiempo, tenía casi la deuda saldada, unos ahorros y probablemente las tierras que les regalaría a sus cuidadores.

—¡Maldita... tos...! —exclamó y continuó su caminata, rememoró todas sus aventuras y desventuras en aquel lugar—. ¡Lo que me faltaba! —gruñó molesta luego de su ataque de tos.

Se sentía mojada, era la vergüenza más grande, pero al menos le sucedió en el campo.

Después de unos minutos de aquel desagüe de piscina, comenzó a sentir dolores en el vientre y algo que la jalaba hacia el suelo.

—¡Dios bendito! —masculló tomando su vientre—. ¡Todavía no es tiempo, ni se te ocurra salir, por favor, aquí no!

Podía aún caminar con las molestias, mas sentía que eran cada vez más constantes y que una vez más que tuviera una tos, el niño o lo que fuera, saldría disparado.

Inhaló y exhaló. Era todo lo que podía hacer, las contracciones no eran muy fuertes, pero lo peor, no eran los dolores, sino que ella tenía siete meses de embarazo, su hijo no podía nacer todavía.

—Viola, debiste esperar al señor Richmond. ¡Pero no, una mula tiene más juicio que tú! —se reprochó caminando lo más rápido que podía—. ¡Una pequeña vergüenza se olvidaría rápido, no le hubiera molestado al señor Richmond que mojaras su carruaje!

El camino a casa se le hacía eterno, parecía no llegar. Casi podía asegurar que el paisaje iba de un lado al otro. Por fin, al divisar la casa, en lugar de que las fuerzas la llevaran, se quedó y se arrodilló en el suelo.

—¡Ethel! —gritó desesperada para que la ayudara—. ¡Ethel! —Miraba a la casa por si salía. No obstante, no había ningún resultado—. ¡Ethel, Ethel! —volvió a vociferar, pero Frank fue el que cojeando se acercó.

—¡Viola! —expresó y fue para auxiliarla viéndola en el suelo.

—¡El bebé ya viene!

—Pero si todavía no es hora...

—¡Pues hay que decírselo a él! —gimió dolorida, mientras Frank la tomaba en sus brazos para llevarla hasta la casa.

No era muy veloz por su edad y su cojera, el pobre casi perdió la pierna, por eso no habían

cosechado. Estuvo a poco de tirar la puerta de la casa con una valiente patada que asustó a Ethel.

—¡Qué te sucede, Frank!

—Viola va a parir, mujer, y tú eres sorda.

—¡Pero si no es tiempo!

—Ya oíste, pequeño, no es tiempo... Sin embargo, creo que rompí bolsa y por eso el dolor es más fuerte.

—Frank, sube a la carreta, ve por lord Glamorgan y su esposa para que llamen al doctor, yo acompaño a Viola.

La dejó en la cama y aquellos bueyes casi se convirtieron en caballos.

En la residencia del conde, tomaron la noticia con total sorpresa, la criatura se adelantó y era peligroso. Mientras Yrene iba a caballo, llevando un montón de ropas para quien sería el pupilo de ambos por falta de padre, Rupert se dirigía veloz para buscar al doctor Sinclair y a una partera para que atendieran la llegada de su sobrino.

Ethel le colocó un camisón limpio a Viola, todo debía estar higienizado. Calentó el agua, buscó las toallas y dejó todo presto para el parto. Viola tenía los ojos blancos por el dolor, esperando más de dos horas a la llegada de la gente, el sudor y la tos no ayudaban.

—¡Por qué no viene el maldito doctor! —exclamó, dolorida.

—Viola, no es bueno maldecir... —agregó Yrene con dulzura.

—¡Cuando te toque parir, perderás el aire puritano y sé que dirás más groserías que yo en un solo minuto! —dijo y luego gritó de dolor. Las contracciones eran cada vez peores.

Ethel se asomó a la entrepierna de Viola, pero aún no se veía nada.

—Bien... es un poco temprano para parir, señorita —habló el doctor y entró a la habitación junto a la partera. —Bajó su enorme maletín y se remangó la camisa—. Agua y toallas —pidió el hombre—. Señorita Halley, abra las piernas. Vamos a verificar cómo va el trabajo.

Tuvo que obedecer dejando que la partera casi la atravesara con el brazo. No fue una mala experiencia cuando le abría las piernas a Henry, pero el karma era muy malo y le restregaba en la cara que abrirla era algo malo y vergonzoso.

—Todavía falta mucho —anunció la partera limpiando su mano.

—¡No puede ser!

—Debemos ser pacientes hasta que sus dolores aumenten más.

—¡¿Más?!

—Mucho más.

Viola lanzó la cabeza atrás y se retorció por seis horas más. Entre su tos, el dolor en la espalda y el vientre, no sabía cuál era peor.

Afuera, el señor Richmond llegó, estaba con Frank y Rupert esperando las noticias del niño.

—Estoy exhausta... —mencionó Viola casi desfalleciendo.

La partera volvió a probar la dilatación.

—Es el momento —informó—. Acerque la palangana y coloque la toalla por debajo de ella, señora Becher.

—Pero la fiebre no ha retrocedido —le recordó Yrene mientras sostenía la temblorosa mano de Viola.

—Debemos sacar al niño. Su fiebre se debe a la infección que contrajo. La trataremos después —declaró el doctor.

—¡Pues sáquelo ya! —gruñó y se contorsionó de dolor.

—Entonces empiece a pujar —ordenó la mujer.

—Espere... ¿mi bebé corre algún peligro?

—Es prematuro, esperemos que sobreviva.

Mientras sus pensamientos se hacían poco coherentes por el dolor y el delirio de la fiebre, solo deseaba una cosa, que su pequeño sobreviviera.

Capítulo 28

—¡No puedo! —manifestó agotada. Estaba a un paso de morir, solo sentía dolor y más dolor.

—Solo un esfuerzo más, será el último que le pediré —indicó la partera.

—Lo dijo tantas veces que ya no le creo...

—Puje o la criatura se asfixiará. Debe estar sufriendo.

Eso alertó a Viola que cogió fuerzas de donde no sabía que podía adquirir y pujó con brío hasta que la criatura cayó en las manos de la mujer y dejó de sentir dolor, al igual que perdió la consciencia.

—¿Viola? —preguntó Ethel al sentir que su agarre se aflojó por completo—. ¡Doctor, Viola está inconsciente!

La partera limpió a la criatura que comenzó a llorar. Entretanto, el doctor se acercó a verificar el estado de salud de la parturienta.

—¿Cómo se encuentra?

—Atenderé a la madre —avisó mientras la partera entregaba el niño a Yrene que salía con el montón de mantas envolviendo a la criatura.

Abrió la puerta y los tres hombres se acercaron a mirar.

—¿Qué fue? —preguntó Frank.

—Es un precioso niño —anunció Yrene besando la cabeza llena de pelos del bebé.

—¡Un Beaufort! —se alegró Rupert inflando el pecho, orgulloso de que podrá hacerse cargo de un pequeño caballero.

—Acaba de nacer y ya se parece al duque —mencionó risueño Hamond.

Yrene retiró la mantita que le cubría el rostro, Frank y Rupert vieron al niño con detenimiento.

—Ya parece estreñido —opinó Frank negando con la cabeza—, es sin duda hijo del duque.

—¡Oh, mi pobre niño! —lo mimó Yrene.

—¿Y la señorita Viola? —consultó Hamond.

—Está siendo atendida por el doctor, se desmayó después del parto.

En la habitación, habían higienizado a Viola y procuraron bajarle la fiebre.

—¿La fiebre de qué es, doctor? —indagó Ethel, preocupada, y secó los cabellos mojados de la frente de Viola.

—Puede ser pulmonía, señora Becher.

—Por favor, doctor, no deje que muera como mi hija —pidió y besó la frente de Viola.

—La situación de esta joven es más difícil, acaba de parir. Está muy débil para enfrentar una enfermedad.

—Debe vivir por el pequeño.

—Más bien, creo que deberían buscar al padre —aconsejó poco optimista.

—¿Y... mi bebé? —mencionó Viola y abrió los ojos.

—¡Voy por él!

—¿Qué fue, Ethel?

—Un precioso niño... —comunicó abriendo la puerta para buscarlo.

Sonrió débil, pero llena de felicidad, estaba vivo y era un varón, de seguro parecido a su padre o quizás a sus abuelos Halley. El nombre todavía no lo pensó, pero podría llamarlo como a su padre, que tanto la consintió por sobre a su hermano.

—¡Viola despertó y quiere ver al pequeño! —anunció Ethel.

Yrene y ella entraron para que pudiera verlo. Podía ver sus cabellos mientras se acercaba Yrene con su hijo en brazos. Su corazón latía frenético por verlo.

—Aquí está tu precioso niño, Viola. Felicitaciones. —Le entregó Yrene a su pequeño.

Sintió cómo sus entrañas se removían de los nervios, era un pequeño parecido a Henry, con el ceño fruncido y no lloraba. Estaba dormido y con el rostro serio.

—Kenneth —lo llamó, besó su frente y lloró sobre él—. Eres lo más bello que he visto.

Se sentía tan contenta, al igual que desfallecía del cansancio y la fiebre. No podía ver el color de los ojos de Kenneth, pero el cabello era suyo, rubio, no tan claro. Los labios finos evidenciaban la parentela Beaufort, pero podía obviarlos por amor a su retoño hermoso. El pequeño hizo una mueca y comenzó su llanto.

—Pensé que serías más pequeño teniendo tan poco tiempo. —Lo besó y sonrió.

—Prueba darle el pecho, querida —recomendó Ethel para callar a Kenneth.

Ella se abrió el camisón y se dispuso a intentar meterle el pezón en la boca. El pequeño lo tomó tan rápido solo al sentir el contacto. Una mueca de dolor se apoderó de Viola al sentir que le arrancaría el corazón por el pecho, literalmente.

Solo podía observarlo, era un pequeño angelito, lleno de inocencia y era suyo. El niño hambriento no tenía la mínima intención de dejar a su madre, que se desfallecía de vuelta.

—Señorita Halley —la llamó el médico para que no se quedara inconsciente—. Debo hacerle algunas recomendaciones...

—Las... que guste... —dijo, confundida. No sabía quién le hablaba, solo lo escuchaba.

—Entregue al niño para que la señora Becher y la condesa lo atiendan, usted descanse. Tiene un cuadro de probable pulmonía y no querrá contagiar al pequeño.

Eso pareció ser digno de su atención.

—Yrene, llévate a Kenneth a tu casa, no quiero que enferme, es prematuro y...

—Lo haré, te lo traeré a diario hasta que mejores.

—Hay que buscarle una nodriza —recomendó el doctor—. Usted, señora Becher, la atenderá y cuidará de ella, vendré a verla cada vez que lo necesite. Dejaré indicaciones precisas, si queremos que la madre viva, debemos tomar los recaudos.

Viola ya no besó a Kenneth, solo acarició sus cabellos cuando lo entregó a Yrene. Sabía que estaría bien cuidado con ella y Rupert, eran sus parientes.

—Mañana te veré, Kenneth, sé un buen niño y entrega sonrisas —indicó cerrando los ojos.

Rupert entró a la habitación y se acercó a Yrene que tenía al pequeño.

—Ve por el carruaje, debemos buscar una nodriza, Viola me pidió que lo llevara a casa.

Extrañado por aquellas instrucciones, se acercó a Viola, que estaba en la cama durmiendo y tocó su frente.

—Está ardiendo en fiebre.

—El doctor no es muy optimista con respecto a que sobreviva por acabar de parir —comentó Ethel.

—Entonces Henry debe saber sobre su hijo.

—Esperaremos a ver si mejora Viola, por el momento, Kenneth es nuestra prioridad —soltó Yrene.

—Iré por el cochero y también al pueblo a buscar alguna mujer que lo amamante.

Rupert envió al carruaje para que recogiera a su esposa y a su sobrino para llevarlos a su casa. Consiguió la nodriza con mucho esfuerzo, era la única que había perdido recientemente a su hijo y podía dar leche a Kenneth. En la casa, tenían varias habitaciones y una en especial preparada para él. Tenía una cuna, cortinas blancas muy gruesas, muebles con ropas y un sillón para amamantar.

La nodriza se sentó en él y tomó al pequeño que se había prendido como una pequeña sanguijuela al

seno de la mujer. Yrene verificó que todo estuviera bien. Deseaba pronto poder concebir hijos con Rupert, tenían varios meses intentando y nada sucedía. Cada menstruación era una frustración más, mentalmente se sentía presionada por la idea de concebir un Beaufort que pudiera continuar como Henry y su esposo.

La duquesa, encarecida, le pidió que tuvieran hijos pronto. Rupert era muy apreciado por ella y estaba al pendiente de que el matrimonio de ellos fuera ideal.

Después que estuviera satisfecho, soltó el pezón y se entregó al sueño. Yrene lo dejó en la cuna bajo el cuidado de la mujer que llevó.

—Tenemos carta, Yrene.

—¿De quién?

—De Henry, ha vuelto a Inglaterra. Su compromiso será en unas semanas.

—Esperemos que no nos haga una visita. ¿Cómo explicaremos lo de Kenneth?

—Es una buena pregunta.

Después de haber luchado con sus demonios por horas, ahí estaba él, parado frente al Royal para ver a Viola. Ansiaba verla, tan solo necesitaba ver que estaba ahí, apreciar su belleza, su simpleza. Añoraba que lo recibiera con los brazos abiertos como antes lo hacía. Se decidió a pasar la puerta. Miró en dirección al piano que estaba cubierto, Viola no tocaría esa noche.

—Excelencia... —saludó el señor McBean—. No lo vemos por aquí desde hace mucho.

—Estuve atendiendo asuntos urgentes en Escocia por varios meses. ¿Y la señorita Halley?

El hombre suspiró y miró hacia aquel piano sin dueño.

—La señorita Halley vino esta mañana a decirme que se iría a cuidar de sus padres unos meses.

—¿Cuánto?

—Unos tres o cuatro meses.

Al regresar, ella lo encontraría casado con lady Theresa. Cada vez que recordaba que en unos dos meses sería un hombre casado, comparaba a Viola con Theresa. Su prometida no tenía gracia para él, no hablaba demasiado, por lo que no sabía si tenía un poco de inteligencia bajo esa rubia cabellera. En cambio, Viola era perfecta. Inteligente, vivaz, coqueta, apreciaba el arte tal y como él lo hacía.

Sabía que sería infeliz con su esposa y Viola no lo aceptaría de amante; ¿cómo poder tenerla sin incumplir con sus obligaciones ducales y sin decepcionar a su madre? Solo tenerla de amante era la solución. Tal y como la enamoró en un primer momento, volvería a hacerlo.

—Gracias, señor McBean. —Inclinó la cabeza y se retiró a su casa.

No quería permanecer en aquel lugar sin sentido alguno, solo la quería a ella.

Su mente era un cúmulo de pensamientos desde que volvió. Pensó en proponerle un trato ventajoso a lady Theresa para que se casaran y tuvieran una buena relación. La sociedad vería con buenos ojos la relación cordial de esposos. También pensó en abandonarlo todo por amor a Viola, pero eso mataría a su pobre madre. Era lo único que lo detenía para poder estar al lado de su fantasiosa amante.

Por la mañana, se encontró desayunando solo, hasta que su madre, lista para salir, se sentó a su lado.

—¿Va a salir, madre? —preguntó Henry para hacerle conversación.

—Iré de visita a la residencia de Rupert e Yrene, quiero ser la primera en enterarme si están en la dulce espera. —Se ajustó los guantes a las manos.

—¿Ha presionado a Rupert?

—A lady Yrene, en realidad. Es responsabilidad suya quedar embarazada lo más pronto posible. Ya van demasiados meses y no han concebido.

—Usted debe estar menguando la libido en la esposa de Rupert, madre. Sería bueno que se ubique —recomendó, molesto.

—Quiero que esta familia crezca, Henry, y si espero a que tú lo hagas, moriré y no veré a ningún

Beaufort.

—Me casaré en dos meses, madre. Deje en paz a Rupert.

—Seguiré insistiendo. La sangre nueva siempre es una redención. Adoro a los niños y al hijo de Rupert lo querré como si fuera mi nieto, mientras espero que tú me des uno de mi sangre. ¿Me acompañarás?

—No pienso cargar a Rupert con mi presencia, con usted será suficiente su calvario —respondió desinteresado.

—Ay, querido. ¿Qué te hizo esa mujer?

—Probablemente me abrió los ojos, es una pena que deba volver a cerrarlos. Qué tenga un buen día, madre —la despidió y bebió un zumo de frutas.

La duquesa, ofendida por ser corrida de la vista de su hijo, se dirigió a su carruaje para emprender la ida a casa de Rupert, al menos aquel joven nunca causaba problemas.

En casa de los condes, Kenneth despertó a todos con su inconsolable llanto.

—Kenny, no llores, eres un hombre —murmuró Yrene al cargarlo—. Ya sé por qué lloras, hueles a algo muy feo.

—Traiga, milady, lo cambiaré y alimentaré —pidió la nodriza quitándole al pequeño.

Estaba encantada ocupándose del pequeño llorón. Deseaba poder cumplir con Rupert y darle muchos hijos como habían soñado. Una doncella llevó agua tibia y encendió la chimenea para higienizar al bebé en un clima propicio. Iría limpio para visitar a su madre.

Rupert, muy curioso, entró para observar cómo las criadas e Yrene bañaban a su sobrino.

—Es un caballero afortunado con tantas damas atendiéndolo. —Las sorprendió.

—Si vieras que es un ángel. —Lo abrazó Yrene.

—Lástima que, en lugar de cantar, llore tan fuerte...

—Le hace falta su madre, estoy segura.

—Contigo al lado no le hace falta nadie, serás una madre excelente cuando Dios decida enviarnos alguna bendición —la consoló.

Sabía que Yrene se sentía culpable por no poder embarazarse aún. Ya que era un Beaufort, la presión por un heredero era mayor. Cuando era un simple capataz, que tuviera o no un hijo, era algo sin importancia. Limpio y oloroso, Rupert se llevó a Kenneth a pasear hacia la sala. El pequeño se llevaba la manito a la boca con mucha frecuencia. Era muy hambriento.

—Disculpe, milord —interrumpió una doncella—. La duquesa está aquí.

—Hágala pasar —pidió, se llevó a Kenneth para dejarlo con alguien y que lo ocultaran.

—¿Qué sucede, querido? —preguntó Yrene después que su esposo le colocara el niño en los brazos sin previo aviso.

—La duquesa ha venido, escóndelo —ordenó en voz baja, casi en un tenue susurro—, yo la atenderé y luego ven conmigo.

—Claro...

Rupert volvió a la sala y vio a la duquesa parada, esperándolo.

—¡Rupert, querido! —Lo abrazó.

—Milady, ¿cómo está?

—Contenta de verte, ¿y la condesa?

—Esta...

El llanto del bebé se volvió a extender por la casa con gran eco.

—¿Es eso lo que me imagino?! —se emocionó casi corriendo hacia el lugar de donde venía el sonido. La nodriza intentaba callar a Kenneth, pero fue muy tarde cuando logró callarlo, la duquesa vio al niño.

—¿Es hijo de ustedes y no nos han comunicado su nacimiento?

—No, milady —respondió Yrene.

—Entonces, ¿de quién es este niño? —Se acercó a la nodriza para observar más de cerca al pequeño—. Se parece a Duncan cuando nació —recordó enternecida.

El corazón de Yrene se aceleró. Debía decir alguna cosa, ella no mentía, pero, ¿qué haría?

—Es el hijo de una criada. Ella está muy enferma y nos ha pedido cuidar de él hasta que se recuperara —explicó Yrene, sintió que el infierno ya tenía un lugar para ella por mentirosa.

—¡Oh, pobrecillo! —expresó tocando los ondulados cabellos de Kenneth—. Quiero cargarlo...

Rupert e Yrene sonrieron nerviosos. No dudaron en asentir. Le pondrían en sus brazos a su nieto bastardo.

Capítulo 29

Esperaron que la nodriza terminara de amamantar al bebé y luego la duquesa con mucho cuidado lo tomó. Observó que el bebé estaba con los ojos abiertos. Eran azules, aunque en la mayoría de los casos, muy pocos niños conservaban el color de ojos de su nacimiento. Ella le sonrió y luego miró a Rupert y su esposa.

—Fueron tan generosos al colocarle comodidades al hijo de la criada. Estoy orgullosa de ti, Rupert. Recuerdo cuando te lleve a la hacienda, también tenías el rostro tan serio como este pequeño.

—Nunca terminaré de agradecerle lo suficiente por haberme salvado.

—De lo que me arrepiento es de no haberte adoptado al momento —habló y acarició las arrugadas mejillas del niño—. ¿Y la madre cuándo lo tuvo? Está muy pequeño y arrugado...

—Ayer, excelencia —respondió Yrene.

—¡Oh, por Dios! —expresó y lo apretó contra su pecho.

—Lo íbamos a llevar para que estuviera con su madre unos minutos. La pulmonía en un niño prematuro puede ser mortal —explicó Rupert.

—A este pequeño lo dejan aquí. Lo llevarán una vez que la madre se recupere. Sería inconsciente si lo acercan en esas condiciones.

—No podemos hacerlo —repuso Yrene.

—Querida, no lo expongan. Es tan pequeño que no sabría si solo cabe en mi mano.

Kenneth entre gorjeos amistosos, tomó el vestido de la duquesa. Particularmente, se sentía enternecida por el pequeño niño rubio. Hubiera deseado que fuera hijo de aquella pareja, así tendría acceso a él todo el tiempo.

—¿Y ustedes cómo van para concebir? —cuestionó y los miró con aquella forma que ejercía presión.

—Todavía no hemos tenido la bendición, excelencia —contó con mucha tristeza Yrene.

Rupert se acercó y colocó sus manos en los hombros de ella.

—Siento que Kenneth nos traerá ese regalo, Yrene. No desesperes.

—Es cierto, querida Yrene —apoyó la duquesa—. Este niño servirá para que veas cómo es ser madre. Kenneth es un precioso nombre.

Yrene se acercó para retirar al nieto de la duquesa de sus brazos.

—No quisiera que siga molestándose en cargar al pequeño.

—¡No es ninguna molestia! —Se alejó de Yrene y fue a sentarse con Kenneth en brazos—. Quisiera pronto cargar a los hijos de ustedes y a los de Henry.

Yrene podía jurar que sus axilas se mojaban por querer decirle a la duquesa que ese precioso niño era su tan esperado nieto, pero todo dependía de si Viola vivía o moría.

—Vine a visitarlos para saber si tenían alguna novedad sobre un bebé. Admito mi decepción con lo que cuenta Yrene, pero seremos pacientes, a veces los niños tardan en querer venir. —Sonrió continuando con las caricias al pequeño que tenía un rasgo muy parecido a los de sus hijos e incluso a Rupert.

Los niños siempre le habían gustado, pero aquel le producía añoranza al recordar a su hijo Duncan. Nació con los labios como el de aquel angelito, los labios finos, pero con una sonrisa. En cambio, Henry fue bastante amargado desde un inicio. Muy pocas eran las veces en que entregaba una sonrisa o

tal vez lloraba pidiendo atención. Durante su crecimiento, mantuvo ese mismo comportamiento hasta llegar a la juventud, donde se entregó a la vida nocturna y a las mujeres libidinosas.

Duncan, como el duque, no era preferente de las riñas familiares, pero castigó a Henry quitándole su título por avergonzar a la familia con sus comportamientos ordinarios. Aunque Duncan tampoco podía señalar ninguna actitud indecorosa, pues él fue descubierto por ella misma cuando intentaba seducir a la hija de los Becher.

Eugene era hermosa, sin duda, trabajadora y honesta, pero no pertenecía a su estirpe. Duncan se negó a dejarla mil veces, hasta que la joven murió y unos años más tarde, Duncan la acompañó en su sueño eterno.

A veces la duquesa pensaba, si hubiera consentido esa relación, Duncan no se hubiera entregado tan rápido a la muerte. Si bien, su salud era débil, la muerte de Eugene cavó la tumba donde reposaba.

Con la sonrisa desaparecida de su rostro por tantos recuerdos, entregó al pequeño.

—Ve y déjalo con la nodriza. Es muy pequeño para tantos paseos, querida —recomendó la duquesa ocultando su rostro.

—Sí, milady —obedeció Yrene con prontitud. Estaba aliviada que no hubieran sido descubiertos.

Se llevó al niño respirando aliviada, dejó a Rupert con la duquesa.

—A veces me pregunto por qué tú no fuiste mi hijo.

—Porque ya tenía dos y eran propios.

—Duncan me dio dolores de cabeza, y Henry no da un paso atrás.

—Por su salud, excelencia, no debe pensar en esas cosas.

—No puedo evitarlo. Siento pavor al estar en Londres y saber que aquella pianista querrá desfalcarme a mi querido Henry.

—La señorita Viola es honesta y humilde. Hasta el momento se ha ganado la vida como siempre, tocando en las veladas y su trabajo en el Royal.

—¡Indecente! —masculló—. Humilde, pero indecente, Rupert. No te confundas, querido mío, es un lobo con piel de cordero.

—No he de tratar de convencerla, pues no lo lograré.

—Entonces no lo hagas, pide algo para beber, por favor.

La duquesa prefirió guardar silencio antes de también pelear con Rupert, que era lo único salvable a su alrededor.

Viola muy poco despertó de sus delirios. Se quemaba por la fiebre y la tos no la dejaba respirar.

—Ve a descansar, Ethel. Yo la cuidaré —mandó Frank a una agotada Ethel, que no se había separado de Viola desde que parió.

—No la puedo dejar.

—De nada sirve que estemos los dos en vigilia. Descansa y yo la cuido, luego yo descanso y tú la cuidarás.

—No ha mejorado, Frank. Solo... se voltea y estira por sus delirios.

—Ya pedí a Gilbert que le diga al doctor Sinclair que venga a verla.

—Ethel —llamó Viola en un momento.

—Aquí estoy, querida.

—Si... me muerdo, ustedes tendrán un futuro asegurado —se pausó, intentó mantenerse concentrada—. He ahorrado dinero para que puedan vivir en otras tierras.

—Viola, eso no importa.

—No más duque —manifestó con una lágrima—, quisiera dejarles a Kenneth... pero sería injusto... —tosió con más ahínco— para ustedes; Yrene y Rupert, podrán con él...

—¡No digas eso! —espetó y la tomó de la mano a Viola con fuerza.

—Sabía... que la gente moría de cualquier cosa en la antigüedad... no pensé que me fuera a pasar... —dijo y tosió incontrolable.

—Descansa y deja esas cosas, querida —musitó Ethel que lloraba con desesperación, mientras Frank la tomaba de los hombros en señal de apoyo. Viola cerró los ojos y murmuró más cosas.

Durante uno de los episodios de delirio, Viola recordó su último día en el 2009, tomando fotos del arte de la galería con la cámara que le dio su padre y Kayla diciéndole que no lo hiciera, porque las echarían. Debió hacerle caso al no tocar la pintura, pero si no cometía aquel error, no tendría la bendición de conocer a Kenneth. Desde que lo vio, se enamoró de él. Pese a sus delirios, lo recordaba cada vez que recuperaba la lucidez que pensaba haber perdido hacía tiempo desde que conoció a Henry.

Cuando miraba hacia la ventana y la luz del día iluminaba su habitación, creía que podía verlo, parado con las manos detrás de la espalda, mirando hacia la calle. Los momentos que habían compartido como pareja en su residencia de soltero, fueron maravillosos. Al verlo en esa posición, ella lo abrazaba por detrás mientras pinchaba el área de sus costillas para solo sacarle una sonrisa.

Otras veces, recordaba la última vez que lo vio y fue tan solo de soslayo en el matrimonio de Yrene. Frank sacó a Ethel de la habitación para consolarla. Lloraba con tanta amargura como el día que Eugene se fue.

—No sigas llorando, que me harás llorar —pidió Frank.

—No puedo, tan joven y con un pequeño, ¿no puede morir!

Un golpe en la puerta los interrumpió. Sentó a su esposa en una silla y se acercó a la puerta para abrir. Eran el doctor Sinclair, el señor Richmond y Gilbert.

—A Dios, gracias, y ha llegado usted, doctor —saludó Frank, los invitó a pasar apartándose de la puerta.

—¿Cómo va la señorita Halley? —preguntó el doctor.

—Mal... —respondió Ethel—. Su fiebre no retrocede, y no para de desvariar.

—¿El niño ha venido?

—Vino ayer. Hoy cumple tres días y debería venir —respondió Frank.

—Creo saber el otro origen de la fiebre de la señorita. Acompáñeme, señora Becher.

El doctor y Ethel fueron a la habitación. El doctor se acercó para sacarle las mantas de encima, la encontró empapada con leche materna.

—Debemos sacar la leche —anunció el doctor—. Vaya por un recipiente, señora Becher.

El doctor no solo temía que la fiebre de Viola fuera por la pulmonía, sino también por no amamantar al pequeño recién nacido. Sus senos estaban cargados de leche y no encontraban salida, debían proceder a sacar la leche para disminuir sus molestias y su dolor.

Ethel volvió con un recipiente y se dispusieron a realizar el retiro.

Viola recuperó la consciencia, pero el dolor en sus senos era insufrible.

—Con esto mejorará. Señora Becher, coloque sobre su pecho paños tibios para sacar la leche cada tres horas y paños frescos para amamantar al niño, eso disminuirá su dolor. Es todo lo que podemos hacer por el momento; para su pulmonía, vapor de eucalipto y no olvidé los tés de jengibre —añadió el doctor.

El pequeño Kenneth llegó después que el doctor se retiró. Viola seguía durmiendo, estaba desgastada, dolorida y sintiendo que la vida se le escapaba de las manos.

—Viola —murmuró Yrene—, mira quién vino a verte...

Abrió sus ojos con mucho esfuerzo, Kenneth estaba acostado a su lado, olfateaba la leche pese a haber sido higienizada.

—Kenneth —mencionó muriendo por besarlo, pero eso solo era exponerlo a algo muy malo.

—Te ayudaré —dijo Ethel y se acercó a levantarla un poco—. Cuidado que no se caigan las compresas —indicó y la ayudó a abrir su camisón, mientras Yrene le colocaba a su hijo en su brazo.

Viola, con temor, le dio pecho. Su llanto, mientras el niño se alimentaba, era inmenso, sentía tanto dolor que quería retirar su seno.

—Te amo, mi hermoso pequeño —mencionó y lloró del angustioso dolor, mas no podía negarse al hambre de aquel. Amamantó a su hijo hasta que casi la dejó vacía. Se fijó en las fisuras dolorosas que tenía y luego se cubrió—. Eres el motivo por el que sigo aquí, pensé en rendirme. Creí que todo era un terrible sueño, pero tú eres real, Kenneth —sollozó y le entregó su bebé de vuelta a Yrene. Deseaba tenerlo al lado. Sin embargo, ella ya era una carga para aquellos viejos, llevar a un niño latoso sería horrible—. Cuídalo, Yrene. Me recuperaré por él, lo juro. He sobrevivido a mucho, no puedo rendirme.

—Eso espero, él te necesita.

Se recostó para descansar y ver que su pequeño se iba. A ese paso moriría, pero deshidratada por llorar. Era una madre del siglo XXI y tenía el coraje para enfrentar lo que fuera, una enfermedad no debía vencerla.

En una semana que pasó del nacimiento de Kenneth, Viola se aferró a la vida. Cada día que podía ver a su hijo, era bendecido. La tos no la dejó, pero la fiebre retrocedió.

Estaba lista para que Yrene le llevara a su hijo para verlo y quizá ya darle un beso. Después de recuperarse, ese retoño sería devorado por sus besos.

El carruaje del conde se dirigía hacia la casa de Viola con un Kenneth sonriente y gorjeando.

—Mira que eres apuesto —lo halagó Yrene al ver una sonrisa que le dio el niño—. ¡Mira, Rupert, me ha sonreído!

—Ya era hora, estaba preocupado de que no sonriera. —Tomó la manito de su sobrino.

—Sabía que algún día lo haría, tiene algo de Viola, aparte del color de cabello.

El cochero abrió la ventanilla para comunicarse con el conde.

—Disculpe la intromisión, milord. El carruaje de su hermano se acerca.

—¡Dios mío, debe ser la duquesa de nuevo! —chilló Yrene, asustada.

—Actúa normal, solo eso —ordenó su esposo.

Ambos carruajes pararon casi dejando ventanilla contra la otra. El carruaje de los Beaufort corrió su pequeña cortina, dejando ver el rostro de Henry.

—No es la duquesa, es Henry —advirtió a su esposa, que ya tenía el rostro lleno de pánico.

—Es su padre, Rupert, qué haremos. No me hagas mentir, te lo ruego.

—Buenas tardes. He pensado en cenar con ustedes esta noche, ¿a dónde van? —preguntó Henry con curiosidad al ver aquel montón de tela en los brazos de Yrene—. Responde, Rupert.

—Vamos a casa de uno de tus arrendatarios.

—Ya no eres mi capataz, es absurdo que sigas haciendo visitas.

Kenneth, aquejado por los gases propios de su edad, comenzó un llanto soberbio.

—No es el momento, Kenneth —rogó Yrene en un susurro, golpeó su espalda para que dejara salir aquello que lo aquejaba.

—¿Aún tienen al niño que me comentó mi madre?

—Su madre no está del todo recuperada, lo llevábamos a que la vea —explicó Rupert nervioso al ver que su hermano colocaba su mano para abrir el carruaje.

Henry abrió la portezuela y bajó del carruaje.

La pareja sudaba frío, deseaban decirle: «ten, este es tu hijo con la mujer que amas», pero no era asunto de ellos.

—Es muy pequeño —manifestó al verlo fuera de las mantas, era delgado y un poco rosado.

El niño expulsó el aire que lo tenía sufriendo y se fue calmando.

Cuando Yrene lo colocó bien, pudo notar sus cortos y ondulados cabellos, sus ojos eran azules como el cielo mismo y le enseñó una sonrisa que había visto antes. Entretanto, recostaba su rostro con baba en el hombro de Yrene.

Aquella sonrisa lo enterneció e hizo que su estómago tuviera un vuelco estrepitoso. La rareza de aquel sentimiento, lo llevaba a pensar en muchas cosas.

—¿Quién de nuestros arrendatarios es el padre o la madre? Esa expresión se me hace familiar, la conozco de algún lugar.

Capítulo 30

Ambos se quedaron callados, no sabían qué decir.

—Es de un sobrino de los Ashwood, que estaba de paso. El parto se adelantó porque su mujer había enfermado repentinamente. Mientras que la familia la cuida a ella, nos ofrecimos para cuidar al pequeño —mintió Rupert, recordó que los Ashwood eran los arrendatarios más sonrientes que nunca se había visto, aparte de ser demasiados. Le sería imposible a Henry distinguirlos.

—¿Ashwood? Entonces este niño debe ser hijo del panadero, pues los Ashwood son de cabello oscuro —bromeó—. Acerquen mis respetos y felicitaciones.

—Así lo haremos —respiró Rupert e Yrene parecía desintegrarse en el asiento por el alivio.

—¿Es molestia que tome un caballo de sus caballerizas para recorrer las tierras mientras aguardo el regreso de ustedes?

—No, excelencia. Tome lo que desee —indicó Yrene.

—Gracias, milady. Los esperaré.

Henry inclinó la cabeza y subió de vuelta al carruaje. No hizo un escrutinio en sus recuerdos para asegurarse que aquel niño fuera realmente un Ashwood, mas ellos eran tantos que debía prestar dedos para contarlos. Mientras esperaba a que su hermano y cuñada volvieran, él iría al arroyo. Tenía esperanzas que Viola estuviera sentada bajo aquel árbol que los vio entregándose con el más absoluto amor. Según lo que el señor McBean había dicho, ella se fue por varios meses. Meses que debía seguir esperando una oportunidad más para recuperarla. Todo ese tiempo que decidió tomar en Escocia, no sirvió para nada. No la olvidó, la tenía presente en cada paso que daba, su biblioteca, su arte e incluso en su cama. Su aroma se alojó con fuerza en su memoria, creyendo incluso que cada viento traía consigo un poco de ella.

Viola estaba sentada en un sillón, hasta que vio que el carruaje de Rupert se acercaba. De un salto, se paró y, ansiosa, se estrujó las manos esperando para ver a Kenneth.

—No diremos nada de Henry —ordenó Rupert.

—Lo sé, todavía no está bien para enfrentarse al matrimonio del duque.

El cochero bajó, le hizo una reverencia a Viola y procedió a abrir la puerta. Rupert ayudó a bajar a Yrene que tenía a su hijo.

—Buenas tardes —saludó Viola solo mirando a su hijo.

—Sé que mueres por cargarlo. —Se lo entregó Yrene, viendo mejoría en el semblante de Viola.

—¡Kenneth, pequeño corazón mío, mío! —exclamó y ascendió a su hijo para mirarlo—. Cada día eres más grande y, por supuesto, un apuesto caballero. —Mientras que ella apreciaba a su hijo, él solo quería que lo alimentara. Sabía que aquella mujer era su madre, reconocía su aroma y su alimento—. Soy como vaca personal. —Lo amamantó casi sin dolor. Su cuerpo se adaptaba a los cambios que ocurrían y aceptó a su hambriento sietemesino.

—Me temo que será de buen comer —opinó Rupert con humor, evitó ver a Viola por respeto—. ¿Y el señor Becher?

—Está arando, y Ethel está preparando un poco de té para todos. Los esperábamos ansiosos.

—Pasaré a ayudar a la señora Becher, Viola —indicó Yrene para que disfrutara de su hijo el mayor tiempo posible.

—Y yo veré si el señor Becher necesita algo.

La dejaron sola; ella se mecía con Kenneth, que con los ojos abiertos succionaba sin parar, estaba sudoroso por tanto esfuerzo.

—Te pareces a cierto caballero, no tan apuesto como tú, que eres un encanto. Usted romperá corazones, milord. —Secó la frente de su pequeño.

A medida que crecía, iba teniendo un parecido con su padre. Cuando tuviera unos años más seguro parecería su igual y si no lograba volver al 2009, tendría que enfrentar las preguntas sobre el origen de Kenneth Halley, porque era un Halley, pese a tener muy poco de ella.

Ella jugó unos minutos con su hijo y este solo quería dormir.

Pensó en que no tenía juguetes para darle a Kenneth. En el siglo XXI, ya tendría como cuatro cajas llenas de juguetes, una cuna colorida, ropa coqueta, biberón y chupete. Eran cosas que ella no podía olvidar, pero que su hijo tendría posibilidad de tener si volvía a casa. La salud era un factor importante, si él se enfermaba de alguna cosa, las probabilidades que muriera eran muy altas y ya empezaba a temer por su hijo, deseaba darle lo mejor.

Todas esas cuestiones rondaban su mente y era de vital importancia encontrar una salida próxima, en eso solo la ayudaría el señor Richmond, quien hizo a un lado su profesión de administrador para dedicarle más tiempo a investigar los fenómenos del tiempo, al igual que sus objetos personales. Le mostró el plástico de la carcasa de su celular y estaba fascinado por el material. Las solapas de algunos libros que trajo se le hacían de otro mundo y las hojas impresas todo un lujo.

Se veía excitado por cada cosa que le contaba. Recordó el día que le dijo que sabía manejar un automóvil y que, de calesas, caballos y bueyes, no sabía nada. Le explicó todo, él tomaba notas y la escuchaba con atención. Era muy curioso y agradable. Temía que le pidiera matrimonio para todo el día indagar sobre el futuro.

Por la noche, después de la cena, Henry bebió un poco de brandi junto a su hermano; Yrene, en otra habitación, practicaba el piano.

—Me duele la cabeza —murmuró Henry con cada nota desastrosa que Yrene lanzaba para probablemente ahuyentar a su cuñado—. Dile a tu esposa, con todo respeto, que venda ese piano o lo done a la caridad.

—No todas las damas son la señorita concertista. Algunos debemos amar a nuestras esposas, pese a que algunas cosas no sean un talento.

—Viola es maravillosa —la recordó, cambió la amargura de su rostro por una resplandeciente sonrisa—. Deseo volver a verla y escucharla. Su frescura me envuelve, la añoro con locura, su recuerdo no hace más que consumirme.

—Te vas a casar.

—Es solo por mi madre, para no ser el culpable de su muerte. Yo no deseo ese matrimonio, quiero a Viola.

—Pero no quieres casarte con ella.

—Para mi desgracia, tengo obligaciones que cumplir, un apellido que cuidar y una madre a la cual mantener con vida. Viola es lo que deseo como hombre enamorado, pero lady Theresa, es la indicada para ser la duquesa, mi madre está encantada con ella.

—¿Recuerdas que cuando iba a casarme con Yrene, la sociedad me veía con malos ojos por ser solo un capataz? —Sonrió al recordarlo—. Después que se enteraron que soy tu hermano, fueron tan... encantadores, hasta el punto de decirme que la señorita Douglas no era una mujer indicada para un conde, por ser solo la hija de un rico hacendado. No tienes remedio en la sociedad, Henry. Es mejor que seas feliz haciendo a Viola tu duquesa. La sociedad no estará en tus peores momentos, ni en tu soledad al verla perdida. Los hipócritas solo estarán en tu buen pasar.

—¿No quieres ser el duque de Somerset?

—Me es prohibido, soy un ilegítimo, recuerda.

—¡Dios! —espetó, enojado.

La nodriza se presentó con Kenneth en los brazos.

—Disculpe, milord, el pequeño irá a dormir.

—Vaya y vea si milady va a descansar, ha dejado de tocar el piano y luego se lleva a Kenny —ordenó Rupert quitándole al pequeño.

—Con permiso, milord, excelencia.

Henry miraba a su hermano, parecía haberse convertido en padre.

—Al parecer, no llora demasiado —comentó acercándose para verlo.

—Es un niño muy bueno, pero llora cuando nuestro sueño es profundo y tiene una garganta bien desarrollada.

—¡Milord, milord! —lo llamó la nodriza—. ¡Lady Yrene está en el suelo!

—Sostén al niño —le ordenó a su hermano colocándolo en sus brazos, lo dejó ahí solo con Kenneth.

—Pero...

No dio tiempo de réplica, Rupert fue para asistir a su esposa.

Henry bajó la vista hacia el ligero pequeño de ojos azules.

—¿Con que... te llaman Kenny? Bien, Kenny, no te quiebres en mis brazos. —No sabía cómo cargarlo y para dejar de temblar por el miedo a romperlo, decidió sentarse en el sillón—. ¡Rupert, creo que el niño se rompe! —exclamó al sentir extrañas vibraciones en sus piernas.

En el salón de música, Yrene fingió un desmayo para que el niño se quedara a solas con su padre. Tenía la esperanza de que la sangre no fuera agua y que lo reconociera. Todo aquello lo fraguó al ver a la nodriza yendo junto a su esposo con Kenny. Sentía mucho preocupar a Rupert, pero era por una buena causa.

—Escúchalo, querida, está desesperado —rio cómplice su esposo, junto a la nodriza.

—¿Por qué tardan tanto? —cuestionó molesto.

El niño lo miró con atención, pese a la penumbra, y le sonrió de vuelta.

—No soy un objeto de risa, malcriado —le gruñó y el niño pegó un pequeño grito—. Desafías a un duque con esa actitud, puedes ganarte un poderoso enemigo, enano. —Kenneth movía, contento, sus piernas queriendo patear—. ¿Soy divertido? Eres simpático, no tienes dientes, tus encías son rosadas, tu lengua blanca y hueles a leche. ¿Qué cree puede ser atractivo por usted, caballero? —lo hincó Henry con un dedo en su panza. La sonrisa del niño se hizo más intensa y Henry no quedó indiferente a la belleza de la sonrisa de Kenny—. Ya entiendo, seduce mujeres con esa sonrisa. ¿Qué importa el aliento de leche? —bromeó echándose una sonora carcajada que hizo a Rupert, su esposa y la nodriza acercarse a mirar desde la puerta. Era un fenómeno ver sonreír a Henry Beaufort con tanta soltura.

Henry le entregó su dedo al pequeño, que lo tomó encantado quedándose lentamente dormido en sus brazos.

—¿Ahora qué hago contigo? —cuestionó y miró alrededor—. Se olvidaron de ti.

La nodriza apareció para llevarse al niño y salvarlo.

—La condesa está bien, solo fue un mareo. Se encuentra reposando, milord viene en un momento.

—Gracias, pensé que se olvidaron del niño.

—Solo estábamos atendiendo a milady, con permiso.

Vio partir al bulto y se sintió solitario. Pensaba que en algún momento sería padre y no sabía de qué clase.

Al cabo de tres semanas del nacimiento de Kenny, Viola se repuso. Tenía a su hijo viviendo en la humilde casa de los Becher con ella.

Yrene lloró al despedirse de su pequeño, lo amaba tanto. Le dio tanta pena a Viola, que habían quedado en que, cuando regresara a su trabajo, ellos lo cuidarían por la noche.

—Señorita Halley, ¿está segura que desea ser pintada en esa posición? —cuestionó Hamond al verla panza abajo con las piernas cruzadas hacia arriba; Kenneth dormía y ella lo tocaba.

—Estoy segura. Sé que no obedece a un cuadro de la época, pero deseo retratar este momento de felicidad con mi hijo. Estoy viva y feliz.

—Está bien, pero recuerde que soy un aficionado.

—Estoy encantada con su afición. —Ella sonreía y se quedaba quieta, estaba plena al lado de su hijo—. Disculpe que le pregunte, pero, ¿lo del compromiso de lady Theresa sigue en pie?

—No sienta pena, es lo mejor para ella. Ya la contraté, señorita Halley, mañana es el día, no puede faltar.

—Oh, tengo que dejar a Kenneth con Yrene, tienen a la nodriza y él es muy hambriento.

—Me parece excelente.

Hamond ocultaba su dolor por todos los medios posibles. Sentía la compasión de Viola por su situación, pero ella no sabía cuánto él la compadecía. Vería de frente al padre de su hijo, comprometido con otra.

—¿Cree que nos dejen bailar, señor Richmond? Recuerdo que es buen bailarín —le habló Viola para que no sufriera tanto.

—Podremos bailar, se lo aseguro. Tengo el permiso necesario para invitarla —rio levantando la vista del lienzo.

Ella también le sonrió y continuó mirando a su hijo.

Al día siguiente, buscó entre los vestidos que no vendió, uno que fuera hermoso; para ella, ninguno alcanzaba al vestido que Henry le regaló.

Lo separó y tomó unas joyas sencillas que le regalaron los clientes del Royal. Las más caras y ostentosas también las había vendido. Tenía un objetivo y aquel era cortar toda relación con Henry, aunque nunca pudiera negar lo que Kenneth representaba.

Se giró y miró hacia la cuna donde estaba moviéndose sin parar. Era muy inquieto para ser prematuro, pero estaba saludable. Se preparó y esperó a que Frank la llevara a Londres.

—¿Qué opina, milord, sobre su madre? —Tomó al inquieto diablillo de la cuna—. Nunca viste a una dama tan hermosa y elegante, supongo. —Kenneth golpeaba su pecho para que ella lo alimentara—. No, cariño, no puedo ir con olor a lechería a un acontecimiento importante, mamá debe ganar dinero para comprarte ropa y más adelante darte comida. La nodriza te dará todo lo que necesites. —Ya había aprendido a aprovechar algunas ventajas, su hijo nunca tenía hambre. Era alimentado por dos mujeres. Besó su frente y lo llevó a la sala—. Cárgalo, Ethel, Yrene vendrá por él.

—Frank te espera afuera. —Agarró al niño.

—¿Crees que le molesta si lo ignoro por quedarme dormida? Kenny a veces es un poco difícil y estoy un poco cansada.

—Lo comprende perfectamente, ve con cuidado.

—Así lo haré.

Arrojada en la paja de la carreta antes de dormirse, pensó en cómo mantener distraído al señor Richmond para disminuir su sufrimiento, no le gustaría estar en sus zapatos.

—Viola, despierta, estamos cerca. No creo que quieras parecer un equino lleno de paja —pronunció Frank.

—Gra... cias —bostezó, abrió la boca como un león.

En la carreta tuvo una manta para soportar el fresco de la noche, pero al dirigirse a la mansión, solo tenía un abrigo no muy caliente.

—Alguien muy importante se compromete con lady Theresa —mencionó para sí, al ver tanta gente adinerada vistiendo sus mejores galas. El salón era magnánimo, hermoso y perfectamente decorado. Se veía que se gastó una fortuna en lo que sería la fiesta—. Y lo que será la boda —espetó y contempló su alrededor.

—Señorita Halley... —La voz del señor Richmond hizo que bajara de la nube de lujos en la que estaba.

—¿También está aquí tan temprano?

—Estoy aquí desde el almuerzo. —Sonrió—. Debo pagar todo.

—Oh, claro...

—Venga, le enseñaré dónde está el piano.

La llevó del brazo sonriéndole con gracia, mientras Theresa miraba desde lo alto de la escalera todo el despliegue de lujos para que se anunciara su compromiso y también al señor Richmond con la pianista. Theresa juraba que, si las miradas mataran, la víctima sería esa mujer.

Viola se sentó en la banca y retiró la tapa, probó las teclas.

—Perfectamente afinado.

—Hago bien mi trabajo, lo mejor de lo mejor —comentó Hamond, orgulloso.

Capítulo 31

Viola se quedó a esperar órdenes para empezar, hasta que la condesa se acercó.

—Señorita Halley, ¿no es así? —preguntó.

—Soy yo, milady. —Se paró y reverenció.

—Es agradable saber que la mejor concertista deleitará a los presentes con su talento. Esfuércese, señorita, porque mi yerno es un hombre muy importante y exigente.

—Daré mi mejor esfuerzo, milady. Usted solo disfrute —adujo y sonrió con seguridad.

—Ahora toque algo, el duque no debe tardar, esto es una gran fiesta y todo está en sus manos, querida...

—Por supuesto —asintió, vio cómo iba la condesa junto a cada invitado.

El señor Richmond la dejó sola para ir a cancelar algunos servicios de aquel bochornoso desperdicio de recursos que representaba ese pomposo compromiso.

Inhaló y una pieza fue formándose con el suave toque de sus dedos sobre aquel majestuoso piano.

El ambiente era agradable, todos estaban disfrutando de la velada, tanto que nadie se dio cuenta de que los agasajados no se encontraban en ningún sitio. Era la casa de la prometida y esa estaba desaparecida.

Theresa siguió al señor Richmond hasta la cocina y después hacia el solitario despacho de su padre.

—Lady Theresa, ¿qué hace aquí? Debería...

—No se preocupe, señor Richmond. No le pediría a un... simple administrador que ayudara a la futura duquesa. —Lo miró de pies a cabeza, en su afán de despreciarlo.

La rabia que lady Theresa había acumulado con sus celos hacia aquella mujer, la hacían cuestionarse su estado mental. No quería casarse con el duque de Somerset, era un hombre callado, estirado y muy aburrido cuando intentaba comunicarse con ella. La aburrió con vehemencia con un libro llamado Celestina, aquel no le agradó. Quizá por la compañía o el amor no era un asunto de su interés.

—Disculpe, milady, no estaba pensando en ayudarla, creo que usted...

Ella le cerró la boca con una cachetada.

—Cállese, señor Richmond, arruina mi último momento cerca de usted, el último donde le recordaré una vez más que mi corazón le pertenece. Nunca será del hombre que me compra. Hubiera deseado no haberlo conocido nunca, para no sufrir esta cobarde desilusión y desesperación por no querer casarme después de conocer el amor con sus gestos y sus palabras.

—No lo entenderá, lady Theresa. Tanto es el amor que siento, que es mejor dejarla en las en aquellas manos.

—¡Pero ese hombre ni habla, tenga piedad, señor Richmond! —rogó besando sus labios con torpeza —. Abandone a esa mujer y huya conmigo, tiene un mes para decidirlo. No pierdo la esperanza de que recapacite.

—Es un pedido osado.

—Mis medidas son desesperadas, bien puedo tragar mi orgullo por amor.

—¡Theresa! —La estridente voz de su madre sonó en el pasillo.

—Adiós, señor Richmond. —Salió del despacho solo dejando el viento atrás.

—¿Ha visto a la insensata de mi hija, señor Richmond? —preguntó la condesa unos instantes

después que huyera Theresa.

—No la vi, milady. Estoy ordenando comprobantes.

—¿Es una mano la que tiene estampada en la cara?

—Hay mosquitos, milady. Fue un accidente —justificó con ligereza.

—¡Mosquitos, y mi yerno está llegando, qué desgracia! —Cerró la puerta con fuerza y se fue.

En la entrada, Henry y su madre ingresaron a la recepción, siendo saludados por toda la aristocracia.

Los demás aristócratas se acercaban para felicitarlo por aquella sensata elección de esposa, él solo hacía inclinaciones respetuosas, no decía palabras. La sociedad lo conocía tal y como era, que no lo presionaban por más de sus atenciones.

El sonido del perfecto arte de la música, a través del piano, se extendió por todo el salón. Podía jurar que conocía esa forma adorable de tocar, aquel culto a la fineza y elegancia del arte.

—Dios bendito —mencionó la duquesa al ver a su temida pesadilla, sentada en la banca del piano. Al igual que Henry, también la vio. Aquellos bucles que se movían graciosos a cada lado de su rostro, le arrebataron una gran sonrisa de felicidad.

—Viola... —emitió en un susurro, deseaba ir hasta ella.

Ella no se dio cuenta de su presencia, estaba ocupada entregando lo mejor de sí por esa paga que serviría para Kenneth. Él era su motivo y razón de existir desde que se enteró de su llegada.

Sus pies lo estaban llevando junto a ella, sin siquiera pensar en cómo sería recibido.

—Excelencia, sea bienvenido —saludó la condesa, se colocó frente a él con lady Theresa, que fue hallada por su madre.

Al ver a esa mujer, recordó que aquella era su fiesta de compromiso y que Viola ambientaba ese lugar, ella era la pianista de moda.

—Buenas noches —saludó, tomó la mano de la condesa y la besó—. Lady Theresa. —Hizo la misma condescendencia que con la madre.

—¡Theresa! —Se acercó la duquesa para observar y saludar a su futura sucesora—. ¡Cuánta belleza y elegancia! ¿No crees, Henry?

Sus ojos estaban posados en la belleza, pero de la pianista.

—Encantadora —mencionó sin emoción al mirar a Theresa.

—Condesa, pida que se toque algo más elegante —pidió la duquesa.

—Iré junto a la pianista. Debe conocer de todo, pese a ser una joven sin cuna.

El duque miró a su madre con desprecio. Sabía que hacía ese pedido para que lo viera y entendiera cuál era su posición en la vida de él, aparte de restregarle la prometida en el rostro.

—Señorita Halley. —Se acercó la condesa—. La madre del duque desea que toque alguna pieza soberbia y elegante.

—No se preocupe, lo haré. ¿Se le ofrece algo más? ¿Un acompañamiento de orquesta, un baile, algo menos lento?

—Hace muchas preguntas, es mejor que venga y conozca al prometido de Theresa, es un hombre de gustos poco conocidos, quizás usted logre algo que le agrade.

Viola se levantó del banco, siguió a la estrambótica y acelerada condesa, aquella parecía no respirar, buscaba agradar a tan susodicho yerno.

Al levantar la vista, vio a lady Theresa junto a Henry y la mujer que vio una vez, que presumiblemente era la madre del duque, la observaba con desprecio. Ella dejó de avanzar, solo para que su asustada mirada se cruzara con la de Henry.

Recordaba aquella forma de ver por el retrato de Ramsay, esa mirada que la llevó hasta él.

—Excelencia, ella es... —La condesa iba a presentarla, pero se quedó varios metros atrás—.

¡Dónde está la dichosa pianista! —Se giró para buscarla y volvió por ella.

Sentía que la llevaban directo a la horca, presumía que Henry era el yerno quisquilloso. Eso hacía que su estómago se retorciera y sintiera cómo un ataque de pánico se apoderaría de ella. Su respiración iba tan agitada, al compás de su propio corazón, que se sentía desfallecer por volver a verlo y saber que se casaría con otra.

—Esta joven casi se escapa. —Sonrió nerviosa la condesa.

—Buenas noches, señorita Halley —saludó la duquesa—. Deseamos una pieza única para el anuncio del compromiso de Henry con mi querida y adorada, Theresa.

Estaba sin lengua. No podía articular ninguna frase en su mente, solo quería convertirse en una niña caprichosa para ponerse a llorar con un gran berrinche.

—¿Señorita? —habló Theresa para llamarla, pero Viola no dejaba de observar a Henry con gran desilusión.

—¿Le interesa algo melancólico? Esas notas son las más elegantes, según mi criterio —pudo articular Viola, pensando en Chopin, aquel no estaba ni cerca de nacer, entonces no sería plagio si lo tocaba.

—Buenas noches, señorita Halley. —La voz de Henry se extendió por toda su columna, hizo que casi se quebrara en todos los aspectos.

Quería golpear el rostro de Henry como una bolsa de boxeo. La saludó como si no hubieran hablado, hecho el amor y tenido un hijo juntos, pese a que no sabía de la existencia de su hijo.

—Es un placer conocerlo, excelencia.

La voz fría que Viola desprendía, junto a esa mirada cargada de reproche y ganas de llorar, lo llenaba de culpa. Sabía que partía su corazón, al igual que también el suyo que se desmoronaba.

—El criterio de la señorita Halley, me parece acertado —apoyó Theresa, pensó en su propia desgracia.

—Vaya entonces, señorita Halley —alentó la duquesa para que se fuera a hacer lo que debía y dejara de mirar a su hijo. Viola se despidió con una reverencia hacia todos y le echó una última mirada al elegante padre de su hijo.

Al darles la espalda, su mano izquierda fue a tapar su boca y su otra mano a sostener su estómago, por la impresión y haber tenido el valor de hablar. Fue un acierto no haberle contado a Henry sobre Kenneth, su hijo jamás conocería a su padre. Pronto tendría sus propios hijos con su esposa.

—Viola —la interceptó Yrene tomándola del brazo—. ¿Te encuentras bien? Acabamos de llegar y...

—¿Dónde está Kenneth?

—Con la nodriza, en casa, Viola...

—Tú, Yrene, ¿cómo pudiste ocultarme que Henry iba a casarse?

—No queríamos que sufrieras.

—Esta es la peor forma de sufrir, estoy en su compromiso. ¿Qué clase de crueldad es esta? Quiero a mi hijo lejos de ustedes hoy mismo. Apenas salga de aquí, iré por él.

—¡Viola, no seas insensata!

Ella se sentó en el banco para iniciar.

—Insensatos fueron tu esposo, tú y el señor Richmond. Este último es el mismo hijo de Satán —gruñó entre dientes. No podía armar el escándalo que deseaba—. Vete, Yrene, y disfruta de la velada.

Yrene, con su mirada aguada, fue a buscar a su esposo.

Viola ardía de rabia. Todos a su alrededor le habían mentido, pero ardería Troya al acabar su trabajo. Soportando el dolor de la decepción, haciendo todo lo posible para que los presentes no terminaran ahogándose en sus lágrimas, emitió sus primeras notas.

Henry, con el corazón pesando al ver que toda la jovialidad de Viola se le escapó, dejando el

lúgubre rostro de la congoja y tristeza, caminó hacia ella.

—Henry, debes anunciar tu compromiso —exigió su madre frente a Theresa y la condesa.

Empezaba a odiar la voz de su madre y eso estaba a punto de hacerlo estallar.

Él dio vuelta y fue hacia la escalera, lentamente todos fueron fijándose en él.

—¡Para, muchacha, se anunciará el compromiso! —espetó la condesa a Viola, que vio a Henry parado en la escalera y él extendió la mano hacia lady Theresa. ¿Cuánto dolor podría seguir soportando?

—¿Puedo... ir a beber agua a la cocina? —preguntó para huir.

—¡No, quédese!

Theresa caminó para ascender por las escaleras hasta la mano de Henry.

—¡Damas y caballeros, esta noche celebramos nuestro compromiso, espero lo disfruten, gracias! —voceó al silencioso salón, dejó atónitos a los presentes por haber bajado con rapidez la escalera con su prometida, que ni bien llegó junto a él, incluso Viola quedó con la mandíbula dislocada por la actitud de Henry, pero ese era el hombre que conocía.

—¡Esto es una celebración, que continúe la música! —pidió la condesa ante el apático anuncio del duque. Viola se sentó, empezó de vuelta su pieza.

—Fue un placer, lady Theresa. Con permiso —se despidió yendo hacia un mozo para arrebatarle una copa.

—¡Henry, qué demonios acabas de hacer! —inrepó su madre.

—Lo que usted pidió, anuncié el compromiso.

—¡Cómo pudiste hundirnos en la vergüenza!

—¡Cállese, por el amor de Dios! —le gruñó un irreconocible Henry—. No soporto escuchar su voz un día más...

La duquesa se quedó asustada y sin habla, viendo que su hijo se iba hacia el piano. Se acercó y quedó parado al costado para que lo viera Viola.

—No fue mi intención causarte mal, Viola.

Escuchó las palabras de Henry. Sin embargo, estaba demasiado enojada para que una sola lágrima cayera y le contestara. Esperó paciente una réplica.

—¿No piensas responder?

Ascendió la vista al rostro de Henry para desafiarlo.

—¿Qué melodía desea escuchar, caballero comprometido?

—Viola, te he extrañado. No encuentro compañía en mi soledad.

Una sonrisa falsa se formó en rostro de ella. No sabía cómo tenía el valor de hablarle sobre haberla extrañado.

—Debe estar contento, excelencia. Su prometida es una mujer hermosa y excepcional. Imagino que es una excelente compañera para su arte, deben disfrutar de Celestina.

—Me temo que no es muy lúcida para el arte, no es como tú.

—No tengo nada de especial, solo soy la pianista.

—Estamos en sintonía y siempre lo estaremos. Nuestro gusto nos unirá para siempre.

—Creo que no estamos en la misma sintonía, excelencia. Usted es... un hombre de clase alta y yo no figuro en ningún lugar, no tengo valor para alguien como usted, no soy una persona.

—Lo eres todo, háblame de ti, Viola —rogó al contemplarla.

—Excelencia, le pido que se retire y me deje acabar la pieza. Usted debería estar festejando, es su fiesta de compromiso y yo soy la encargada para que esto salga perfecto. Si me disculpa, voy a hacer mi trabajo, para eso me pagan.

Capítulo 32

Henry chirrió los dientes, evidenció su pérdida de paciencia.

—Quiero que hables conmigo, Viola.

—Estoy hablándole, excelencia. Es una fiesta en extremo pomposa, tal y como es usted. Debí imaginarme que era su compromiso por diversas razones. La primera: la pobre condesa que no para de decir que su yerno es especial, y vaya que lo es...

—Quiero que hablemos de nosotros —interrumpió, exasperado.

—No sea maleducado, deje de interrumpir cuando hablo. Pese a estar a su servicio que, por cierto, me pagará su fiel servidor, el señor Richmond. Ese hombre me trajo aquí sin que supiera que usted era el que se comprometía.

—Termina la pieza y vamos afuera.

—De ninguna ma...

—Te lo ordeno y no hay discusión. Evita plantarme, Viola. Te conozco, sé que es una opción que barajas, si lo haces, será peor para ti; iré a tu casa, al club, dormiré en tu puerta...

—¡Comprendo!

—Siempre eres inteligente. —Sonrió y se retiró.

No podía dejar que fuera a verla o la espicara, descubriría a Kenny y ella no podría ocultarlo. Debía enfrentarlo de una vez y decirle adiós para siempre.

Henry fue a pararse al lado de su prometida y la observó de reojo.

—Suelo ser tosco, lady Theresa. —Esbozó una sonrisa.

—Usted no se preocupe.

—¿Siempre intentará agradarme? ¿Cuál es su criterio personal sobre mí? Yo me tengo en mal concepto —habló mientras Theresa lo miraba extrañada.

—No comprendo.

—Siento fascinación por el arte y veo que a usted le... aburren...

—¡No piense esas cosas!

—El abanico no solo sirve para aplacar el calor en las damas, lady Theresa, bien son útiles para ocultar sus constantes bostezos. —Avergonzada porque el hombre no era un tonto, se sonrojó hasta las pantorrillas.

—Le ruego me excuse.

—¿Se da cuenta que es la conversación más larga que hemos tenido? Use más la cabeza. Tengo una propuesta para usted y deseo discutirla a solas.

—Pero...

—Después que vuelva del jardín, deleitaremos a estos curiosos con nuestra presencia y luego iremos a algún lugar privado que me indique. Aleje a su madre y yo alejaré a la mía —mandó, se dio cuenta que Viola acababa la pieza.

—Está bien... —aceptó una desconcertada Theresa, el duque podía pronunciar más que monosílabos y era sorprendente.

—Con permiso —se despidió y siguió desde una distancia prudente a Viola.

Podía ser producto de su imaginación, pero sentía la intensa mirada de Henry persiguiéndola para salir tras ella. Se sintió amenazada por su tono autoritario y decidido, no deseaba que viera a Kenneth,

podía ser que se lo quitaran.

Si bien, mientras iba hasta el jardín, intentó recordar lo poco que escuchó en la galería, y lo que recordó fue que él no tuvo hijos con su esposa, no hubo herederos y el título se terminó con Henry.

Tenía miedo que, al saber Henry que Kenneth era su hijo, se lo llevara. Era la continuación de un apellido importante desde hacía generaciones y al ser la historia tan contundente, podría cambiar los hechos dando un heredero a los Beaufort, esto causaría estragos.

¿Cómo no se puso a pensar que, si se involucraba con alguien importante del pasado, eso podría repercutir en la historia actual?

Cuando decidió amar a Henry, en ningún momento pensó que fuera prohibido o insano, era simplemente amor. Se olvidó que detrás de él existía una historia escrita que tenía en uno de los libros de historia que no tuvo posibilidad de devolver a la biblioteca. Prestó aquel libro con la intención de leer sobre el arte que se encontraba en la galería que visitaron aquel fatídico día en que la curiosidad la encerró a varios siglos de distancia del suyo. Al llegar a casa, lo tomaría para buscar cosas sobre Henry.

Abrió uno de los accesos al jardín; escuchaba a la orquesta tocar y Henry daba unas vueltas por el salón saludando invitados antes de salir para alcanzarla. Viola frotó sus manos para generar calor en aquella fría noche. Recordaba la noche en que pensó que iba a morir de hipotermia, aunque pensó que iba a morir de tantas maneras, que ya no sabía a cuál le temía más.

Él se escabulló y observó cómo intentaba no castañear los dientes. Ella debía verse soberbia y el frío era un enemigo que la hacía parecer débil.

—Sé que tienes frío. —Le tocó ambos hombros con una caricia.

Ella cerró los ojos al sentir aquel anhelado contacto. Todas las partes de su cuerpo despertaron. Aquellos meses dormidos en el calor de sus recuerdos, yacían despiertos en aquel instante.

—Recuerdo... las sedas que acariciaban tu figura en las frescas noches en nuestro lecho —recitó con ápice de locura y ansiedad en sus palabras.

—Hermosas telas que nunca fueron para mí, excelencia —soltó con añoranza.

—Cada día te extrañé... —declaró y cerró los ojos dedicándose a sentir el tacto con el cuerpo de Viola. Su respiración le faltaba. Podía sentir el aliento de Henry moviendo sus cabellos que rozaban contra su cuello.

Se sentía morir con cada palabra y caricia, él no hacía más que nublar sus pensamientos sensatos con su acercamiento.

—No debe hacerlo. Pronto su lecho estará ocupado por su esposa —le recordó y rompió el encantamiento.

—No la querré. A quien amo, es a ti. No hice más que casi enloquecer al estar lejos de ti. Escocia fue horrible sin tu amor y compañía.

—¡Ja! —masculló enojada con la mirada certera—. ¿Cree que es un buen momento para declarar su amor por mí? ¿Se va a casar, por el amor de Dios, tenga un poco de respeto!

—Ella no me interesa, me caso por mi madre para darle lo que desea.

—Eso no es de mi incumbencia.

El enojo y particular desinterés de Viola, en todo lo que se refería a él, era exasperante, la necesitaba.

—Volví por ti. Deseo estar contigo.

—Si en realidad deseaba estar conmigo, no estaríamos festejando su compromiso con un grosero derroche —echó en cara, tranquila, pero cargada de resentimiento—. Usted volvió para comprometerse, yo no estoy en sus planes.

—¡Estás en todos! —La tomó de la cintura, la acercó a sus labios.

—¡No lo estoy, si estuviera en tus planes, te casarías conmigo y no ella! —Señaló descargando su furia con un dedo hacia el salón.

—¡Sabes lo que me obliga a hacerlo, dar herederos de cuna! Lady Theresa conoce cuáles serían sus obligaciones, darme herederos y representar el título de duquesa con clase, ella es la indicada para eso, pero tú eres lo que mi corazón ha elegido, Viola.

—¡Vaya consuelo! «Eres lo que mi corazón ha elegido, Viola» —lo imitó, flagrante—. ¡No quiero escuchar la basura que sale por esa boca, excelencia!

—Voy a proponerle un trato a mi prometida para que tú y yo estemos juntos —indicó tomándola con más fuerza al intentar escapar de él.

—No me interesa lo que tengas que proponer, no estaremos juntos, así que ve quitándote esa ridícula idea de la mente.

—Solo escúchame. He sufrido por estar lejos de ti...

—¡Tú no sabes lo que es sufrir, ni te lo imaginas!

—¡Cierra la boca que estoy hablándote! —gruñó enojado por su interrupción—. La única manera que encontré para ser felices es dejando que lady Theresa tenga los amantes que guste.

Viola se quedó helada al escuchar la simpleza con la que decía, el hecho de dejar que su esposa tuviera amantes, solo un demente o un desinteresado pensaría de esa manera.

—No... no puedo creer lo que dices, eres un enfermo, Henry —lo acusó y negó con la cabeza.

—¡Estoy enfermo por tu causa, señorita Halley! —La tomó del rostro—. Estoy enfermo de amor y desesperado como un hombre a punto de ser llevado a la horca. Desde que llegaste a mi vida, pude sentir que realmente vivía. Te amo con la demencia de un mercenario, amarte es una condena —informó sobre los labios de Viola.

Forcejeaba para escapar del apabullante duque, que con desesperación la obligaba a seguir el ritmo de su beso, pese a su oposición. Era inútil luchar contra su propio deseo, parecía una niña hambrienta a la que le arrojaron un pedazo de pan. Viola cedió ante la presión, cayó en los cálidos brazos de Henry y haciéndola retroceder meses en el pasado, para revivir su antigua felicidad a su lado.

Si bien disfrutaba del beso, Henry era un hombre prohibido y ella tenía a Kenneth, fruto del amor que ambos se declaraban con y sin palabras, eso debía ser suficiente para ella. Su corazón se retorció de dolor, pero debía dejarlo ir y continuar. Mientras besaba a Henry, un sollozo y varias lágrimas escapaban de ella, hasta convertirse en llanto.

—Mi hermosa Viola. —Se separó de sus labios y la intentó confortar con su abrazo—. Quédate a mi lado para continuar viviendo nuestro amor.

—¡Ay, Henry! —lamentó abrazada a él—. Soy una persona que respeta el sagrado matrimonio y, sobre todo, me dedicaré a vivir mi amor propio. Lo siento, pero no seré tu amante, eso sería imperdonable, te amaría a ti. Sin embargo, me odiaría toda la vida. —Se alejó de él.

—Es pronto para que des una respuesta...

—No voy a cambiar mi respuesta, Henry. Pronto partiré de Londres y nunca nos volveremos a ver.

—¡No puedes irte, no escaparás de mí, porque no lo deseas, no deseas huir de mí! —masculló intentando convencerla de olvidar la idea de irse.

—¿No entiendes que no sobreviviré sabiéndote casado con otra? No lo soportaré. ¡Estoy en tu fiesta de compromiso, con las piernas apenas sosteniéndome, con la desilusión cortándome la respiración y contigo aquí frente a mí, declarándome su amor, es demasiado dolor para mí!

—No es mi intención hacerte sufrir. Sufro al no ser libre...

—Entonces sé libre. Si no deseas casarte, no lo hagas.

—No es tan simple, si Duncan...

—¡No culpes a tu hermano si no puedes tener decisión propia, eres un adulto, actúa como tal! —

gruñó impaciente. Lo escuchó mil veces quejándose que su hermano hubiera muerto—. ¡No hagas que el pantalón te quede grande, Henry!

—¿Qué deseas que haga para demostrar que no soy un cobarde?!

—Sigue a tu corazón, y deja las obligaciones a un lado. Sé feliz de esa forma, no prometo esperar a que te decidas porque me iré pronto y no sé cuánto tiempo te lleve madurar.

—Estoy siguiéndolo, mi mente y mi razón, solo conocen de ti.

Quería arrojarle a sus brazos y decir «sí, a todo», pero ella ya decidió regresar a casa, a su verdadero hogar. No podría esperar a Henry, nunca le daría el lugar que su corazón deseaba darle, porque su mente era dominada por sus prejuicios y ella no era de prejuicios, por lo que no toleraría un trato menor al que acostumbraba a recibir; para Viola todos eran humanos e iguales.

—Debo volver al salón, espero que seas feliz, Henry. —Escapó con rapidez hacia el interior de la mansión.

Henry se quedó solo a mirar aquella luna que lo acusaba; debía buscar su propia felicidad al lado de ella.

—No vas a escapar de mí —murmuró y regresó también para hablar con su prometida.

Theresa buscaba con la mirada al duque, quería saber qué tenía pensado decirle. Después de pasar un mes en su casa, cruzar tan solo frases del clima, para halagar la riqueza y fastuosidad de cada uno, estaba sorprendida por su asombroso cambio, era toda una incógnita.

La fría mirada de Henry se encontró con la suya cuando entraba después de una enrojecida pianista. La señorita Halley parecía haber llorado.

—Lady Theresa, pasee conmigo —ordenó él al tomar su brazo.

—Sí, excelencia —aceptó mientras era guiada por él.

Henry vio que Viola se sentó el banco y luego miró hacia donde estaba él. Todavía veía sus ojos brillantes por las lágrimas, era hermosa llorando, sus orbes se veían aún más grandes.

—Dios, Henry, no lo hagas —pidió en susurros Viola, lo vio caminar con su prometida. Estaba segura de que lady Theresa no aceptaría semejante trato, una mujer de cuna noble jamás lo haría.

—Lady Theresa, en virtud de nuestro futuro enlace y para nuestra felicidad, he pensado en un pacto ventajoso para ambos.

—¿Qué clase de pacto?

—Le confesaré una verdad que usted deberá tener presente y callar en nuestro matrimonio.

—Disculpe, pero me está asustando. —Sonrió nerviosa, pues todos los observaban.

—No tema, el beneficio de mi secreto será mutuo —se pausó—. Confieso que mi corazón, mis pensamientos y hasta mi aliento, le pertenecen a una mujer que no es de nuestra clase social, es sobrina de uno de mis arrendatarios. —Ella se quedó callada, con el corazón acelerándose, se sentía identificada con él—. Sabe que nuestro enlace es ventajoso. Usted tendrá todo lo que desea; una dama de su clase, título, estatus, dinero, un apellido importante y, por supuesto, la gran responsabilidad de dar continuidad a mi sangre —citó y saludó con la cabeza a los presentes—. El pacto que le ofrezco, lady Theresa, y espero que lo piense, siendo consciente de los beneficios que ambos obtendremos, es que se case conmigo y su única obligación será darme dos herederos, y luego podrá acceder a la cantidad de amantes que usted desee, dejando que yo pueda vivir una vida tranquila al lado de la mujer que amo.

Ella se quedó quieta al escuchar aquello. Se convertiría en la cobertura de una relación paralela de su esposo, sería consciente de eso y tendría el derecho a tener los amantes que quisiera con plena libertad, solo debía darle dos hijos. Era el trato más extraño que escuchó desde el disparate de acuerdo nupcial de sus padres.

Tragó saliva y lo alcanzó.

—Entonces... ¿desea que sea cómplice de una inmoralidad?

—Por su bien y por el mío. Tiene tiempo para...

—Acepto —interrumpió Theresa—. Mi corazón también pertenece a un caballero que no pertenece a nuestra clase.

Henry no podía parpadear de la sorpresa, consiguió con facilidad la complicidad de su descarada prometida, igual que él. Eran más parecidos de lo que creía.

Capítulo 33

—Es indecente que confiese mis sentimientos. Sin embargo, usted tuvo la delicadeza de hablarme con la verdad, estoy en el deber de devolver el buen trato —comentó sonrojada Theresa.

—Sé que será un sacrificio el que debemos hacer, lady Theresa. Pero muchos matrimonios han resultado de manera convencional. Con este pacto, nuestro enlace estará sobre bases claras y sólidas.

—Me parece justa su propuesta. En realidad, esperaba que el caballero del que le hablo, me secuestre o huya conmigo, pero es un cobarde.

—He de sentirme identificado con ese calificativo, lady Theresa. Mi amada pianista me ha llamado cobarde en un sinnúmero de oportunidades. —Le entregó una sonrisa, hizo que Theresa también le sonriera por su contagiosa diversión.

—¿Entonces esa mujer es la pianista?

Las madres de los prometidos estaban felices al ver que sus hijos sonreían mutuamente, eso aseguraba un buen entendimiento y, por consiguiente, un excelente matrimonio.

—Mire a nuestros hijos, lady Shaftesbury —aludió la duquesa detrás de su abanico—. ¡Es gratificante verlos tan unidos, no puedo creer que su hijo sonría!

—Lo hace con muy poca frecuencia —recordó la duquesa—. Su sonrisa es preciosa.

Viola observó a un sonriente duque, no parecía sufrir como le dijo en el jardín. La punzada de celos que sintió en el pecho, podía confundirla con la leche acumulada para Kenneth, pero no, era los malditos celos. Deseó que esa noche acabara en ese instante y pudiera ir por su hijo para desaparecer de ese lugar.

Tendría que, por última vez, pedir la ayuda del señor Richmond. Aquel no merecía la pena que sentía, porque él no había sentido pena por arrojarla frente al hombre que jugó con sus sentimientos y, para empeorar su situación, la embarazó. Kenneth no era un motivo de arrepentimiento, era su pequeño y gran amor.

Continuó tocando toda la noche. El señor Richmond no se acercó a ella, todavía. Quizá por varios motivos, entre ellos, el miedo de morir en manos de la viajera del tiempo.

—Señorita Halley. —Se acercó a ella, temió que le arrojara el piano.

—Señor Richmond... —escupió su nombre, mientras dirigía su gélida mirada a él.

—Vayamos a mi casa y podremos hablar con detenimiento...

—Usted me pagará y me llevará a buscar a Kenneth, luego espero no volver a verlo nunca —espetó y se levantó de la banca para ir a buscar su insípido abrigo que se encontraba en el área de la servidumbre. Hamond, respetando su enojo, la siguió a una distancia prudente. Viola se colocó el abrigo y esperó a Hamond para subir juntos a su carruaje.

—Entiendo su enojo, señorita Viola —musitó y caminó con ella hacia donde estaba aparcado el carruaje.

—Es un egoísta, señor Richmond. Sentía tanta pena por usted, pero no lo merece. No quiso sufrir solo, por eso me trajo aquí, para hacer añicos mi corazón y sentir lástima por mí.

—Quizá sea en parte cierto, pero lo que menos deseaba era hacerle daño.

—¡Es mentira, esta es la noche de las mentiras! ¡Solo... quiero regresar a mi casa! —chilló tapando su rostro con ambas manos después de subir al carruaje. Se desmoronó frente a Hamond.

Toda la presión que tuvo esa noche, estalló en aquel momento. El señor Richmond se sentó a su

lado. Le ofreció su hombro amigo para llorar.

—Lo único que me resta, para compensar mi avara actitud, es comentarle sobre mis descubrimientos para que regrese a su casa. Con mucha pena aceptaré perder su amistad y la sabiduría que ha traído de su tiempo —murmuró esperando que eso calmara los incontrolables sollozos de su acompañante, quien amenazaba con ahogarse. Después de unos minutos de llanto desmedido, Viola sintió el pañuelo de Hamond limpiando sus lágrimas.

—¿Cómo regresaré a mi casa? —preguntó con la nariz trancada.

—He hecho una proyección de la luna y sus fases. Durante estos meses, con meticulosidad, estudié el comportamiento de la luna y la marea. Según me había dicho, usted tiene un aparato que funciona con ondas...

—El celular...

—En efecto, según entendí, capturará las ondas que lo hacían funcionar, una vez que se abra el portal.

—Pero... la batería... No puedo mantenerlo encendido.

—Ahí es donde mi proyección entra a cumplir un papel importante. En aproximadamente tres semanas, ocurrirá una luna llena y usted encenderá ese aparato para que este le avise sobre el portal, ¿comprende?

—¡Eso explica por qué un día encendí el celular y llegó un mensaje de Kayla! —Se alejó con esperanza renovada.

—Ese día el portal se abrió. Creo que el tiempo en que permanece abierto, es bastante reducido. Debe aprovechar la oportunidad para volver.

—En tres semanas, encenderé el celular e intentaré regresar a casa. —Sonrió—. Solo debo sobrevivir ese tiempo a Henry. Sé que intentará buscarme para continuar con su indecente proposición de convertirme en su amante y yo, ¡no soy plato de segunda mesa de nadie! Mi madre no me crio para que fuera menos que una mujer decente y exitosa.

—El amor muchas veces no nos deja ver el egoísmo que se esconde tras él. Sé que fui egoísta. Lady Theresa la quería ahí, solo para encender sus celos y acrecentar su tortura pensando que estaba interesado en usted —habló y vio al oscuro paisaje, se dirigían a la residencia de Yrene.

—¿Celos de mí? Pero...

—Sabe que la amo, pero piensa que usted nubla mis intenciones hacia ella. No soy un hombre del todo incorrecto, cometí el error de haber posado mis ojos más alto de lo que debería.

—Yo no pienso de esa forma, el amor es lo único que importa, no si los bolsillos están llenos o vacíos, el día que uno muere no se lleva nada.

—Es una filosofía distinta, pero no estamos en su siglo, sino en uno muy distinto al suyo, señorita Viola. Es lo que conocemos, el futuro es muy alentador para los amantes inocentes.

—A veces no es tan alentador, señor Richmond. Las mujeres que hoy usted conoce como encantadoras, pierden su encanto con la vulgaridad de mi época. Un ejemplo claro soy yo, un diccionario de groserías con piernas. Una vez que abro la boca, se ha perdido el encanto.

—Dios nos libre de usted, señorita Viola. —Hasta luego colocarse serio de nuevo—. No me imagino a lady Theresa siendo vulgar.

—Tampoco yo...

Llegaron después de un largo traqueteo del carruaje por los oscuros caminos que llevaban a la hacienda vecina de Yrene y Rupert. Ambos estaban parados frente a la residencia con Kenneth envuelto en las mantas.

Yrene era un mar de lágrimas y Rupert contenía su molestia al observar a Viola, que trató con brusquedad a su adorada esposa.

—Disculpa, Yrene... —emitió Viola, sorprendiendo a la misma Yrene—. Tu solo le das afecto a mi pequeño, y yo te he ofendido, lo siento. Estaba... muy afectada por volver a verlo, ¿comprendes? Y en todo caso, con quien no debería cruzar palabras, es con el señor Richmond. Sin embargo, recuerdo que todos me han tendido la mano, no merecen que sea malagradecida, ¡pero aún sigo enojada con todos! —gruñó cruzando los brazos.

Después que Yrene colocara a Kenny en brazos de Rupert, ella abrazó a Viola, a quien aprendió a querer como una hermana.

—Yo no quería hacerte daño y menos a Kenny...

—Lo comprendo —lagrimeó Viola, escuchó la temblorosa voz de Yrene—. Te extrañaré cuando tenga que regresar a casa.

—¿Te irás con tu hijo? —preguntó casi inaudible, la pena comprimía sus cuerdas vocales.

—Lo siento tanto, Yrene. No puedo quedarme, vivir en las tierras del duque con el peso de saberlo casado, es como esperar a desangrarme en un sitio, esperar a que la muerte venga por mí. Siempre fuiste afortunada por haber superado tus propios prejuicios para amar y ser amada por el señor Rupert, oh, perdón, milord. —Lo miró, sonrojada—. Y ese hombre puede ser considerado uno con máscara de acero, se enfrentó contra viento y marea por ti, eres afortunada.

—Quisiera que mi cuñado tomara la misma decisión de luchar por ti, ten paciencia y él recapacitará, enséñale la existencia de Kenny y nadie podrá separarlos jamás.

Viola le enseñó una sonrisa triste y miró hacia su hijo.

—No tengas tanta fe en Henry, no vale una sola moneda. Prefiero que Kenneth sea el hijo de la pianista soltera, a que sea conocido como el hijo bastardo de la amante del duque de Somerset, con quien vive una relación extramarital en su vivienda de soltero. Es eso lo que me propuso al verme hoy.

—¡Canalla! —se enfadó Rupert escuchando la conversación sin haber sido llamado a participar—. Excuse mi comportamiento, pero me siento indignado. Sé que mi hermano no desertará hasta conseguirla a usted. Yrene. —Tocó el hombro de su esposa—. Debemos apoyar a Viola, tal vez algún día volvamos a ver a Kenneth.

Entristecida y sabiendo que, si todo resultaba, Yrene y Rupert, nunca volverían a verlos. Subió al carruaje del señor Richmond para continuar su camino hacia el valle de las lágrimas.

No recordaba haber llorado tanto en un solo día. El pobre Kenneth iba tranquilo en sus brazos ignorando las luchas de su madre, solo tenía los ojos cerrados, confiando en que Viola lo cuidaría y protegería.

Se despidió del señor Richmond, con quien no pudo mantener su enojo, si la iba a ayudar, no podía ponerse arisca. Además, creía en sus intenciones, la cuidó, más de lo que debería, sabiendo que sus órdenes eran solo asignarle dinero, pero se convirtió en un amigo.

Recostó a Kenneth en una cuna al lado de su cama, buscó un camisón de los pocos que tenía, recordando que no se parecían a aquellos que Henry le dio, eran sencillos, pero muy confortables.

Se quitó las horquillas que sostenían su cabello y con la vela a su lado, pudo observar su rostro cansado y entristecido. ¿Qué había sido de aquella Viola que no tenía tiempo de mirarse al espejo? Vivía a las prisas, no tenía tiempo de entristecerse, en cambio, en ese momento, le sobraba bastante.

Aprendió a acomodarse el cabello con unos rulos de tela, lo llevaba mucho tiempo, pero era lo que más tenía. La vida del campo era en extremo lenta y a veces aburrida. Sin embargo, aprendió a disfrutar de aquella belleza perdida en el siglo XXI.

Se levantó de frente al espejo y tomó uno de los libros que cayó con ella en aquel siglo. Buscaría lo que podía decir sobre Henry, ya que no puso atención en el paseo, además, pasó un año de aquello.

Abrió el libro y mientras lo hojeaba buscando información, terminó rendida.

La molestia en sus senos la despertó cuando casi el sol salía. Durmió pocas horas, pero lo hizo

perfectamente. Tomó al pequeño y le dio pecho. Kenneth dormía mientras mamaba sin parar. Él dejó de molestar durante la madrugada, dormía profundo sin recordar que debía alimentarse.

Con los ojos cerrados, casi durmiéndose de vuelta sobre Kenneth, sintió que su pequeño se desprendió de su seno, satisfecho. Después de unas palmadas en su espalda, lo recostó y ella también se volvió a recostar.

—¡Viola... el niño tiene hambre! —avisó Ethel y caminó con el bebé en brazos.

—¡Estoy despierta! —Se levantó de golpe y miró su alrededor—. Lo siento, pensé que iba a reprobarme por dormirme en el examen... —comentó, se desemperezó para luego ir a limpiar su rostro en la palangana.

—¿Cómo te fue anoche?

—¿Lo preguntas porque estuve en el compromiso del padre de mi hijo? Bien, muy bien. Creo que lo he superado —mintió enjuagándose el rostro.

—Temía que no pudieras hacerlo. Cuando supe que era el compromiso de ese hombre, solo recé por ti.

—Hubieras rezado un poco más, o mejor advertirme para que no fuera.

—Perdóname, querida.

—Ya es un asunto aparte. Además, ¿qué más da lo que ocurra con su vida? En unos días me iré, regresaré a mi casa y será como que nunca existí.

—No quisiera que te fueras...

—Ethel, hoy quisiera hablar con ustedes.

—Siempre estamos disponibles para ti. —Le sonrió con tristeza y le entregó al bebé. Le dolería perder a su querida Viola, no deseaba que se fuera, pero ella ya era mayor para decidirlo.

En la mesa, los tres almorzaban en silencio mientras Kenny reposaba en una canasta sobre la silla, junto a su madre.

—Esta mañana le comenté a Ethel que me iría, Frank. —Miró al hombre cascarrabias que le hacía caras a Kenneth—. Regresaré a mi tiempo. El señor Richmond ha descubierto la forma para que vuelva y, como les dije, tengo compradas unas pequeñas tierras para ustedes, también he ahorrado para que nada les falte, tengo más joyas y vestidos para vender, que se los dejaré como pago al tiempo que me dieron su hospitalidad y me brindaron afecto.

Ethel no podía contener su llanto, otra hija que se le iba y esta se llevaba a su pequeño motivo para seguir adelante.

—¿Con qué derecho te has metido en nuestras vidas y ahora quieres irte? Te llevarás al niño y nos dejarás solos. Te dije, Ethel, que la dejáramos donde estaba, si lo hubiéramos hecho, no estaríamos sufriendo por su partida. —Los labios de Frank se movían constantes, sofocaba aquel llanto que deseaba secundar al de su esposa.

—Lo siento... no pertenezco aquí, debo volver a mi tiempo, yo...

Frank se levantó y salió de la casa, molesto con Viola, a quien adoptó como su pequeña y amaba a aquel niño como si fuera su nieto. Ethel fue a encerrarse en su habitación, dejando a Viola sollozando en el comedor, ante la sonrisa de su pequeño.

—Mamá debe ser fuerte, Kenneth —comentó a su hijo.

Los baúles eran sacados en filas de la residencia del duque de Somerset.

—Henry, ¡¿qué significa esto?! —increpó su madre al verlo bajar, regio. Se acomodaba los dediles.

—Que me voy, madre —respondió con tranquilidad.

—¿A dónde?

—A la hacienda, y usted tiene prohibido colocar un pie en aquel lugar el tiempo que esté ahí.

—¡Soy tu madre y tengo...!

—Soy el duque, y usted obedecerá —la cortó.

—¿Qué no tienes vergüenza?! ¡Vas a casarte, Henry, aun así, vas tras las faldas de esa mujerzuela cuyo protector es el señor Richmond!

—El señor Richmond es el encargado de velar por ella, para eso le pago. Que me case, es algo reversible, no estoy seguro de querer hacerlo —musitó pensativo.

—¡No estarás pensando en humillar a Theresa!

—Humillarla no, dejarla en libertad, sí. —Caminó hacia la puerta, después se giró hacia su madre y emitió—: La amo con el corazón, madre, pero la mandaré a expulsar de la hacienda si llega a aparecerse por ahí, con permiso.

Capítulo 34

Henry subió decidido al carruaje, abandonó de una vez a su madre.

Sentía que debía hacerlo, no porque fuera irresponsable, por el contrario, ella lo sofocaba. Amaba a su madre, pero no comprendía su amor desmedido por Viola. No había podido dormir por culpa de la emoción de haberla visto. Sin saberlo, ella revolucionó sus pensamientos, le arrojó las verdades como piedras en la cara, tal como él amaba.

Sin embargo, la desazón de su amada le pesaba en el corazón. Nunca había sido sentimental, pero ella lo conmovió con sus ardientes reclamos, con sus inequívocas acusaciones, amparada por aquella inteligencia que admiraba.

Si bien su proposición fue indecente, era la salida a una situación desesperada. El calificativo de cobarde se le ajustaba como una calza, estaba entre elegir con el amor o cumplir con su obligación y humillar públicamente a lady Theresa con un abandono a tan poco tiempo frente al altar.

Por primera vez, su moral se debatía con su corazón. ¿Quién desearía casarse con una joven promesa abandonada? Por su causa estaría rezagada a lo que viniera, pero a lady Theresa le quedaba una opción, el hombre que ella amaba. Con un acto sinvergüenza de abandono, los padres de lady Theresa no dudarían en casarla con quien fuera, ese era un aliciente para dejarla sin remordimientos, mas con la debida disculpa al caso. No era justo relegarla a un papel que la misma Viola no aceptaba por orgullo y que Theresa aceptó por desesperación, ¿en qué estaba pensando cuando lo pensó?

Al estar en la hacienda, con la mente despejada, podría decidir sobre el futuro de ambas mujeres. Tal vez Viola aún lo aceptara, pero con una promesa de amor que fuera verdadera.

Aquel día que llegó a la hacienda, se instaló y se sintió libre. Libre para decidir por sí mismo, para enfrentarse a ese ser egoísta y arrogante que tenía dentro. Ese día no insistiría en ir para buscar a Viola, probablemente estuviera roja de ira por lo de anoche y era mejor no exponer su integridad a más insultos de aquella apetecible boca.

Mientras tanto, en casa de los Becher, Viola tenía el tiempo suficiente para leer el libro. Pasaba hoja, tras hoja, buscando el nombre de Henry. Formaba parte de todo lo que estaba en esa galería.

—Aquí está... —Señaló su nombre con la uña y recorrió los párrafos con los ojos—. El 21 de octubre de 1781, contrajo matrimonio en la vicaría de su propiedad en las afueras de Londres —se pausó—, esto es en tres semanas...

Viola tragó saliva y con la congoja a punto de asfixiarla, cerró el libro, lo dejó en un lugar y se alejó de él. No deseaba seguir leyendo eso, no tenía por qué importarle lo que hiciera Henry con su vida, aunque se lo imaginaba casándose en una abadía. Se sentó en la cama y miró a Kenneth, se movía y miraba hacia el techo.

—Hoy no saldremos, Kenny, ni mañana. Es peligroso que te vean conmigo. —Besó la panza del pequeño—. Nos divertiremos aquí...

Ella no se animó a salir, ni ese día, ni el siguiente. Podía oler que Henry la acosaría y si la veía con Kenneth, no sabría qué hacer. No podría ocultar el terrible parecido de Kenny con su padre, el pobre niño era un Beaufort en toda su ley, un rostro serio y raras veces entregaba una sonrisa.

Frank era quien buscaba surtir la despensa. Estaban en falta con las especias y algunas verduras que no cultivaban. Ethel se quedaba a hacer ropas para Kenneth. Asimismo, remendar varias prendas de ella y su esposo. Si bien, ella intentó ayudar a Ethel, una vez más estaba comprobada su inutilidad en

otro rubro, la costura.

—¿No irás por unas bayas hoy? —preguntó Ethel sin mirarla.

—No —respondió sacudiendo algunos de los pocos muebles.

—¿Tienes miedo que el duque te busque y por eso no sales? Antes eras una escapista.

—Lo siento, ¿sí? —refunfuñó y recordó, sonrosada, sus andanzas con Henry.

—No sería capaz de venir aquí después de todo, se casará con otra.

—Créeme, Ethel, es muy persistente cuando lo desea.

—Para haber seducido a una malcriada como tú, no lo dudo.

—¡Ethel! —reclamó airosa soplándose con el plumero y se llenó de polvo.

—Ve a lavarte esa cara, niña

—¡Ya voy! —Arrojó el plumero y fue a buscar la jofaina para enjuagarse.

Ethel sonrió y miró a Kenneth dormido. Era un pequeño muy tranquilo, bastante holgazán.

—Eres un aristócrata —dijo al pequeño y luego regresó para continuar su labor.

Unos golpes en la puerta la hicieron levantarse.

Abrió la puerta, y quedó blanca de la sorpresa, el duque de Somerset estaba parado frente a ella.

—Quisiera ver a... —La puerta se cerró en el rostro de Henry.

—¡Viola! —Corrió hacia donde ella se aseaba.

—¿Qué?

—¡El duque está en la puerta, vino a verte!

Viola tiró la jofaina por la sorpresa.

—¡Kenneth!

—No lo pudo ver, le cerré la puerta en la cara.

—¡Señora Becher! ¿Qué clase de educación es esa? ¡Lerecuerdo que es mi propiedad! —gruñó Henry, molesto por tal grosería.

—¡Dios bendito, Viola! ¡¿Qué haremos?! —

—No podemos arriesgarnos a que Kenneth se despierte. —Caminó hacia la sala, tomó al niño y lo colocó en brazos de Ethel—. Llévatelo a donde está Yrene o quédate cerca, pero Henry no debe ver, ni escuchar a mi hijo.

—¡Por dónde saldré!

—Por la puerta de la cocina. Vete.

—¡Por un demonio, señora Becher! —volvió a gruñir—. Si no abre en...

La puerta se abrió y ahí estaba parada Viola, con el rostro empapado y la respiración agitada.

—Bienvenido a sus tierras, excelencia. —Exageró la reverencia.

Él sacó rápido un pañuelo para ofrecerle.

—Ten... —susurró Henry, enamorado de ese ceño mojado y fruncido.

—No, gracias.

—Lo necesitas.

—¡Le dije que no, gracias! —masculló tirando el pañuelo al polvoriento suelo y luego se secó la cara con los hombros de su vestido—. Listo. ¿Qué se le ofrece?

—Incluso con esa barbarie de modales, te amo.

—¿Ha venido a continuar con sus disparates?

—He venido a que me escuches.

—No voy a hacerlo, no pienso escuchar una sola palabra que sale de esa indecente, manipuladora y calculadora boca que tiene.

—Necesito estar a tu lado...

—¿Y eso qué? ¿Quiere que me coloque a su lado y me pare? —habló cargada de sarcasmo.

—Cuando usted usa la herramienta de los ignorantes, resplandece, mi amada señorita Halley. —
Sonrió con aquel gesto que le arrebató el alma a Viola.

—¡Soy más fuerte que una dulce mueca tuya, excelencia!

—Yo luché contra mis sentimientos hacia ti, pero han terminado consumiéndome, lo mismo sucederá contigo —murmuró tan cerca de ella.

—Me iré y eso acabará.

—No lo hagas...

—Sigues presionándome, Henry, y te juro por Dios que desapareceré y no volverás a verme jamás.

—Promete que, si te dejas en paz, no te irás.

—¡Es ridículo!

—Si te dejas vivir en paz, a ti y a tus tíos, no te irás... ¿Puedes ser capaz de sostener una promesa?

—No tengo por qué hacerlo.

—Piensa en la paz de tus tíos, tierras libres donde vivir, sin arrendamiento...

—¿Sin arrendamiento?

—Más bien, vivirán como hasta ahora, dando nada.

—¡He trabajado duro para pagar esa deuda que tienen contigo, no digas que no te han dado nada! —
se enfadó casi cerrando la puerta por él.

—No era necesario un solo pago si tú estabas conmigo.

—¡Tú me abandonaste, no fui yo quien lo hizo!

—Y me arrepiento, vuelve a mí y ambos seremos felices, Viola.

—¿Cómo puedes pensar en ser feliz escondido como una rata, sabiendo que eres un adúltero? —
Sonrió, cínica—. Mis padres no invirtieron a la nada sus fondos, criaron a alguien de principios que, claro, los olvidé cuando te creí mío.

—Te pertenezco completo, Viola, y tú a mí. Eres rencorosa, tanto que intentaste romper una pintura contra mi cabeza. Fue uno de los momentos donde dudé de tu amor por el arte y no por mí.

—¡Estabas intentando discutirme sobre algo que yo sabía perfectamente, pero ya di las disculpas a eso! —manifestó al cruzar los brazos. Era obvio que no podía romper una pintura valuada en muchos millones de euros, por la insípida cabeza de un hombre que no valía un solo euro—. En fin, vete...

—No sin saber que no te irás.

—¡Haré lo que quiera! Soy mayor de edad, solterona y... ¡y qué diablos te importa!

—Solo, promételo y me iré, te dejaré en paz.

—¡Ja! No nací ayer, al parecer, usted sí. Le prometo no irme. ¿Ya se larga?

—Sí, y muy conforme. —Sonrió y regresó a su caballo—. Fue un placer haberla visto, señorita Halley.

Se lavó la cara sin saber que el caballo de Henry la llenaría de polvo. Se fue con absoluta facilidad y eso era de temer.

Henry era meditabundo. Siempre barajando alguna maldad o frase hiriente dentro de su cabeza.

—Esto está mal —murmuró al cerrar la puerta, entró a la sala para sentarse.

No dejaba de sorprenderse, Henry Beaufort se fue sin robarle un beso y sin rogarle más de una vez, su mente debía estar volando.

Henry dejó a Viola sin más y todo con la intención de que bajara la guardia para evitar que la fiera volviera a salir. Sabía que ella se sentía acorralada, lo veía en sus ojos. Ambos debían dejar reposar sus espíritus en aquel intrínseco pacto de no molestar, una semana sería suficiente.

Esa semana pareció una eternidad, pero estaba haciendo todos los arreglos pertinentes. Su madre le envía una carta por día y en todas, la respuesta fue la misma, «no». No regresaría, no la dejaría pasar y no dejaría a Viola.

Entretanto, envió una carta al señor Richmond, para que viera los preparativos para su boda, aunque la futura esposa era el mayor secreto. No le comunicó a lady Theresa que no se casaría con ella, ni tampoco le dijo a Viola sobre su intención de hacerla su esposa, porque lo decidió bajo la más absoluta discreción, no podía dejarla ir, se dio cuenta de cuánto la amaba y que no podría vivir sin ella.

Colocó solo palabras en una balanza, contra sus actos, y terminó dándose cuenta que sin ella moriría. La sociedad no debía guiar sus actos. La sociedad, como le había dicho su hermano, no estaría en sus peores momentos. Hacer infeliz a una mujer que no lo amaba y que él no amaba, carecía de sentido, teniendo el correspondido amor de Viola, solo debía convencerla de que lo aceptara.

Unos días después, Hamond se encontraba terminando la pintura de Viola y Kenneth, que les dejaría de recuerdo a los Becher una vez que se fueran.

—Ha tardado demasiado en volver para acabar la pintura, señor Richmond —reclamó Viola, posó para el inexperto pintor.

—He estado un poco ocupado, con los preparativos de... —Se calló al recordarlo.

—Los preparativos para la boda de Henry, lo comprendo. Créame, señor Richmond, que es un asunto pasado, el duque no ha vuelto a molestar.

—¿Cree que debería importarle el duque si usted se irá?

—Es el padre de Kenneth.

—¿No cree que merece saberlo?

—¿Para qué le causaría esa pena de mostrarle a su hijo, para luego sacárselo? Es mejor que ignore su existencia, ¿o no lo cree así?

—Tiene razón. Él jamás se perdonaría si usted desaparece con su hijo, ni la perdonará.

—Es por eso que lo prefiero de esta forma.

—¡Aquí está! —Sonrió Hamond mostrándole la pintura terminada. Viola se acercó y vio que ese hombre en realidad tenía demasiado talento.

—¡Esto es hermoso, tiene usted un talento incuestionable!

—Es menos cuestionable que mi talento con el piano.

—Disculpe por no poder acabar sus clases.

—Quizás aquella anciana señora que hoy yace en una cama, aún pueda enseñarme algo. —Colocó el lienzo en su lugar.

—Gracias. —Lo abrazó—. Ha sido un buen amigo, pese a su crueldad. Nadie es perfecto.

—La extrañaré, espero sea muy feliz. Escribiré unas memorias sobre usted.

—Espero que no queden en su caja fuerte —lagrimeó sintiendo que aquel era un adiós definitivo.

—Tengo los medios para hacer volar mi imaginación...

—Parece un hombre de mi generación. Espero algún día cruzarme con sus descendientes.

—Si los tengo.

—Será feliz, tal y como lo seré yo con Kenny.

Aquella tarde tomaron un té y Viola le regaló su libro que trajo, al igual que le dio su reloj, por si no lo volvía a ver.

Viola bajó completamente la guardia, Henry no la molestó en casi una semana y media, por lo que volvió a salir con dos canastas. Una contenía a Kenneth y lo protegía del sol, la otra estaba vacía para la fruta.

Desde una colina, Henry observó a Viola caminar hacia el bosque. Ese era el camino que tomaba para ir al arroyo.

—Te tengo, Viola —expresó con suficiencia. La alcanzaría en el arroyo para darle una sorpresa.

Viola recogió varias frutas silvestres y las metió en la canasta vacía. Ella sonreía campante mientras escuchaba a Kenneth gorjeando tapado bajo la tela.

—Mami intentará por última vez pescar algo. Y le contará a tu abuelo Kenneth Halley, que yo, Viola Halley, pude cazar sin una miserable caña de pesca.

El día estaba agradable y una brisa fuerte refrescaba el ambiente, hacía placentera su caminata hasta el arroyo.

Bajó las dos canastas bajo aquel árbol donde su hijo probablemente fue concebido. Se dobló las mangas del vestido, tomó su enorme cuchillo para colocarse entre las piedras y esperar lo inesperado.

Henry la vio recostada e iba a sorprenderla.

—¡Kenneth, aunque no lo creas, estos animales son superiores, tardaré un poco, no vayas a llorar, asustarás a tu madre y a los peces! —comunicó en voz alta hablándole a su hijo.

Confundido, miró a todas partes y sigilosamente para saber a quién le hablaba, se acercó a la canasta cubierta, levantó la manta y vio al niño. Su corazón latía desenfrenado, ya había visto a ese niño antes, claro, aquellos ojos eran de Viola, su cabello encrespado también, pero era tan parecido a él, su rostro serio era inconfundible.

Ella ocultaba a ese pequeño que era su hijo.

Capítulo 35

Henry retrocedió varios pasos para esconderse de vuelta en los matorrales. Debía saber más sobre Viola y el niño, su hijo.

—Kenneth, mamá va a pensar en otra estrategia de caza. —Se levantó y luego se acercó al niño—. Usaré mi delantal para cazarlo, ¡no se me había ocurrido antes!

El niño solo la miraba con seriedad, no emitía sonidos. Se encontraba satisfecho y tranquilo, tampoco hacía nada divertido.

Ella planificó utilizar su delantal como una red de pesca, estaba segura que Frank estaría orgulloso que llevara un pez decente para la cena. Miró a su pequeño y este no hacía nada.

—Kenny, a veces me asusta tu parecido con Henry, muéstrame una sonrisa, muéstrale una sonrisa a tu mami, querido... —Le tocó la panza con un dedo, el niño le mostró las encías y su lengua blanca por la leche—. ¡Ese es un Halley!

Viola, al dejar sonriente a su hijo, se regresó para continuar la caza.

Henry, mientras tanto, después de escuchar cada cosa que le dijo a su hijo, y luego mencionar su nombre, estaba completamente seguro que aquel niño, al que cargó en casa de su hermano, era su hijo. Miró a Viola con cierto recelo. La amaba, intentaba enmendarse. Sin embargo, ella le ocultaba a su hijo. Si bien, no podía culparla por eso, como mínimo debió informar sobre el niño, que se encontraba en situación de bastardía.

Aquel hecho solo acrecentó sus deseos de no casarse con Theresa, sino con Viola y evitar que se fuera lejos y se llevara a su hijo.

Después de echarle una última mirada al infante, decidió encarar la situación en otro momento. En ese instante no podía pensar, solo quería restituir la legalidad de su hijo y heredero.

Buscó su caballo, se montó en su lomo, pero no tenía rumbo.

Cabalgó dejando que su mente lo llevara a donde debía y era una gran bendición que haya llegado a la casa de Rupert.

Bajó rápidamente y le arrojó las riendas de su caballo al asustado mozo que lo vio con el rostro furibundo.

—Excelencia... —saludó el mayordomo.

—¿Dónde está ese desagradecido?

—¿El conde, excelencia?

—¡Quién más sería el desagradecido que vive aquí!

—¿Qué son esos gritos? —preguntó Yrene y luego vio al duque—. Excelencia...

—Es un placer verla, milady. Exijo ver a Rupert.

—Rupert está en el campo, debía hacer unas rondas...

—No intente tomarme por tonto, lady Yrene. Han estado cometiendo una barbarie a mis espaldas, me siento traicionado por mi hermano.

—¿A qué traición se refiere? —consultó consternada por la acusación.

—Esconder a mi hijo, dejar que viva en la miseria. ¡Qué cree he hecho con Rupert! ¡Le di el lugar que merecía, aun así, me apuñala por la espalda secundando a Viola para que no me deje ver a mi hijo! —se exaltó y caminó por el recibidor.

—Viola es mi amiga, debía apoyarla cuando usted la abandonó y jugó con ella —reclamó—. Si

viera la cara de sorpresa de la pobre al saberse sola y embarazada.

—¡Me lo hubieran informado!

—¡Es usted el desagradecido, cuidamos de su hijo y a la mujer que usted se jacta que ama! ¡Usted no estuvo en el casi lecho de muerte de Viola! —replicó Yrene, alterada—. ¡Trajimos a su hijo, le conseguimos una nodriza, lo amamos como si fuéramos sus padres, mientras Viola yacía con pulmonía después de dar a luz prematuramente! Todo eso sucedía mientras usted estaba comprometido, teníamos el permiso de comunicar sobre el niño si ella moría.

—¿Estabas gritando, Yrene? —preguntó Rupert, miró extrañado a Yrene. Desde que se habían enamorado, ya no la volvió a escuchar gritar—. Henry...

—Los dejo para que hablen. Persuada a su hermano, milord, que es un desagradecido. —Alzó la nariz antes de retirarse enfurecida.

—¿Qué le hiciste a mi esposa, Henry?

—Me ocultaron al Kenneth —dijo sin rodeos.

—¿Qué querías que hiciéramos? Viola es su madre, nosotros no podemos meternos en su vida. Ella no desea que su hijo tenga contacto contigo y yo la apoyo.

—Sin duda, estoy enojado. Lo tuve en mis brazos —recordó mirando sus manos.

—Es mejor que olvides a Kenneth y a Viola, se irán muy pronto. Ella no dijo a dónde, pero es probable que no regresen.

—¿Crees que renunciaré a Viola y a mi hijo?

—Renunciaste a su amor por continuar el buen nombre de los Beaufort. Pisoteaste su corazón, Henry, y ahora te presentas indignado frente a nosotros. Eres un egoísta.

—Aún no has visto lo egoísta que puedo ser, Rupert —acotó—. Discúlpame con milady y gracias por haber cuidado de mi hijo.

Henry hizo un gesto de respeto y salió de vuelta a buscar a su caballo.

Ignoraba todo lo que ocurrió con Viola, el nacimiento de su hijo y la posible muerte de ella. Todo lo vivió sola, pero era culpa suya por no asumir desde un principio su amor por esa mujer.

Si no se hubiera ido a Escocia, por creer que la estirpe era más importante que el amor, todo sería diferente. Estaba seguro que, al conocer de ese embarazo, él estaría postrado a los pies de Viola. La mujer que lo amaba, y a quien amaba, le dio un hijo, era una emoción incontrolable.

Su caballo aquel día recorrería largas distancias, pues volvería a la casa de los Becher para enfrentar a Viola.

Con el pescado, las bayas y Kenneth pesando de ambos lados, caminaba con tranquilidad hacia su casa que estaba muy cerca, cuando vio que un jinete apresurado se acercaba hacia ellos.

A medida que se acercaba, podía darse cuenta que era Henry cabalgando a toda prisa. El corazón se le atascó en la garganta.

—Kenneth, por favor, no hagas ruidos —murmuró hacia la canasta cubierta.

Henry se arrojó frente a Viola, apresurado, despeinado y sudoroso, la observó y señaló la canasta cubierta donde estaba el niño.

—¿Qué tienes ahí?

—Llevo pan —respondió intentando serenarse.

—¿Pan? El pan no se da en los árboles. Pensé que sería una respuesta más inteligente.

—¿Cuál, por ejemplo, según su excelencia? —Sostuvo la mirada de Henry.

—La verdad. Que ahí llevas a mí hijo —acusó con enojo.

Estaba helada. ¿Cómo supo sobre Kenneth? ¿Cómo podría seguir negándolo?

—Ha enloquecido, excelencia. No sabía que el rechazo de una dama podría llevarlo a la demencia... —respondió, trémula.

Un gruñido gutural escapó de la garganta de Henry, que sorprendió a Viola, y sacó la manta de la canasta.

—¡Ahora, niégalo! —espetó arrojando la manta al suelo, dejó descubierto al niño. Ella retrocedió para evitar dar explicaciones, pero no podía escapar—. Hable con inteligencia, señorita Halley —exigió.

—No es su hijo, es mío —defendió sin mucha convicción.

—¡Incluso yo puedo verme en él! ¡Inventa otra cosa!

—¿Qué desea de mí?!

—¿Por qué me ocultas a mi hijo!?

—¡Porque no tiene sentido que se lo diga! ¡Es un bastardo, podría ser una mancha en la perfecta vida que piensa construir!

—¡No vuelvas a llamar bastardo a mi hijo, su situación cambiará!

—Comprende algo, Henry —respiró, buscó serenarse—. La situación de mi hijo no cambiará. Nos iremos muy pronto y espero que no nos molestes.

—¿Pensas que voy a dejar que te vayas con él, sabiendo que es mi hijo y que tú me amas? No te lo pienso permitir.

Podía notar la vehemencia en las palabras de Henry, pero no caería en su juego una vez más. En su momento, también declaró su amor con tal sentimiento, que creyó sería eterno. Sin embargo, frente a ella estaba un hombre comprometido e inmoral, diciendo las sandeces que tanto le gustaba escuchar, lo que Henry olvidó era que Viola cambió gracias a él y en ese momento debía poner fin a ese sentimiento llamado *amor* que los unía, no importaba si mentía, no le haría daño a un hombre como él.

—¿Que yo te amo, Henry? ¿De dónde se te ocurre, quién podría seguir amándote? —inquirió, incrédula—. ¿Cómo podría amar a alguien que me ha decepcionado y jugado con mis sentimientos como usted?

—¿Quieres engañarme con eso? Sabes que nos amamos, Viola —acusó.

—Lo único que hoy nos une es Kenneth. Yo he dejado de amarte —sentenció sosteniendo su mirada y alzando la barbilla.

—Eso no es cierto. —Se apoderó de los labios de Viola, que sufría el dolor de aquel beso que deseaba corresponder, mas su fuerza de voluntad sería mayor.

Lo empujó y frente a él, se limpió la boca con la manga de su vestido.

—No vuelva a hacerlo, me revuelve el estómago —pronunció con frialdad.

—¿Lo haces para que me aleje de ti? Fue algo ofensivo el desprecio a mi beso. No obstante, soy capaz de entender tus estrategias, no te dejaré ir.

—¿Quiere que lo hiera en su orgullo? No tengo un arma lo suficientemente grande para matar algo del tamaño de su orgullo. Váyase, y déjeme en paz. Usted tendrá sus propios hijos, no quiera al mío, olvídense de Kenneth y de mí. —Viola estaba en plan de ataque y él no se quedaría atrás.

—¿Es lo que deseas, Viola?

—¡Lo deseo, quiero que te desaparezcas de mí vida!

—Despareceré de la tuya, pero regresaré por mi hijo.

—¡No tienes derecho! —exclamó llena de ira—. ¡Me dijiste que no era digna de llevar un hijo tuyo en mi seno!

—Estaba equivocado. Nuestro hijo es la creación más hermosa que haya visto, y eso se lo debo a usted y a su belleza.

—¡No me salgas con esas cosas, no me quitarás a Kenneth!

—¿Temes que lo haga? Pues ve preparándote, es mi hijo y tengo más derecho que tú sobre él. Una vez que comunique al rey sobre su existencia, ten por seguro que no habrá forma que salgas de

Inglaterra con él.

—¿Estás amenazándome?!

—Solo respondo a tu agresión.

—¡Vete! —gritó llorosa, aún quedabandías antes de irse y temía que se llevara a Kenneth.

Frank, desde la casa, escuchó el grito de Viola. No dudó un segundo, quitó su arma, cojeando se apresuró a ver lo que sucedía. Al llegar a la colina, vio al duque frente a ella y las dos canastas al costado. Al parecer, ya sabía sobre su hijo.

—Juegue sus mejores cartas. Ha despreciado mi amor, señorita Halley, y en virtud de tal acto, se ha ganado un enemigo

Un disparo se oyó, hizo eco en aquel valle.

—¡Aléjese de ella, excelencia! —masculló Frank, apuntando a Henry con su arma—. ¡Muy poco importará que sea un duque, si está molestando a Viola!

Viola tomó las canastas, corrió y se colocó detrás de Frank.

—Es arbitraria su posición, señor Becher, siendo usted mi arrendatario —dijo Henry, gélido por la intromisión.

—Ya nos iremos de aquí pronto, no tendrá que correrlos. Váyase y deje en paz a Viola.

Kenneth comenzó con un llanto fuerte, tanto griterío lo hizo despertar. Al escuchar el llanto de su hijo, Henry prefirió retirarse.

—Volveremos a encontrarnos, Viola. Y aquí mismo te juro que no te irás...

Se montó en el caballo y se fue a todo galope.

—Gracias, Frank. —Lo abrazó

—De nada, niña. Además, ya tenemos las tierras que compraste, no hay que temer. Anda, toma al pequeño, que no siga llorando.

Estaba asustada, Henry no tomó a bien su mentira y era un hecho que no creyó una sola palabra. Aún debía estar unos días, la luna estaba recién empezando y no se volvería llena tan pronto. ¿Cómo lo mantendría alejado?

Ardía furioso como las llamas consumiendo una casa. Viola era testaruda como una mula, pero bien le haría tragarse cada mentira que le dijo. No iría ante el rey, todavía. Lo haría después que ella se casara con él. No desistió de esa idea, por más mentiras que le dijera ella.

Sus amenazas eran vacías. Se sintió tentado a reaccionar, era un ser humano lleno de defectos, queriendo construir algo, en ese momento, quería una familia y Viola se negaba a cooperar.

Después toda la amargura, le haría probar las mieles de su amor para siempre, demostrándole que no eran solo palabras. Llenaría su vida de las hermosas obras que tanto amaban, de las simplezas que gustaban y del tiempo que disfrutaban, después de conseguir el perdón por responder al ataque de Viola.

Llegó a la hacienda y se encerró en su despacho, empezaría la carta de disculpas a lady Theresa. Faltaban solo cuatro días para lo que sería el matrimonio, cuando Henry recibió una escueta esquela de parte del personal de su casa en Londres. La duquesa enfermó de vuelta y según afirmaba el mayordomo, los días de su madre estaban contados.

Estaba seguro que, por todo Londres, pronto recorrería la ruptura del compromiso entre él y lady Theresa, su madre debió enterarse por la familia del conde y enfermó. Dejó la nota sobre el escritorio. Estaba decidido a curar por siempre los males de su madre y eso solo lo podría hacer una persona, Kenneth.

Tocó la campanilla y pidió que le llevaran el carruaje hasta las cercanías de la vivienda de los Becher.

Viola se encontraba cortando verduras en la cocina, acompañada de Kenneth, que tenía una pequeña

goma en su boca.

—¡Viola, agarra a la gallina! —ordenó Ethel, quien debía buscarla del gallinero, pero se le escapó.

—¡Voy! —Se secó las manos por el delantal, se acomodó las prendas y salió corriendo tras el endemoniado almuerzo con plumas.

Después de un largo trecho, logró alcanzarla, demostró que su estado físico no era tan lamentable. Se lo entregó a Ethel, quien la desnucó esperando a que muriera para sacarle las plumas en el agua caliente.

Después de secarse el sudor y lavarse las manos, volvió a la cocina.

—¡Kenneth! —gritó asustada al no ver a su hijo en donde lo dejó.

Corrió llorando desesperada por cada habitación de la pequeña casa, su hijo desapareció.

Capítulo 36

Moría de la angustia mirando a todas partes.

—¡Kenneth, Kenneth! —gritó, mientras buscaba y buscaba.

Tan solo se fue unos minutos y alguien se llevó a su hijo.

—¡Qué sucede, Viola! —se apresuró Ethel ante el llanto desesperado de Viola, que revolvía la casa.

—¡Kenneth no está! ¡Por Dios, Kenneth!

Ethel se tomó el pecho y luego tapó su boca.

Entretanto, subiendo la colina, el hijo de uno de los mozos de la hacienda, llevaba a Kenneth en sus brazos hasta el carruaje de Henry, donde lo esperaba ansioso.

—Excelencia, aquí está —indicó el niño de unos diez años.

Él tomó a su hijo en brazos. La emoción de volver a cargarlo era indescriptible. Su corazón se sentía gozoso y la sonrisa de su rostro no desaparecía.

Dejó un beso en la frente de Kenneth y metió un brazo en la levita.

—Aquí tienes. Debes ser inteligente, te he dado mucho. Recuerda ir junto a la madre del niño y dile que le devolveré al pequeño muy pronto.

—Por supuesto, excelencia —se despidió el pequeño, feliz con su bolsa llena de monedas.

Subió al carruaje y partió rumbo a Londres. Mecía a su hijo con afecto. En algún momento pensó que no tendría ningún sentimiento hacia un vástago suyo. Sin embargo, Viola le demostraba que podía amar, tenía mucho afecto para repartir. Kenneth era especial, tan pequeño, frágil y desvalido. ¿Cómo no amarlo? Veía a Viola en esos enormes ojos y a él por aquella boca sin mucha gracia.

Sabía que le esperaba la ira de Viola. Indudablemente, tenía sus días contados por tomar a Kenneth, pero no accedería a dárselo y se lo pedía. Optó por la peor salida de todas: el secuestro de su propio hijo. Todo obedecía a conseguir la sanación y aprobación de su madre para el matrimonio que tenía pensado para Viola.

Su hijo despertó y recorría con la boca las prendas de Henry, buscaba a su madre.

—Pronto estaremos con ella, Kenneth. —Le sonrió—. Yo soy tu padre. Siento no haberme presentado antes, estabas dormido.

Kenneth bostezó enseñándole su pequeña lengua blanca.

—Eres muy pequeño, pero serás tan grande como yo algún día.

El niño parecía tomarlo en burla, reía con fuerza al observarlo.

Con esa pequeña vivencia, estaba más que convencido que no quería alejarse de ambos.

Cuando el carruaje se detuvo, Henry bajó frente a su residencia en Londres. Los curiosos no paraban de observar lo que llevaba en brazos, pero él simplemente hizo como que no los vio.

—¿Y mi madre? —preguntó al hombre de la entrada.

—En su habitación...

Subió las escaleras con el niño en brazos. Tenía dos opciones: mataba a su madre o conseguía su aprobación para el matrimonio.

Abrió la puerta y su madre, con su cabello matizado sobre las almohadas, se giró hacia la puerta que se abría.

Henry cruzó el umbral, para ella solo existían los lamentos y reclamos.

—¡Cómo pudiste abandonar a Theresa a pocos días de la boda! ¡Qué humillante, pobre muchacha!
—reclamó al verlo pasar.

—Buenas tardes, madre. Tengo una razón de peso para haberlo hecho. —Se acercó a ella—. Abra los brazos —ordenó.

—¿Qué tienes ahí? No estoy para juegos, me voy a morir de decepción.

—Vine a reavivarla, a darle fuerzas y a pedir su apoyo, madre. Tome lo que tengo en brazos.

Ella extendió los brazos, sintió cómo la ligereza de las telas tocaba su piel.

—¿Un niño, Henry?

—No es cualquier niño, es mi hijo con la pianista. Su nombre es Kenneth. —La duquesa estaba sin habla. Miró a su hijo y luego al niño—. Kenneth no es solo la razón por la que no me casaré con lady Theresa, sino la razón verdadera es mi amor por la madre de mi hijo —pronunció—. Ella me ocultó al niño desde que nació, Rupert y su esposa han estado apoyando el cuidado de Kenny. —Su madre no apartaba la mirada del niño. Sus ojos se llenaron de lágrimas que estaban por salir—. Amo a Viola. Deseo profundamente que usted autorice y participe en el matrimonio que estoy preparando para ella. No tuve otra opción, más que mostrar por qué he confesado mi amor con desesperación a la mujer que usted odia sin razón. Es fuerte y decidida, si hubiera sido aprovechada, me habría restregado al niño exigiendo lo que por derecho le correspondería. Siempre ha estado equivocada.

—La amas —sollozó su madre.

—Más que a nada —aseguró.

—Yo cargué a este niño en casa de Rupert. ¡Si sabía que era mi nieto, me lo traía inmediatamente aquí, conmigo! —lloró al abrazarlo—. ¡Es un Beaufort!

—Indudablemente. —Sonrió con suficiencia.

—La señorita Halley tiene mi aprobación para desposarte. Me ha dado el regalo más perfecto, un nieto.

—La señorita Halley me dio más que un hijo, me dio el alma, madre...

—Lo siento por haberte obligado a un compromiso con lady Theresa, sabiendo que amabas a la señorita Halley. No estaríamos en esta embarazosa situación si no te hubiera presionado —lamentó.

—No importa. Hay que seguir al frente.

Los Becher intentaron contener a una desesperada Viola. Estaba a punto de quedarse sin lacrimales, hasta que golpearon la puerta. Ella corrió hacia la puerta con la esperanza que le devolvieran a Kenneth.

—Buenas tardes —saludó un niño en su puerta Viola dirigió sus desesperados y llorosos ojos a él —. Solo vengo a decirle que el duque promete devolver al niño pronto.

—¡Henry Beaufort! —exclamó con fuerza, cerró la puerta en la nariz del niño—. ¡Desgraciado!

—Calma, Viola, está con su padre —soltó Ethel.

—¿Con su padre?! ¿Con qué permiso se lo llevó?! ¡No sabe que casi muero de un infarto!

—Si llegaba aquí, tendría un plomazo. Entiendo que se lo haya llevado en secreto.

Ella volvió a abrir la puerta.

—¿Dónde está? —le preguntó al niño.

—Está en Londres, en su casa.

—Frank, usará tu carreta, y no solo será para traer a mi hijo, atropellaré a Henry sin compasión.

Tomó algunas cosas, las metió en un bolsón y en la mochila. Ella no regresaría a casa de los Becher después de recuperar a su hijo.

En Londres, la duquesa se levantó de la cama para pasear a su nieto unos minutos antes que se fuera.

—Es tan ligero —opinó mientras lo arrojaba.

—Nació antes de tiempo. Debo llevármelo, lo tomé sin permiso de Viola.

—¡Henry, te robaste a tu hijo!

—No pude hacer otra cosa. Me ha prohibido verlo y acercarme.

—Pobre mujer, debe estar desesperada.

Unos golpes desesperados hicieron sonar la puerta.

—¡Abran ahora! —gritó Viola, hizo que todo ser vivo en la calle Mayfair la mirara—. ¡Henry Beaufort, duque del infierno!

—¡Háganla pasar antes que esto sea un escándalo mayor! —exigió la duquesa.

Ni bien el mayordomo abrió la puerta, Viola se paró en medio del recibidor. Muy poco le importaban sus fachas. Divisó a Henry parado cerca de su madre que cargaba a Kenneth.

A grandes pasos, Viola se acercó a Henry y sin mediar palabras, le dio un diestro puñetazo en el rostro.

—¡Nunca vuelva a hacer eso! ¡No lograré quitarme a mi hijo! —gruñó viendo cómo Henry se tomaba el lado afectado del rostro.

—¡Henry! —se escandalizó su madre ante tal agresión.

—Lo merezco, madre. He de aceptar lo que tiene para decir.

—Disculpe mis modales, excelencia —se acercó a la duquesa, colocó los brazos para que le entregara a su hijo—. Sabrá comprender el dolor de ver desaparecido a un hijo.

—Perdone a mi hijo, tuvo un arrebatamiento indebido —se disculpó entregando al niño.

—¡Oh, Kenny! —sollozó sobre él—. ¡Qué susto horrible me has dado!

—Lo siento, Viola.

—No quiero oírte. No deseo saber de ti.

—Escúchelo, señorita Halley. Mi hijo tiene sentimientos sinceros por usted y la gran causante de su separación soy yo. Espero algún día pueda perdonarme.

—No se preocupe, excelencia. Usted no tiene culpa de que su hijo fuera quien me rechazó por no tener la voluntad suficiente para anteponer su amor, antes que sus obligaciones. Ahora, con permiso, me retiro.

—¡Viola, espera! —rogó Henry.

—No voy a escuchar nada más de ti. Creo que, con haberte llevado a mi hijo sin mi permiso, fue suficiente para sentenciarte. —Le dio la espalda y fue hasta la puerta para salir.

—Necesita tiempo, Henry. Está furiosa —expresó la duquesa tocando el brazo de su hijo.

—Creo que esto no se le pasará con facilidad.

—¿Dime en qué puedo ayudar para que se casen pronto? Urge tener a mi nieto conmigo.

—Será en tres días, en la vicaría de la hacienda.

—¿Con el vicario? Pensé que te casarías aquí.

—No haré grandes derroches. Viola no lo aprobaría, por eso escogí ese lugar.

—¿Y su vestido? ¿Y los invitados? ¡Es tu boda!

—Con que estén tú y los señores Becher, será suficiente. El vestido ya está listo, he pensado en todo.

—Y todo lo hiciste a mis espaldas.

—Como debía ser. Era solo mi decisión —afirmó mientras limpiaba la sangre que le salió por un costado de la boca.

Viola salió con el niño en brazos y subió a la carreta.

—Andando, Frank. Ya no quiero estar aquí.

—¿Regresamos a casa?

—No. Llévame con la única persona que puede ayudarme ahora.

Llenó de besos a Kenneth, hizo que su ira disminuyera. Su puño le dolía, pero en ese momento no

había sentido nada, solo rabia e impotencia.

Llegaron hasta la residencia del señor Richmond y Frank la ayudó a bajar sus pertenencias.

—No me iré sin despedirme de ustedes —reveló viendo a un triste Frank.

—Esto es lo más seguro para ti, aquí el duque ya no te encontrará.

—Esa es la idea, hasta que el portal se abra.

Frank tocó la puerta y esperó.

—Señorita Halley —dijo Gilbert al abrirle la puerta.

—¿Se encuentra el señor Richmond?

—Sí, está en su despacho. Pase.

—Hasta aquí llevo, querida. Deja que me despida de Kenneth —pidió Frank besando la mano del bebé—. Ve con Dios, pequeño.

—Te veré pronto, cariños a Ethel.

Gilbert tomó las cosas de Viola y las metió dentro de la casa.

Hamond, al escuchar la voz de Viola, salió de su despacho y la vio parada con varios bultos al lado.

—Señorita Viola.

—Necesito asilo, señor Richmond.

—Esta siempre será su casa.

Él la había recibido y acomodado en la habitación que le cedió por mucho tiempo. Ahí se refugiaría hasta el día previsto. Henry era muy peligroso para la seguridad de su hijo, no confiaba en él porque podría sacárselo y ella nada podría hacer. Las mujeres no tenían demasiados derechos en ese entonces, si estaban en su tiempo, estaba segura de que las leyes la ampararían.

Henry permaneció en Londres junto a su madre para que ella terminara de organizar la pequeña ceremonia que aún carecía de una novia que vistiera el vestido que mandó a confeccionar para ella.

Conocía cada detalle de su figura y, sin más, diseñó el vestido que debería utilizar, basado en ella y su simpleza. La tentación de salir a buscarla, lo carcomía, pero debía ser más prudente. Lo que efecto, solo hizo hervir el carácter de su dulce Viola, que terminó como un caramelo quemado.

Al día siguiente, se levantó de aquella cama, decidido a solucionar todos sus problemas y si hacía falta casar a Viola por la fuerza, lo haría. Sabiendo lo testaruda que era, lo rechazaría por siempre, mas lo amaba y en algún momento alcanzaría su perdón. Ese pensamiento lo hacía perseverante en su objetivo.

—Terminó la espera —sentenció Henry—. Iré por ellos.

—Ten tacto, Henry.

—Será lo que Dios permita, espero que quiera la felicidad de ella y la mía.

Abandonó su residencia, partió en carruaje a casa de los Becher para buscar a Viola y llevarla a su nuevo hogar, la hacienda.

Viola estaba sentada tomando un té. Entretanto, esperaba a que el señor Richmond terminara unas anotaciones en su cuaderno.

—El té se enfría —informó Viola.

—Ya casi. —Se levantó con el anotador en la mano.

—Deje eso un minuto. Ya entiendo por qué mi madre odiaba el celular en la mesa.

—Solo es un pequeño cálculo. La luna es visible de noche, pero también está ahí de día...

—¿Y eso?

—El portal puede estar abierto en este momento. Le sugiero que tome ese aparato y vea si es correcto.

—¿Es posible?!

—Vaya por él, y lo comprobaremos.

Se levantó de la silla, se fue directamente a la habitación para buscar el celular. Lo rebuscó en la mochila hasta hallarlo.

Volvió al despacho y se sentó.

—Estoy nerviosa —murmuró.

—Enciéndalo.

El aparato parecía tardar una eternidad.

—¡Una señal! —indicó frenética—. ¡Está abierto! Y ahora sin señal —masculló, decepcionada.

—Lo que importa es que ya está listo.

—Prepararé a Kenneth y también me vestiré para ir a mi hogar, parecería loca con un vestido de estos.

—Vaya, le prestaré el carruaje.

—Nunca terminaré de agradecer por todo.

—La extrañaré mucho.

—Yo también lo extrañaré —dijo Viola tomando la mano de Hamond y luego se retiró a tomar un baño y bañar a Kenneth.

Era un sentimiento indescriptible tener la esperanza de volver a su casa, con su madre, su padre y hermano. Tenía que pensar en una historia excelente para justificar a Kenneth.

Henry ya casi llegaba a la casa de los Becher, cuando sacó de su bolsillo el anillo que lady Theresa le devolvió dentro de un sobre, con una pequeña esquila agradeciéndole su libertad.

Aquel anillo iría en el dedo de Viola.

Al llegar, sin perder el tiempo, tocó incesante la puerta.

—¡Quién toca como burro! —se quejó Frank yendo para abrir.

—Señor Becher.

—¡Ethel, trae el arma!

—No vine a causar disturbios, señor Becher.

—¿Y entonces a qué ha venido?

—Quiero ver a Viola.

—Ella no se encuentra aquí. Se ha ido.

—¡¿Cómo que se ha ido?! ¡Hable!

—No tenemos por qué decirle nada. Váyase.

—¿Ha dejado Inglaterra?

—Aún no, pero lo hará pronto.

—Está cometiendo un error al solaparla, señor Becher —declaró impotente. ¿Dónde la buscaría?

Partió de regreso a Londres. Tenía un solo lugar dónde averiguar, su administrador.

Viola agitó las manos desde el carruaje, iría a despedirse de los Becher, aquel ciclo juntos concluyó.

—Conocerás a tu abuelo Kenneth, se llama igual a ti; tu abuela Aurelia es muy buena, no entremos en detalles sobre tu tío Vicent, espero que no se parezcan en nada.

Tardó una hora y un poco más en llegar hasta donde estaban los Becher, ya estaba oscureciendo.

El celular le mostraba una señal más alta y comenzaba a vibrar recibiendo mensajes de texto.

Entró a la casa, sorprendió a los Becher.

—Llegó el momento, vine a despedirme —anunció Viola con la misma ropa con la que llegó.

Ethel no pudo contener sus lágrimas y la abrazó.

—Eres como una madre, Ethel. Gracias por cuidar de mí.

No podía pronunciar una respuesta, solo estrujaba a Viola.

Frank las miraba con lágrimas, ya no volvería a ser padre.

—Ven, mi padre cascarrabias —pidió Viola llorosa y sonriente, abriendo los brazos. Él no acudió y ella se acercó a abrazarlo con fuerza—. Eres un verdadero padre, Frank. Prometo jamás olvidarlos — musitó y quitó del bolsillo de su abrigo, su carnet de conducir y se lo puso en la mano.

—Adiós, mi querida niña.

En Londres, Henry bajó de su carruaje y nervioso golpeó las puertas de la casa de su administrador.

—¿Excelencia? —preguntó Hamond—. Pase.

—Disculpe que lo moleste, señor Richmond, estoy buscando a la señorita Halley.

—Ella no se encuentra aquí.

—Entonces es cierto que huyó con mi hijo —lamentó con la mirada perdida.

—Solo sé que se irá y no volverá.

Henry iba a retirarse de la casa, pero se volteó para ver a Hamond.

—Señor Richmond, espero no haya pagado nada del matrimonio que sería en dos días. Tome — indicó dándole el anillo—. Sin mujer no hay matrimonio.

—¿Y lady Theresa?

—La he dejado en libertad. Hace tiempo decidí que no me casaría con ella, sino con Viola. El matrimonio que usted estaba planeando era el mío con Viola.

—¿Lady Theresa es libre?

—Vaya por ella, lo aceptarán sin dudar. Era la única forma en que la dejarían casarse con usted.

Hamond no podía contener la sonrisa, pero debía ayudar al duque.

—Viola estuvo aquí, regresará a su tiempo, hoy.

—¿Qué dice?

—Está a tiempo de alcanzarla. Irá a la hacienda.

—Viola es creativa, no existen los viajes en el tiempo.

—Se lo voy a probar. —Hamond tomó el libro que le dio Viola, lo abrió en la primera página—. Estas fueron las fechas en que se prestaron los libros de la biblioteca. Mire las fechas y el nombre de Viola. Toque las hojas y mire el año de edición del libro. —Incrédulo, Henry lo tomó y miró con atención. El año de edición del libro era 2005 y que Viola lo pidió prestado en el 2009—. También me dio su reloj. —Se lo acercó. También tomó el reloj de cuero marrón, era para colocarse como una pulsera—. No pierda el tiempo pensando en si es o no verdad, ella se irá porque no soportará verlo casado—. Tome. —Le devolvió las cosas—. Vaya pronto, el portal está abierto en la pintura de usted, la que le hizo Ramsay.

—Sabía que aquel arlequín me iba a dar más que un espasmo.

Fue hasta el carruaje y con aquel no llegaría rápido. Quitó los tiros del carruaje y tomó uno de los caballos, no podía perder a Viola.

Viola agradeció al cochero del señor Richmond por haberla llevado, caminó con su mochila en la espalda y su hijo en brazos, para entrar a la residencia de Henry e ir hasta la pintura. Miró si alguien estaba cerca y probó una de las ventanas.

—Es tu día de suerte. —Sonrió para sí.

Metió un pie y luego el otro. Volvió a mirar a todas partes, luego hizo guardar silencio a Kenneth, colocando un dedo en sus labios.

A hurtadillas, llegó hasta la biblioteca donde reposaba el retrato de Henry.

Estar una vez más frente a la pintura, era agobiante. Se tomó unos segundos para darle luto a todo lo que vivió.

La señal de su teléfono era óptima. Era el momento.

—¿Quieres jugar, Kenneth? —preguntó Viola tomando los puros de Henry—. Estoy segura de que deben ser caros.

Arrojó cada puro hasta acabarse la caja. Se sorbió la nariz para dejar de llorar, cuando su celular comenzó a sonar y se apresuró para atender.

—¡Kayla! —voceó al contestar.

—*¿Viola, Diosmío?! ¿Dónde estás?!*

—*En 1781, es una larga historia!*

—*¿Cómo hagopararegresara Escocia?*

—*¿De qué hablas?! ¡Yo quiero largarme de aquí!*

—*¡Quiero vera Evander!*

—*¿El escocés? ¡Eras su prometida!*

—*¡Dime cómo regreso!*

—*¡Yo quiero regresar! ¿Dónde estás?*

—*En la galería, estamos por salir. O al menos ellos. Me veo ridícula con esta vestimenta, estoy escondida en el baño. Aquí no pasó el tiempo.*

—*¡No te burles de mí, Kayla! ¡Llevo un año aquí, tengo un hijo y me enamoré del duque de la pintura que toqué!*

—*¡Unhijo!*

—*Sí, la carne es débil. Ahora estoy por regresar, o al menos eso creo. La luna tiene que ver con esto y también la pintura de Ramsay.*

—*¡Eso explicapor qué medevolví aquí, fue un accidente!*

—*Voy a colgar, Kayla. Regresaré ahora mismo.*

—*Espero que eso suceda. Te veré aquí.*

Cortó y, decidida, colocó su mano frente a pintura para tocarla.

—*Si tú lo haces, yo iré contigo —la interrumpió Henry—. No te irás sin mí.*

Capítulo 37

—¡Por qué quieres complicarlo todo! —reclamó Viola al girar los ojos.

Pensaba que ya todo acabó.

—A donde vayas, iré, Viola. No puedes escapar de mí.

—¡Henry, por Dios, vas a casarte, ya basta de esto, no haces más que torturarme! ¡Déjame ir!

—Usted está cometiendo un pequeño error, señorita Halley. Hace un tiempo he roto mi compromiso con lady Theresa. La amo a usted con una fuerza devastadora y apasionada que no conoce de límites ni vergüenza. Es esto lo que intentaba decirle. Quería desnudar mi corazón ante usted —declaró con los ojos brillando por las lágrimas que se acumulaban sin salir.

—Pero estás preparando la boda —replicó con el rostro descompuesto.

—El señor Richmond estaba preparando una boda, pero sería la nuestra, en la vicaría.

—Tiene que ser mentira.

—Todas las veces que me acerqué para decírtelo, no pude porque no me oíste.

—¡Tiene que ser una broma o un mal sueño! ¡¿Qué hay de tu estatus de duque?! ¡¿Qué dirán de ti?!

—Me importa un rábano lo que digan, siempre y cuando tú y Kenneth estén a mi lado.

Su celular de nuevo comenzaba a vibrar y sonar, era Kayla

—Este no es mi lugar, me están esperando del otro lado.

—Solo dime que me amas, Viola, y yo te seguiré detrás de esa pintura.

—No es como aquí, Henry.

—No importa. Si estás conmigo, es suficiente.

Ella bajó a Kenneth en un gran sillón y se acercó a Henry para abrazarlo.

—¡No creí que fuera posible! —sollozó apretando con fuerza la nuca de Henry—. ¡No imaginas cuánto te amo, Henry, y cuánto he sufrido por ti!

—Y yo por ti —murmuró en su oído—. Acéptame a tu lado.

—¡Claro que sí! —se carcajeó con lágrimas—. Aunque no lo mereces por robarte a Kenneth.

—Tengo derecho sobre él, también es mío. Fuiste egoísta.

—Mucho... —Ella lo miró a los labios al mencionar esa respuesta y atacó su boca con insaciable hambre de afecto. Necesitaba sentir a Henry cerca de ella. Después de tantos agravios y desventuras juntos, irían a su tiempo a vivir una vida distinta.

Henry disfrutaba de la ansiedad de Viola. Se sentía pleno a su lado, no existía nada más maravilloso que Viola.

—Te veo como el director de la galería de los Halley. Es hermoso, si lo vieras es un mundo diferente...

—Se oye interesante. Soy amante del buen arte.

—¡Será maravilloso, todo lo será! Tú serás el director de la galería y yo... —Viola se quedó pensando en todo lo que decía y recordó toda su agitada vida, todo lo que perdió por desear ser la directora de la galería, esa era su única meta.

¿Deseaba volver a aquella vida agitada, sin disfrutar de nada? En 1781 tenía la belleza de la naturaleza, todo el tiempo con Kenneth, un oficio hermoso y a Henry. No podía llevar a Henry ahí, lo abandonaría todo y estaría absolutamente solo.

Henry buscó a Kenneth y se caminó hacia la pintura.

—Vámonos a tu hogar, Viola —mandó y colocó su mano para que la tomara.

Ella negó con la cabeza, lagrimeaba.

—No, mí adorado duque. No podría hacerlo, no podría privarte de todo.

—Yo lo perderé todo, pero los ganaré a ustedes, Viola. Para mí es suficiente, lo he dicho.

—Desearía que mi amor fuera tan grande como el tuyo para este sacrificio de ir a un lugar desconocido.

—Has sufrido y sacrificado mucho aquí, ahora es momento que yo retribuya tu amor.

—No, Henry. Soy feliz aquí, mucho más de lo que sería si regreso. Adoro a mis padres, pero esto es una verdadera vida, no la que vivía allá. No tenía vida, Henry. Mi vida era la universidad, la galería y la eterna competencia con mi hermano. ¿Crees que alguna vez me detuve a mirar un arroyo, una sombra, o escuchar a los pájaros? ¡Nunca sentí tanta ansiedad de correr tras una gallina! —Sonrió al recordarlo —. Quiero quedarme aquí contigo. Kenneth será más feliz aquí, de lo que sería en Londres del 2010.

Kayla volvía a insistir con la llamada y decidió contestar.

—¿Te perdiste? ¿Dónde estás? —cuestionó su amiga, escuchándose de fondo el eco del baño.

—No voy a regresar, Kayla. Te pediré que le digas a mi madre que soy muy feliz aquí con Henry y Kenneth, su nieto.

—¡Dios mío, Viola! ¡Los hombres de nuestras vidas están en el pasado, buscaré la forma de regresar! ¿Cuánto tiempo estará abierto?

—Solo esta noche.

—¡Demonios, no puedo esperar a que salgan todos! Deja un mensaje de voz para tu madre.

—Está bien. Si regresas, búscame, estaré encantada de recibirte en mi hogar.

—Así será. Te quiero, Viola.

—Y yo a ti.

Viola cortó la llamada y vio a Henry con un anillo en la mano.

—Te desposaré, Viola. —Se arrodilló frente a ella como todo un romántico.

—Estaría loca si rechazo a un duque —rió y esperó que colocara el anillo en su mano.

—¿Brindamos con brandi? ¿Dónde están mis puros? —Miró al escritorio.

—Cariño, creo que han tenido un accidente —se avergonzó después de haberlos tirado.

—Se los tiraste a la pintura, supongo.

—Para probar si funcionaba, y sí, funciona.

Él se levantó sin mucha dificultad besando su mano, para después besar a Kenneth y entregárselo a su madre.

Sirvió una copa de brandi y otra de vino.

—¿Bebes? —Sonrió al entregarle la copa de brandi.

—¿Acaso piensa envenenarme con eso, excelencia? —cuestionó juguetona al recordar una de las veces que le quiso dar esa bebida.

—Solo quisiera envenenarla con mi amor, señorita Halley. —Le pasó la copa correcta.

—Dejemos esto aquí y junta tu cara con la mía, sosteniendo ambos a Kenneth —ordenó, dejó las copas y colocó su celular para quitarse una fotografía—. Sonríe y quédate quieto.

—Sonreír es fácil a tu lado, ¿y eso para qué?

—Tú solo sonríe. —El *flash* de la cámara trasera casi dejó ciego al pobre Henry, que aún tenía cosas centelleando ante sus ojos—. Esta es una fotografía, es como un retrato, pero en una cámara.

—¿Qué es una cámara? —cuestionó, confundido.

—Luego te lo explico.

Viola prefirió arriesgarse en ese momento y llamar a su madre, el teléfono sonó, sonó y ella no contestó, dio al contestador.

—Mami querida... —No había empezado y ya era un mar de lágrimas—. Sé que esperas verme regresar, cruzar la puerta de casa como todos los días, pero lamentablemente no ocurrirá. Por alguna razón que desconozco, retrocedí tres siglos en el tiempo. Estoy aquí desde hace un año, aunque en el 2009 aún es el día en que desaparecí. Quiero que sepas, que soy feliz aquí, y que me casaré con un hombre maravilloso, un duque. Imagina, mamá, seré una duquesa. También quería decirte que tengo un pequeño bebé llamado Kenneth, como mi querido papá. Tuve la oportunidad de volver a casa, pero he decidido quedarme aquí. Este Londres del siglo XVIII, es hermoso, aquí hay hermosos campos y mucha naturaleza, que yo nunca disfruté por estar compitiendo con Vicent. Alguna vez me encantaría visitarte, probaré dejarte cartas en algunas obras de arte, para que cuando lleguen a tus manos, sepas que fui feliz. Los amo, mamá, dile a papá que siempre seré su niña y a Vicent que no toque mis cosas. Hasta pronto, es solo un hasta luego, no un adiós definitivo.

Viola apretó la tecla de colgar; envió en un mensaje multimedia la fotográfica con Henry y Kenneth, para luego apagar el celular.

—Todo está listo. —Sonrió limpiando sus lágrimas.

—Estamos a tiempo de irnos si lo deseas.

—Tendremos mucho tiempo para encontrar una solución para volver a ver a mis padres, ahora es mejor que acostemos a Kenneth y hablemos sobre el matrimonio —dijo y le dio un corto beso.

Viola se llevó a Kenneth para salir de la biblioteca y Henry se giró para mirar la pintura. Debía cumplir el deseo de Viola de ver a sus padres alguna vez.

—Ven, Henry —lo llamó.

—Me llevaré la copa.

Dos días después...

—¡Hoy se casa el duque de Somerset! —anunció en la calle un niño corriendo.

Ya se corrió la voz que abandonó a su prometida para escoger a la pianista, la señorita Viola Halley, una simple campesina que supo escalar en la sociedad.

Los curiosos fueron hasta la hacienda para ser partícipes de aquel bochornoso matrimonio.

Viola se observaba varias veces en el enorme espejo.

El vestido que Henry mandó a confeccionar, era sencillamente maravilloso, marfil con preciosos encajes casi naranjas. Unos guantes finos y elegantes, dignos de una duquesa.

—¡Oh, Viola! —La abrazó una elegante Ethel—. Eres toda una belleza.

—¡Gracias, Ethel! ¿Ustedes ya se instalaron?

—Frank se niega, pero lo convenceré.

—¡Boberías! Como el padre de una duquesa, no puede vivir en aquel lugar, no más —exigió Viola, dejó que Ethel acomodara los últimos detalles de su cabello.

—¡Eres la mujer más hermosa de Inglaterra! —las interrumpió Yrene, entró contenta a la habitación de la duquesa.

—¡Yrene! —La abrazó con fuerza.

—Si vieras la cantidad de invitados no deseados, estarías escandalizada.

—Eso no importa. Solo importa que Henry y yo estemos juntos. Dime qué te tiene tan feliz. Sé que mi matrimonio te alegra, pero hay algo más.

—¡Tengo un retraso! —anunció estallando de felicidad—. Creo que podré darle un hijo a Rupert.

—¡Cuanta bendición, Yrene! —Le estrujó ambas manos a su amiga—. Un hijo es algo maravilloso.

—Lo es, y yo pude comprobarlo con el tuyo.

—Gracias por todo, Yrene.

—Gracias a ti por aceptar a mi indomable cuñado.

—Son demasiadas damas atosigando a la futura esposa de mi hijo —advirtió la duquesa en tono

divertido—. Henry no se equivocó con usted, señorita Halley, es una digna y hermosa sucesora para seguir con la tradición Beaufort.

—Es un honor ser aprobada por usted, excelencia —reverenció Viola.

—Dejemos sola a mi nuera para que acabe. Señora Becher, la invitó a beber un poco antes de la ceremonia y a ti también Yrene.

—Por supuesto, excelencia —aceptó Ethel, que encantada se unía a un mundo diferente al suyo.

—Yo tengo que comentarle algo, milady. —Sonrió pícaro Yrene, acompañado a las demás.

Estaba sola, se observaba en el espejo.

—Creo que el señor McBean ya sabe que no volveré a trabajar ahí —alegó entregándose una sonrisa complaciente, iría por su hijo y después a la vicaría.

Bajó las escaleras y escuchó los fuertes gritos de Kenneth que estaba divertido junto a su padre.

Henry se veía más apuesto que nunca, no solo por la prenda que vestía, sino por la felicidad que adornaba su rostro. No quiso interrumpir aquel momento feliz, por lo que fue a buscar a Frank a donde debería estar.

Tocó la puerta y Frank le abrió.

—¡Cuánta elegancia! —exclamó viendo a Frank con unas elegantes prendas y un bastón tallado.

—¡Bah! Soy el mismo campesino de siempre —se quejó.

—¿Puedes aceptar lo que te doy? Henry es muy generoso con nosotros, todo esto casi me pertenece, vive tranquilo. No más trabajos en ese campo, comiendo pan duro y caldos aguados. Permite que te tome como mi padre. Extraño a Kenneth Halley, pero yo quiero ser la hija que perdiste, déjame darte cariño y una familia nueva —pidió y tomó su mano.

—Cómo no hacerlo si lo pides así —aceptó lloroso.

—Entonces, llévame al altar, padre —ordenó y le dejó un beso en la mejilla.

Frank no quiso admitir que estaba encantado de vivir en la hacienda con Ethel. El duque ordenó que solamente trasladaran lo necesario. Pese a negarse varias veces, no podía contra los ojos de Viola, la amaba como a su hija, ella vino de lejos para hacer muy felices a todos.

El pequeño lord Beaufort estaba en los brazos de Rupert, mientras Henry la esperaba en el altar.

Apretó fuerte el brazo de Frank para darse valor.

Miró un poco a los costados durante su caminata y vio al señor Richmond sentado junto a una joven oculta bajo la capa, aseguraba que era lady Theresa.

Hamond alzó la mano para saludarla, se veía radiante caminando del brazo del señor Becher para unirse a su amado duque por siempre.

Después de un mes de su matrimonio, Henry tenía preparada una sorpresa para Viola durante la gran fiesta que ofreció para presentar a su esposa en sociedad.

La llevó hasta el jardín trasero donde la hizo bailar por unos instantes hasta que un hombre apareció tras ellos.

—Excelencia... —habló el hombre.

—Señor Ramsay —saludó Henry—. Viola, él es quien pintó mi retrato.

—Encantada de conocerlo, señor Ramsay. Pintar a mi esposo debió ser una proeza. —Sonrió cómplice.

—En efecto, no dejó de amenazarme y ahora me ha amenazado para que la retrate a usted —dijo pícaro.

—¡Henry! —reprochó Viola.

—Estoy aprendiendo a hacer bromas, milady, al parecer, el señor Ramsay no lo comprendió.

—¡Oh, Henry! —Lo abrazó—. ¿Quieres un retrato mío?

—Deseo retratar tu belleza, mi insufrible duquesa.

Ella ladeó la cabeza y luego lo besó.

—Y también quiero que el señor Ramsay nos explique cómo llegaste hasta aquí.

—¡Es cierto, señor Ramsay! ¿Cómo fue que la pintura me absorbió? Yo estaba a siglos de distancia. Ramsay, recordando todas sus obras y pinturas mágicas, intentó responder lo más conciso posible.

—Milady, hay objetos que están relacionados con varias generaciones. Usted debe tener algún objeto del pasado o futuro para traspasar la pintura. Es pura magia antigua de Escocia.

—¿Un objeto del pasado? —cuestionó—. Pero si yo... ¡La cadena de mi madre! Se la dio mi padre cuando se comprometieron, era una herencia familiar.

—Si usted tiene algo del futuro, podrá atravesar el portal de vuelta, solo debe esperar a que la magia aparezca.

—¿Cree que sea posible hacerle una visita a mis padres?!

—Absolutamente.

—¡Oíste, Henry! ¡Dios, debemos prepararnos para visitar a mis padres!

—Es todo lo que necesitaba para que ella fuera completamente feliz, señor Ramsay.

Epílogo

Londres 2009, el día de la desaparición

Después de cortar con Viola, Kayla continuaba encerrada en el baño, era muy tarde y en unas horas más, seguro se irían sin ella.

—¡Kayla, ten valor y sal de...!

—¡Kayla, Viola! —llamó la maestra entrando al baño.

—¡Aquí estoy! —se delató.

—Sal de ahí, se perdieron todo el recorrido.

—No puedo salir, mi ropa tuvo un accidente. Necesito ropa.

—¡Ay, no puede ser! —gruñó la maestra y salió del baño para conseguir prendas.

Después de unos minutos, volvió y le pasó prendas del servicio de limpieza.

—¿Dónde está Viola? Son uña y mugre.

—No sé dónde está.

—No mientas, desaparecieron juntas por un buen rato. ¿Se fue con algún joven? ¡Dilo, voy a llamar a sus padres!

—¡No lo sé!

—Ven conmigo, tienes mucho que explicar.

En una hora, la policía atendía un caso de desaparición. El caso de Viola Halley, universitaria de veintiún años, que presumiblemente huyó con una pareja desconocida o, al menos, eso se hacía constar en el informe.

Kayla recorrió el pasillo que estaba sellado. Había puros tirados en el suelo frente a una pintura.

—¿Y la pintura? —cuestionó al ver que el rostro de la pintura no era el del duque de Somerset, sino la de un extraño.

—Ven, la madre de Viola quiere hablar contigo. —La estiró una estresada maestra guía.

—¿Y la pintura del duque de Somerset?

—Se ve que no prestaste atención al recorrido, la única pintura que hay aquí sobre ese hombre, es la de su familia, está a la vuelta —indicó por el pasillo—. La pintó un aficionado, Hamond Richmond. —La guio hasta una enorme pintura del duque con su esposa y sus seis hijos.

—Viola. —Sonrió al ver la pintura.

—Se llama como tu amiga, tienen cierto parecido. La duquesa Viola, antes de ser duquesa, fue concertista, conocida como Viola Halley. Es muy probable que ella sea descendiente de esa Viola.

—¿Y qué más sabe? ¿Fueron felices?

—La envidia de Londres en su tiempo. El duque la amaba con una locura inaudita, casi enloqueció después que su esposa falleciera antes que él a los setenta años, hasta que poco tiempo después la alcanzó en su descanso eterno. Hay muchos libros biográficos que hablan sobre una gran fiesta que organizó el duque para introducir a su esposa a la sociedad y fuera aceptada. Fue un verdadero matrimonio de amor.

—Es hermoso...

—Ahora que lo recuerdo, las pinturas del duque de Somerset fueron heredadas durante generaciones hasta llegar a la galería Halley. Ellos son quienes las tienen. Vayamos junto a los padres de Viola.

La maestra se adelantó y ella quedó mirando la pintura.

—Regresaré a verte, amiga mía. Y volveré por ti, Evander.

Kayla se acercó a la madre de Viola.

—Ella me dejó un mensaje de voz, se despidió de mí —lloró su madre.

—Lo siento. Me dijo que se quedaría en el siglo XVIII.

—Me envió una fotografía. Tengo un nieto. Hace unas horas, la galería se llenó de retratos de Viola, su esposo e hijos, no sé qué sucede, pero su padre está desconsolado.

—Hagamos algo, llevemos el automóvil de Viola a la galería, estoy segura de que aparecerá muy pronto.

Esa noche, en la galería, las luces parpadeaban sin parar hasta que se detuvo.

Viola, Henry y Kenneth, habían traspasado el retrato de la duquesa de Somerset.

—¡Dios, es la galería Halley! ¡Mira, Kenneth, este era el lugar preferido de tu madre! —Henry recorría con la mirada las obras y también los estrafalarios muebles—. ¿Te agrada, Henry? —consultó emocionada.

—Es algo bastante... extraño.

—Ven, tengo las llaves para salir de la galería. Es de noche.

Él llevaba a Kenneth en brazos, mientras ella sacaba sus llaves de la mochila. Salieron a la fría calle. Los bocinazos y música en el ambiente confundían a Henry que se sentía perdido.

—¡Mi VW! —aulló al ver su precioso automóvil—. ¡Quién te dejó aquí, cariño! —Abrazó el automóvil.

—¿Qué es eso?

—Es mi carruaje. Un automóvil. —Desactivó la alarma y se metió dentro. Le abrió la puerta para que se subiera con Kenneth.

Colocó la calefacción y le sonrió a su asustado esposo.

—Empiezas a darme un poco de miedo. —Le devolvió la sonrisa, nervioso.

—¡Es que esto es mi mundo o al menos lo era!

—Es mucho más confortable que nuestro carruaje más fino. —Se acomodó en el automóvil con Kenneth en brazos mientras ella ponía en marcha el motor.

—Observa todo. Es hermoso. ¡Aquel es el *Big Ben*! Esto es Londres del siglo XXI. Disfruta, querido.

Estaba apabullado por todo lo novedoso que existía y Viola cada vez sumaba más cosas raras a la lista, encendiendo la radio. Una melodía estridente asustó a Kenneth que no paraba de llorar.

—¿No te gusta el rock, Kenny? —Apagó la radio.

—No le gusta y tampoco a mí —gruñó Henry, molesto.

—Quiero ver a mis padres y luego regresaremos a casa, creo que incluso yo no estoy acostumbrada a esto.

Llegaron hasta la residencia de Viola, estacionó el automóvil en el aparcamiento que le correspondía.

Tragó saliva y tocó la puerta.

Su madre le abrió la puerta y quedó blanca del susto.

—¡Mamá! —Se arrojó llorando a sus brazos.

—Viola —correspondió su madre.

Henry observó la emotiva escena. La madre de Viola y ella eran casi iguales.

—Él es mi esposo, Henry, duque de Somerset y ese que está en sus brazos es Kenneth, nuestro hijo.

—Sea bienvenido —lloró la mujer invitándolos a pasar.

Aquella noche, Henry conoció a sus suegros, se quedó una semana como invitados en su casa,

aunque escondiendo a Viola de los demás y de la policía, pues iban a recabar datos.

Después de 72 horas de desaparecer, Viola fue dada como desaparecida, abriéndose un caso por investigar.

Las cámaras de la galería la captaron tocando la pintura y luego simplemente todo desapareció.

La cámara quedó colgada en la hora y fecha de su desaparición.

Luego de cinco años sin datos sobre ella, el caso fue cerrado y Viola fue declarada muerta, pero ella seguía visitando a sus padres en el más absoluto secreto.

Siete años después del matrimonio...

Viola estaba rodeada de su amada familia, esperaba al cuarto miembro de la dinastía Beaufort. Kenneth ya tenía siete años, Duncan tenía cinco años, Frank dos años y la espera por el cuarto era incansable.

—Esta tiene que ser una niña —rogó lady Camile gastando el piso de un lado al otro.

—Será lo que tenga que ser —agregó Ethel.

—¿Y si es niña y sale como los otros tres que apenas sonríen? —preguntó Frank, dudoso de que fuera una buena idea seguir llenando aquella hacienda con tantos Beaufort poco agradecidos.

—Señor Becher, opino que estos niños son adorables. Lady Viola ha hecho un excelente trabajo con ellos —admitió Hamond, quien fue a anunciar sobre el perceptor que iría para comenzar la educación ducal de Kenneth, pero se encontró envuelto de nuevo en el próximo parto de Viola.

Henry permanecía nervioso escuchando cacarear a todos, solo deseaba que Viola estuviera bien, fuera lo que fuera el nuevo Beaufort.

Una partera salió con la criatura envuelta en unas mantas.

Henry se levantó de un salto del sillón y fue a cargar la criatura.

Al segundo, todos observaron a la criatura rosada, arrugada y casi sin cabello.

La madre de Henry movió la manta y pudo ver qué era.

—¡Es mi nieta! —exclamó, emocionada.

—Se parece a Viola —murmuró Yrene con su segundo hijo en brazos.

Como padre, dejó que todos apreciarán a la pequeña, y después entró para ver a su exhausta esposa.

—Es una niña. ¿La viste?

—Puedo decir, milady, que su esposo tiene un nuevo amor. —Le sonrió tomando sus manos.

—Era tan rosa.

—Se llamará como tú, *Viola*.

—Espero que sonría más que los otros tres.

—Ella es como tú, no para de sonreír y me hará feliz.

—Tú eres quien llenó mi vida de felicidad. Quedarme aquí fue la mejor decisión que pude tomar, es maravilloso.

—Tú eres maravillosa. *Te amo, Viola*.

—Hemos cambiado la historia, escribiendo la nuestra y seguiremos haciéndolo, mi amado Henry.

Biografía

Escritora nacida en Luque, Paraguay, el 5 de julio de 1988, actualmente reside en la misma ciudad. Se graduó en Licenciatura en Ciencias Contables y Auditoría, está casada y tiene una hija. Se inició en el mundo de la lectura continua en el colegio, leyendo primeramente El ente, de Frank De Felitta y luego Juan Salvador Gaviota.

Hace unos años encontró una plataforma donde se podía leer libros y escribir gratuitamente, leyó todos los del género romance de época, por lo que decidió participar en ese tipo de escritura. En la actualidad cuenta con varias historias de ese estilo además de incursionar en el género chick-lit.

Su primer libro publicado en físico es Una perfecta señorita, de la mano de la Editorial Vestales de Argentina.

Contenido

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Epílogo](#)

[Biografía](#)